ROSELLA POSTORINO

Me limitaba a amarte

Traducción de Miquel Izquierdo

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Primera parte. 1992-1993
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
Segunda parte. 1995-1996
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Tercera parte. 1999-2000
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
Cuarta parte. 2010-2011
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
Agradecimientos
Nota al texto
Créditos

Del mismo modo en que matar es posible,
también es posible escribir.

Slavenka Drakulić,
«Reading Karahasan»

¿Y de la madre, quién te salva?

Elsa Morante,
La isla de Arturo

Primera parte
1992-1993

1

El niño caminaba tan pegado a la madre que ella se detuvo y le dijo:

–¿Por qué te me echas encima, no ves que tropezamos?

Era superior a él. Tenía diez años y, desde hacía cinco, vivía en el tormento de su ausencia, se pasaba la semana asomado a la ventana, arrodillado sobre una silla, esperando. Luego llegaba la madre y el niño era peor que los perros que no saben ir atados, resoplaba ella. Y él pensaba que lo ataban corto justo por la alegría de verse por fin con el amo. No decía nada.

–Perdona.

Bebió un sorbo de Coca-Cola. Se la había traído la madre, siempre le llevaba algo, a saber de dónde la había sacado. Ella miraba hacia otra parte con los ojos entornados, aunque no hacía sol, más bien un cielo plomizo de última hora de la tarde. Lo hacía siempre que pasaba a recogerlo, caminando sin alejarse mucho. Miraba a su alrededor, se fijaba en un punto que él no lograba distinguir y se le formaban unas arruguitas menudas en los costados de la nariz. Al niño le parecían los bigotes de un gato, aquellas arrugas, y le salían de la barriga unas ganas locas de acariciarlas, pero se contenía. Sabía que ella no le iba a ronronear.

Estrujó la lata de Coca-Cola y la pateó, el fragor metálico hizo fruncir la frente a la madre. Entonces el niño fue a recobrarla para tirarla al contenedor, pero ella dijo:

–¡Pásala!

Él obedeció, siempre la obedecía.

Cuando la lata le golpeó en un pecho por error, la madre se contrajo, inclinó la cabeza. El niño fue a su encuentro y se mantuvo a la espera, no se atrevía a hablar. Como ella tampoco abría la boca, le rozó un costado, suavemente, como si la madre pudiera romperse o desplomarse.

–¿Te he hecho daño?

Ella levantó la cabeza con tal energía que el niño se sobresaltó. Al tiempo que los cabellos le caían despeinados sobre los hombros, le agarró las muñecas y las apretó.

–La he parado –dijo–. ¿Has visto?

Y rompió a reír.

Cuando reía era como una cascada. El niño solo las había visto en la tele, las cascadas, pero soñaba con que le diluviara encima aquel chorro imponente de agua fresca, soñaba con bebérsela con la boca abierta tendido de espaldas. Cuando su madre reía, era un fragor de la tierra entera.

Jugaron un partido a dos por la cuesta de Bjelave: los puntapiés de la madre, que eran descoyuntados y patosos, lo llenaban de alegría. Les vigilaban las ventanas tapiadas con tablas de madera en lugar de cristales, las brechas abiertas en los muros de los edificios, las palomas impertérritas en los antepechos y una larga pista de asfalto abandonada por los seres humanos. Alguien había hincado un molinete en una maceta vacía: no hacía viento, no giraba. Quién sabe si, soplando con su aliento de niño flaco, lo habría podido agitar un poco.

–Volvamos –dijo de pronto la madre, abrochándose la chaqueta de algodón. De nuevo aquellas arrugas que le marchitaban el rostro.

–¿Por qué? –preguntó el niño, y algo se le acartonó en la barriga. Arrodillada delante de él, la madre le levantó el cuello, pero no hacía frío, era mayo.

–¿Dónde está tu hermano? ¿Cómo es que no ha venido?

El niño no respondió. Aquella mañana se había despertado, como de costumbre, porque apestaba a humo: el hermano se encendía un cigarrillo con la mejilla todavía en la almohada, lo chupaba hasta el filtro, lo apagaba restregándolo contra la pared a la que se adosaba la cama. Había dibujado una cadena gris oscura, y parecía orgulloso.

–Debes convencerlo de que venga con nosotros, la próxima vez. ¿Me lo prometes?

Asintió: siempre la obedecía. Ella lo abrazó. Olía a estufa de leña y a pelo sin lavar, a pesar de que la estufa llevaba más de un mes apagada. Era el mismo olor que cuando dormían juntos. Se pegó a la madre para respirarlo, y fue entonces cuando estalló la detonación. Las ventanas temblaron, las palomas levantaron el vuelo, el molinete giró y cayó de la maceta, pero el niño no se dio cuenta: una ráfaga de aire lo arrancó del abrazo y lo propulsó lejos.

Abrió los ojos con las fosas nasales de un hombre en su cara, enfocó lentamente. Un silbido agudo le ensordeció.

–Eso es.

Una gorra militar, el cuello sellado por el uniforme.

–¿Estás bien?

La voz, los sonidos, llegaban remotos, acolchados. Un rumor de gritos, gemidos, sollozos, pasos apresurados en la calzada.

–¿Me ves? ¿Me oyes?

–Sí –respondió el niño, con los labios partidos. Las mejillas le oprimían, cubiertas de una capa de polvo. Se lamió una comisura de la boca, era áspera, salada.

–¿Puedes andar?

El hombre lo ayudó a ponerse en pie.

El niño estaba intacto, ni un rasguño. En la calle, una paloma inerte en un charco de sangre.

–¿Dónde vives?

El niño miraba fijamente el ala rota, separada apenas del cadáver.

El soldado lo sacudió.

–¿Dónde está tu casa?

–El orfanato. Aquí arriba.

–Pues vuélvete allí, no te has hecho nada.

–¿Dónde está mi madre?

–Pégate a las paredes y te paras bajo las cornisas, ¿cuántos años tienes?

–Diez.

–Bien, con diez años ya sabrás lo que hay que hacer. –Lo empujó con la mano en la espalda–. ¡Date prisa!

Azuzado por la presión, el cuerpo del niño se movió, las piernas avanzaron una detrás de otra, primero lentamente, mecánicas, luego más ligeras.

Le latía fuerte el corazón. Bajo la capa de humo, el zumbido en sordina lo desorientaba.

–¡Corre!

El niño volvió la cabeza de golpe: era la voz de su madre. ¿De dónde venía?

–Mamá.

La buscó entre el gentío. Una multitud borrosa de soldados, una muchedumbre confusa de personas, siluetas gesticulantes, quemazón en los ojos. No la vio.

–¡Corre!

Es que era su voz, era ella, tenía que ser ella. El niño obedeció, siempre la obedecía.

–¿Dónde estás? –gritó mientras corría, con la cabeza hacia atrás, los soldados cada vez más lejos, más pequeños.

–¡Date prisa! –apremiaba el que lo había recogido del suelo.

El niño no se paró ni un segundo, siguió corriendo, volviendo la cabeza y gritando: «Mamá, ¿dónde estás?», una y otra vez, como si alguien le pudiera responder.

2

El aliento expandía el vaho en el cristal, Omar lo pulía con los dedos para observar la calle. Estaba casi desierta, aunque faltaban horas para el toque de queda. Un viejo se escurrió por la esquina y, arrastrando una carretilla cargada de garrafas de agua, se cobijó junto a un edificio, ralentizó a ras del muro, la mirada pegada al suelo por más que los disparos llegaran de lo alto, hizo una pausa para recobrar el aliento, prosiguió. Omar continuó oyendo el chirrido de la carretilla cuando ya había desaparecido de su campo visual.

Un golpe hizo vibrar el cristal, el niño se volvió sobresaltado.

–¡Sen! Me has asustado.

–Te he dicho mil veces que te apartes de ahí.

Senadin recogió del suelo el suéter que había lanzado contra la ventana, lo sacudió antes de ponérselo.

–¿Bajas al patio con nosotros?

Una pelusilla que le había crecido recientemente le ensuciaba la piel bajo la nariz, y se oscurecía en los bordes de la boca. A Omar le gustaba rozarla con el dedo para comprobar su consistencia: era suave, nada que ver con la barba de papá, que pinchaba con cada beso, cuando todavía vivía con ellos, cuando no había desaparecido aún.

De noche, con el tronar de las bombas, Omar temblaba sobre el colchón, pegado al de Sen, que le restregaba el morro en la mejilla y le hacía cosquillas con la pelusilla. El hermano solo tenía un par de años más, pero su presencia reconfortaba a Omar.

–Desde la granada que no viene. Ya han pasado diez días.

–Viene cuando a ella le parece, Omar. Ya lo sabes.

La madre siempre solía ir al menos una vez por semana. Luego, desde que empezó el asedio, dejó de haber un día fijado. Podían pasar hasta quince, veinte días. Ya de antes, él temía que no regresara, pero ahora era distinto. ¿Cómo había podido huir? ¿Irse sin ella?

Le había obedecido.

Llegó jadeando al orfanato y buscó a Sen. Su hermano siempre estaba fuera, días enteros. Omar se había postrado en el pasillo, ya no sabía ni de qué piso, y había empezado a llorar. La caja torácica se estremecía de manera sísmica, con la respiración tapiada.

Una niña había salido de una habitación y había ido a su encuentro. Se había sentado frente a él y no había preguntado qué tienes, qué pasa, no llamó a nadie. Agazapada, lo había mirado llorar.

Omar la conocía, aunque no recordara su nombre: no habían hablado nunca, en la sala común se habían visto poco, normalmente permanecía encerrada en el segundo piso. Era famosa porque le faltaba el dedo anular, lo había perdido de pequeña, nadie sabía cómo. A causa del menoscabo le tomaban el pelo, una la llamaba directamente Muñoncito, pero solo si no estaba el hermano de la niña: ante él, que era uno de los mayores, nadie se atrevía. Por eso se había acostumbrado a estar sola, o bien en compañía del hermano.

Omar tuvo ganas de decirle vete, qué haces aquí, vienes a disfrutar del número, pero los sollozos le impedían hablar. Se puso a llorar de manera más procaz, para que le repugnara. Ella se quedó mirándole, callada, y también él la miró a los ojos. Pensó que se trataba de un reto, pero poco a poco los iris celestes de la niña sin anular fueron convirtiéndose en el norte de la brújula, un clavo al que agarrarse. Omar se concentró tanto en aquel punto del mundo que gradualmente los gemidos se aplacaron, y fue entonces cuando la niña le tomó la mano. Lo hizo con la buena, y Omar no se soltó, permanecieron agarrados de la mano durante un tiempo. La niña no sonrió, pero su tacto era amable y seguro. Omar absorbió aquel calor.

Cuando se le secaron las lágrimas y consiguió por fin suspirar, la niña le soltó los dedos y se fue. Cerró la puerta de la habitación mientras Omar le decía adiós. No sabía si le había oído.

–Esta vez no es como las otras, quizá le alcanzó la granada. Vayamos a verla al hospital.

–¿Otra vez? ¿Qué hospital? –dijo Sen.

–Pues vamos a casa –insistió Omar–. A ver si está allí.

–Estás loco. Ya te lo dije: para llegar a Čengić Vila hay que cruzar toda la ciudad, ¿quieres que te maten?

Sen hizo eslalon entre los colchones, botellas vacías, papelajos, paquetes de galletas diseminados por el suelo, y se acercó. Ya desde el comienzo de la guerra, varios educadores no lograron ir. Se quedaron aislados en Ilidža, en Grbavica, decía Sen: ahora esos sectores los controlan los serbios. En cambio, Omar pensaba que finalmente habían decidido ocuparse de los propios hijos y no de ellos. Algunos de los muchachos mayores cuidaban de los pequeños. El último piso había sido abandonado porque estaba más expuesto a los disparos; las habitaciones de los dos pisos que quedaban por debajo se masificaron, con un desorden cada vez mayor. Cuando funcionaba, el comedor

servía sopa, patatas, pan, pero a Omar le entraban náuseas al ver la comida.

–¿Y si está herida? –dijo, y el aliento empañó el cristal. Apretó el puño, se mordió un nudillo. Luego rozó la aureola con el borde de la palma cerrada, dejando una huella que parecía la planta de un pie, con la yema dibujó los dedos.

No recordaba nada del día en que lo habían dejado en el orfanato Ljubica Ivezić. Estaba el tiempo de antes y el tiempo de después, pero el día de la cesura entre un tiempo y otro lo había cancelado. Habían pasado cinco años, ahora tenía diez y su hermano doce, y cuando le pedía que describiera cómo había sucedido, cuáles fueron los gestos, las palabras de aquella separación, aquel callaba.

El pie del cristal se disolvió. Sen se recostó contra el marco.

–Quizá no viene para protegerse. Deberías estar contento.

–Quiero verla.

–Qué tozudo eres.

Le mordió suavemente la nariz. Omar le golpeó en los hombros, y se rieron un rato de aquel contacto ridículo. Luego, Sen se desasió.

–¿Bajas, pues? Yo tiro.

–Te da igual, ella –dijo Omar.

El hermano lo abrazó enérgicamente, él permaneció inmóvil, ni opuso resistencia.

–Dijo que la próxima vez tú también debes venir.

–Vale, pero ¿cuándo lo vas a entender?

–¿El qué?

–Que nos tenemos que quedar aquí.

Los francotiradores disparaban desde las montañas. Sarajevo estaba rodeada, un espacio del que era imposible salir. Tiene forma de cuna, de concha, contaba su padre en las noches joviales, una forma que siempre hizo sentir protegidos a sus habitantes, y a Omar parecían brillarle los ojos. Quién sabe dónde estaba ahora. Jamás habría imaginado que aquella fuera la forma perfecta de matarlos.

Y con todo, la gente seguía yendo por la calle, recogía el agua de lluvia en bolsitas de congelador y luego la vertía en los bidones. Omar les espiaba por la ventana, por más que Sen le gritara: ¿Quieres que te maten? Y seguían comprando verdura en el mercado a pesar de los precios desorbitados, hacían cola para el pan y, entre un edificio y otro, corrían.

También él corría agarrando a Sen de la mano, con los ojos fijos en las zapatillas, como si ignorarlo todo aparte de la punta de tela desgastada, los cordones ennegrecidos, lo pudiera defender de la

amenaza. No había manera de dejar a los huérfanos encerrados allí; los otros niños tenían madres tras las que correteaban... te lo ruego, una horita solo, ha salido el sol. Ellos no, eran libres de morir. Así, antes de cruzar, Omar contenía la respiración, luego se lanzaba junto a los otros, a tumba abierta: si no acertaban los francotiradores, lo podían atropellar los escasos coches, todos zumbando para esquivar los disparos. Entre risas, alcanzaban el otro lado de la calle y entrechocaban las palmas abiertas, exhibiendo su chulería de veteranos y disimulando las palpitaciones que retumbaban en sus gargantas. También Omar. El hermano de la niña sin anular, no.

Se llamaba Ivo, y Sen lo admiraba, no solo porque tenía casi dieciocho años, la voz de adulto y la nuez prominente que casi parecía que le iba a perforar la piel del cuello en cualquier momento, sino porque no le tenía miedo a nada. A última hora de la tarde organizaba y dirigía expediciones a los supermercados y a las tiendas abandonadas, con los escaparates hechos añicos por las explosiones. Hacía una especie de lista de la compra y asignaba a cada cual algo por pillar, aunque no era fácil porque los establecimientos comerciales afectados por las bombas eran saqueados. A menudo, decía, eran las propias fuerzas armadas de defensa territorial las que se aprovechaban después del toque de queda. Ivo repartía la comida recolectada entre todos o bien la cambiaba por cigarrillos en el mercado.

–Hombre, por fin te has despegado de la ventana –dijo al ver a Omar que llegaba al patio junto a Sen.

Él le miró, pero no respondió, nunca sabía qué decirle.

La sombra asimétrica del edificio se proyectaba sobre el asfalto. Como de costumbre, el patio estaba ocupado por las chicas, que jugaban a mamás con los más pequeños: los mecían, les tomaban la temperatura metiéndoles una ramita bajo la axila, les embozaban bajo mantas imaginarias y les gritaban con tal saña que parecían realmente enojadas. A veces, los pequeños malentendían y se echaban a llorar, otras las dejaban proceder. La niña sin anular no bajaba nunca al patio.

–Vamos –dijo Ivo.

Le siguieron solo los chicos. Ni siquiera los perros callejeros que pululaban por el orfanato se movieron.

En la cuesta había un Yugo abollado y despanzurrado, sin parabrisas ni ventanillas o puertas, las ruedas enteras y la carrocería pintarrajeada. Un chaval había saltado encima y lo sacudía agitándose: dentro, dos niños se balanceaban como en el tiovivo.

–Venga, sube.

–Ivo le guiñó el ojo y Omar miró de reojo a Sen.

–Ponte al volante –dijo aquel.

Los niños se apretaron para hacerle sitio. Unos se habían instalado

en el capó reventado, otros se agarraban al techo con las manos, apoyando los pies en el bastidor, algunos se habían sumado al chaval que iba en la capota. Los otros esperaron en torno al vehículo: a la señal de Ivo, empujaron hasta que el coche se desplazó. Avanzó trabajosamente, arañando levemente el asfalto, cogió velocidad poco a poco y tras el impulso salió pitando, como si estuviera en marcha, como si efectivamente tuviera motor, deslizándose por la cuesta como un trineo por la nieve. Cuánto hacía que Omar no iba al monte Trebević... Desde que su padre les abandonó.

Pensó en el camastro en el que habían dormido los cuatro juntos, pegados, cabeza con pies, en verano e invierno, antes de que él se fuera. A Omar le tocaban los pies de la madre: pequeños pero anchos, encallecidos y con los dedos tan gomosos que venían ganas de chuparlos. La mamá no quería; si Omar lo intentaba, los apartaba, brusca. Tenía el meñique desviado, ligeramente sobrepuesto al cuarto dedo, de modo que Omar jugaba a desplazarlo hacia abajo, pero aquel volvía a la posición originaria, como un muelle. La rebelión del meñique materno lo llenaba de ternura. Pensó en el sótano en el que habían vivido, en la estufa del rincón: imaginó a su madre allí, arrodillada ante la portezuela abierta para meter la leña, aunque era primavera, no hacía frío. ¿Por qué no había vuelto? Quizá estaba en el hospital, y el sótano había quedado vacío, con la leña apilada sobre el suelo.

–¿Qué haces? –gritó el niño a su lado, y se alargó sobre el volante.

Omar trataba de trazar la curva, pero estaba a merced de una velocidad incontrolable. No tuvo miedo, dejó que el otro diera un volantazo, la espalda se le torció repentinamente a un lado como tensada por una soga, por una fuerza que ningún músculo podía contrarrestar. Impactó con un hombro, con la sien, sin saber contra qué. Y se rió. Una alegría obscena le invadió hasta las muelas, y le hizo chillar.

Cuando el impulso que había puesto en movimiento el Yugo se agotó y el coche ralentizó, los chicos que iban colgados saltaron. Sen había corrido tras el coche; Ivo, no: había caminado con calma, fumando.

Al llegar, les mandó a buscar algo comestible. Omar se pegó a Sen. Quería volver al orfanato. La alegría se apagó. No le gustaba revolver entre escombros, y además nunca tenía hambre.

Una horita más tarde estaban todos sentados en un parterre. El botín era escaso: un paquete de galletas de crema caducadas, caramelos de fruta y dos latas de sardinas que Sen había desenterrado de entre un montón de chatarra. Con las piernas cruzadas junto al hermano, que excavaba sudando, Omar había esperado indolente. Ante la masa ingente de escombros que debían apartar, levantar, ante

la enormidad del desastre, se sentía siempre extenuado.

El basto olor de las sardinas le asqueó, mientras los otros comían.

–¡Mirad! ¡El camión de la ONU! –gritó Coccodè. Era Ivo quien le había llamado así, porque cuando reía parecía que estuviera poniendo un huevo.

Ivo y Sen se precipitaron a la calle y, a saber por qué, Omar fue tras ellos con zancadas ágiles, desesperadas. No era rápido, ni estaba hambriento, pero desde el principio del asedio había aprendido a correr. Cuando estuvo junto al camión saltó, más alto de lo que esperaba, alargó la mano para colgarse de la trampilla de la caja, falló por un pelo, cayó. Sen se detuvo a socorrerlo.

–¿Te has hecho daño?

Omar no respondió, mientras su hermano le arrastraba hasta el borde de la calzada.

–¿Qué? –insistió.

Pero él andaba concentrado mirando a Ivo: encaramado al camión, ya había apartado la lona abierta. Hurgando a ciegas con las manos, se hizo con algunas bolsas de comida y, a la primera curva, bajó. Sen fue hacia él, Omar se levantó.

Eran cebollas. Ivo se montó a horcajadas sobre un murete, abrió las tres bolsas con los dientes y las ofreció: los niños las mordisquearon como si fueran manzanas. Omar se esforzó por participar del entusiasmo. La cebolla crujió crepitando entre sus incisivos y rezumando un jugo áspero en la lengua. Cocoddè también tenía los ojos irritados. Siguieron con la tarea, pasándose las bolsas hasta que las vaciaron. Omar vio que Ivo se metía una cebolla en el bolsillo, pensó que querría llevársela a su hermana. Sintió una punzada a deshora en la rodilla, pero quizá era solo la melancolía del estómago lleno.

–¿Qué llevas ahí debajo?

Sen señaló la forma extraña que se dibujaba bajo la cremallera de Coccodè, cerrada hasta la barbilla. Otro chico se levantó para palpar aquella barriga irregular y rígida: los compañeros se sumaron, salvo Omar, y lo tantearon hasta descubrir el secreto. Una guitarra pequeña.

–¿Te has ido a buscar juguetes en lugar de comida? –dijo Ivo.

Sen bajó la cabeza y Omar pensó por qué no te ocupas de lo tuyo.

–Ven aquí –mandó Ivo, y Coccodè obedeció, con la guitarra agarrada por el mástil como una botella por el cuello. Esperaron el castigo.

Ivo arrojó el cigarrillo, se rascó el lunar de la mejilla y bajó del murete. Era alto, mucho más que Coccodè, que parecía dispuesto a soltar la guitarra y arrojarse al suelo sin dilación.

–¿La sabes tocar?

Coccodè asintió.

–Veamos.

Respiró largamente y rasgó las cuerdas, pero no salió ningún sonido reconocible. Ivo se inclinó sobre él.

–¿Me tomas el pelo?

Con gestos intermitentes, Coccodè ajustó las clavijas para afinar la guitarra. Se lamía los labios, como víctima de una tarea titánica. Omar pensó que ya no se reía como cacareando.

–Tócame «Wish You Were Here» –dijo Ivo–, que nos la sabemos todos.

El niño se rascó el labio inferior con los incisivos. Es una guitarra de juguete, dijo Omar, pero para sí mismo: no puede hacer música de verdad. Con la lengua entre dientes, Coccodè se sirvió de las uñas como de un plectro, y Omar, angustiado, desvió la mirada.

Los acordes se elevaron nítidos en el aire, Omar se volvió. Una mueca de satisfacción apareció en el rostro de Ivo.

–¿Dónde coño aprendiste? –dijo, escuchando.

Había existido una vida previa en la que alguien había enseñado a aquel huérfano a tocar la guitarra –un padre, un tío, un abuelo, quién sabe–. Hubo una época en la que Coccodè tenía una familia.

Ivo entonó los primeros versos de la canción, pero susurrando levemente. Los otros no se atrevían a cantar, o quizá ignoraban la letra. Omar tampoco se la sabía. Coccodè rasgaba las cuerdas y sostenía imperceptiblemente el ritmo con el mentón, ceñudo.

Luego Ivo se volvió a rascar el lunar, y en un arrebato levantó la cabeza y la voz. Los niños se tranquilizaron: seguía siendo él, estaba todo en orden. Se sonrieron unos a otros, uno tras otro, como un contagio, se dieron empellones leves, inocuos, no se tomaron de la mano, habría sido demasiado, pero se hincaron mutuamente los dedos en los brazos, mecieron la espalda como activados por un resorte.

Ivo tenía una voz áspera. Omar sintió como le arañaba la nuca y le llenaba el pecho de angustia, como una petición de ayuda, y buscó a Sen, mientras por los cristales de las escasas ventanas enteras desfilaba lenta una nube, inmaculada en el cielo azul sin dolor, un paraíso ayuno de infierno, una ciudad cualquiera, una ciudad no bombardeada, donde los chicos escuchan cantar a un amigo boquiabiertos, aunque tienen los dientes torcidos, mellados, dientes caídos sin premio alguno, y cada tanto tosen, aunque sea casi finales de mayo, y se sorben los mocos por más que el aire sea cálido, un aire de terremoto o de disparos al acecho, guardan en el bolsillo proyectiles recogidos por la calle, hacen colección, los intercambian como cromos, el frío del metal en la palma, y sentados sobre la hierba de un arriate que nadie ha cortado saben que no son chicos cualesquiera, y que no son fantasmas, tampoco héroes, solo, como canta Ivo, solo comparsas en una guerra.

Cuando la canción terminó, entre aplausos, Coccodè se rió con esa voz suya de gallina en pena y Sen le encendió otro cigarrillo a Ivo.

3

La madre no volvió, como tampoco la corriente eléctrica.

Ivo había robado un radiocasete de una casa para escuchar a Pink Floyd y un reproductor de vídeo en espera de encontrar una cinta de Bruce Lee para verla todos juntos, pero la corriente saltaba. De noche encendían una vela y Omar leía tebeos de Alan Ford, o permanecía a oscuras tapándose los oídos. Al principio se refugiaron en el sótano de los vecinos, cuando los educadores todavía venían regularmente. Pasadas dos semanas, los vecinos jugaban al ajedrez bajo la tenue luz de un *kandilo*, y un mes después ellos ya no bajaron más, se quedaron en el orfanato. La escuela cerró oficialmente el 9 de abril, pero muchos ya habían dejado de ir antes: se habían acostumbrado a hacer pellas para callejear en el parque, robar tabletas de chocolate en los supermercados, tubitos de cola para desfase de los mayores, bicicletas en la calle. Omar no era particularmente bueno en ninguna asignatura, pero prefería igualmente acudir a la escuela, porque robando era aún peor y no quería quedar mal. El absentismo en las aulas no parecía preocupar en exceso a los educadores, pero el hurto de bicis les hacía montar en cólera. No sabían lo de la cola, o aparentaban no saberlo, pensaba Omar; en poco tiempo los grandes ya serían mayores de edad y ahí se las apañarían solos.

En los últimos días de mayo, las bombas cayeron sin parar. Sen lo arrancó de la ventana a duras penas y le obligó a quedarse en la planta baja con los demás, entre los colchones arrojados por el suelo. Acurrucado en un rincón, cada noche Omar oía a los compañeros peleándose por el sitio: el más seguro era el de la puerta, entre las jambas, y lo querían todos. Atestada de cuerpos, la sala olía como la carnicería a la que su madre lo llevaba un par de veces al año a comprar carne picada para el *ćevapi*. El agua tampoco había vuelto.

Tan pronto como corrió la voz de una masacre en la calle Vase Miskina, donde a primera hora de la mañana impactaron tres obuses entre la gente que hacía cola para el pan, Omar vomitó. No comía casi nada, cada vez estaba más flaco. Hombros encogidos, huesos afilados, la exigua colada del cuerpo como resultado de un escape, de una pérdida. Tenía el pelo negro, del mismo color que la madre.

La niña sin anular dibujaba en un rincón, incluso en la sombra más

espesa. Omar no entendía cómo lo hacía. A veces, al despertarse, mientras las primeras luces se filtraban por los cristales, él escudriñaba entre las cabezas de los otros para identificarla. Ella se despertaba y permanecía sentada unos instantes, como para aclimatarse de nuevo al mundo. Si eran los dos únicos despiertos, se percataba de él, que la espiaba recostado y se formulaba mentalmente una frase que se repetía para aprendérsela de memoria y no equivocarse, la mascaba con la intención de pronunciarla, pero la frase se deshinchaba, un globo pinchado. La niña se levantaba o se ponía a dibujar y alguien se restregaba los ojos o bostezaba ruidosamente. Otra ocasión perdida.

Por la tarde, tan pronto como Ivo salía, la palabra «Muñoncito» empezaba a rebotar de nuevo por la sala: la niña sin anular se volvía arriba en silencio, y Omar fantaseaba con visitarla, presentarse, echarse en el suelo a dibujar con ella por más que no supiera, decirle qué más te da, esa estúpida, no es buena como tú. Nunca había tenido un amigo, nunca había anhelado la compañía de nadie, aparte de la madre, el hermano. Pero ahora aquella niña se había convertido en un deseo.

Una mañana Omar se limpió la boca con el dorso de la mano tras beberse el té y se levantó para acudir a dirigirle la palabra. Recorrió el refectorio casi vacío, ni siquiera había repasado la frase. Un clic le hizo estirar las rodillas y un impulso lo propulsó hacia ella. En la luz del mes de julio la piel de la niña era lechosa. Ivo estaba sentado al revés, con los antebrazos en el respaldo y un cigarrillo apagado entre los dedos.

–Ey, Omar –dijo viéndole llegar.

Él se detuvo frente a la mesa sin responderle, miró directamente hacia la niña y, cuando ella levantó la cabeza e intercambiaron la mirada, el mundo se hizo pedazos.

Dos huérfanos fueron trasladados de urgencia al hospital, las esquirlas de la granada los habían herido, la oreja, una pierna. Omar no entendió, no se entendía nada. Sen había tenido que arrastrarlo por los brazos –la ropa no resbalaba, por la fricción con el pavimento–, él no lograba moverse. Esta vez no iba a echarse a correr, no estaba su madre para mandárselo, esta vez iba a permanecer inerte. ¿Dónde estaba la niña sin anular?

Fuera del refectorio se pegó al hermano. Otra vez el miedo, más fuerte que cualquier deseo. Sen estaba igualmente turbado, no frotaba la mejilla con la suya para calmarlo, no le mordisqueaba la nariz, ni siquiera hablaba. La directora les reunió en el salón, conminándoles a

no salir a la calle, al patio: ¿cómo podía creer que alguien fuera a atreverse?

Los más pequeños lloraban, con rastros de moco en la mejilla; las niñas no los consolaban, habían enmudecido, incluso la que se divertía pinchando a la niña sin anular. Vera, la llamaban las amigas, Vera, pero no reaccionaba. La estancia apestaba a humo y a sudor.

Los perros no habían dejado de gañir, resollar, rechazaban las caricias, miraban fijamente un punto en la pared, aturdidos, y a Omar le parecía que andaban rumiando si coger carrerilla y estamparse de cabeza. O bien no paraban de ir hacia el refectorio, olisqueaban la puerta abierta y acribillada. Los educadores, concentrados en recoger los cristales de la ventana hechos añicos y los cascotes de tazas y platos entre restos del desayuno, los echaban a gritos. Čupko –la niña sin anular lo había llamado así, quizá por su pelo encrespado– se echaba atrás con el rabo entre las piernas y se acercaba a ella, acurrucada sobre un costado, la cabeza entre las piernas de Ivo. Omar la escrutaba desde lejos: estaba viva, y él ya no iba a escapar más. Si los dos niños heridos vuelven sanos y salvos, se repetía, entonces mamá sigue viva, si en cambio no vuelven... y apretaba la frente contra el tórax de Sen.

Pegado al hermano, así le pillaron las fotos de los cronistas nacionales y extranjeros venidos a Bjelave, uno de los barrios más expuestos, más ultrajados, para relatar la noticia de las bombas contra los huérfanos. Pero él no leía los periódicos, nunca lo sabría.

4

–¡No quiero, no quiero!

Omar recorrió el pasillo siguiendo la voz chirriante y el ruido de objetos lanzados contra la pared. Vio salir a Ivo de la habitación de la niña sin anular. Avanzaba descalzo y a paso marcial en su dirección. Él se escondió en la primera habitación abierta: cuando se le veía torvo le inquietaba más todavía.

Ya habían pasado algunos días desde la bomba del refectorio y Omar seguía teniendo miedo de saltar por los aires cada vez que bebía té o comía algo, cada vez que se echaba en el colchón, y a cada despertar.

Tan pronto como tuvo la certeza de que el hermano de la niña sin anular ya iba escaleras abajo, la alcanzó. La puerta estaba abierta, no entró. Inmóvil en el umbral, en calzoncillos, esperó a que ella lo viera. Estaba sentada en la primera cama, había roto los dibujos, los pedazos de papel tapizaban el suelo, en el que también se desparramaban prendas de ropa, lápices, cuadernos, un estuche. Se agachó con la cabeza para recogerlos y entonces su sombra la rozó. No parecía sorprendida de que estuviera allí, pero no le sonrió ni dijo nada.

– ¿Todo bien?

La niña no respondió. Bajó de la cama con las manos formando un cuenco, y se movió en dirección a la puerta. Omar se apartó para dejarla pasar, la vio dirigirse al baño, la siguió. La niña arrojó los restos de sus dibujos al váter. No tiró de la cadena, no había agua, solo un hedor insoportable.

–¿Qué querías, la otra mañana? –preguntó al salir.

Omar se agarrotó.

–Los dos heridos están mejor, ¿lo sabías? Les darán el alta –prosiguió ella.

Él sacudió la cabeza, no lo sabía. Si estaban sanos y salvos, entonces su madre…

–Menos mal que de vez en cuando sonríes, Omar.

No creía que supiera su nombre.

–¿Tú cómo te llamas? –preguntó.

–Nada. ¿Por qué llorabas aquel día?

–Por una granada.

–¿Otra?

–Sí, explotó en la calle y desde entonces ya no he visto a mi madre. La he perdido, no ha venido más.

–La mía no ha venido nunca.

Omar no supo responder.

–Es un nombre bonito: Nada.

–En español quiere decir «nada».

–¿Sabes español?

–No, me lo dijo mi hermano.

–Ya, pero no estamos en España, estamos en Bosnia. Y es bonito llamarse Esperanza.

–Total, de Bosnia nos vamos de aquí poco.

–¿Adónde vas?

Sintió un arañazo en la barriga.

–No: nos vamos casi todos, los del orfanato. Nos llevan a Italia.

Italia era el lugar donde dos años atrás se habían jugado los Mundiales de fútbol. Sen se había mirado todos los partidos: Yugoslavia se había clasificado para cuartos de final. Omar vio que su hermano confiaba hasta el último minuto. Luego, en Florencia, Faruk Hadžibegić falló el último penalti y Sen le pegó un puñetazo a la tele. El educador le regañó, pero a él también se le veía contrariado.

–¿Y por qué?

–¿Tú qué crees? Por la guerra.

–No. –Omar se secó la frente sudada con la mano, luego la restregó en el algodón de los calzoncillos–. Yo no quiero ir a Italia, quiero ver a mi madre.

–Yo tampoco quiero ir, si mi hermano se queda aquí.

–¿Y cómo es que se queda?

–No le dejan irse. Debe luchar.

–¿Y quién lo dice?

–Él. Dice que la directora está buscando desde abril una solución para nosotros, los del orfanato. Después de la bomba, con todos los periodistas y las televisiones que nos han filmado, la ha encontrado. Dice que si el mundo no nos ayuda, corremos el riesgo de morir de hambre y de frío, cuando llegué el invierno.

–¿Y si uno no quiere irse, a Italia?

–Ivo dice que no se puede hacer otra cosa, ya está decidido.

–Yo no me voy sin mi madre.

–Yo también dije que no me voy, pero Ivo se enfadó. –Una vena azul le resaltaba en medio de la frente.

Omar se acercó y no fue capaz de tomarle la mano, como había hecho ella.

–La directora dice que la gente ya anda cortando árboles para apilar leña de cara al invierno. Será la única manera de calentarse, si no

vuelven la luz y el agua.

–Yo también me puedo encargar de la leña si nos quedamos.

Nada tensó los labios en una mueca, o quizá fuera, por fin, una sonrisa.

Cuando Omar le dijo a Sen que se iban a ir a Italia algunos meses, hasta que la guerra terminara, este levantó un brazo con el índice apuntado y cantó: «¡Roberto Baggio, olé!».

Mientras lo empujaba en el columpio oxidado del patio, le contó que Italia era un país mucho más rico que el suyo, que allí iban a tener muchas más cosas, no solo para comer, que de noche ya no iba a temblar por las bombas porque en Italia no había francotiradores ni morteros.

–¿Y mamá?

–Volveremos pronto.

–Yo me debo asegurar de que esté bien.

Sen aferró la cadena para detener el balanceo. Omar dobló el cuello hacia atrás: visto del revés, la boca del hermano hablaba desde un rostro sin ojos, el mentón era una nariz de patata.

–Nuestra madre nos ha abandonado. No nos quiere, si no se habría quedado con nosotros.

Empuñando las anillas de hierro, los nudillos palidecían. No era verdad que la madre no los quisiera, ¿y si no por qué habría ido a verlos cada semana? Hasta les llevaba Coca-Cola.

–Igual es a ti a quien no quiere, porque eres malo.

Bajó del sillín impetuoso, tropezando.

Sen soltó la cadena. No llamó al hermano, dejó que se fuera. Čupko, en cambio, le siguió hasta la puerta, luego desistió, se ovilló en la entrada, emperezado por el sol.

Omar tenía que hablar con Nada. La divisó sola en la sala común, concentrada en dibujar: le dijo escapemos, debemos irnos de aquí, quiero encontrar a mi madre, a la tuya: ¿estás conmigo?

5

Avanzaban ligeros, sin intercambiar palabra, salvo corre, para, vamos, sincronizados hasta el punto de que a Omar le parecía que hubieran caminado juntos por una ciudad asediada desde que dieran sus primeros pasos. Le parecía como si se conocieran desde siempre.

Había sucedido tan deprisa que no daba crédito, y ahora no sabía si su voluntad era de verdad aquella. Nada parecía no haber esperado otra cosa que la señal para escapar: había metido en la mochila el estuche y una libreta a cuadros, quizá aún estaba enfadada con Ivo. Omar no se había llevado nada. Se habían escabullido, atentos a que no los vieran, y en menos de veinte minutos habían llegado a Baščaršija. La mayoría de las tiendas estaban cerradas; en el silencio, el aleteo de las palomas que volaban inquietas, en vana búsqueda de alimento, era un latigazo. Las palomas habrían podido salir de Sarajevo, pensó Omar, y en cambio se posaban en fila sobre el tendido eléctrico, se apretujaban unas contra otras en los tejados, se desperdigaban por el suelo en la plaza: tampoco ellas querían irse.

Vagaba con Nada por el centro de la ciudad desierta y calurosa. A lo lejos, se veían volutas de humo que se elevaban y hogueras que ardían. Sen decía que los bomberos ya no intervenían: estaban sin agua.

–¿Dónde vive tu madre? –preguntó Nada.

–En Čengić Vila.

–¿Y por dónde se va?

Omar se dio cuenta de que no lo sabía. Solo había hecho una vez el camino de casa al orfanato, cinco años antes. Y nunca había vuelto atrás. Se ensombreció; era un estúpido, sin su hermano no sabía hacer nada.

–¿Quieres ver dónde vivía yo? –Nada le socorrió, los párpados entornados.

Él se emocionó ante la idea de compartir algo de su pasado.

Atravesaron velozmente el Miljacka y se vieron en Bistrik. Por la calle no había nadie, aparte de los soldados, por los que no querían ser vistos. Al poco darían el toque de queda y Omar temía tener que pasar la noche en la calle, pero Nada vio que la iglesia de San Antonio estaba abierta y propuso refugiarse allí. Él no había entrado jamás en

una iglesia.

La luz que se filtraba por los vitrales hacía que el suelo pareciera mojado. Con la mano derecha Nada se tocó la frente, el pecho y los hombros. Omar se preguntó si debía imitarla, decidió que no.

–Seguro que la cierran en seguida, ¿qué hacemos?

–Quedémonos aquí. No nos verá nadie –dijo Nada, con aquella voz que parecía crepitar.

–¿Dónde quieres esconderte, bajo los bancos?

Lo tomó de la mano, por segunda vez. Omar se preguntó si las iba a contar una a una; esperó que en el futuro hubiera más.

Nada le llevó hasta una especie de caseta de madera oscura, una gruesa cortina burdeos cerraba la ventana sin cristal. Le recordaba al teatro de marionetas al que había ido una vez; su padre había bebido alguna copa de más, tenía las mejillas enrojecidas, pero reía como si se divirtiera de verdad, como si fuera feliz de estar con él. Aquel día hasta se había rasurado. ¿Y ahora? ¿Estaba en el frente, sin un espejo para afeitarse? ¿O habría abandonado el país hacía años? ¿Habría partido en un barco pirata? ¿Quizá llevara una venda, un garfio, una pierna de madera? ¿Habría encontrado el arca del tesoro? ¿Y cómo había podido, cómo, no pensar en él y en Senadin?

Nada tiró de la portezuela, apartó la cortina y dijo:

–Bienvenido.

Omar entró en aquel espacio angosto: había un asiento con un cojín –se sentó encima, le pareció cómodo– y, en los lados, dos rejillas de orificios tupidos y diminutos. Nada cerró la puerta y corrió la cortina de terciopelo deslizándola a duras penas. Allá dentro era casi oscuro.

Se sentó junto a él.

–Todo para nosotros –bisbiseó.

–Habrá que inventarse algo que hacer.

–Normalmente, ¿qué haces de noche en Bjelave con los bombardeos?

Omar volvió a sentirse estúpido. Nunca había estado solo, sin Sen, y además con una extraña, una niña... ni siquiera sabía cómo comportarse, con las niñas.

–Y además aquí está Jesús: nadie bombardea a Jesús.

Omar deslizó las nalgas hasta el suelo, recostó la espalda al asiento.

–Pero mañana buscamos la manera de llegar a mi casa, ¿vale?

–Vale.

Nada también se deslizó hacia abajo.

–Vamos a casa de mi madre y luego, con ella, buscamos a la tuya.

–Bueno, no sé muy bien dónde encontrarla.

–Nos ayudará mi madre.

–No creo que la mía me quiera.

–¿Por qué?

–Nadie quiere a una niña como yo.

Los ojos de Nada eran tan grandes que casi superaban el perfil del rostro redondo, de tez inmaculada. «Cualquiera querría una niña como tú», pensó Omar.

Tras haber sopesado ruidos eventuales –él con el corazón en un puño, mientras Nada desgranaba hipótesis: fieles sobrevenidos para recitar el padre nuestro, el cura que cierra el portal, un bostezo de aburrimiento que se le escapa a Jesús–, se acurrucaron en el suelo, con la mochila por almohada. Ella le daba la espalda, Omar no la abrazó, pero estuvieron pegados hasta que se durmieron. Durante el sueño, Nada se volvió del otro costado y él apoyó la frente en la de ella. Sintió su respiración en la cara: le hacía más cosquillas que el vello de Sen.

Por la noche lo despertaron los bombardeos. No hubo perros que los anunciaran, como en el orfanato, cuando empezaban a ladrar sin motivo aparente o se agazapaban bajo la mesa y no había manera de sacarlos.

–Nada –dijo.

–Eh –respondió ella, separando la frente de la suya. Omar en seguida la echó en falta.

En aquel lugar poco familiar, lejos del hermano, Omar tuvo más miedo que de costumbre. Esperó a que Nada le estrechase la mano, pero ella empujó la puerta con los pies y se pateó la superficie infinita de la iglesia.

–¿Dónde vas?

La voz atronó siniestra. Las velas habían sido apagadas, solo quedaba una encendida, a saber por qué, y desprendía una luz tenue. Una distracción del sacristán, dijo Nada. Omar ignoraba lo que era un sacristán.

–Tengo hambre. Mi hermano me trae siempre algo que comer.

–Lo sé –respondió Omar–. El otro día se encaramó al camión de la ONU en marcha. Figúrate que yo también lo intenté, pero me caí.

Nada se rió.

–Es genial Ivo, ¿eh?

Omar no respondió y ella cambió de tono.

–Quién sabe dónde anda ahora, qué hará. Me estará buscando, estará preocupado.

También Sen, seguro, estaba preocupado.

–¿Qué he hecho? ¿Qué me has hecho hacer?

Omar creyó que lloraría, no sabía que Nada no lloraba nunca. Arrojaba objetos, los rompía, pero no lloraba.

Si no hubieran estado juntos, él ya se habría vuelto: se había quedado para no parecer un miedica.

–Perdona –dijo.

Ella no hizo caso. Inhaló un sorbo de aire y se paseó por la iglesia, con las suelas de las sandalias repicando en el suelo, hasta que desapareció. ¿Dónde había ido?

El estruendo lejano de una explosión le hizo incorporarse de un salto.

–¿Dónde estás? –llamó–. Espérame, quiero estar contigo.

Ni una señal.

–Nada.

Cero.

–Por favor. –Ya no oía el repiqueteo de las suelas–. ¡Nada, joder!

–¡Shhh! Que estás en la iglesia.

Omar respiró por fin.

–¿Dónde estabas?

–No se dicen palabrotas en la iglesia.

–Ven aquí.

–Tenía hambre, ya te lo dije. Al final, las he encontrado.

Omar esperó a que reapareciera de la tiniebla, entonces se movió. Se sentaron en un banco.

–¿Quieres? –dijo Nada con la boca llena tendiéndole una bolsita.

Él alargó la mano y sintió con las yemas de los dedos una consistencia parecida a la del papel. Hurgó con los dedos como si fuera una bolsa de patatas fritas, pilló un par de rodajitas, las probó: eran insípidas y se pegaban al paladar. Hacían falta un gran esfuerzo de la lengua para soltarlas y una gran cantidad de saliva para tragar.

–Pero ¿qué es? ¿Porexpán?

–Son hostias. Tenemos un paquete entero, las he encontrado en la sacristía. –A Nada le había cambiado el humor–. Puede que seas el primer musulmán del mundo que se come una hostia –rió–. Aunque no está consagrada, no cuenta.

Omar no entendía aquella charla, pero estaba contento de que se hubiera relajado.

–Mi abuela me traía a misa cada domingo, aquí, cuando vivía con ella. De noche me leía la Biblia para que me durmiera. ¡Son historias increíbles! Yo la comunión no podía hacerla, era pequeña, no tenía edad, aunque me moría de ganas. Pero luego ella me dejó en el orfanato, y a la iglesia ya no fui más. –Nada masticaba con ganas–. Así que al final ya no la hice.

Él no sabía nada de la comunión, le interesaban otras cosas.

–¿Y te acuerdas de aquel día?

Al principio Nada no comprendió.

–¿Quieres decir del primer día en el orfanato? Claro. La abuela ya

no nos quería y yo no le di la satisfacción de rogarle. –Escondió la mano defectuosa en la otra–. No hay que rogar nunca a nadie, me lo enseñó Ivo.

–Yo en cambio no me acuerdo.

–Quizá eras muy pequeño.

–Qué va: me acuerdo de cantidad de cosas de antes. –Omar encajó la cabeza entre los hombros–. Si lo pienso, veo a mi padre que toca el timbre sujetándome por la nuca, tiene miedo de que me escape, y cuando abren y entro, él ya no está, me vuelvo y ya no está, me ha dejado allí solo, la nuca me duele.

Nada apretó más fuerte los dedos.

–Es que no puede ser, ¿entiendes? –dijo Omar–. Mi padre ya se había ido de casa.

–Yo nunca he visto a mi padre. Cuando le pregunté a Ivo dónde estaba papá, me dijo: ¿el tuyo o el mío?

Se rió brevemente, luego se quitó las sandalias.

Se subió al banco.

–¿Qué haces?

Colocó un pie en el respaldo y con un salto ya estaba encima, en equilibrio, los brazos extendidos.

–Ven –dijo.

Un paso tras otro, primero tambaleándose levemente, caminó hasta la otra punta del respaldo. Cada vez que el equilibrio le fallaba, soltaba un chillido. Lentamente, concentrada, se desplazó a la hilera sucesiva y, exultante, prosiguió.

–Vamos, ven.

En un instante, Omar ya estaba sobre el borde del respaldo y avanzaba con la agilidad de un funámbulo.

–Lo haces mejor que Jesús sobre las aguas –bromeó Nada.

¿Quién era ese Jesús que no dejaba de nombrar?

De este modo, recorrieron la nave central de la iglesia, a paso quedo, cada uno a solas con el riesgo de caer, pero solidarios.

–A ver quién consigue hacerlos todos sin caerse –le retó ella.

Si Dios hubiera estado atento, o hubiera tenido la curiosidad, les habría vigilado desde su rincón resguardado: dos cuerpos suspendidos, músculos sanos y corazón alerta. Los habría mirado moviéndose en la penumbra de una sola vela con la misma confianza que los acróbatas, los brazos tendidos como alas, como los de su hijo en la cruz, los habría oído gritar arrebatados y temerosos. Si en lugar de andar protegido, Dios hubiera estado aquí abajo, ante aquellas siluetas vacilantes, el eco de sus gritos contra el techo altísimo, el resplandor de las bombas que los exponía tal cual eran, dos niños, se habría enternecido como un anciano más, y quizá se habría hecho cargo de su destino. Pero Dios estaba exiliado, siempre lo había estado. Y Nada

ni siquiera pensaba en él.

–¡Te pillo! –dijo haciendo una pirueta y volviéndose hacia Omar, que estaba a pocos pasos detrás de ella. Levantó los brazos como las patas de un animal feroz y con voz ronca repitió–: ¡Escapa o te pillo!

Omar trató de recular, pero era difícil mantener el equilibrio, de manera que él también dio la vuelta y empezó a brincar ligero por el respaldo, mientras Nada le perseguía riendo. Él se moría de ganas de que le pillara, pero corría tanto como podía, de un banco a otro, porque le maravillaba oírla reír. Corre, le había dicho mamá, y también esta vez él quiso detenerse. Corre, le había dicho, y él había olvidado que correr podía relacionarse con la felicidad.

Nada trató de aferrarse a su camiseta.

–¡Te pillé! –exclamó, mientras el algodón le resbalaba entre los dedos.

Un artefacto tronó muy cerca: el portal vibró, las paredes vibraron, Nada perdió pie. Gritando, se revolcó sobre el banco. Omar bajó, la encontró con un talón entre las manos.

–¿Qué te has hecho?

Ella se masajeó el tobillo. El cielo ardiente, tamizado por el vitral, la iluminaba al bies.

–Nada –le rogó Omar, sin osar tocarla.

Ella levantó la mirada.

–Has ganado.

La vela se había apagado.

Horas después, quién sabe cuántas, un ruido demasiado fuerte como para ser un bostezo de Jesús les abrió los ojos como platos. Omar tenía las extremidades anquilosadas, doloridas; necesitó unos segundos para orientarse. La luz era otra vez exuberante, y el mármol relumbraba.

–Joder –se le escapó a Nada. Estaba despierta.

–Dijiste que no se dicen palabrotas en la iglesia.

–Hay alguien, Omar.

Se movieron casi al unísono, trataron de arrastrarse a gatas por el suelo para que no los vieran, pero el cura les sorprendió mientras se escabullían.

–¿Qué está pasando aquí?

Debía de haber visto la bolsita de hostias, habían sobrado cuatro o cinco: había migas esparcidas sobre la madera del banco, por el suelo.

–Dios bendito –soltó.

Entonces Nada agarró a Omar de un salto y salieron a toda prisa.

El cura trató de seguirlos, pero eran más rápidos. Corrieron afuera mientras les llamaba y solo se detuvieron cuando estuvieron lejos.

–Ya no te duele el tobillo –Omar jadeaba.

Nada respiraba con la boca abierta.

–Estoy bien.

–No sé dónde podemos escondernos ahora, para que no se nos lleven a Italia.

–Hay que ir a Čengić Vila.

–Sen dice que se tarda al menos una hora y media para llegar a pie hasta allí y que seguro que antes nos detiene algún disparo.

Caminaban a la vera del Miljacka. Un francotirador podría disparar, había que acelerar, pero ella miraba el agua. Era más alta que él, de huesos más robustos.

Por la mañana se le humedecían los ojos.

–¿Quieres volver con Sen?

Omar no respondió. Tenía miedo de descubrir que el semisótano estaba vacío, o simplemente de morir. Nada continuó caminando y mirando el río como si lo tuviera que pintar. Luego se detuvo.

–Si un día encuentras la manera de escapar de Italia y volver aquí, ¿juras que me llevarás contigo?

De niños se bañaban en el Miljacka, escrutaban el temblor rutilante de las ventanas, de las nubes, de sus costillas, antes de zambullirse y hendir el río, pulverizando sus huesos. El agua estaba fría y les arrugaba la carne: no había madres que gritaran fuera del agua, se estaban en remojo durante horas, hasta que las yemas de los dedos emblanquecían rugosas, los labios se amorataban, la infancia prorrumpía.

Carne negra, vejigas, las madres que no llaman; muertas o vivas, ya no pueden recogerlos, secarlos frotando, acostarlos. Con que les hubieran sumergido completamente en el río cuando tocaba, sosteniéndolos por el talón, ahora ellos no fluctuarían en una urna de agua, olor a hojas podridas y centelleo de ventanas rotas, nubes rasgadas.

¿A quién se le ocurriría rellenar los depósitos con un agua donde flotan cadáveres? Moriremos de sed, y se nos merendarán los peces, ni siquiera las moscas, y las madres no lo saben. Los han amamantado en su seno, les han ilusionado. Que la vida fuera un pezón caliente cada vez que el hambre asediaba. Se habían hecho la ilusión (el pezón tirante, el dolor que aprieta) de que los podrían defender. Tendrían que haberlos apartado (ignora las bocas abiertas suplicantes ignora los ojos atónitos), meterlos con el estómago vacío en una cesta y entregarla a la corriente. Pero no, olvidaron salvarlos.

La joven con los ojos de malaquita ya no baja al río, no recoge cesta alguna, no hace la cola del pan; duerme lejos de los cristales y tiene pesadillas, se despierta con el cuello húmedo, la nuca empapada. Tiene los pezones ciegos.

El Miljacka es una tina apestosa. Las madres no llaman, han muerto, o enloquecido, o se han escondido en el sótano, los cadáveres hinchados, los peces saciados. Las madres exprimen y no les queda leche. Ya no tienen hijos.

6

Omar no esperaba a las madres.

El viaje había sido anunciado varias veces y pospuesto otras tantas. Dicen que los chetniks podrían pararnos, explicaba Sen. Aunque jamás hubiéramos visto un chetnik, Omar les tenía miedo, hasta el punto de que el corazón le latía desbocado en la barriga.

Tranquilo, puedes apostar a que volvemos a esta pocilga, masculló Sen cuando el autocar los fue a buscar al orfanato y la directora los despidió emocionada.

El cielo estaba despejado pero neblinoso, había siempre una pátina de polvo oscuro sobre todas las cosas, las manos se ennegrecían, las mejillas. El autocar se detuvo junto a los otros en el aparcamiento de las torres UNIS, punto de recogida de todos los niños que partían, no solo los huérfanos. Bajo los rascacielos Momo y Uzeir, heridos por las bombas, las madres llevaban a los niños de la mano, daban consejos, los besaban ávidas en el cuello, las sienes, ataban cordones, les acomodaban las mochilas a la espalda, intercambiaban informaciones con otros padres. Omar las observaba por la ventanilla.

Cuando, a pesar de la prohibición, Sen decidió bajar a buscar un lugar protegido para fumar, él y Nada lo siguieron. Omar fantaseó con que su madre pudiera surgir de entre el gentío. Así, sin avisar, se separó de ellos para buscarla. Llamó: «Mamá», al principio como un susurro, luego en voz cada vez más alta, y se metió entre la multitud: esta vez no la obedecería, esta vez la iba a encontrar. Abriéndose camino entre brazos y cuerpos, inspeccionó a las personas en derredor. Aquel vestido de flores le recordaba a la prenda playera que se ponía ella, aunque era más delgada, menuda; aquel pelo negro que caía sólido sobre los hombros era tupido como el suyo, pero ella no lo llevaba nunca suelto; y los zuecos blancos: iguales a aquellos con que chancleteaba en el semisótano. Pero no, no era ella quien los llevaba ahora. Continuó llamándola con insistencia. Los padres lo miraban perplejos y compasivos, y algunos niños, quizá azorados por la invocación apremiante a la que ninguna madre respondía, rompieron a llorar.

Sintió que una mano lo aferraba el brazo, la esperanza que le aferraba el corazón. Se volvió.

–¿Dónde ibas?

Omar no tuvo tiempo de responder, el hermano ya lo arrastraba hacia el autocar. Los otros también habían bajado, era imposible tenerlos quietos mucho rato. Era fácil reconocerlos, a los niños del orfanato: llevaban la cabeza rapada como él. En vista de que se iban, los habían rasurado; también a las chicas, salvo a Nada. Ivo se había emperrado, mi hermana no tiene piojos, y al final se salió con la suya. No es justo, repetía Vera.

Omar dijo: «No está», y se rascó la nuca, hirsuta como la barba de su padre.

–Claro que no está –respondió Sen–, no sabe que nos vamos.

–Ivo ha dicho que lo dicen hasta los periódicos, lo ha oído de la directora.

–Ya hace tiempo que teníamos que irnos, el día exacto no se sabe, puede que tampoco sea hoy.

–Pero ¿y si nos vamos y viene ella y no nos encuentra?

–Hace casi dos meses que no viene.

Omar volvió a ver la paloma muerta, el ala arrancada del cuerpo ensangrentado.

–¿Y si viene y nosotros estamos en Italia?

–La directora se lo dirá.

–¿Y si nos cogen los chetniks?

De vuelta al autocar, se sentaron juntos: Sen junto a la ventana, para que Omar pudiera charlar con Nada, en la misma hilera, pero separados por el pasillo. Los niños del Ljubica Ivezić no tenían padres de quienes despedirse. A los otros les costó separarse de las madres, que seguían repitiendo son como unas vacaciones, ya verás, es solo hasta que empiece la escuela. Nada escuchaba, luego se volvía hacia Omar: «Estos no paran de lloriquear». Desde fuera, los padres pegaron la palma de la mano a la ventana y, de rodillas en los asientos, los niños correspondieron de este lado del cristal.

–No saben hacer otra cosa, son insoportables –dijo Nada, poniendo los ojos en blanco. Se dio cuenta de que Omar solo se reía para contentarla.

Cuando casi todas las plazas estuvieron ocupadas, llegó un muchacho con el pelo intacto, más bien alto, los hombros desproporcionados, los huesos de la cara geométricos, como si los hubieran tallado en madera y la tarea hubiera quedado a medias. Encajó la bolsa en el armario y con un ademán indicó el asiento junto al suyo: ella apartó lateralmente las piernas para dejarle pasar. Tan pronto como se sentó, se puso los cascos de un walkman, cerró los

ojos y posó la sien en la ventana.

Nada no habría sabido decir qué edad tenía: sin duda ya se afeitaba, como su hermano. La fastidiaba tener un extraño al lado. Se había traído la libreta de matemáticas, medio en blanco, para dibujar en las páginas vacías, la guardó bajo el asiento. Ivo le había dicho: Procura no vomitar. La abrazó fuerte y ella le propinó unos golpecitos en el pecho, porque no sabía llorar, y frases como te quiero, o te echaré en falta, ella y su hermano no las habían pronunciado nunca. Luego, él esperó a que el autocar maniobrara y se la llevara.

En el autocar había también dos educadoras, y tres mujeres más. Nada supo poco después que se trataba de una médico, de una maestra y de la esposa de un humorista famoso, pero entonces pensó que eran madres incapaces de separarse de los hijos. Y envidió a aquellos hijos.

Los autocares abandonaron el aparcamiento, escoltados por un vehículo blindado de la ONU, y los padres, poco a poco, se fueron alejando demasiado para que los besos que les mandaban con los dedos llegaran a su destino. Puede que entre el gentío estuviera su madre y Omar no hubiera logrado encontrarla porque Sen se lo había llevado de vuelta, y ahora se había quedado sola en el aparcamiento, abandonada por todos. O quizá no: estaba en algún otro lado, y lo necesitaba, mientras él se alejaba –¿de quién era la culpa?–. Se le revolvió el estómago, le tembló el mentón, se le humedecieron los ojos. Omar apretó el brazo del hermano.

–Shhh –susurró Sen–. Somos gigantes, ¿te acuerdas?

A Omar se le dibujó una sonrisa escueta.

Si se hubiera puesto a lloriquear otra vez, como en la tarde de la granada, puede que Nada se hubiera arrepentido de ser su amiga. Trató de distraerse.

Además del perfil de Sen, la ventana enmarcaba edificios acribillados, muros que revelaban el armazón de hierro. Ya no lo impresionaban. Lo que lo sorprendió fue la terracita llena de macetas con flores, tomates, pimientos, fue también la mujer que andaba regando. No sintió pena por el hombre que hurgaba en los contenedores, por la mujer que calzaba botas, aunque fuera verano, que hincaba el diente en la comida pillada de entre deshechos, por la pareja que se fumaba un cigarrillo a medias, ni por el grupo de chicos que jugaba al fútbol entre coches desguazados, mientras, haciendo equilibrio sobre un ladrillo, una niña cepillaba la cabeza de una muñeca decapitada.

A lo largo de la avenida de los Francotiradores le apretó de nuevo el

brazo a Sen. Temía que también pudieran ametrallar el autocar, por más que el delegado de Naciones Unidas hubiera acordado un alto el fuego momentáneo –eso dijeron las educadoras– para permitirles atravesar las líneas del frente.

Omar no había salido nunca de Sarajevo. Nunca había ido de vacaciones al mar ni a la montaña: de pequeño creía que solo en la televisión la gente se iba de veraneo o visitaba ciudades extranjeras y lugares exóticos. En la escuela, más tarde, conoció a niños que se iban de vacaciones con los padres y contaban de las zambullidas y del pescado que comían cada día, pero nunca quiso estar en su lugar. La suavidad de las mantas con que lo arropaban hasta el mentón, en invierno, cuando las sábanas aún están frías y, poco a poco, se van impregnando del calor del cuerpo, de los cuatro cuerpos, acurrucados uno al lado del otro, la ternura de los cuatro cuerpos sudados en una sola cama, en verano, la similitud reconfortante de los olores, un rasgo de familia, y los pies de la madre como gominolas eran todo lo que deseaba. Y todo lo que había perdido.

Por eso dejó de mirar por la ventana, a diferencia de Sen, y se volvió hacia Nada.

–Tengo hambre –dijo ella.

–Pero ¿qué tienes? ¿La solitaria?

No sabía qué era la solitaria, pero era algo que su madre decía siempre: durante la cena, Sen nunca quedaba saciado y ella no tenía nada más que llevarle al plato. Lo decía nerviosa, quizá por eso Omar era inapetente desde pequeño, para no darle un disgusto.

–Tenías que haberte traído una bolsita de porexpán –le sonrió.

–Sí, ríete... ¿Sabías que cuando el cura dice misa las hostias se convierten en el cuerpo de Cristo? Y luego te lo tragas.

–¿Quién es Cristo?

–El hijo de Dios. Cuando te comes la hostia, te tragas su cuerpo y su sangre.

–Qué asco. ¿Como caníbales?

–Bah, no lo entiendes. Y decir eso es pecado mortal.

Nada retorció los labios en una mueca de listilla que fue casi una alegría para Omar.

–Por suerte, probé una y ya, de esas cosas secas. Y además este Cristo no sabe a nada.

–Mi abuela iba los domingos a misa en ayunas para poder hacer la comunión.

Y dale con la comunión. Omar se aturullaba cada vez que la nombraba. Pero le gustaba escuchar a Nada. Con su largo pelo rubio, en medio de todas aquellas cabezas desplumadas, parecía una princesa entre sapos.

–Ni siquiera un caramelo se comía la abuela, tampoco bebía, porque

debía llevarse Jesús a la boca.

–Pero ¿quién es este Jesús?

–¡El hijo de Di-ooos!

–¿Él también? ¿Y cuántos hermanos son?

–Que no: es hijo único.

–Ah.

–La abuela tomaba la comunión y durante toda la semana Jesús estaba dentro de ella.

–¿Por qué solo una semana?

–Hasta la misa siguiente.

–¿Y si por ejemplo tenía gripe y a la misa siguiente no podía ir? ¿Jesús cómo se lo montaba? ¿También se pasaba por allí o no?

Nada curvó el labio inferior y movió las pupilas hacia arriba a la izquierda.

–No lo sé. Quizá es como el bonobús, que se va renovando.

–¿Y de qué sirve llevar dentro a Jesús?

–Bu, la abuela dice que te protege.

–¿De qué?

Nada se encogió de hombros.

–De las cosas malas.

–¿Y de los chetniks?

–Creo que sí.

–Pues tenías que haber robado un paquete de hostias.

–Es que sin la misa no valen.

–Siempre es mejor que nada, nunca se sabe.

7

El autocar frenó de golpe.

El muchacho junto a Nada se quitó los cascos y estiró el cuello para ver qué estaba pasando en la calle. Nada se asomó en su dirección por el mismo motivo, pero los hombros de él, demasiado grandes, le tapaban el campo visual. Se inclinó a la derecha y vio que el conductor de Naciones Unidas había bajado del vehículo blindado y estaba mostrando unos documentos a los militares. Hablaba gesticulando y, cada tanto, pasaba el dedo índice por las hojas. Los soldados sacudían la cabeza; ningún interés por los papeles.

Sintió un hormigueo en las nalgas: era la señal con que el cuerpo de Nada la advertía del peligro.

El chófer del autocar repicaba los dedos sobre el volante; aunque atenuado, el sonido llegaba hasta la quinta hilera, desde donde ella espiaba los movimientos. Las educadoras y el resto de las mujeres, sentadas delante, no dejaban de conversar en voz baja. El chófer se sumó a la charla, intensificando el murmullo. Luego ya no aguantó más y se bajó.

Nada se inclinó un poco más y sin querer tocó el hombro del muchacho con la frente: se echó atrás en seguida. Él la miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

–Perdona –dijo Nada, y se volvió hacia Omar.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

De pronto, una educadora levantó la voz; agitada, llamó por su nombre a algunos niños y los obligó a ir detrás, cambiándolos de sitio. Entre ellos estaban Omar y Sen.

Omar obedeció solo porque el hermano lo empujaba, vamos, muévete, ¿no lo has oído? Parecía embobado. Tuvo el tiempo de cruzarse una mirada con Nada, que le leyó en el rostro la misma alarma y se puso de rodillas sobre el asiento para seguirlo al menos con la mirada. Una mano le apretó la cabeza hacia abajo: «Agáchate».

Era la primera vez que escuchaba la voz del muchacho.

Él le sonrió, Nada no. Se volvió a sentar, se mordisqueó una uña, la escupió, resistió a la tentación de volverse. Luego cogió la libreta y se la puso sobre los muslos; sujeta entre índice y pulgar, el lápiz temblaba. Si conseguía dibujar, se podría ausentar de aquel momento,

de aquel lugar, de aquel alboroto, podría calmarse. ¿Qué podía dibujar? No tenía ni idea, el lápiz vibraba entre el ruido de pasos, el chirrido de los asientos, el zumbido frenético de voces. Se aventuró con una copia del natural: nunca había dibujado un autocar. Trazó unas líneas, salieron regular, no tenía goma de borrar. Trató de corregir, peor. Niños y adultos se agitaban por el pasillo, le golpeaban el codo, le hacían equivocarse. La invadió una vaharada de calor, recordó a Ivo: no vomites. Cerró la libreta.

El cambio de asientos fue caótico, pero se pudo concluir. El chófer del autocar no había vuelto aún. De cara a los niños, las educadoras aparecían pálidas. Nada no conseguía ver la carretera.

–¿Qué hacen?

–Discuten.

Le señaló la libreta sobre las piernas:

–¿No dibujas más?

–No me apetece. –Nada la guardó otra vez bajo el asiento–. ¿Por qué han tenido que irse atrás mis amigos?

–Serán musulmanes.

–¿Y qué?

–Pues que, si suben los serbios, se espera que se centren en nosotros, y no vayan hasta el fondo, con ellos, porque para ellos sería peor.

–¿Y qué quieren de nosotros?

Nada respiraba afanosamente.

El muchacho le tocó otra vez la cabeza.

–Mírame.

Los iris verdes oscuros, las cejas tupidas, las orejas prominentes: todo en él tenía algo de excesivo, la base ancha de la nariz, los huesos gruesos de la cara, las manos grandes –Nada se dio cuenta ahora de que el muchacho se rascaba la mandíbula, quizá le picaba la barba–, en contraste con las piernas que no rellenaban los pantalones.

Ella se mordió distraídamente la base del pulgar.

–Dibujas bien –dijo el muchacho–. ¿Cómo te llamas?

Y con ternura tiró de su mano. Nada se la arrebató y la escondió entre los muslos. Se avergonzaba de la propia mutilación.

–Oye, que no tengo la lepra –bromeó él–. Me llamo Danilo.

Ella no se presentó.

–¿Estás contenta de ir a Italia?

Le hablaba como a una niña pequeña, pero Nada ya tenía once años y medio, y en una ocasión le había robado a Ivo una cuchilla para afeitarse las piernas, aunque él no quisiera.

–No.

–Pues es un país muy bonito, ¿sabes? Hace tres años mis padres me llevaron a un concierto de Pink Floyd en Venecia. No sabes la maravilla que es la ciudad.

–A mi hermano también le gusta Pink Floyd.

–En realidad es mi padre quien los escucha, yo no tanto. ¿Cuántos años tiene tu hermano?

–Casi dieciocho.

–Cuatro más que yo. Bueno, yo cumplo catorce a finales de octubre. ¿Dónde está él?

Desde abajo, el chófer se asomó gritando:

–Tenéis que bajar.

–¿Por qué? –se alarmaron las mujeres, tocándose mutuamente los codos.

–Bajad. Y bajad a todos.

El bullicio aumentó.

Avanzando en fila, Nada se volvió buscando a Omar. No lo vio y se sintió flaquear, como si tuviera fiebre.

En la carretera se acercó a Danilo, no quería perderle de vista a él también.

–¿Qué nos van a hacer?

Los mandarían de vuelta, o quizá no. Los secuestrarían y encarcelarían. ¿Dónde los llevarían?

–Tranquila. Estoy contigo.

Al ver que los militares se dirigían hacia ellos, Nada sintió que la vena le palpitaba en la frente. Danilo la tomó de la mano, ella no la retiró. Era una mano seca y caliente como la de Ivo, más blanda.

Los militares llevaban uniformes de camuflaje con el primer botón sin abrochar; en las gorras de visera estaba cosida una bandera roja, azul y blanca. Avanzaban a la vez, como si hubieran sincronizado el ritmo de los pasos y la zancada. Uno llevaba unas Ray-Ban de sol, otro observaba a Nada: ella apretó la mano de Danilo, no me dejes, pensó. El soldado estaba cada vez más cerca, no dejes que se me lleve. La vena de la frente estaba a punto de reventar. Cuando ya tuvo al soldado enfrente, Nada estuvo a punto de desplomarse, se le nubló la vista, Danilo le apretó los dedos. Solo entonces se dio cuenta de que los soldados habían pasado de largo y habían subido al autocar.

Lo registraron abriendo los armarios, las bolsas, las mochilas, examinaron los asientos. ¿Qué buscaban? Nada no preguntó. Por fin divisó a Omar, pero estaba muy lejos, y ella tenía miedo de moverse: calló, la mano en la mano de Danilo. Él no la soltó, le acarició el dorso con el pulgar.

Nada no habría podido decir cuánto duró el registro, le pareció un tiempo intolerable. Sintió una punzada en el tobillo: Omar no acudía, esta vez no iba a ganar como en la iglesia. Boqueaba.

Era imposible llevárselos a todos, los seleccionarían a la buena de Dios: si le tocaba a ella, ¿quién advertiría a Ivo? O puede que solo se llevaran a los musulmanes, y ella no volvería a ver a Omar, iría a

Italia sin él. No quería separase de Danilo, le agarraría la mano hasta romperse las uñas.

Al final los militares bajaron.

Tras una breve indicación al conductor de la ONU, hicieron gestos a los pasajeros para que subieran. Del murmullo Nada entendió que permitían remprender la marcha a los autocares, pero imponiendo una ruta distinta del itinerario programado.

Danilo callaba de un modo que la hacía sentirse culpable. Como si la cercanía de antes hubiera sido un esfuerzo, un deber cumplido sin querer. Quizá coger una mano a la que le faltaba un dedo lo había asqueado, por eso ahora la rechazaba.

Omar y Sen no habían retomado sus puestos. Estaba sola.

–Lo siento –dijo.

Danilo volvió en sí.

–¿El qué?

–La mano. Lo siento.

–Pero ¿qué dices?

–Si te da asco, lo entiendo.

Él frunció el ceño.

–Y además es el anular. Vamos –se esforzó en reír– que nunca podré casarme.

Danilo no rió. El autocar avanzaba con ritmo pausado, como si no lo acabaran de parar, registrar, desviar. Como si aquello fueran de verdad unas vacaciones. Cuando una de las educadoras propuso cantar, el conductor entonó «Sarajevo, Ljubavi Moja». Se la sabían todos, en la radio no paraban de ponerla mientras disparaban desde las colinas.

Las voces de los niños aún sonaban temblorosas, solo Danilo cantaba como si fuera el último cartucho para sobrevivir. Entonaba muy bien, mejor incluso que Ivo. Nada, que recordaba pocos versos del pasaje, se sumó a él: «Donde quiera que vaya, sueño contigo», moduló con voz demasiado alta, para mostrarle que no se sentía herida. «Todos los caminos me llevan a ti»; el hormigueo no cesaba, pero la vena había dejado de palpitar.

A nadie le gustan las personas que se ofenden y Nada no quería que Danilo la descartara. A voz en gritó, cantó «Espero con nostalgia tus luces, Sarajevo, amor mío». Luego, mientras se gritaba, susurraba, alteraba o truncaba por un nudo en la garganta la última estrofa, Danilo dijo:

–Hagamos un pacto. –Parecía en verdad un hermano mayor dispuesto a protegerla–: Si al final nadie se casa contigo, a grandes males me caso yo.

8

Tuvieron que parar una y otra vez, mostrar las listas, negociar el trayecto. Obligaron al convoy a cambiar de ruta varias veces, a transitar por las montañas, e iba con cautela porque la carretera caía en picado. Las maniobras agitaban a Sen, o puede que fuera el panorama. Omar extrañaba a Nada.

Un niño pequeño se había hecho caca encima, pero en el baño no bajaba agua, no podían lavarlo. El hedor irritó a Omar, luego se habituó. Los que lloraban al partir ya habían hecho amistad, o quizá ya se conocían: en cualquier caso, jugaban juntos. Él no quería hacer amistad con nadie ni jugar con Coccodè u otros compañeros del orfanato. Había mordisqueado los bordes del bocadillo que recibió para almorzar, luego se lo dio a su hermano para que lo terminara.

El conductor aparcó el autocar en un claro espacioso. Las acompañantes explicaron que pasarían la noche en el altiplano, al alba retomarían la marcha, era demasiado peligroso conducir de noche por aquella carretera. Los niños estaban impacientes por bajar, alguno se había mareado en las curvas, otros solo estaban hartos de ir sentados y los había que volvían a echar en falta a la madre y lloriqueaban. Al ponerse el sol Omar también se sentía inquieto, ya le sucedía antes de la guerra.

Saltó del último escalón y le pellizcó un aire fresco, eléctrico. El calvero era una extensión de hierba rala que crecía sobre la roca. Los pedruscos irregulares, apuntados, parecían haber irrumpido con fuerza de la tierra, desgarrando el manto verde, o haber caído como bombas en la noche. Descendían hacia la orilla del lago. En la riba opuesta, la silueta de las montañas y un cielo incandescente, hilachas de nubes rojas.

Los niños corrieron hacia el rompiente y se agazaparon para tocar el agua.

–¿Nos bañamos? –propuso Sen.

Omar no sabía nadar. A su hermano tampoco le había enseñado nadie, pero él cumplió la hazaña de meterse en el Miljacka y aprender, como pudo.

–El agua estará fría.

–¿Y qué más te da?

Sen se quitó la camiseta y se puso a correr.

Omar se miró los pies. Aquella mañana no había encontrado la zapatilla izquierda, quizá Čupko se la había robado para mordisquearla. Nada le mostró una pila de zapatos usados en la última planta y él pilló una zapatilla verde de deporte con la suela blanca que parecía de su talla.

–Nunca había estado en el lago.

Ahí estaba, la había extrañado.

–El chico sentado a mi lado dice que ya había venido aquí.

–Ah.

–De excursión con su familia.

–Y si tiene familia, ¿por qué se va a Italia?

–Para salvarse, como todos.

–¿De qué sirve salvarse si, entre tanto, se muere tu familia?

Nada suspiró.

–Yo también voy a Italia mientras Ivo corre el riesgo de morir.

Omar se arrepintió de su comentario.

–Es simpático –dijo ella.

–Cualquiera es más simpático que un huérfano.

–¿Qué quieres decir? –preguntó, tocándole.

Omar evitó mirarla. Los otros niños se salpicaban mutuamente, uno se abalanzaba sobre otro para hacerle caer al agua, se derrumbaba sobre él y se iban a pique, enzarzados y desbordantes, gritaban, bebían, tosían, reían. Eran tan estridentes los gritos de alegría. Y chirriantes, para él.

–Vamos a bañarnos.

–No me apetece.

Le había brotado una especie de rencor, y no sabía por qué.

–Va. –Lo tomó del brazo.

Él se soltó.

–He dicho que no me apetece.

Nada se quedó en silencio. Llegados a ese punto, visto que Omar no abría boca, se dirigió a la orilla sin hablarle.

El contacto con el agua helada reverberó por todo su cuerpo como una descarga de placer. Fue una sensación tan violenta, tan inesperada, que la invadió una euforia extraña. Con el agua a media pantorrilla se echó a reír, sola, sin motivo. Y cuanto más se metía, más se reía. El frío le agarrotaba los miembros, los pezones. Por primera vez, en aquel lago, tuvo conciencia de los propios senos: aunque incipientes, sintió una tirantez marcada como nunca antes. Se los tapó con las manos, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas, sumergiendo

la cabeza.

Se secaron alrededor del fuego. Los faros de los blindados iluminaban un poco mientras, sentados en el suelo, los niños comían carne enlatada, la misma que llegaba al orfanato en paquetes de la UNPROFOR. Nada la detestaba. Las mujeres departían entre ellas, los niños del Ljubica Ivezić permanecían juntos, los otros los escrutaban con cierto recelo. Vera debía de estar cansada, no la escarneció como de costumbre. O puede que el rapado obligatorio la hubiera apocado, sin pelo se sentía menos fuerte. Si la hubiera llamado Muñoncito delante de Danilo, Nada se habría hundido. Pero Danilo estaba lejos, se había juntado al grupo de los hijos de familia y charlaba con un amigo que viajaba en otro autocar. El amigo le había ido al encuentro tan pronto como habían bajado. Le presentó a Nada. Izet y yo, le había dicho, nos conocemos desde primaria, su padre y mi madre trabajan en la redacción de *Oslobođenje*. Solemos ir de vacaciones juntos.

Nada imaginó aquellas dos familias que se iban a la costa de Croacia o a esquiar al monte Jahorina. Izet saludó con un gesto rápido, luego se llevó a Danilo consigo y, en un segundo, él se olvidó de ella.

Había también periodistas extranjeros, según parece los acompañaban para documentar el suceso. Los que sabían serbocroata hacían preguntas a los niños más espabilados, los otros a los niños que sabían algo de inglés, sobre todo a los hijos de familia, y les filmaban con las cámaras: a cambio de historias lacrimógenas les regalaban piruletas. Los niños habían entendido en seguida que el interés dependía de los episodios que contaran, cuanto más trágicos mayor satisfacción procuraban a los periodistas, de modo que todo se convirtió en una competición para ver quién contaba el más triste. Danilo e Izet no participaban.

Omar estaba sentado algo más allá, haciendo girar el tenedor en la lata de carne; estaba solo –Sen debía de haberse alejado para encender un cigarrillo– y absorto. La había ignorado toda la noche como si estuviera enfadado con ella, pero ¿por qué? Quizá bastaba con preguntarle, ir junto a él. Seguro que aquel circo con los periodistas lo asqueaba. Nada decidió que ella se encargaba de desbaratarlo, apartaos, mi historia es la que vale.

Si mostraba a cámara la mano con el dedo tajado –fue una granada durante el desayuno–, ganaría: cualquier otro relato perdería interés. Los periodistas le dedicarían el reportaje entero, y los ingleses, franceses, italianos, dentro de sus casas resplandecientes e intactas, se emocionarían con aquella mentira. Un hombre le preguntó en serbocroata si quería decir algo. Lo dejaría anonadado. Los hijos de familia continuaron interrumpiéndose unos a otros para acaparar piruletas, los del orfanato en cambio la escrutaron: esta vez, Ivo no

estaba. Esperó a que Danilo se volviera, ni que fuera un instante. Miró otra vez a Omar, esperando que levantara la cabeza. ¿Y pues?, dijo el periodista. Omar la levantó, Nada le sonrió por reflejo, dispuesta a renunciar. Pero él hundió el tenedor en la conserva y apartó la mirada.

Nada apretó el puño para esconder la amputación.

–A mi madre, la mató esta guerra –dijo.

Por el rabillo del ojo, vio que Omar se sobresaltaba.

–Estábamos paseando cuando una granada se la llevó.

Omar dejó caer la lata y el tenedor.

–Fue en el mes de mayo.

Se fue rápidamente hacia ella, parecía tambalearse.

–Está muerta –dijo Nada–. Antes venía a verme cada semana al orfanato, después la granada la mató.

No conseguía callar, la vena le palpitaba de nuevo en la frente.

Cuando estuvo delante de ella, Omar dijo:

–No está muerta. –En voz demasiado baja para que alcanzara a oírlo el periodista. Tenía una expresión incrédula.

Nada lo empujó al suelo. Una vez encima de él, le atenazó las piernas con las rodillas.

–Sí que está muerta.

Esperó a que se defendiera, que la volteara de espaldas, pero no reaccionó en absoluto.

–Está muerta, ¿entiendes? –dijo, tirando de su camiseta.

¿Por qué? ¿por qué lo hacía? Omar cerró los ojos, sin más.

Fue el conductor quien los separó. Sen volvió jadeante, las mujeres le pidieron que se ocupara del hermano, quizá llevárselo a dar un paseo. ¿Y los periodistas lo habían filmado todo?

La riña provocó la hilaridad de los niños, ya no tenían sueño. Hasta Vera se envalentonó, de nuevo altanera a pesar del rapado.

–Muñoncito siempre fiel a sí misma.

Una punzada en el anular ausente, nunca le había sucedido. Pero ahora Omar había desaparecido. El cuerpo de Nada era una jaula vacía que hasta poco antes lo custodiaba.

Seguían acampados cuando una ráfaga de destellos imprevistos tronó en la oscuridad. Nada se arrojó al suelo, como todos, aunque los bombardeos eran lejanos. El estruendo le resonaba en el cráneo.

De nuevo hicieron subir a los niños al autocar, algunos en brazos, otros agarrados de la mano. Ella subió por cuenta propia.

Encontró a Danilo ya sentado.

–Así que te pegas con los chicos.

No respondió.

–Creía que eráis amigos.

–¿Y tú y yo?

No tenía nada que ver, pensaba.

–Bueno, ni siquiera me has dicho cómo te llamas.

–Me llamo Nada, ¿y con eso?

En aquel momento subió Omar con su hermano.

Ella observó su perfil, él la evitó a propósito. La pasividad con que había soportado la agresión la había desconcertado. Había cerrado los ojos, aunque quizá era para no mirarla: en aquel rechazo, por más que entonces no habría sabido decirlo, Nada advertía cierta forma de agresividad. Y ella, ¿por qué había mentido? Tenía ganas de hacer daño, de ser castigada, o bien...

–Danilo –lo llamó volviéndose, pero su compañero de viaje ya llevaba los cascos puestos.

Nada metió los dedos en los cabellos húmedos y pensó que iba a tener frío, sin una manta, sin nadie contra el que acurrucarse.

9

Al segundo día de viaje Nada advirtió sorprendida una especie de intimidad. Es la que nace de compartir la vulnerabilidad del sueño, el olor orgánico de cuerpos apiñados en un espacio cerrado. Como en la sala común del orfanato.

El autocar avanzaba flemático. Por la ventana entrevió una mujer sentada con las piernas separadas en un patio, a la sombra de una casa destechada, ni siquiera una teja. Cuando estuvieron más cerca, vio que sostenía una cesta de mimbre de la que iba pescando una cereza tras otra, se las metía en la boca y con un arreón de la cabeza arrancaba el pedúnculo, masticaba mecánicamente y escupía el hueso. Estaba sola. Nada sintió en la lengua el sabor dulce e intenso de las cerezas, pensó en Ivo.

Todos habían desistido ya de cogerlas de los árboles, para no librarse a la puntería de los francotiradores, pero Ivo era temerario hasta la arrogancia. Así que un día se subió a un cerezo para arrancarlas y pasárselas a los compañeros, que de entrada las atajaban con las manos y se las comían; luego, visto que estaba decidido a purgar el árbol entero, se levantaron las camisetas formando una vasija de tela para recoger los frutos rojos, o bien se las quitaron directamente para utilizarlas como cesto. Por una vez, Nada había salido del orfanato con el hermano y sus amigos, y esperaba inmóvil el resultado del duelo a distancia que Ivo sostenía con un desconocido apostado en las montañas.

Poco a poco, antes de que ella se diera cuenta, la gente se detuvo y rodeó el árbol, imitando a los chicos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, llevaron a Ivo las camisetas y camisas para que arrojara dentro las cerezas. Por un momento la guerra pareció suspenderse. Por un instante, a pecho descubierto y en sujetador, las costillas a la vista y las escápulas aladas, la piel translúcida, aquellas personas fueron libres.

Nada se había olvidado del francotirador que vigilaba a su hermano, indeciso entre castigarlo o perdonarlo en virtud de su valentía; puede que también él, quién sabe, allá arriba en el monte Trebević, tantos días y noches a solas, hubiera captado el ambiente festivo y hubiera posado el fusil en el suelo para tenderse de espaldas y sentir el sol en

la cara. En un ramalazo de esperanza imprevista, Nada se quitó la camiseta, como los demás, se le dilató la respiración. Se movió para interceptar la parábola de las cerezas que provenían del hermano y este saltó del árbol para correr a su encuentro.

Se le echó encima, arropándola, le arrebató la camiseta de las manos, se la puso apresuradamente, la agarró de un brazo y se la llevó de allí. De golpe, las personas se acordaron del asedio –un despertar cruel, qué creían estar haciendo– y ahora huían, perdiendo cerezas a cada paso, tirándolas por la calle, menudo despilfarro, como disculpándose de la distracción a que se habían entregado, y ahora volvían a vestirse con movimientos incómodos.

–¿Qué estás haciendo? –le gritó Ivo.

Nada no conseguía responder. No entendía aquella ira. El lunar de la mejilla como un insecto venenoso.

–¿Quieres ser igual que ella? ¿Quieres ser como ella?

Bajó la cabeza. Calma, circunspecta, se soltó del agarrón. Se miró la mano, cerró los cuatro dedos como un puño: faltaba uno, y era inaceptable.

–Yo no tengo nada que ver con ella. –Empujó a Ivo para irse.

Él la detuvo y la volvió a estrechar contra sí.

–Lo sé –dijo–. Perdóname, lo sé.

La niña hundió la nariz en el pecho del hermano; olía a primavera, casi verano.

Acababa de anochecer cuando, desde su asiento, el conductor ordenó: «Haced ver que dormís», repicando los dedos contra el salpicadero.

Rápida, Nada escondió la libreta, le pegó un codazo a Danilo para avisarle –tenía la música muy alta– y miró en derredor. Los niños obedecieron, cerraron los ojos. Alguno los volvía a abrir de vez en cuando para controlar, algún otro soltaba risitas, quizá le parecía un juego gracioso. Cuando Omar empezó a temblar, ella cerró los párpados.

El autocar se detuvo.

Entraron gritando y pegando puñetazos a los armarios. Nada abrió los ojos como platos. Sacudieron con furia los asientos –las espaldas rebotaban, los niños lloraban ya–, tironeando brazos para infundir terror. Quedó paralizada: incluso buscar la mano de Danilo le parecía arriesgado.

Uno de ellos –cartuchera en bandolera y una escarapela de camuflaje con un cráneo– pasó junto a ella enfervorecido, pero ignorándola. Le preguntó a Omar cómo se llamaba. Él respondió y el

otro lo conminó a levantarse. Lo aferró de la muñeca y lo arrastró consigo por el pasillo para ir a coger a otros niños. Sen intervino: «Es mi hermano, vamos juntos». El hombre le soltó un revés que domó toda insurrección.

Omar se echó a llorar, no por él mismo, sino por Senadin, que había sido golpeado, y por la madre, que jamás habría podido imaginar lo que les estaba sucediendo a sus hijos. ¿Dónde estaba ahora? Puede que hubiera conseguido subir hasta Bjelave, puede que hubiera entrado en el orfanato y no hubiera encontrado a la directora, solo a los mayores, ciegos de cola, o a nadie, el desierto. Quizá notara distraídamente la forma de una zapatilla roída por los perros, un segundo después la habría conocido e identificado, la habría cogido. No sabía que un hombre –¿era un chetnik?, ¿eran esos, los chetniks?– acababa de pegar a su hijo mayor y ahora retorcía el brazo del pequeño, a riesgo de descoyuntarlo.

Cuando el grupo de niños en pie aumentó –mejillas ruborizadas, mocos en la nariz, caras rotas por el pánico–, entre el jaleo, se oyó la voz de las mujeres, por favor, liberadlos, tened piedad.

Un chetnik se acercó a una de ellas:

–Y a cambio, os cogemos a vosotras.

Le acarició el pelo, dos, tres veces, pellizcó un mechón y tiró de él hasta hacerle echar la cabeza para atrás.

–Lo que quieres es que os coja a vosotras, ¿eh?

La empujó sobre el salpicadero, la volteó de espaldas y le levantó la falda, dejando las bragas a la vista. Nada gritó, no fue la única, pero al fondo del pasillo Omar reconoció su voz.

–¿Qué? –insistió el chetnik, aplastando con una mano la nuca de la mujer y propinándole una sacudida con un golpe de cadera. ¿Era una advertencia o un ensayo general?

Danilo habría querido impedir que Nada lo viera. Pensó en su hermana pequeña, que se había quedado en Sarajevo porque la idea de marchar reavivó los ataques de asma que la afligían desde el parvulario.

Aferrando con violencia los brazos de dos niños del grupo, uno de los hombres ordenó:

–¡Venga, todos! ¡Vámonos!

Los niños suplicaron, lloraron, gritaron de miedo. Lo siguieron.

–¡Sen! –llamó Omar.

Él se levantó para alcanzarle, se ganó otra bofetada.

–¿Te quieres venir a divertir tú también? –se ensañó el chetnik–. ¡Pues date prisa!

Lo empujó hacia la trasera del autocar. Omar sollozó más fuerte cuando vio que su hermano sangraba de la nariz, lo abrazó. Nada se levantó de nuevo sobre el asiento para mirar a sus amigos, y esta vez

se soltó de Danilo, que trataba de convencerla de que se agazapara.

–¡Omar! –llamó, pero no la oyó.

Ya había bajado junto a Sen, en medio de aquel tropel desesperado que le recordaba a los esclavos africanos, encadenados uno al otro, como los había visto en un libro de texto o en una peli en la televisión, a saber.

El hombre seguía inmovilizando a la mujer en el salpicadero, esperando a decidir qué hacía con ella. Bajando la mirada en señal de obediencia, el conductor miró de rogarle, con palabras calmas, razonables, tratando de amansarlo.

–Los dejamos a todos –propuso aquel–, si nos dais a la mujer de Biber y a su hijo.

Danilo sabía de quién hablaba, los había reconocido al comienzo del viaje. Biber era el nombre artístico de un cómico cuyos gags hacían furor en la tele. Lo había visto en el aparcamiento de las UNIS, pero luego lo perdió de vista.

Nadie iba a señalar a la mujer y al hijo, y ellos estaban demasiado horrorizados como para mostrarse.

El chetnik soltó la nuca de la mujer, y gritó: «Salid», en tanto que ella, que se había resbalado hasta el suelo, seguía allí, en lugar de volver a su sitio.

Se impuso un silencio atónito, por las ventanas entraban los gemidos de los niños en la carretera. El chetnik que les había arrastrado afuera señaló un furgón a pocos metros, cuyas puertas traseras abiertas en la noche iluminaban los faros del autocar, el primero de la fila.

–¡Subid! –gritó.

¿Dónde los llevarían? ¿Cómo iban a acabar Omar y Sen? Nada sentía un hormigueo en las nalgas que ya no le permitía estar sentada, pero esta vez Danilo tiró de ella con fuerza y tan pronto como intentó protestar le tapó la boca.

Cuando hasta el último niño secuestrado hubo subido al furgón, se levantó una mujer en la tercera fila.

–Soy yo, la mujer de Biber –dijo–. Voy con vosotros, pero sin mi hijo.

–Tú no pones las reglas –aulló el chetnik. Fue a buscarla, le tiró del brazo–. Enséñame los documentos –dijo–, y bajad.

También empujó al hijo para fuera.

Cuando llegaron a la carretera, del furgón no se bajó ningún niño. La mujer agarraba al suyo, que lloraba. Se bajó el conductor del autocar.

¿Dónde demonios se habían metido los oficiales de la ONU?

Danilo no tardaría en comprender, a cachos, que los chetniks pretendían tomar como rehenes a mujer e hijo para desencovar a

Biber: el objetivo era él. Era serbio, quizá habían querido alistarlo y se había negado. Como su padre.

10

En Grbavica no caían bombas. Una mañana de mayo, no obstante, alguien golpeó en la puerta de casa de los Simić con la culata del fusil. El padre había abierto, mientras la madre permanecía en pie a la entrada cogiendo de la mano a Jagoda, que aquel día había querido unas trenzas, las mismas de cuando iba a la escuela, que ahora estaba cerrada. Danilo estaba plantado junto a su madre, mucho más alto que ella.

Adentrándose en el apartamento, uno de los soldados había dicho: «Tu mujer es una *balinkura* y tus hijos son bastardos». La madre dio un paso al frente, como para defenderlos, y Jagoda se tocó una trenza, recorrió con las yemas de los dedos las ondas de sus cabellos pelirrojos, bajo la mirada de Danilo: igual, pensó él, la ayudaba a serenarse. Luego se apartaron para dejar pasar a los hombres de uniforme, él a un lado, la madre y la hermana en otro.

¿Quieres otro bastardo?, le dijo el soldado, clavando el fusil entre los riñones del padre, estremecido. Te la embarazo yo: hay que plantar la semilla serbia en toda Bosnia. Danilo acarició el brazo de la madre a hurtadillas, temiendo que el gesto irritara a los soldados. ¿O quieres hacerlo tú, ahora mismo?, prosiguió aquel. El padre no levantó la vista, tenía el cráneo rapado surcado de arrugas. Cuanta menor resistencia oponía, mayor era la rabia de Danilo. ¿Cómo se sentía su madre ante un marido que no la protegía? ¿Cómo se siente una mujer cuando no hay un hombre sobre la faz de la tierra que pueda salvarla?

Que no, rió el serbio, no está bien hacer estas cosas delante de los hijos: nosotros no somos animales. No somos como ella.

Danilo sabía que en una aldea cercana habían ordenado a un imam que se hiciera la señal de la cruz y, visto que no obedecía, le derramaron una mixtura de serrín y cerveza en la garganta, que luego le cortaron. La noticia salió en el periódico en el que trabajaba la madre. Ella, que jamás había asistido a la mezquita, estaba convencida de que en su ciudad no podía suceder nada parecido: los sarajevenses, escribió, estaban acostumbrados a los matrimonios mixtos como el suyo y a las relaciones de buen vecindado entre gentes de religiones y hasta de culturas distintas. Aquellos soldados acababan de desmentirla invadiendo su casa.

«¿Qué deberían hacer los serbios para vengarse de los crímenes sufridos en este siglo? Enterrar a la gente viva, asarla en la pira, degollarla, descuartizar a los hijos a la vista de los padres. Pero los serbios nunca han hecho nada parecido ni siquiera a los animales salvajes», había dicho el patriarca Pavle: Danilo lo había escuchado en el telediario. De ahí en adelante ya no lo vería más, el telediario. El otro soldado había desenchufado el televisor y se lo estaba llevando. Jagoda se rascaba la trenza con los dedos.

Mañana a las ocho presentaos a la entrada de la casa, volveremos para alistaros, anunció el soldado que hablaba –el otro parecía mudo–, sin despegar el fusil de la espalda del padre. Este asintió. Eres serbio, le dijo, debes luchar por tu pueblo. Él no respondió soy bosnio, no voy a disparar contra mis conciudadanos, no dispararé contra la población civil de Sarajevo, no podéis destruir mi ciudad. Siguió asintiendo. Jagoda rascó hasta quebrar la goma y la trenza se deshizo. Mientras los soldados cerraban la puerta de golpe al salir, los mechones se le deslizaron como un cortinaje sobre la mejilla y fue entonces cuando rompió a llorar.

No había tiempo para consolarla, había que organizar la fuga. Si partían los cuatro juntos los descubrirían. Así, por la tarde, Danilo salió de casa con su padre. No se tomaron de la mano como quien va de cabeza al peligro; trataron de aparentar tranquilidad, de mostrarse naturales. Charlaban de música, el padre estaba obsesionado con los años setenta.

Tan pronto como estuvieron en la plaza, un gruñido hizo que se dieran la vuelta: ¿Dónde coño creéis que vais? Dos hombres estaban despatarrados en el suelo, al pie de un edificio, con la espalda contra la fachada. Tenían el pelo largo y barba, apestaban a alcohol incluso a distancia.

El padre contó que el abuelo estaba mal, tenía que darle una inyección, y sacó una jeringuilla del bolsillo y dos viales. Danilo se preguntó si los chetniks se habrían dado cuenta de que aquella voz no era la suya: había pausado el ritmo de las frases para fingir que era alguien sin nada que esconder, pero lo demoraba demasiado y sonaba artificial. Al otro lado del río, decía, el tiempo de pincharle y volvemos.

Uno se levantó y lo agarró del cuello de la camisa. ¿De qué va el cuento? Cuéntalo otra vez.

El padre se encogió, pero mostró la jeringuilla.

El chetnik lo sacudió, escupiéndole injurias a la cara. De tan borracho, perdió el equilibrio. El padre se apartó y aquel cayó. El camarada sentado se puso a reír, provocando la hilaridad del otro. Se descojonaron juntos, mientras el padre de Danilo sudaba: un arroyuelo se le deslizaba de la sien a la mandíbula. Danilo sintió el impulso de

secarlo, no lo hizo. Los chetniks reían palmeándose los muslos, tropezando, desplomándose; sumidos en aquel espíritu goliardesco dejaron ir al señor calvo de mediana edad que se había inventado una trola tan estúpida, no sin antes asestarle una patada en el culo. Danilo habría preferido no ver jamás aquella escena. ¿Cómo iba su padre a soportar la humillación, con un hijo que había sido testigo?

Caminaron entre edificios, en silencio por lo que acababa de ocurrir, que iban a recordar ya para siempre y jamás volverían a mencionar. Danilo se impuso mantener el secreto hasta con la madre, ni que decir tiene con Jagoda.

En el vacío de las calles, el pisoteo de las suelas en el asfalto se amplificaba, amenazador como si los pasos fueran de otro. Aunque sin aquel ruido, Danilo habría dudado incluso de la propia existencia; a la larga, aquella cadencia se convirtió en compañía: mientras persistiera, estaban seguros.

Un estrépito metálico lo detuvo. Quédate aquí, dijo el padre, e hizo ademán de moverse, pero Danilo lo retuvo por el brazo. El padre lo miró a los ojos: No podemos volver atrás. Entonces vengo contigo. Los pasos sonaban amortiguados por aquel ruido ignoto, y Danilo no lograba tranquilizarse. Al doblar la esquina, un soldado del ejército yugoslavo que forcejeaba con una persiana metálica, tratando de abrir un garaje a la fuerza. Al verlos, se asustó: los observó extraviado, como si pudieran hacerle daño. No tenía más de veinte años. Pegó una palmada a la persiana y se sacudió las manos como para quitarse el polvo. Todo en orden por aquí, dijo.

Padre e hijo prosiguieron, unos pocos cientos de metros y ya estarían del otro lado... ¿Cuánto hacía que caminaban? Diez minutos, veinte, un siglo. Aún faltaba el obstáculo más difícil de superar, antes de cruzar el puente. Lo divisaron de lejos: pilas de sacos de arena. Ahí está, el puesto de control.

Un grito: ¿Dónde vais a esta hora?

Danilo se detuvo. El padre no.

–Soy Predrag Simić –respondió, como un condenado que acude al matadero–. Debo poner una inyec...

–Simić –le interrumpió el militar–. Predrag Simić, ¿has dicho?

Las suelas de Danilo se pegaron al suelo, el padre continuó acercándose: dijo sí, y no por acatar sin más el propio destino.

–Así que eres de los nuestros –comentó el serbio.

Danilo trató de despegar las suelas: había agotado las fuerzas. El padre estaba ya delante de los soldados.

–Claro que soy de los vuestros.

–¿Qué haces aquí?

–Debo ir un momento al otro lado.

Y contó la historia del hombre enfermo. Los soldados lo

examinaron, no parecían convencidos. Danilo esperaba que esta vez lo patearan a él. Entonces recordó que el riesgo no estaba en que los agraviaran, sino en que los mataran.

–Mi mujer está en casa, volvemos en un rato –prometió el padre. Levantó la vista al cielo, volvió la cabeza–. ¿Y esos? –dijo–. ¿Ya se han calmado esta noche?

–Los turcos no se calman nunca –respondió el serbio, aferrando el fusil.

Danilo tembló. ¿Si morían, quién avisaría a la madre? Y Jagoda, ¿cómo se iba a recobrar?

–Aprenderán la lección –aventuró el padre.

De nuevo aquel arroyuelo en la sien.

–Los salvajes no se educan –rebatió el serbio–. Hay que eliminarlos.

El padre soltó una carcajada que Danilo no reconoció, pensó que hasta los soldados se darían cuenta de que era falsa. En cambio, rieron con él. La gota de sudor se deslizó hasta el mentón, se coló por el cuello.

–Estate atento –dijo el soldado.

–Sí –respondió el padre, sin tocarse el cuello ni por un segundo.

Al día siguiente, ¿cómo iban a hacer Jagoda y mamá, una mujer, una niña, para cruzar incólumes todo aquello? ¿Por qué las habían dejado solas? ¿Por qué no se había quedado él, con su madre? Danilo se angustiaba.

El soldado extendió un brazo y decidió dejarlos pasar.

Danilo se pegó al padre y se dio cuenta de que también él temblaba. Avanzaron al ralentí. No podía creer que lo hubieran conseguido. Temía que fuera un engaño, y sin duda también lo creía el padre, que caminaba mecánicamente, las extremidades oxidadas. Alcanzaron el reparo del puente peatonal que atravesaba el Miljacka y desembocaba frente al hotel Bristol.

Danilo oyó el escopeteo, y la taquicardia. No podían detenerse ni volver atrás. En la otra orilla empezaba la zona bajo control de la defensa territorial.

–Corre –gritó el padre, pero se quedó nuevamente clavado. El zumbido de los proyectiles fustigaba los tímpanos, los disparos retumbaban en el aire hasta que el aire absorbía el eco estruendoso, una melodía atroz.

–¡Corre, corre! –le empujó.

Taladrado por los latidos del propio corazón, Danilo se movió. Y corrieron juntos, él era más rápido.

–Pase lo que pase, tu sigue corriendo, ¿entiendes?

La onda expansiva de las ráfagas reverberaba en el cuerpo y lo desquiciaba.

–Pase lo que pase, lo que sea, ¿lo entiendes? Tú debes seguir

corriendo.

Y Danilo corrió, sin respirar, la mandíbula apretada, no como esfuerzo muscular, sino de dientes, de cabeza, una descarga de rabia. Pensó en la trenza deshecha de Jagoda y, bajo la barahúnda de detonaciones, corrió sin parar, como había dicho su padre. Ralentizó delante del Bristol. Se inclinó con las manos en los muslos, las piernas flexionadas, jadeando. Se volvió. Lo buscó en la oscuridad. Lo llamó. Papá, repitió. Se mordió una mejilla con una muela, la laceró. Papá. Sabía a sangre. Corre, había dicho, pase lo que pase. Queriendo decir: aunque me den.

–Papá –volvió a llamar Danilo, y se le quebró la voz.

–Aquí estoy –apenas un soplo–. Aquí estoy –dijo el padre, afanoso, emergiendo con sus hombros anchos y el cráneo liso ante la mirada incrédula y agradecida del hijo.

El conductor negoció con los chetniks durante horas, aunque estos parecían fuera de control, dispuestos a cualquier cosa salvo negociar.

En el autocar, cada cual luchaba contra la sublevación del propio cuerpo, enemigo ya, insumiso. El acuerdo se rompió allí, o antes, al comienzo de la guerra, o puede que en tiempos más remotos aún. La alianza con los propios órganos ya no se recompondría nunca. Danilo lo sabía.

Mientras la vejiga se hinchaba y el estómago imploraba alimento a pesar de todo, vio que los niños que habían sido arrastrados afuera salían del furgón y volvían a subir al autocar, también el hijo de Biber. La madre, en cambio, permaneció en tierra. El niño gritaba que quería estar con ella, mientras el conductor tiraba de él: se había empleado al máximo para salvarlo. La madre decía nos vemos pronto, y en seguida apretaba los labios hacia dentro, crispaba el rostro con muecas que lo afeaban.

Una educadora se sentó junto al pequeño, trató de calmarlo. Era imposible. Lloraría durante horas sin parar. Los otros sabían que tenían que separarse de la madre, se habían resistido al hecho durante semanas, luego lo aceptaron y, al final, se separaron efectivamente, estaba hecho. El hijo de Biber, no. A él le sobrevino de golpe, sin haber tenido tiempo de metabolizarlo. A Danilo le supo mal, pero no fue a consolarlo. Como tampoco ningún otro niño. Quizá porque estaban aterrados. Quizá porque sabían que no había consuelo posible para aquel dolor. Lo respetaron, y dejaron que se desahogara, sin inmiscuirse como solían hacer los mayores.

11

Por la noche, una insurrección de los asientos lanzó a los niños al pasillo: se perseguían, empujaban, gritaban... un jolgorio gutural desatado por un mísero pillapilla. Ebrios de adrenalina, los niños se habían asomado al abismo y ahora el eco de las risas los confundía, se encaramaban a los respaldos y se precipitaban del otro lado, aterrizaban sobre un hombro, corrían el riesgo de romperse la crisma, de descoyuntarse en mil pedazos, daba igual, se marcaban de moratones y no sentían dolor: por favor, liberadlos; liberadnos. Los mosquitos volaban desquiciados y los niños habían perdido la cabeza, se habían amotinado, portaos bien, con corrección, es hora de dormir, ahora en serio, las escasas lucecitas encendidas endurecían los rostros, y las educadoras desistían, mientras los niños se volvían insomnes, pegando volteretas en los asientos hasta que les salían chichones, escribían su nombre en el respaldo para dejar su marca, luego arrancaban el trozo de tela y se la quedaban, aquella marca, se la metían en el bolsillo, nunca más se iban a separar de ella: es mío, este nombre. Soy yo.

Senadin no quería que Omar estuviera solo ni un momento: la experiencia con los chetniks había enmudecido a su hermano, todavía le aterraba que volvieran a subir, se sentía condenado. Pero tenía que hacer pipí.

–¿Vienes conmigo?

En medio del alboroto, Omar no soltaba prenda.

–Vuelvo en seguida –dijo Sen.

Había un grupito sentado delante del baño, arriba y abajo de los escalones del centro del autocar, en el lado derecho: apiñados en aquel foso, uno encima del otro, algunos con la espalda contra la puerta de salida, aunque las educadoras lo habían prohibido de manera explícita, se preguntaban cómo sería Italia. Estaba también Coccodè.

–Yo creo que es un sitio donde siempre se come –dijo–, hasta las mesas y sillas están hechas de comida, como chocolate, caramelo, y te las puedes zampar.

–Pero ¿cómo se aguantan si te las zampas?

–¡Cada día hacen más! En la pastelería.

–Así cada día puedes cambiar la decoración –dijo un chiquillo al que Sen no había visto nunca. Debía ser hijo de familia, no iba rapado.

Una niña con orejas de soplillo –no se las había visto en el orfanato, escondidas por la media melena– dijo:

–Pues yo creo que cada mañana para desayunar te dan un helado de frambuesa enorme. –Y lo dibujó con los brazos.

–Sí, y para beber, Coca-Cola –concluyó Vera, sarcástica.

–Solo que en Italia no se puede eructar –dijo Coccodè.

Todos rieron, él también, con aquella voz suya de gallina triste.

–Pues yo creo que en Italia mandan la mujer del leño y el hombre de un solo brazo.

–Mi padre se parecía, al hombre de un solo brazo –recordó la niña con las orejas de soplillo.

–¿Y no te daba miedo?

–No, es que él tenía los dos brazos.

–Yo a mi padre no lo he visto nunca –dijo Vera.

–Yo tampoco, pero desde que dieron la serie en la tele, me lo imagino como Aleksa Šantić –dijo Coccodè.

–¿Con bigotes?

–No, poeta.

–¿Por qué? ¿Tú escribes poemas? –preguntó Sen, que había permanecido de pie detrás de ellos, los dedos en el pasamanos.

Todos levantaron la mirada hacia él.

–No, qué dices.

Los niños se desternillaron, empujando a Coccodè contra el baño. El cerrojo hizo un clic y la puerta se abrió.

–¿Y la madre, cómo la imagináis? –preguntó Sen.

Tras un instante de vacilación colectiva, Vera respondió:

–Yo es que no consigo imaginármela.

Los niños callaron, como si todos anduvieran entregados a un esfuerzo de fantasía infructuoso. Algunos se rascaban frenéticamente las picadas de mosquitos en los brazos.

–¡Encerremos a Coccodè en el baño! –dijo al fin uno de ellos.

Él se dejó hacer.

Era una competición: ganaría el que se quedara más tiempo dentro, a oscuras, el interruptor estaba fuera. Los niños contaban en voz alta, aunque para hacer más dura la competición uno de ellos acercaba el rostro a la puerta y le desgranaba al prisionero la leyenda negra de Italia. Los meterían en la jaula con los tigres, solo los supervivientes se ganaban una cama en que dormir. No, no, objetaba otro, nos obligan a hacer acrobacias y, si caes y te rompes todos los huesos, te mandan de vuelta con un cañón, aterrizas justo en el mismo Sarajevo. Sí, justo encima de la directora. Un raudal de carcajadas enloquecidas. Pero ¿cómo van a meter los huesos rotos en el cañón? Claro, es verdad, yo

creo que a los que se rompan todo los llevan al carnicero para hacer *ćevapi*. ¿Qué dices? En Italia no se come *ćevapi*; el hijo de familia iba de resabido. ¿Y entonces qué les hacen, según tú? Montan una yincana: gana quien sabe reconstruir el niño en pedazos con cada trozo en su sitio.

Entre tanto, Coccodè había llamado a la puerta para salir y entró otro en su lugar. Los niños hablaban todos al mismo tiempo, se morían de ganas de verse encerrados, a oscuras, asustados, los niños no pueden esperar a morirse de miedo. Reían y se empujaban en el baño unos a otros, y apoyaban la espalda a la puerta para bloquearla, enardecidos por la crueldad que les permitían ejercer, por la pasividad con que la padecían a su vez. Qué más da si algunos se inquietan, si llaman para salir y nadie abre, forma parte del juego, de este modo se contagia el frenesí, de un susto a otro.

Sen dijo que tenía que ir al baño de verdad.

–Pues veamos cuánto aguantas dentro.

A él no le daba miedo ni la oscuridad ni estar encerrado, era solo un juego idiota, pero aceptó.

Bajo la espesa negrura se alivió, luego se sentó en el váter y sintió que le picaba el cuello. A pesar del alboroto afuera, el rasgueo de las uñas en la piel le sonó en los oídos con una suavidad furiosa, que le dio ganas de salir inmediatamente. Se levantó, la cabeza casi tocaba el techo, era minúsculo el rincón aquel, y apestaba, pero no podía ser él quien perdiera la competición. El cuello le picaba, no conseguía aguantarse, las uñas rascaban, el sonido en los oídos, rascarse era un alivio, dolía. Sen buscó a tientas el lavamanos, abrió el grifo. Ni una gota.

Sucedía cuando no estaba Omar, quién sabe dónde estaba, quizá era muy pequeño, y se olvidaba de él. Sucedía en verano: Sen se acercaba a la madre que hacía un baño de pies refrescante, con un vaso de limonada sobre la mesa de la cocina, y le examinaba los muslos que el vestido playero revelaba, para rastrear las ronchitas rosáceas. Le rascaba una a traición. Aunque ya parecía menguar, la roncha volvía a picar y la madre tenía que rascarse. ¿Qué haces, sinvergüenza?, imprecaba. Él escapaba riéndose y ella se levantaba para perseguirlo, las pisadas mojadas sobre el suelo de cemento. Lo perseguía en aquellos pocos metros cuadrados, las ventanas altas de cristal abatible enmarcaban los zapatos apresurados de los pasantes; los había que aparcaban los ciclomotores delante, algunos perros meaban allí. Nadie piensa que allí abajo viven familias, niños, una madre de melena negra, un vestido playero liviano y escotado, los pies mojados sobre el suelo. ¿Dónde está mi sinvergüenza?

Cuando lo pillaba empezaba la batalla: lo arrojaba sobre la cama, buscaba sus picaduras –tenía muchas más– y rascaba con furia, hasta

que no brotaban en la piel ronchas irregulares como islitas en el mar, hasta que Sen era todo él un escozor, se rascaban el uno al otro respirando afanosos, por las risas, el martirio, gritaban no puedo más, por favor déjame, a ver cuánto resistes, los muslos entrelazados, Sen tenía sus cabellos en la boca, la suavidad de sus pechos contra la barriga.

El recuerdo le estalló en el pecho, lo hizo pedazos. Quizá estuviera muerta, su madre, como temía Omar. Ya no habría más batallas con ella en la cama. Cuánto hacía que no aparecía. Ya no la había visto más: él estaba siempre fuera cuando pasaba a verlos. Aceptar que se vieran como con una tía que viene de visita era imposible. O eres mi madre, o nada.

Sinvergüenza.

Sen se sentó de nuevo en el váter, concentrado en no rascarse, a pesar del picor en el cuello. Sabía resistir. Juntó los pedazos, nadie le habría devuelto de un cañonazo.

Después de a saber cuánto tiempo, se dio cuenta de que fuera despotricaban.

–¿Se habrá caído al váter?

Risotadas.

–¡Vamos a comprobarlo!

La luz repentina lo molestó. Salió lentamente, con desparpajo, mientras los otros se apartaban para dejarle espacio y le pinchaban:

–¿Te sentías como en casa?

Vio a Omar en el pasillo, había venido a buscarlo.

–¿Qué tienes? Te veo raro.

–He aguantado –respondió Sen.

Al subir los escalones, oyó que Coccodè volvía a la carga.

–¿Y si les encerramos a los dos en el baño? A saber qué harán los tortolitos.

No sabía a quién se refería, ni se volvió para informarse.

Los niños reían, no paraban.

Split ya estaba cerca.

Mientras amasaba los últimos restos de la harina encontrada en la despensa, con poca levadura para ahorrar (basta con dejar fermentar un día entero, dijo la vecina, fue ella quien le dio la receta; en la calle ya no hay pan), mientras amasaba, la Esposa volvió a pensar en lo que había dicho Bush durante el G7 en Múnich. La tragedia bosnia es un drama, había dicho. Cómo no, piensa, ahora que la masa se ha dilatado lo bastante y debe colocarla en la olla a presión; se lo ha enseñado la vecina, porque no hay electricidad. El pan sale algo pálido, le advirtió, pero es mejor que nada. Un drama, piensa la esposa, un conato, una úlcera gástrica. Un tumor en el páncreas, le repite el marido. Le vienen aquellos versos a la cabeza: «Te digo: / –Tenemos que hacer el amor, / porque el tiempo se agota», pero no los pronuncia nunca delante de él.

Antes del asedio nunca había preparado pan en casa. Si empapas las rebanadas en leche, dijo la vecina, luego las fríes, espolvoreas azúcar, ya tienes la merienda como la hacía mi madre: se la puedes dar a los niños. Pero ¿dónde encuentro leche –pensó la esposa– y azúcar, que cuesta cien marcos? Y aunque quisiera gastarlo, ese dinero, ¿de dónde lo saco si los bancos ya no me dan más? La vecina chochea.

La esposa se lo dice al marido, y él la escucha y la mira cocinar: quizá le resulta extraña, esta dedicación doméstica. Sobre todo no olvides el difusor de calor, insistió la vecina, en caso contrario el calor excesivo quemará el pan, debe cocer a fuego lento, al menos durante tres cuartos de hora. Y la válvula: recuerda dejarla abierta.

La vecina tiene sus trucos, verás cómo se apaña.

La esposa, en cambio, no sabía nada de cómo se hace el pan, hasta hace unos meses. Bosnia-Herzegovina es el único estado de la ONU al que se niega el derecho a defenderse, le dice al marido, tiene razón Izetbegović. En qué sentido, pregunta él. La resolución 713 es del año 91, ¿no? De cuando Bosnia-Herzegovina no era aún un estado independiente. Ya, dice el marido. Sí, pero la resolución exigía el embargo de armas para Yugoslavia, y nosotros ya no somos Yugoslavia: este embargo es ilegal. El marido no responde. El olor del pan se propaga tan deprisa, es una ilusión de normalidad indecorosa, la vecina no le dijo nada de las lágrimas en los ojos, ¿por qué se lo calló? Si Bosnia-Herzegovina es un estado soberano desde abril del 92 –la voz de la mujer se altera, tiene los ojos acuosos–, entonces desde el mes de mayo tiene derecho a defenderse. Lo declara la carta de la ONU. ¿O no?

El marido asiente en silencio. Piensa: «Nos dejan / buscar en nosotros al

enemigo interior». Son versos de un poema, los medita desde la noche anterior. Deja de mirar a la esposa, piensa en las tropas de paz, que no tienen ninguna autoridad para actuar, y la gente no lo entiende. Además, ¿cómo se puede entender una paradoja así? Ahora ya las llaman Serbofor en lugar de Unprofor, y cuando las ven por la calle todos les hacen la peineta. Casi que se pueden volver de donde vinieron, estas tropas de paz inútiles. No necesitamos una niñera, sino que nos liberen.

La esposa prepara el pan en la olla a presión y tiene los ojos acuosos, mientras le sigue contando del viejo con la bolsa de plástico en la cabeza, que parecía un suicidio y en cambio era para no ver: yo ya hice la segunda guerra mundial, decía el viejo, hablando solo por la calle, la bolsa en la cabeza como si quisiera que le faltara el aire, y en verdad le falta el aire, también a la esposa, que lo cuenta por enésima vez, esperando que el pan se cueza según la receta de la vecina. El aroma ya ha invadido la casa.

La esposa piensa: «Y tú me dices: / –Tenemos que hacer el amor, / porque mañana sobre la mesa de autopsias / bajo el bisturí del cirujano / podremos sonreírnos». Todo el día que le vienen esos versos a la cabeza, todo el día. Mira a su marido, y se los guarda.

12

Danilo había viajado a menudo en avión y nunca había tenido miedo. Es más: aquella suspensión transitoria le parecía una suspensión de la realidad, la entrada a una dimensión paralela en la que nada ni nadie podría alcanzarlo. Lejos de todo contacto, de cualquier pretensión y deber, se había sentido plenamente libre. Verse encerrado entre nubes, en manos de un piloto o del destino, lo exoneraba de golpe de cualquier responsabilidad: a los catorce años aún por cumplir, aquella era su soga al cuello.

Pero los aviones que les esperaban en Split eran otra cosa, no había hileras de butacas una detrás de otra, solo dos hileras continuas de asientos en tela roja instaladas a lo largo del fuselaje; como respaldo, una red que tapaba las ventanillas. La niña rubia se había sentado a su lado por automatismo: le resultaba simpática, pero no había manera de charlar, el ruido del aparato ensordecía, por eso el ejército italiano utilizaba auriculares de protección.

Mientras despegaban Danilo pensó que no podría mirar afuera, ni cielo azul ni nubes. Tuvo el amago de levantarse, bajar: el cinturón lo retuvo. Volvió la cabeza para captar la luz detrás de la red, pero era incómodo, le dolían las cervicales. Una vez que el avión ganó altura, dos militares empezaron a jugar a fútbol para hacer reír a los niños: se pasaban el balón, lo dejaban rebotar en las rodillas, cabeceaban. Danilo no consiguió distraerse.

Aunque aferrada por la cintura, Nada se tambaleaba, una vena a manera de y griega se le formó en la frente. ¿Tenía calor o también estaba ansiosa? Probablemente, era la primera vez que volaba.

–¿Todo bien? –le gritó Danilo.

La niña no le oyó.

–¿Todo bien? –repitió más fuerte.

Nada se volvió un instante, dijo algo; por los labios, Danilo interpretó «no te oigo», pero ver sus ojos azul claro, ni que fuera de paso, le dilató el tórax. La niña aferraba el cinturón, como para sostenerse. Danilo la imitó, puede que lo ayudara. Calculó el tiempo que faltaba para llegar, llevaba en la muñeca el reloj de su padre, se lo regaló como reconocimiento: ya eres mayor, hazte valer, eres el único de la familia que se va. La correa metálica le estaba algo grande.

Trató de olvidar que estaban encerrados en una cápsula de acero, o aluminio, o titanio, qué sabía él, y que no iban a salir hasta que el avión hubiera aterrizado. Nunca había sentido miedo, solo agitación, pero ahora... Nada, mírame. La niña aferraba el cinturón como si fuera una cuerda balanceándose en el vacío de un barranco. Mírame, Nada. Imitarla no lo ayudaba. Hazte valer, Danilo, tienes casi catorce años, sé paciente, y valiente, nos volveremos a ver pronto. ¿Y qué son catorce años, papá? No son nada, está claro que no bastan. Si al menos estuviera Jagoda, con él. Preocuparse por la hermana lo habría distraído de sí mismo.

–Nada, ¿todo bien? –gritó de nuevo, tocándola.

Nada lo miró por fin, de verdad.

A la mañana siguiente, después de la huida hacia la zona controlada por la defensa territorial, esperaron en casa de los abuelos a que la madre y Jagoda llegaran. El padre de Danilo se tomaba un café tras otro. No paraba de frotarse la calva con las uñas, desde las sienes hasta la coronilla, hasta el punto de que tenía la piel veteada de rojo. Se asomaba continuamente a la ventana, aunque no valía la pena, decía la abuela.

¿Por qué las he dejado solas?, repetía. Quizá habrían tenido que marcharse ellas primero.

¿Qué habría cambiado?, preguntaba el abuelo.

La noche anterior la madre había telefoneado. El abuelo está mejor, le dijo el padre. Os extrañan.

También Danilo cavilaba. ¿Y si los chetniks que habían amenazado con dejarla embarazada lo hubieran hecho realmente? Puede que estuviera sucediendo en aquel momento. La rabia le raspaba el diafragma. O era terror.

De la memoria había aflorado el día en que, en aquella misma casa, había esperado a que la madre volviera del hospital con el padre y Jagoda recién nacida. Los abuelos insistían: ¿Estás contento de que vas a conocer a tu hermanita? Él no estaba contento ni descontento, no sabía qué esperar. La madre llegó con ojeras y sin la barriga que la había obligado a sentarse durante meses con las piernas separadas y aguantándose la espalda. ¿Te ha salido?, le preguntó Danilo en la puerta. Ella rió. Danilo vio la cara de Jagoda que asomaba entre las ovejitas amarillas de la manta, y aquellos ojos cerrados, hinchados, un poco chinos, bajo una frente arrugada y sin cejas, le llevaron a pensar en una extraterrestre precipitada del Espacio. Tranquila, le bisbiseó, la Tierra te tratará bien.

Resultó ser mentira, pero él no podía saberlo.

Debemos tener paciencia, dijo la abuela. Y sirvió más café turco sobre una bandejita rectangular. Era de acero, pero no había arco iris.

De pequeño Danilo abría los armarios de la cocina solo para inspeccionar el arco iris en las cacerolas. ¿Cómo es que sale si no ha llovido?, preguntaba a la madre. Ella no entendía. Él indicaba las tonalidades azulosas y violetas que se mezclaban reluciendo con varia intensidad cada vez que agitaba la sartén. La madre no tenía una respuesta acerca del arco iris de las cacerolas, y tampoco el padre. Danilo se ofendió: aquella ignorancia suya, que nunca había tenido en cuenta, le pareció un agravio.

El vicio de abrir los armarios a media tarde y examinar las cacerolas, descubrir si se había formado un arco iris, acertar o fallar, e imponerse un castigo, era un juego solitario, una forma de rebelión contra una ignorancia que sus padres no intentaban subsanar por él: su amor, pues, no era absoluto. Aquel vicio duró años, hasta que el profesor de ciencias, al que planteó la cuestión una mañana, le habló del cromo, un mineral sumamente duro empleado para evitar que el acero se oxidara o corroyera, y que mutaba de color en contacto con el oxígeno, esto es, con el aire. La respuesta obtenida, en lugar de satisfacerle, desbarató la magia.

Ahora ya era demasiado mayor para examinar cada tarde las cacerolas, su hermana le habría imitado y la madre se habría enervado. Que su amor por él y por Jagoda estuviera entreverado de impaciencia, y enojo, y cansancio, Danilo ya lo había comprendido. Es esa sensación de precariedad que desazona a todo hijo, un hecho natural, aunque por entonces él no lo sabía.

Ya está listo, dijo la abuela. Nadie ocupó su lugar en la mesa. Sentado en el sofá con el abuelo, el padre tenía la cabeza rayada de arañazos. El café que sostenía en la mano ya hacía un buen rato que no humeaba. Danilo echó una ojeada a la tacita: a veces en el poso del café también se advertían burbujas tornasoladas, escamas de un arco iris desmenuzado.

Llamaron a la puerta, tan flojito que parecieron imaginaciones suyas. Pero vio al padre que dejaba apresuradamente la tacita, esta se ladeó tintineando sobre el acero y se derramó el café en la bandeja.

Al encontrarse a mujer e hija en la puerta, Predrag soltó un sollozo, solo uno, lacerante hasta el punto de parecer el eco de algo que se hubiera roto entre los órganos y el esqueleto. Agarró a Azra con tal ímpetu que también a ella se le escapó un lamento, y la abrazó como si fuera a triturarla. Danilo nunca había visto aquella intimidad entre sus padres. Predrag apretaba el rostro de ella entre las manos y la besaba largo rato en la boca, las cejas, las sienes, y la volvía a abrazar. Estaban todos agarrotados, Jagoda no osaba entrar. Más que embarazo, era estupefacción. Eso pensaba Danilo.

La luz irradió exuberante, como si las ventanas se hubieran dilatado y los muros resquebrajado, y todos ellos estuvieran en el palco de un teatro donde se interpretaba el último acto de una obra ante el público de toda Sarajevo. ¿O era solo el prólogo? Fuera lo que fuera, tenía que ver con el amor. No, no era absoluto, Danilo sabía ya que nunca lo es, pero el acero se veteó de matices cambiantes, del malva al lila al pervinca al cobalto, y un torbellino cromático remolinó en el poso del café, en las paredes las sombras se atenuaron y la pintura brilló, centellearon también las gafas de la abuela y la dentadura del abuelo, la alianza de su madre, un reflejo cruzado de destellos palpitantes que cegó a Danilo. Tuvo que bajar la mirada, taparse los ojos, renunciar al arco iris, a la infancia, a toda respuesta.

Un dedo le rozó los nudillos. Danilo abrió los párpados: Jagoda estaba de pie junto a él. Hacía tiempo que ya no tenía los ojos chinos ni la frente arrugada, y aun así aquel día le parecía de nuevo que había aterrizado del espacio, quizá porque había temido perderla.

Mientras yo esté, te juro que la Tierra te tratará bien.

La tomó de la mano y se acercó a la madre, esperando que el padre se la cediera a él también. Se moría de ganas de abrazarla.

Aterrizaron en Milán dos horas después. El avión abrió la cola y salieron uno a uno. Al poner un pie en tierra, Danilo tuvo la sensación de tambalearse. Nada tenía aferrado el dobladillo de la camiseta como antes el cinturón, no conseguía caminar sin agarrarse a algo.

Los recibieron con una ovación fragorosa y una larga procesión de cámaras de televisión prontas a filmar. Nada se echó atrás, Danilo se preguntó por qué motivo merecían la ovación: ¿habían hecho algo extraordinario? Ser refugiado no era ningún mérito ni exigía dedicación alguna. Bastaba el infortunio de vivir en un país en guerra, y el infortunio no era un espectáculo admirable.

Detrás de las cámaras, una salita donde habían preparado un gran bufé: bocadillos de jamón, minipizzas, aceitunas, pastelillos y otros manjares que Danilo había catado en Venecia y cuyos nombres ignoraba. Los niños se dirigieron a las mesas con una avidez que lo incomodó. No había ningún intérprete que facilitara el intercambio entre ellos y las personas que les habían esperado. Descorcharon una botella de espumoso, los adultos brindaron, los bosnios levantaron azorados sus vasos de papel. Puede que el viaje les tuviera aturdidos.

Mientras comían, una mujer en uniforme rojo, con una cruz a la espalda, señaló entusiasta las zapatillas desparejadas de Omar y le dio las gracias, una de las pocas palabras extranjeras que Danilo entendía. Otros italianos, en uniforme amarillo y gris, o simplemente en

vaqueros o en traje, dieron las gracias al niño. Él giraba la cabeza para no mirarlos, o quizá buscaba a su hermano, pero Sen estaba demasiado embobado para socorrerlo: algunos metros más allá, devoraba un trozo de pizza tras otro. Omar, en cambio, trató de meterse las manos en los bolsillos, pero aquellas bermudas no tenían. No había probado nada. Danilo sintió ternura por él.

–¿Qué pasa? –le preguntó Nada. En su plato de papel había tres sándwiches cargaditos–. ¿Qué quieren?

Los italianos explicaban en inglés, Omar no entendía; Danilo se acercó para traducir y por fin se desveló la causa del entusiasmo. El niño calzaba un zapato rojo y otro verde, los dos con la suela blanca, de modo que la señora había creído que se trataba de un homenaje a su bandera, una forma de gratitud anticipada.

Danilo sabía que Omar era incapaz de una pretensión semejante. Se rió ante tamaña ingenuidad, tanta arrogancia. ¿Quiénes creéis que sois?

Los italianos también rieron, quizá por cortesía.

Antes de que la fiesta preparada en el aeropuerto terminara, el embajador bosnio en Italia tomó la palabra y confirmó que la estancia de los niños iba a durar dos meses como máximo. Un periodista preguntó si los huérfanos iban a ser adoptados por familias italianas, y él respondió que no se preveía ni siquiera la tutela. Es más, su regreso a Sarajevo sería la primera señal de paz.

Y llegó la hora de los controles. En el edificio de Protección Civil les examinaron para comprobar que no tuvieran piojos, no solo los huérfanos con la cabeza rapada, también los niños con una familia detrás que habían encontrado plaza en los autocares gracias a amistades y conocidos, como Danilo. Extracción de sangre y cuestionarios sanitarios, que un médico compiló con la ayuda de las educadoras: antes de que anocheciera, todos tenía su ficha clínica y una foto para el permiso de residencia. No tiene nada de malo, se repetía él, pero no pudo evitar sentir que les habían clasificado como al ganado. En el carácter serial del procedimiento –una especie de línea de montaje donde ellos eran el producto que revisar– había un menoscabo a la dignidad que Danilo intuía, pero que no habría sabido expresar. Le habría llevado mucho tiempo encontrar las palabras, y ya sería tarde en todo caso. Aquel sentimiento iba a tener tiempo de propagarse –oculto, impronunciable y, así, difícil de comprender– y de contaminar a las otras emociones.

13

La primera noche en Protección Civil, en el dormitorio con literas, Omar se despertó por culpa de un sueño: los perros de Bjelave sangraban detrás de la puerta, él la entreabría, veía a Čupko agonizante, no tenía el ánimo de salir, las bombas arreciaban. Atisbó unas sombras que vagaban como fantasmas. Gritó.

Una sombra se le fue acercando, cada vez mayor, espantosa. Omar contuvo la respiración fingiendo que estaba muerto, no se movió siquiera cuando advirtió el peso de una mano en la cabeza.

–*It's OK* –dijo la sombra–. *Don't worry. I'm here with you*.

El impacto sordo de los talones de Sen contra el suelo, y Omar volvió a respirar.

–No se preocupe, yo me ocupo –dijo en su idioma.

–*Have you had a bad dream*?

–No se preocupe, ya estoy yo.

Sen entró en la cama de Omar.

–Duerme –le dijo–, si no, estos no se van.

–Pero ¿quién es?

–Un italiano.

–*Good night* –deseó el voluntario. Nadie respondió.

Al quinto día subieron de nuevo al autocar. Los mayores eran enviados a la provincia de Rímini, en tanto que Omar y Nada irían a Monza. Aunque tenía doce años, Sen se quedó con ellos, porque decidieron no separar a hermanos y hermanas. Danilo formaba parte de otro grupo. Nada no lo había entendido y lamentó no haberse despedido.

El autocar se detuvo frente a una gran verja de hierro forjado: un rótulo en la pared rezaba centro san lorenzo, pero ellos no sabían pronunciarlo. Era un complejo de edificios que se asomaban a un vasto jardín. De las ventanas y balcones colgaban globos de colores para celebrar su llegada.

Después del ritual de acogida, se distribuyó a los huéspedes entre varios apartamentos, cada uno regido por una monja; en las

habitaciones, tres camas y un lavamanos. Omar pensaba que iba a dormir con Sen, pero no tardó en llevarse un chasco. Se les repartía por edad y el ala masculina estaba separada de la femenina. Encontró a dos coetáneos que no había visto nunca, debían de pertenecer al grupo de los que tenían padres.

En la cena revolvió el puré de patata con el tenedor hasta que las monjas le quitaron el plato y, cuando se fue a la cama, percibió el murmullo de los compañeros de habitación: ¿cómo podían pensar que no los oía? ¿O querían que se enterara? Uno decía que había hecho la lista de su ropa, así podría advertir un hurto eventual. El otro repetía que con un gamberro no quería dormir.

Omar fingió ignorarlos, se echó la sábana por encima de la cabeza, aunque hacía calor. Los compañeros se durmieron pronto, a veces resoplaban durante el sueño. Trataba de relajarse, pero sudaba, el ambiente era opresivo, sentía que se asfixiaba. Se levantó. Tenía que encontrar a Sen. ¿Quiénes eran esos italianos que decidían por él? ¿Por qué lo torturaban? Lo habían alejado de la madre y ahora del hermano.

Abrió la puerta despacio para no despertar a nadie y salió descalzo. Una luz fija, aunque tenue, le permitió caminar sin golpearse contra las paredes. No sabía a dónde ir, en qué piso estaba Sen, cuál era el número de su apartamento. Alcanzó las escaleras, indeciso si bajar o subir. Recitó una cancioncilla para que decidiera la suerte: *eci peci pec*, y hacía oscilar el dedo hacia arriba y luego hacia abajo, *ti si mali zec*, abajo y arriba, *a ja mala vjeverica eci peci pec*. La ardilla y el conejo de la rima infantil decidieron subir: y para allá que se fue.

El silencio era un zumbido insoportable, intensificaba la angustia. Bajo las luces de neón los contornos se desdibujaban, el espacio se diluía, el contacto con la realidad se aflojaba. Omar se sintió desligado del resto del mundo. Se le agotaron las fuerzas, tenía miedo de seguir, así como de volver atrás. «Sen», llamó con un hilo de voz. «Sen», algo más fuerte. Hasta que oyó un redoble de pasos por las escaleras.

La monja emergió de la oscuridad con las manos unidas diciendo algo que él no podía entender. Lo agarró de los hombros y sin dejar de hablar lo llevó de vuelta al apartamento. Omar no se rebeló, pero cuanto estuvo frente a la cama pronunció el nombre del hermano: la monja entendería, lo llevaría con él. Con un gesto del mentón lo invitó a echarse. Omar se quedó plantado, repitió que quería a su hermano. Lo dijo en su idioma, el único que conocía, pero la monja lo desconocía, palmeaba el colchón con la mano, él no se movió. Cuando trató de empujarlo a la cama, Omar se echó al suelo para esquivarla, refugiándose bajo el somier. La monja se agachó para aferrarle un brazo, pero se escurría. Para atraparlo, tendría que haberse arrodillado, echarse al suelo y arrastrarse bajo la cama también ella.

Sin embargo, seguía sujetándose al somier, sin siquiera bajar la cabeza, y continuaba alargando la mano para pillarlo, aunque no pillaba más que aire entre los dedos. Hablaba en italiano, cada vez más alto.

Los compañeros de habitación se habían despertado. Omar se dio cuenta por los ruidos, por la luz que se encendió de pronto, por el hecho de que la monja se dirigió a ellos en un tono distinto de aquel con que le ordenaba que saliera –al menos Omar imaginaba que eso era lo que le decía–, un tono más suave, conciliador. Pensó que los compañeros se habrían metido bajo la cama y no tendría escapatoria: entre dos por fuerza lo pillarían. Miró la mano de la monja que hurgaba en el vacío, le faltaba el aliento, ya casi no hablaba.

Tambaleándose, la mujer se puso en pie. Se apagó la luz y se cerró la puerta. Quizá fuera una artimaña. Quizá estuvieran llegando los compañeros. Omar esperó, supino, los brazos pegados a los costados.

La luz permaneció apagada, la monja no volvió. Los compañeros no iban a estropearse el sueño por él, poco les importaba. Escondido bajo la cama, como los perros callejeros de Bjelave justo antes de los bombardeos, al abrigo de aquel reparo, Omar se adormentó.

14

Sen estaba desayunando cuando la monja entró en la cocina y, agitada, se dirigió a la hermana que supervisaba el alojamiento al que había sido asignado. No entendía qué se decían, pero se volvían continuamente hacia él, los dedos entrelazados sobre el pecho. Cuando ambas se acercaron algo ceñudas y con los labios pálidos, intuyó que algo le había pasado a Omar. Preguntó en su inglés elemental y a duras penas entendió que no lo encontraban, después de buscarlo por todo el instituto. Se levantó de la mesa y se precipitó por las escaleras mientras aquellas lo llamaban.

–Lo habéis perdido –gritaba en bosnio, amargado porque no le entenderían.

Bajó al vestíbulo y abrió sin pensarlo la puerta de entrada, que ni siquiera habían cerrado con llave.

El sol ya calentaba, le entibió los hombros que la camiseta dejaba al descubierto. Llegaba un fuerte olor a hierba de los parterres, los globos se habían deshinchado. Si Omar había huido, ¿cómo se las ingeniaría para encontrarlo? No conocía la ciudad, no conocía el idioma, no tenía apoyos. La sensación de encerrona lo sofocaba. Cálmate, Sen, es demasiado cagado para saltar el muro. ¿Y si alguien había dejado la verja abierta? No se iría nunca sin ti, ¿dónde iba a ir sin ti?

Avanzaba por el camino y bajo los pies descalzos las baldosas calentaban cada vez más, giraba en la esquina y seguía caminando, el recinto era vasto, quería alcanzar la verja, pero ya no se orientaba, las ventanas en derredor parecían espiarlo, asediarlo, empezó a correr para eludir el acecho, corrió hasta que se dejó oír el revuelo de las monjas reverberando entre los bloques, y Sen se arrodilló en un parterre, agarrándose al primer árbol que halló.

El tronco se movió por el contacto, las hojas crujían como azotadas por una racha de viento y las ramas chirriaban como si estuvieran por quebrarse.

–Sen –le llamó el árbol, con la voz de su hermano–. ¿Me oyes?

Levantó la cabeza y vio a Omar que, a horcajadas sobre una rama, se asomaba hacia abajo, hacia él.

–Hola.

Pegó un puñetazo en la corteza, y otro, empezó a patear el tronco, haciéndolo tambalear de nuevo. Luego se echó a reír.

–¿Qué haces allá arriba?

Las monjas llegaron poco después, mientras ellos se reían, uno encima del árbol y el otro debajo.

Gesticulando, exhortaron a Omar a que bajara: se quedó donde estaba. Hasta Sen le pidió que bajara, pero no obedeció.

–Esa me atormenta –dijo señalando a la monja cuya vigilancia había evadido.

–¿Qué te ha hecho?

–Anoche quería ir a dormir contigo y no me dejó.

–Vale, baja ya, no seas memo.

–No, ya no bajo más.

–¿Y qué piensas comer?

–No tengo hambre.

–¿Y para lavarte?

–Qué más me da lavarme.

–¿Y dormir?

–Duermo aquí.

–¿Por qué?

Las monjas callaron para fisgar, como si pudieran entenderles.

–No quiero estar allá dentro, no me gusta. Aquí veo el cielo.

–En Sarajevo no mirabas nunca el cielo.

–En Sarajevo estaba mamá.

Sen se volvió hacia las monjas extendiendo los brazos.

La que había perdido a Omar trató de agarrarle un pie: saltó en vano, aterrizó grávida sobre los mocasines y los tobillos le tambalearon.

–¿Lo ves? –dijo–. Me atormenta.

Sen rió. Las monjas mostraban una expresión obtusa. Mirando a aquella que se obstinaba, las mejillas rojas, el pecho palpitante, la incitó:

–¡Vamos, sor Tormento, otro esprint y lo pillas!

Omar se escurría entre las ramas, reía.

Las monjas se acercaron cautas a sor Tormento, le posaron una mano en el hombro, en el brazo, bisbisearon algo y se la llevaron dejándolos a los dos solos en el jardín. Debían haber entendido que no se iban a pirar, que el hermano mayor iba a cuidar del pequeño, que esa era su relación.

Sen pensó en encaramarse a su vez, pero hacía demasiado calor. Permaneció un rato sentado a la sombra del follaje respirando aquel poco de libertad, el aire no apestaba a humo ni a cadáveres insepultos. Solo el aroma de la hierba en la nariz.

Sor Tormento volvió media hora más tarde, se había peinado. Sen

creía que todas las monjas del mundo llevaban velo; al parecer, las italianas no. En la bandeja, una taza de leche y un paquete de galletas. La monja se emplazó bajo el árbol y dejó el desayuno, sin decir nada. Sen escrutó su silueta proyectada hacia lo alto, confiada pero dispuesta a fracasar: esperaba con ojos atentos. Pasó demasiado tiempo para que no le diera pena. Luego, cuando sor Tormento parecía a punto de desistir, la cabeza de su hermano asomó entre las hojas: Omar aferró la taza, se la bebió de un trago. Ella le miró sin traicionar la más mínima satisfacción. Él dejó la taza vacía en la bandeja y cogió las galletas. Le hincó el diente a una, y la monja se fue.

A la hora del almuerzo, sor Tormento llevó un bocadillo de queso, y para la merienda una tostada con confitura de naranja. Omar se lo comió todo, como si allá arriba se le hubiera abierto el estómago.

Por la tarde, Sen fue a verlo, subió al árbol junto a él. Cuando estuvo otra vez solo, Omar se puso en pie sobre la rama, arqueó la espalda y sacando pecho se bajó los calzoncillos e hizo pipí. Dibujó una parábola dorada que llovía risueña hasta la tierra donde rompía salpicando la hierba, regándola. Duró mucho rato, hacía horas que se aguantaba. Se dio cuenta de que un pajarito le espiaba: hizo la broma de volverse hacia él –el chorro cambió de trayectoria, como una cinta revoloteando en el aire– y le roció pipí en el pico. Sorprendido, el pájaro levantó el vuelo de golpe, agitando fuerte las alas, como trastornado. Omar se rió con ganas, hasta perder el equilibrio. Se sujetó al tronco con ambas manos, vio las últimas gotas que caían sin hacer ruido, examinó con orgullo la charca que mojaba la hierba y se subió los calzoncillos. Mirando el mundo desde allá arriba, se sintió un gigante.

Durante el resto del día, imaginó que pasaría su existencia en el árbol. Se haría amigo de las hormigas y las palomas, contarías las estrellas y grabaría su nombre en la corteza, como una placa en la puerta de casa, y también el nombre de la madre. Cuando la guerra terminara, abandonaría el árbol para volver a Sarajevo con ella. O puede que un día cualquiera llamaran al tronco, él se asomaría y la vería, tan chiquita, el pelo oscuro recogido en un moño y sonriendo tímidamente, como diciendo, no te lo esperabas, ¿eh? Él le diría sube, y ella tendría miedo, pero la confortaría diciendo que ahí estaba él, mamá, te agarro, y le tendería la mano. La subiría con poco esfuerzo, tan liviana era, una muñeca con pies de goma, se sujetaría a la rama con sus manos minúsculas de uñas mordisqueadas, se le echaría encima abrazándole, pero él no la iba a regañar, la olisquearía todo el

rato y esperaría a la noche para enseñarle las estrellas. ¿Cómo has conseguido encontrarme? He leído nuestros nombres en la corteza.

A la hora de cenar, sor Tormento se presentó con un tajo de carne cortada a trocitos. Omar se los metió en la boca con los dedos, uno tras otro, y devolvió el plato. En lugar de llevárselo, la monja se sentó en el parterre, se acomodó la falda sobre las piernas y la espalda contra el árbol. Él esperó que sacudiera el tronco para hacerle caer como una fruta madura, pero sor Tormento se puso a cantar.

Omar no podía reconocer la canción ni entender la letra, pero supo que era para él, la monja cantaba para él. Solo su madre había cantado para él. Lo hacía en voz muy baja, cuando Omar no conseguía coger el sueño. El padre no quería que lo molestaran, cuando alguien lo despertaba se ponía nervioso, entonces la madre acariciaba los cabellos de Omar y al oído le cantaba que se durmiera, *sine*, porque estás volando sobre un mar de monedas. Y el niño imaginaba que iba flotando sobre aquella inmensidad resplandeciente donde luego se zambullía y la oía tintinear e, inmerso en el oro, nadaba como nunca había aprendido a hacer, luego reaparecía y le decía es todo tuyo, mamá, di un deseo, te compro lo que quieras. *Treći nose, treći nose, od zlata jabuku*. El aire cálido le cosquilleaba en los lóbulos, la paz se depositaba en los párpados, se aplacaba el pálpito del corazón y la conciencia se difuminaba justo cuando la madre le confesaba que sufría, con voz cantarina y tan dulce que no podía por menos que dormirse aun en medio de todo aquel dolor.

La monja se puso de pie vacilando, se sacudió la falda y se marchó con el plató vacío. Omar la observó mientras caminaba. La complexión robusta, el paso oscilante, la curva de la espalda le daban un aire de abuela, pero era joven y enérgica: aquella mañana, saltando, había tratado de aferrarlo con el empeño de una chavala.

Omar bajó del árbol y la siguió. Sor Tormento seguía caminando, no se volvió. Una vez en el portal, le hizo entrar, cerró con llave la puerta que había sido tan fácil abrir y subieron los escalones en silencio.

15

Las chicas ya habían llegado. Las habían sentado en sillas de madera a la derecha de los bancos, en hileras de a dos. Al fondo de la iglesia, justo al entrar, Omar esperó que los chicos también pudieran sentarse allí, o al menos los de sor Tormento, ya que seguro que no había espacio para todos. Estaba ansioso por volver a ver a Nada.

No se habían vuelto a dirigir la palabra desde aquella tarde en el lago, cuando ella había utilizado con los periodistas la historia de la madre, luego lo agredió. Sen le había dicho te dejas pegar por las niñas, pero a él le había gustado que se le echara encima. Anteponiendo la vida de ella a la suya propia. Nada había tenido una reacción insensata, pero aquella intimidad le cosquilleaba en la barriga. En el Centro San Lorenzo no la había vuelto a encontrar.

Inspeccionó entre las cabezas de las niñas para divisar su pelo rubio, no la vio. Sor Tormento se dirigió a la izquierda con sus habituales andares nerviosos. Omar la siguió junto a los compañeros y a distancia apreció una caseta parecida a la de la iglesia donde se había refugiado con Nada cuando escaparon del orfanato. Fuera estaba arrodillada una señora, con la nariz pegada a la rejilla. Quién sabe si había alguien dentro y ella le espiaba, puede que Nada se hubiera metido allí. Pensó en apartar la cortina y darle una sorpresa... sí, seguro. Sen decía que era una estúpida.

Tintineaba una campanilla que agitaba un niño con una túnica blanca por encima de los vaqueros, de pie junto a un hombre vestido de verde y oro. Todos se levantaron y se rozaron la frente, hombros y pecho, tal como había hecho Nada en Sarajevo la noche de la fuga. El hombre de verde hablaba y los otros respondían, se levantaban y sentaban al mismo tiempo, salvo los niños, que no acertaban cuando tocaba. No solo los bosnios, los otros también.

Aquella lata incomprensible amodorraba. Omar fantaseaba con levantarse mientras las monjas andaban distraídas y escabullirse hasta la caseta. Un pellizco en la pierna le hizo volverse. La vio agazapada: «Nada». Ella le hizo callar con el índice en los labios. Luego le hizo ademán de que la siguiera, miró en torno, bajó la cabeza con decisión para indicar que se iban y se alejó a gran velocidad, gateando.

Omar la imitó sin siquiera saber qué hacían las monjas o si los

compañeros ya las habían avisado. Le fue detrás sin preocuparse de nada, porque se fiaba de ella, siempre sería así.

Nada llegó hasta el fondo, no muy lejos del portal, y se puso de pie. Se paró ante la estatua del hombre martirizado colgado en la cruz de madera; regatos de sangre fluían por los músculos del cuerpo semidesnudo y se agrumaba oscura en las heridas entre las costillas. Tenía la espalda tan arqueada que antes o después el peso lo arrancaría de los clavos y caería con un impacto estrepitoso sobre el mármol.

–¿Nos escondemos en la caseta? –propuso Omar.

–¿Qué caseta?

–Aquella de allí. –Alargó un brazo.

–Ah, el confesionario. No podemos, un cura está confesando.

–¿O sea?

–¿Ves aquella señora arrodillada? Le está contando al cura sus pecados, para hacerse perdonar por Jesús.

Como de costumbre, Omar sentía cierta confusión.

–¿Sabes qué haremos? –dijo Nada–. Encender una vela.

En la iglesia de Sarajevo había quedado encendida solo una, luego Nada se cayó del banco y la llama se apagó.

–¿Tienes una moneda?

–¿Te parece?

–Bueno, por esta vez la encendemos sin. Jesús no se va a ofender.

Nada extrajo un cirio blanco y fino del contendor bajo la estatua y acercó la mecha a la llama.

–Pidamos una gracia.

–¿Qué quiere decir?

–Un deseo.

–¿Y se hace realidad?

–Depende de Jesús.

–¿Jesús es este con las espinas en la cabeza?

–Sí.

–No parece alguien capaz de realizar deseos.

–No entiendes nada. ¿Qué te cuesta pedir un deseo?

Omar se concentró.

–¿Ya?

–Sí.

–Yo también.

Nada cerró los ojos y con las manos juntas recitó una oración. Luego los volvió a abrir.

–Te he imaginado abrazando a tu madre, es alta y morena como tú.

Omar apretó los dientes, estupefacto. Era su mismo deseo. Nada había deseado un deseo para él.

–Mi madre es pequeñita –dijo–, un poco más alta que yo –y levantó

la mano a pocos centímetros de la frente.

–Ya, pero Jesús no se fija en estos detalles.

–Eso espero.

Le tomó de la mano, como había hecho la tarde de la granada, y dijo:

–Perdona, me porté mal.

Omar no pudo soportar aquel azul claro tan transparente y sincero; agachó la cabeza.

–¿Todavía estás ofendido? –preguntó Nada.

Omar retiró la mano y la abrazó en un arrebato. Ella le ciñó la espalda y permanecieron así un buen rato, inmóviles, porque ninguno de los dos sabía cuánto duraba un abrazo. Un imprevisto los obligó a separarse.

Nada se volvió, la sorprendió el resplandor de una llamarada. Le estaba ardiendo el pelo: una monja y una desconocida trataban de apagarlo con las manos, a manotazos. Permaneció inerte dejándose sacudir hasta que, tras unos azotes, las llamas se extinguieron. Entonces se palpó aturdida las puntas de los cabellos, estaban encrespadas y apestaban. Miró a Omar.

–Ya verás que ahora me rapan a mí.

No tuvo tiempo de responder: los separaron para llevar a cada cual a su sitio.

Castigada junto a la monja, Nada pensó que aquellas llamas eran un mensaje divino. No sabía si benigno o maligno: si Jesús estaba de su parte o la estaba castigando, quizá porque había sido mala con Omar o porque en Sarajevo le había dado por comer hostias, aunque no estaban consagradas y no cuenta. O puede que en ella hubiera algo inmundo ya de entrada, algo de lo que su madre y hasta su abuelo se habían querido deshacer. Cuando en el futuro se sintiera cada vez más indignada ante el silencio de Dios, volvería a pensar en el pelo ardiendo un domingo de julio y lo consideraría señal de una fuerza oscura que avanzaba mientras ella ni siquiera se daba cuenta de que se estaba quemando.

Ajeno a los codazos que le propinaba el vecino de silla –¿dónde estabas?–, Omar volvía obsesivamente sobre el incidente y en parte tenía ganas de reír, en parte era presa del espanto. Con el tiempo, el recuerdo de aquel episodio se modificaría y cuando lo evocara vería los mechones de Nada que brillaban enmarcándole el rostro como un aura. Su amiga se vería envuelta en un fulgor irresistible que él ya nunca dejaría de contemplar. Nada había empezado a arder en el momento en que Omar la había abrazado, se había incendiado entre sus brazos; ardía, pero sin consumirse. Y aunque el fuego había sido extinguido aquella mañana, él siempre sabría que seguía habiendo rescoldos bajo las cenizas.

16

Nada comía lo que tenía en el plato con la cabeza gacha. Ya se había acostumbrado a las texturas y los sabores nuevos, no participaba nunca en el juego de lanzarse migas de pan o, peor aún, alubias en salsa, que manchaban la ropa y las baldosas, y hacían rabiar a sor Enana.

Fue Sen quien le enjaretó aquel mote, debido a su estatura. Y no es que él y el hermano fueran dos torres, pero era divertido llamarla así. A veces, cuando sor Enana se dirigía a ella –sobre todo mediante gestos– porque le tocaba ayudar a quitar la mesa o a llevar ropa sucia a la lavandería, Nada se reía sola. La pequeña monja volvía la cabeza para comprender qué era lo que provocaba su hilaridad y como no encontraba nada apretaba los puños en los costados, amenazando con perder la paciencia.

Hacía unos días que Vera se carcajeaba: Muñoncito se ha convertido en un tizón ardiente, además del dedo, quería perder la cabeza.

Normalmente, se metía con las más pequeñas, las obligaba a acompañarla al baño y sostenerle las toallas dobladas en los antebrazos hasta que ella se dispusiera a secarse, o a hacerle de centinela cuando se acostaba después de comer, a pesar de que las monjas habían prohibido que nadie se echara por la tarde; llamaba meona a la que se despertaba cada mañana con la sábana empapada, y se ensañaba con otra que, después de comer, siempre tenía dolor de barriga. Con Nada, sin embargo, había hecho una excepción: aunque tuvieran la misma edad, la vejaba desde que vivían en el orfanato de Bjelave. Ahora te rapan a ti también, le susurraba en la cara. Si Ivo hubiera estado allí.

El día de las cerezas, por la noche, de golpe, había vuelto la corriente. La luz les sorprendió mientras dormitaban en el salón, seguramente el interruptor había quedado encendido. Los chavales se levantaron entre confusos y expectantes, restregándose los ojos. Los músculos crepitaban por la emoción de poder hacer todo lo que la ausencia de electricidad había impedido, pero era de noche y no sabían muy bien qué hacer.

Ivo corrió a encender la televisión y sintonizó MTV. Michael Stipe apareció en pantalla, con un par de grandes alas blancas en la espalda

y con expresión desolada; los chicos se acercaron y comenzaron a cantar. Chasqueando el pulgar con el índice, Ivo marcaba el ritmo con el pie. Como si unos hilos tiraran de él desde arriba, empezó a mover los brazos de manera convulsa, con la misma desesperación con que resultaba hipnótico el líder de REM. Los niños y mayores lo imitaron, y al poco rato el salón del orfanato se convirtió en un teatro de marionetas, activadas por multitud de manos, un espectáculo caótico que no habría divertido a nadie. Para Nada, sin embargo, fue un momento solemne: se levantó a bailar, ella que nunca participaba. El hermano se sumó. A pesar de lo que había ocurrido por la tarde, bailó ante ella, algo que ella consideró una disculpa, y se sintió conmocionada. Ivo se metió las manos en los bolsillos, luego, alzándolas, le hizo llover en la cabeza un puñado de cerezas como si fuera confeti. Nada rompió a reír, y la luz se fue otra vez.

Decidió escribirle una carta, pediría a las monjas que la mandaran al orfanato, puede que Ivo regresara del frente de vez en cuando.

Arrancó una hoja de la libreta de matemáticas –la había llenado de dibujos y ya estaba en las últimas– y, mordisqueando el tapón de un boli, empezó a hablarle de Omar, que se pasaba los días en un árbol con el permiso de sor Tormento y de sor Directora: era la única manera de que comiera. En los días en que no haya bombardeo, le dijo a Ivo, ¿podrías buscar a su madre? Yo creo que está en el hospital. Le confesó que había fingido que aquella madre era la suya cuando pararon en el altiplano. Se dibujó a sí misma junto al hermano, dobló la carta y la escondió bajo la almohada.

A la hora de cenar, mientras una niña comía la crema de verduras con las manos para hacer el idiota y alguna otra se la untaba por la cara para no ser menos, Vera se subió a una silla y declamó:

–«No era por hacerle un feo a él, era por mí. Una madre que salta sobre la granada cerca del orfanato».

–¡Dámela! –ordenó Nada.

Vera siguió leyendo, teatrera, con una mano posada en el pecho:

–«Es una madre que viene a verte. Es una madre que quiere verte».

Nada se levantó para ir a por ella.

–¡Devuélvemela!

Qué ridículas eran sus palabras, ahora que alguien las pronunciaba en voz alta.

–«A veces pienso que una madre muerta es mejor que una madre que no te quiere.»

–¡Para ya!

Trató de arrebatarle la carta, pero Vera alargaba el brazo hacia

arriba para impedírselo, emperrada en leer inclinando la nuca hacia atrás.

–«Si está muerta, al menos ya no hay que pensar más en ella.»

Vera forcejeaba para evitar que Nada la cogiera, hasta que perdió el equilibrio y cayó de la silla. Se torció un tobillo.

Nada fue mandada a sor Directora, ante la que trató de explicarse, pero nadie entendía su idioma. Mejor así: no tendría que repetir sus palabras. ¿Cómo se le había ocurrido escribirlas? Revelar la propia debilidad. Se avergonzaba hasta el extremo de que la consolara la mera idea de ser castigada, merecía que la rapasen, como decía Vera. Sor Enana la castigó sin cenar, del pelo no dijo nada, y la niña se fue en seguida a la cama, esperando que todos se olvidaran de ella.

17

El ímpetu de la resaca que le bañaba los pies, los muslos, la barriga estremecía a Nada con cada acometida. Y sin embargo llevaba media hora sentada en la orilla, esperando el embate y la retirada inmediata y el nuevo embate, dejándose zarandear por el mar. Le gustaba tener la espalda seca que ardía al sol y el cuerpo en remojo de cintura para abajo. Hundió los dedos gordos en la arena mojada hasta sepultarlos, metió las puntas de los pies para que el mar los liberara del cerco de arena y los cubriera de nuevo.

La algarabía reverberaba en la fachada de la colonia Gli Aquiloni, un edificio grande a pocos metros de la playa particular. Había otros parecidos, uno al lado del otro, algunos abandonados, ruinosos.

El autocar llegó a la hora de comer y por la tarde los niños bajaron a la playa. Sor Enana le prohibió bañarse: seguía castigada a causa del tobillo vendado de Vera. De pequeña, cuando jugaban al escondite, antes del orfanato, Nada había fantaseado con cobijarse bajo la falda oscura de las monjas: la protección de las sotanas le permitiría ganar, con la nariz contra los muslos de ellas, un refugio inaccesible. Nunca antes de llegar al San Lorenzo había odiado a las monjas. Al principio, incluso había anhelado una intimidad impensable con ellas. Quién sabe si sor Enana lo había intuido y por eso la mantenía a distancia. En la iglesia se la llevó hasta la nave derecha y le ordenó que no se moviera. Luego, acabada la misa, la regañó largo rato, por más que Nada no pudiera entenderla, y la miró con malos ojos durante todo el día, como si ella le hubiera prendido fuego al pelo a posta, dejándola en mal lugar con el cura o, lo que es peor, con Dios.

El socorrista examinaba la orilla. Una educadora se acercó a la torre y lo llamó para decirle algo, luego fue hacia ella. A Nada le parecía que se llamaba Lidia. Las educadoras se habían presentado en grupo frente al autocar para recibirlos, y ella no estaba segura de recordar bien el nombre de cada una. Pero el de Lidia sí, la asombró su energía desbordante, excesiva. Tenía la cara redonda y un incisivo superpuesto, llevaba dos polos en la mano. Se sentó en la arena y se los ofreció. Nada escogió el de naranja.

Durante todo el rato en que estuvo sorbiendo el polo, atenta a no congelarse los dientes, Lidia estuvo hablando ininterrumpidamente,

gesticulando y mordiendo el helado, que a menudo se hacía añicos: los recogía con el cuenco de la mano y se los llevaba a la boca como cacahuetes. De sus historias, un poco en italiano un poco en inglés, Nada solo adivinaba alguna palabra suelta, y Lidia sin duda lo sabía, pero le debía de parecer un buen método para que aprendiera.

Mientras Nada masticaba el palito del polo, una colega llamó a Lidia agitando los brazos. Esta se levantó y le gritó a su vez, la colega le hizo señal de que se acercara. Lidia juntó las manos en el pecho como para excusarse, una especie de inclinación, y se fue. Nada miró como corría con los pies para fuera y la cantidad de arena que levantaba.

La monja tendría que haberle prohibido bajar a la playa, habría sido más piadoso. Permitirle mojarse, pero impedirle nadar era una maldad. Nada mordió el palito hasta quebrarlo: un sabor amargo en la lengua. Lo tenía aún en la boca cuando oyó la voz de Omar.

–¿Por qué no te bañas?

–Ey, hola.

–Hola.

–¿Qué haces? ¿Y Sen?

–En el agua.

–Claro. A ti no te gusta bañarte.

–Pero a ti sí.

–Estoy castigada.

Omar tenía unas piernas gráciles y las rodillas estrábicas, así se lo parecieron a Nada: estrábicas. Le hicieron reír.

–¿Por qué ríes?

–Hm, estoy contenta de verte.

Omar se agazapó. Su tez olivácea brillaba al sol. Se rascó distraído una tibia. La yema de la última falange se hinchaba como la de E.T., tenía las uñas almendradas. Nada pensó que era gracioso, su amigo, y sintió una especie de solidaridad hacia su cuerpo.

–¿Cómo harás sin el árbol ahora que estamos de vacaciones en la colonia?

Desde Monza hasta Rímini, esto es, a Igea Marina, habían tardado casi cinco horas de autocar: el tráfico. Sor Tormento las había pasado vigilando a los niños, obligándolos a comportarse, exhortándolos a cantar una breve canción infantil como práctica –«Fra Martino, campanaro»–, hasta que le vino dolor de cabeza. Durante el resto del viaje, con la cabeza echada para atrás, ya no abrió los ojos.

–Aquí también hay árboles, ¿no los has visto?

Por la noche, después de cenar, Lidia los hizo sentar en círculo en el patio y cogió la guitarra. Tocó algunos temas que Nada había

escuchado en la tele. Cada martes daban un programa musical, el *Festivalbar*, y las monjas se lo dejaban mirar hasta las diez y media. Luego, apagaban las luces.

Nada vio que algunos compañeros del orfanato se sabían la letra de las canciones, aunque fueran en italiano, y trataban de canturrearlas moviendo la cabeza. Ella alcanzaba solo a decir mar, mar, mar, el comienzo del estribillo, pero la incapacidad de pronunciar el verso sucesivo la abochornaba, y callaba. Omar, sentado entre ella y Sen, se arrancaba la piel de los dedos con los dientes, sin ningún interés por el espectáculo que habían organizado para recibirlos. Era su primera noche en Gli Aquiloni.

Nada estaba impaciente por acostarse para averiguar si por las ventanas se iba a oír el rumor de las olas. Fantaseaba con descolgarse por la ventana mientras dormían todos y volver a la playa, echarse sobre la arena con los brazos y las piernas separadas y adormentarse bajo las estrellas. No tenía ninguna intención de contarlas, le daba igual cuántas hubiera, solo quería mirarlas hasta que los párpados se le cerraran solos, y conservar su brillo en la oscuridad. A menudo, en el orfanato, se oprimía los ojos con los dedos para ver las chispas coloreadas que centelleaban en la oscuridad. A veces decía al hermano: si me aprieto los ojos, veo el universo. Luego estalló la guerra y, tendida con vaqueros y zapatos sobre uno de los colchones desperdigados por el suelo, dejó de practicar aquel juego. Las chirivías tras los párpados apretados habían dejado de ser planetas, satélites, las estrellas se habían caído, consumidas, solo las bombas deslumbraban el cielo, laceraban el sueño.

Nada agarró con fuerza la muñeca de Omar para impedirle que se arrancara las pieles. El niño la miró adormilado, le dijo algo que ella no oyó porque los primeros acordes de una melodía la llevaron a volverse. Ya no era Lidia quien tocaba, sino un muchacho con el pelo un poco largo, que se había recogido tras la oreja en un lado y, del otro, le bajaba hasta el mentón, velándole el rostro. Con las piernas cruzadas, el muchacho rasgaba los acordes trastabillando un poco, pero tenía una voz hermosa, entonada. «*Ljubio sam jednu malu sa Baščaršije*»: cantó la primera estrofa atento a sus dedos, luego, al atacar el estribillo, alzó la cabeza con energía y el pelo se movió, descubriendo su rostro.

Nada no había pensado más en él y no pensaba que lo volvería a ver, pero sí: la colonia que los hospedaba era la misma en que habían trasladado a los mayores, y él vivía allí. El muchacho que cantaba sobre las ciudades bosnias incendiadas era el mismo junto al que había viajado, Danilo.

No sabía si era por la sorpresa o por la canción, pero sintió un hormigueo en las nalgas. ¿Dónde estaba el peligro? «No es tu lucha –

cantaba–, la guerra la combaten otros», y Nada pensó en Ivo de uniforme: una gorra demasiado grande le resbalaba por la frente, un cigarrillo en la mano y un fusil en bandolera. Quién sabe si había aprendido a utilizarlo, si le temblaba en las manos.

«*Sarajveska raja*», cantaban a coro los chicos de Gli Aquiloni, y Lidia entre ellos, que había aprendido el serbocroata, o más bien aquel fragmento, para contentarles. Mientras, el hormigueo le pellizcaba las nalgas, mordisqueaba los fémures, Nada estaba embobada. Danilo sonreía, como si fuera una canción alegre, todos sonreían mientras cantaban que ya nada iba a ser como antes. «No estés triste», cantaban... Y cómo haces para no estar triste con un hermano que nunca utilizó un fusil y al que ordenan disparar. «Tú salvaste el pellejo –repetía Danilo–, y yo estoy vivo».

Los fémures se fracturan, el corazón late con furia. Danilo deja la guitarra, suspira para recobrar el aliento, se aparta los cabellos, mira delante de él, la ve, pero no la reconoce, está muy oscuro, o ya la olvidó. Lidia retoma la guitarra. Danilo se levanta, se frota las manos en las bermudas, se aleja del círculo. Nada lo sigue con la mirada, deseosa de acompañarlo.

Los muchachos baten palmas al compás, mientras las otras educadoras y los voluntarios cantan con un júbilo que le resulta insoportable, *sientolanostalgiadeunpasadoenquelamadremedejó*. Se marchó para salvar el pellejo y no sabe si su hermano sigue vivo. Al borde del círculo, las monjas de la colonia siguen el ritmo con el índice levantado, incapaces de reprimirse ante aquellas notas vibrantes. Nada se levanta, Omar pregunta adónde vas, ella no responde, camina hacia la oscuridad. Sin persignarse, una monja sujeta el brazo de otra, que recoge el guante al vuelo: se entrelazan con elegancia y amagan un paso de vals. Los niños se desternillan, se doblan hacia delante por el ataque de risa, se echan atrás con las piernas al aire. Danilo está en un rincón, no vuelve, envuelto en la sombra, Nada distingue la silueta y acude hacia él. Omar ya no la llama, se chupa la sangre del pulgar. Las monjas siguen bailando, haciendo piruetas sin pudor ni pecado, *romañamíalejosdeti*, mientras Ivo permanece en Sarajevo, duerme en un hoyo, no cuenta estrellas, se arrastra por el terreno para que no lo avisten, lleva un fusil y, antes o después, disparará, *lejosdetinopuedoestar*.

Nada, en cambio, se fue de Sarajevo y las cosas ya nunca serán como antes. Dónde estará Danilo, le parece verlo con la frente pegada al muro, quizá está llorando. Qué absurdo. Nada se queda quieta. Danilo le confiesa un secreto al muro, o puede que solo sea la sombra de su cuerpo en la retina de ella, una ilusión. Nada no avanza ni recula: inmóvil, escruta la oscuridad. Quién sabe si Omar sigue sangrando del pulgar. Qué bonita voz tiene Danilo, sin fusil. La

sombra no se lo ha tragado: ahí está. Nada lo ve. Reaparece en la oscuridad, se aparta los cabellos, bate palmas. Sigue vivo.

18

El circuito de las canicas era espectacular. La pista serpenteaba a lo largo de dos metros al menos, hasta revolverse en espiral sobre sí misma; entre peraltes, rampas, socavones y quebradas, alcanzaba el cráter de un volcán. Todo era mérito de Omar: cuando seas mayor serás ingeniero, dijo Nada. Incluso Sen tuvo ganas de jugar, y Coccodè. Lo habían encontrado en la colonia, donde ya parecía haberse aclimatado; se hacía llamar por su verdadero nombre, pero solo por los niños de familia, los otros no le permitían emanciparse. Muchos niños se acuclillaban en torno a la construcción de arena para admirarla o presentarse para competir. Entre ellos estaba el hijo de Biber, que también vivía allí. A menudo llevaba una camiseta con el lema STRAMILANO y de vez en cuando sufría accesos de llanto. No sabía si su madre había vuelto a casa o los chetniks la habían retenido. Ya verás, le decía Coccodè, que tu padre ha ido a salvarla. A veces, con eso bastaba para calmarlo. A veces alguien le repetía las frases más famosas del padre, pero no las entendía. Como añoraba su piano, las monjas pidieron al párroco que le dejara tocar el órgano del altar de la iglesia después de la misa dominical, durante diez minutos, aunque él decía que no era lo mismo.

Jugaron a las canicas toda la tarde, Nada era la única chica, algo que ya sucedía en Bjelave, en las raras ocasiones en que salía con Ivo y con sus amigos.

La noche anterior, el rumor de las olas la había mantenido despierta: no era suave como lo había imaginado, sino doliente, un gemido, y la inquietaba. O puede que fuera el recuerdo de Danilo contra la pared. Cuando él atravesó la sombra, ella se había echado atrás instintivamente. Y se topó con sor Enana.

La canica salió del túnel y alcanzó la meta. Omar levantó los brazos en señal de triunfo. Un pie, desde lo alto, aplastó el volcán y destruyó la pista. Nada levantó la vista, incrédula. Vera no huyó, permaneció allí vindicando su fechoría.

–¿Estás loca? –dijo Sen.

–¿Por qué? –preguntó Coccodè.

–Por mí –replicó Nada.

La agarró de un tobillo, el mismo que se había torcido al caer de la

silla, y tan pronto como cayó se le subió a la espalda. A diferencia de Omar, Vera trató de reaccionar, pero Nada le sujetó los brazos y le aplastó la cara en la arena. Cuanto más la azuzaban los compañeros, más apretaba la mano contra la nuca de Vera, que se retorcía, mugía, sudaba.

Un tirón la obligó a liberar la presa y Nada cayó de espaldas.

–¿Qué haces?

Reconoció la voz, y la vergüenza le obstruyó la garganta. Vera tosió, escupió arena. Danilo la ayudó a ponerse de pie, dijo: tienes que beber, dónde hay agua. Mientras tanto, llegó el socorrista y la acompañó para llevarla con Lidia. Vera lo siguió con una docilidad inédita.

Nada estaba abatida, no creía tener derecho a levantarse. Los niños se habían alejado, también Coccodè, y el hijo de Biber. Solo se quedaron Omar y Sen.

–La podrías haber matado –dijo Danilo.

–No exageres –la defendió Sen.

–¿Y tú por qué no la has hecho parar?

–No es mi hermana.

La infinita añoranza de Ivo.

–La última vez que te vi estabas peleándote con él –Danilo señaló a Omar–, y ahora casi asfixias a tu compañera, ¿qué problema tienes?

Omar se arrastró sobre la arena hasta llegar a Nada. Danilo se fue.

Quizá había sido demasiado duro. La niña rubia, a veces se acordaba de ella: no te olvidas de alguien que te pide perdón porque le falta un dedo. Se detuvo al borde de la cancha. Izet lo vio y, en lugar de tirar a portería, pegó un balonazo en su dirección. No tuvo tiempo de pararla y le impactó en el pecho.

–Qué capullo –rió.

El otro corrió hacia él, recobró la pelota.

–Venga, hagamos equipos, vas conmigo.

La alegría de Izet le hizo sentirse culpable. Todavía no se lo había dicho, no le salía.

La primera noche en Protección Civil, buscando el baño, Danilo había pasado frente a un televisor encendido. En la pantalla reconoció la sede de la redacción de *Oslobođenje*: destruida bajo las bombas, y cayó de rodillas. El voluntario que miraba el telediario había oído el golpe de las rótulas en el suelo y se volvió. Al verlo a rastras, se precipitó a socorrerlo. *What happens*?, repetía. *How are you*? Pero Danilo no conseguía hablar. La mañana en que había salido de Grbavica con la madre, su hermana Jagoda empezó a tartamudear. *What's your name*? El voluntario lo llevó hasta los baños, le echó agua fría en la cara, susurrando *everything's ok*, ¿*are you better*? Danilo era casi tan alto como él, tenía los hombros igual de anchos, pero se dejó

acompañar a la cama como un niño. Si no hubiera hecho tanto calor, se habría dejado arropar con la sábana. El voluntario le puso una mano en la frente, le secó el sudor con una servilleta de papel.

¿Qué tienes, Danilo?, preguntó Izet sin levantarse. Visto que el amigo no respondía, se acercó a comprobarlo personalmente. El voluntario lo tranquilizó, *go bed, it's ok*. Danilo lo miraba con intención de decírselo, quizá los hayan matado, a tu padre, a mi madre, quizá hayan muerto bajo las granadas, pero la intención no alcanzaba a las cuerdas vocales. Se giró de costado para dar la espalda a Izet y poder guardar el secreto durante la noche. Tan pronto como se despertó por la mañana, se le apareció la imagen de la redacción derruida y una pierna se le disparó bajo las sábanas, activada por una sacudida.

Durante el desayuno, para convencer a Izet de que estaba bien, se comió una rebanada de pan con mantequilla, criticando la costumbre italiana de comer cosas dulces recién levantados: las palabras volvieron, sin balbuceos. Él era más fuerte que Jagoda. Luego se fue al baño y metió la cabeza bajo el grifo. El agua fría lo anestesió. El voluntario le fue detrás, le tocó un hombro, y Danilo se lo contó. Abrazándolo, le prometió que se informaría para saber el nombre de los muertos y los heridos. A Izet no le contarían nada, de momento. Era tan flaco, el voluntario, que parecía un chiquillo, o quizá era Danilo que parecía un adulto mientras, a desgana, se dejaba consolar.

Pasadas unas semanas, el voluntario se trasladó de Milán a Igea Marina y, con el permiso de las monjas, llevó a algunos de los chicos mayores a la sala de juegos. Entonces se acercó a Danilo, que jugaba a Shinobi, para susurrarle que estaban vivos. Aquel se alborozó como si hubiera batido el récord. Con el pasar de los días, no obstante, al no recibir noticias de sus padres ni de los de Izet, empezó a preguntarse si no sería mentira. Quizá el voluntario había mentido y solo condujo hasta allí para tranquilizarlo. Danilo no estaba furioso con él, pero tenía que saber. Escribió una carta a sus padres, y Lidia la entregó a los Beati Costruttori di Pace para que llegara hasta Sarajevo. Habían pasado demasiadas semanas para albergar esperanza, pero esperar era lo que le había permitido levantarse, dormir, conectar el cerebro a las cuerdas vocales.

Entró en el campo y se puso en la portería. Le gustaba el fútbol, aunque no era tan bueno como Izet, o como uno del orfanato contra el que jugaban siempre y que tenía pinta de gamberro, pero era simpático. Se llamaba Suljo, como el personaje de los chistes. A los muchachos de Bjelave los destinaron a un ala distinta de la suya, pero

las monjas habían anunciado que, al final del verano, cuando la colonia se vaciara, utilizarían solo dos zonas, una para las chicas y otra para los chicos, a fin de ahorrar en limpieza y calefacción: los niños de familia compartirían dormitorio con los huérfanos. Las acompañantes, que vivían en Gli Aquiloni junto a los hijos, protestaron y él se avergonzó de ellas.

Se tiró a la izquierda, desviando apenas la trayectoria del balón, y aterrizó sobre un costado. El cemento le rascó el antebrazo y aquella molestia le recordó a Nada. Un dolor leve, sin importancia, aunque se había despellejado un poco.

El verano alternó mañanas de viento y tardes lánguidas, travesías a nado hasta la boya y chillidos de gaviotas, canciones italianas aprendidas a fuerza de escucharlas por la radio, «Solita notte da lupi nel Bronx», y casetes TDK que se llevaban a casa como reliquias de un mundo perdido. Danilo metía una en el walkman para escuchar siempre la misma cara, y la rebobinaba sin parar: el sonido del propio idioma era un refugio. El verano desgastó las yemas de los dedos contra las cuerdas de la guitarra y los talones sobre la arena, desolló espaldas, dispersó canicas y agudizó añoranzas. Omar no se bañó nunca. Con el calor, su madre desprendía un aroma azucarado, algunos días lo sentía en el aire, incluso aquí, lo olisqueaba hasta que se evaporaba, hasta que una ola se lo tragaba. Qué afrenta, menudo ultraje era el verano, cuando el agua te estaba prohibida y el final de *Festivalbar* quedaba tan lejos, con un rosario de castigos por cumplir, el aliento de sor Enana en la nuca y ni una oportunidad para disculparse con Danilo. ¿De qué? Estaba ya harta de sentirse culpable.

No llegaron cartas de Sarajevo: Lidia explicó que se necesitaba tiempo. El voluntario juró que los padres estaban vivos, pero cómo lo sabía. Danilo no se lo preguntó y ahora ya no le creía. El verano desteñía los pensamientos, los diluía. Suljo le dio un codazo, indicando el culo de una monitora. Cómo cambiaban las chicas en bañador, y hacía demasiado sol, había demasiada piel, como para no encapricharse ni que fuera una sola noche, no digo ya una semana. Las chicas de dieciséis años que habían acudido para la temporada le generaban una languidez... pero no sabía cortejarlas. Le faltaba el descaro de Izet, que soltaba las frases oportunas y adivinaba el momento para tomarlas de la mano: ya había besado a dos chicas de la colonia, y había más esperando su turno.

Una tarde, él y Suljo se encaramaron al muro perimetral para espiarlo. Sabían dónde se escondía con las chicas para que las monjas no lo descubrieran: junto a su edifico había otro abandonado, bastaba

saltar y uno podía arrimarse a las paredes desconchadas por el salitre. Zlata llevaba el pelo recogido en una cola, con el sol le habían salido unas pecas en la nariz que enloquecían a Danilo.

Cuando Izet le introdujo la mano bajo la camiseta, ella se la apartó, pero continuó besándole. Danilo y Suljo se rieron: lo que Izet contaba, pues, era falso. Las chicas no le daban todo aquello de lo que alardeaba. Vieron como se pegaba a ella, le acariciaba la mejilla con una ternura que les provocó risotadas. Se cachondearían de él sin tregua. Le rozaba el rostro, la miraba a los ojos, arrobado. Recorrió el dobladillo de la camiseta con los dedos, suave y delicadamente, arriba y abajo, deslizándolos entre el tejido y la piel. En un momento dado, introdujo de nuevo la mano bajo el algodón. Ahora se cabrea, dijo Danilo. Pero Zlata no se opuso, Izet le tocó un pecho.

Allá arriba, los dos enmudecieron. Ahora cada cual a solas con la propia excitación. Se asomaron para observar mejor, hasta que Suljo estuvo a punto de caer y pegó un grito. La chica se separó, miró en derredor para ver quién era, alejó a Izet. Este dio la vuelta al edificio, ella esperó sentada. A su regreso, Izet debió de tranquilizarla porque empezaron a besarse de nuevo. Estirado encima de ella, estiró un brazo en alto con el pulgar levantado. Había entendido que estaban allí y se exhibía para ellos.

Danilo se sintió tan idiota que decidió bajar.

El verano terminó con la nieve. No era cándida ni helada, pero planeaba sobre los tejados de Sarajevo y se enredaba entre los cabellos de la gente que pasaba por la calle. Terminó el 26 de agosto en la televisión, cuando los huéspedes bosnios de Gli Aquiloni, sentados en la sala común, vieron en la pantalla de cuarenta pulgadas cómo la Vijećnica ardía bajo las bombas: las habían lanzado la noche anterior y habían continuado ensañándose con los bomberos, los hombres y las mujeres que acudieron a apagar el fuego y a salvar el millón y medio de textos y manuscritos raros que preservaban la historia de Bosnia. Danilo siempre había amado la Biblioteca Nacional, la fachada a franjas horizontales, las logias arqueadas y las almenas, moriscas, según le había enseñado su padre.

Se lo imaginaba caminando, descolocado, mirando el cielo bajo aquella nieve oscura y caliente de agosto, bajo aquella ceniza de papel quemado, con una jaqueca atroz. Se lo imaginaba tendiendo la mano para ver cómo los copos se deshacían en la palma, la atmósfera que irrita la garganta, la pena por este enésimo ultraje, por la bibliotecaria, treinta y dos años, muerta en la tentativa de salvar los libros del incendio. Pero puede que su padre no anduviera por la calle,

no era tan valiente o apasionado, o estúpido, debía permanecer cobijado como una rata en el sótano, los codos en las rodillas y sosteniendo la frente con un puño. Quizá se hubiera quedado viudo y no habría podido recobrar el cuerpo de la mujer. Ya ni siquiera la molestia de cavar una fosa para enterrarla de noche en un jardín cerca de casa, la de los abuelos, pensó Danilo, a la que se habían mudado clandestinamente al comienzo de la guerra. No, no, su madre estaba viva, el voluntario se lo había asegurado. Entonces, ¿por qué nadie respondía a las cartas? Las manos frías como la nieve en un día de agosto. Fin del verano.

Se levantó, se movió con rapidez entre los cuerpos sentados de los compañeros, se acercó al televisor y lo apagó.

Tras un primer momento de desconcierto, se alzaron protestas. Lidia fue hasta Danilo, lo regañó, no era propio de él comportarse de ese modo. Ante el estupor de la educadora, miró a Izet y dijo:

–También han bombardeado la sede del *Oslobođenje*.

19

–Danilo Simić, a dirección. Danilo Simić, a dirección.

El mensaje se difundió metálico y perentorio por todo el instituto.

El altavoz se oía incluso desde la playa y a Nada le pareció la prueba de la jaula en la que habían sido encerrados: cuánto añoraba la libertad del orfanato, cuánto añoraba los perros callejeros, sobre todo a Čupko, y la caseta que Ivo había construido para él tras desmontar el tambor de una lavadora. Con el cigarrillo de siempre en la boca, la directora montó en cólera. Ivo respondió que, total, no había ni agua ni electricidad; cuando ella replicó que antes o después iban a volver, Ivo se puso a reír. A los adolescentes mayores e incontrolables como Ivo no se los castigaba, no valía la pena. En el Ljubica Ivezić no se castigaba a nadie, en tanto que en Italia sor Enana castigaba continuamente a Nada, con la aprobación de sor Directora y hasta de la Madre superiora, que desde su escritorio de nogal gestionaba la colonia Gli Aquiloni. «Nada Drakulić, a dirección» resonaba tan a menudo por el altavoz que quizá había sido la primera frase en italiano que aprendió. Lidia ya la llamaba así: Nadadrakulićadirección, todo junto, para tomarle el pelo. Y los compañeros la imitaban, Nada hasta se divertía. Solo a Vera no le toleraba la broma.

Sor Enana las había obligado a hacer las paces, se habían abrazado ante la Madre superiora, que aquel día venía fresca de la peluquería, con el pelo de un volumen tal que parecía montado con la batidora. Se rieron las dos, Vera y ella, tan pronto como salieron de su despacho, y en seguida dejaron de dirigirse la palabra.

Ahora le tocaba a Danilo entrar en dirección. ¿Le habían convocado por apagar la tele? A Nada no le parecía algo grave.

Enana le había prohibido ir a la playa desde que estuvo a punto de asfixiar a Vera en la arena, ni siquiera la paz acordada la persuadía, quizá había entendido que no era sincera. Así que Nada se quedaba dentro: no en la habitación, porque ahí también estaba prohibido echarse en la cama ya hecha, como en el San Lorenzo, sino en el comedor, a dibujar. Se ejercitaba en la copia al natural, reproduciendo las sillas de formica o el rostro de la Virgen colgado en la pared. Al niño Jesús, no: le parecía que tenía una cara muy de adulto, hasta fea –aunque decirlo fuera quizá una blasfemia–, y la irritaba que estuviera

con la espalda erguida como si ya tuviera unos años, en lugar de resbalarse descoyuntado como cualquier lactante, mientras la madre lo sostenía apenas, como si quisiera perderlo, aquel hijo... deja de blasfemar. Prefería a Jesús adulto: había encontrado una estampita en la que enseñaba un corazón rojo, ceñido por una corona de espinas, que le ardía en medio del pecho, aunque la barba, la posición de los dedos índice y corazón de la mano izquierda y, sobre todo, los rayos que se propagaban brillando desde aquel corazón redondeado por arriba y apuntado por debajo dificultaban la tarea.

Sor Enana estaba preparando la cena en la cocina, era el momento justo para escabullirse. Bajó los escalones descalza, lentamente, vigiló que no hubiera monjas ni educadoras en las inmediaciones y se escondió detrás de la puerta de dirección, con la oreja pegada a la madera.

La línea se había cortado mientras la Madre superiora lo esperaba.

–Verás que llaman en seguida –dijo, mortificada.

Danilo se acomodó en el borde de la silla frente al escritorio de nogal y esperaron juntos: la Madre superiora no encontraba las palabras, Danilo estaba seguro de que las habría buscado, pero ella también se sentaba en el borde de la butaca, con todo el busto proyectado sobre el teléfono, como para convencerlo de que sonara. Pasaron diez minutos, media hora. Danilo iba controlando con el reloj del padre. Olisqueaba el metal de la correa, como un rito propiciatorio.

El teléfono volvió a sonar: Danilo saltó. La Madre superiora vaciló un momento antes de levantar el auricular, entonces se lo tendió y él lo cogió.

–Amor mío.

A fines de agosto, manos frías, heladas. El verano finiquitado.

–Mamá.

Pocos minutos para decirse te echo de menos, estamos todos bien, sí, la familia de Izet también, pero dónde está Jagoda, pásame a papá. Pocos minutos y la voz del padre es un eco remoto, Jagoda chilla algo junto al aparato, algo intermitente que Danilo no entiende, le grita te quiero y la llamada se corta.

Con el auricular en la mano, incapaz de despegarlo de la oreja, incapaz de despegarse de ellos, sus padres, su hermana. Se siente tan solo, de golpe. Seccionado.

Colgó, despidiéndose de la Madre superiora con un gesto de la cabeza. Estaba muy solo, tanto que habría querido volver a casa, arriesgarse a las bombas junto a ellos, su familia. Era feliz, hasta el

punto de que había perdido la voz.

Cuando abrió la puerta, la vio sentada en el suelo cerca de él, Nada, la espalda contra la pared. La vena en forma de y griega palpitaba bien marcada. No llamó a la Madre superiora, sino que cerró la puerta en seguida para que no viera a la niña rubia que volvía locas a las monjas. Le preguntó qué tienes, la niña lloraba sin lágrimas, como si fuera incapaz de hacerlo, como si no hubiera aprendido, y así era, no estaba acostumbrada, pero Danilo no podía saberlo, no la conocía lo bastante.

Le preguntó otra vez, Nada no respondió. Danilo no tenía tiempo que perder, debía buscar a Izet, decirle que estaban vivos, todos, qué alegría, que inmensa soledad. No tenía nada en común con aquella salvaje criada en un orfanato y que no se parecía en absoluto a Jagoda, a pesar de los ojos celestes. Jagoda era dulce, Jagoda no atacaba, sucumbía y, desde la mañana en que habían escapado, balbuceaba.

Pero si la hubiera abandonado allí, antes o después alguien la habría descubierto en aquel estado. La tomó del brazo y, cargando con ella, se la llevó lejos de la dirección. Ella se le agarró al cuello y él subió las escaleras, poco a poco para no caer, hasta que llegó al rellano, la dejó en el piso, se le sentó al lado.

–¿Esta vez te han dado en lugar de repartir?

Quizá sorprendida por la pregunta, Nada dejó de sollozar un momento.

–¿Quién es el héroe, la heroína más bien, que ha osado plantarte cara?

De manera inesperada, se rió. Alternaba el llanto con la risa.

–¿Montamos una represalia? –insistió Danilo.

Nada rió otra vez.

–Esta vez ahogamos a tu enemiga en el mar, ¿te parece?

Le dio un golpecito con el hombro para hacerlo callar, ya se veía que bromeaba.

Cuando los sollozos se fueron apagando, Danilo dijo:

–¿Sabes que nosotros tampoco podíamos bañarnos cuando llegamos? Hasta nos prohibían jugar en la playa.

–¿Por qué? ¿Qué habíais hecho?

–Nada, pero el médico decía que el sol era peligroso para gente acostumbrada a estar en los refugios, había que evitar la conjuntivitis y las enfermedades de la piel. Había niños con sarna y con algunas marcas en los brazos que según ellos eran mordiscos de rata.

–Qué asco. ¿Ves cómo nosotros hacíamos bien no yendo a los refugios?

–También decían que debíamos comer poco porque había peligro de indigestión?

–¿Y qué pasó?

–Nos hartamos de comer y en seguida que pudimos nos tiramos al agua como locos.

Nada se carcajeó.

–¿Cómo han conseguido llamarte? –preguntó.

–No lo sé –respondió Danilo. Y comprendió.

–¿Están en Sarajevo?

Comprendió por qué había llorado.

–Sí.

–Pensaba que se habían ido –dijo Nada–, que llamaban de otra parte.

–No, están allí. O eso creo.

–Mi hermano también está en Sarajevo.

–Y escucha a los Pink Floyd.

Ella sonrió, sorprendida.

–No hay corriente, así que no escucha nada –dijo en seguida.

–Siempre puede cantar.

–Lo han reclutado.

Durante un rato, el tiempo transcurrió sin un gesto, una sílaba. Al fin, Danilo dijo:

–Es duro ver a los italianos hablando cada noche con sus padres.

–Me dan igual los italianos, ellos no tienen parientes en la guerra.

–Pero con nosotros han sido majos, ¿sabes? Cuando llegamos nos cantaron *Aaa-lelú-yalelú-ya-aaa-lelú-yalelúya* –Danilo entonó la canción: agitaba las manos al aire, las posaba en los hombros al compás, las seguía agitando, batía palmas un par de veces–. *Nuestra fiesta no debe acabar* –continuó cantando en italiano, agarrándola de las muñecas–. Vamos, tú también.

Ella se soltó, riendo aún, mientras él insistía. Ya dominaba aquel idioma extranjero.

–«No debe acabar y no acabará.»

Le estaba tomando el pelo.

–Tengo miedo de no volver a ver a mi hermano –dijo Nada.

Danilo suspiró.

–Te prometo que te ayudaré a encontrarlo, cuando la guerra termine y volvamos a casa.

Se dio cuenta de que era la segunda promesa que le hacía a la niña rubia. Mirándola, pensó que ya no se sentía tan feliz ni tan solo.

20

La partida de canicas cotidiana le aseguró a Omar un grupo de compañeros con los que pasar la tarde en la playa. Era la primera semana de septiembre, todavía hacía calor, en un momento dado, uno de los niños echaba a correr hacia el mar y los otros lo seguían, se lanzaban a pocos metros de la orilla, reaparecían con el pelo pegado a la frente, siempre sonriendo. La alegría que procuraba el baño era instantánea.

Omar decía: id, ya os alcanzo, y se quedaba junto a su circuito de arena, ni siquiera sudaba. Los chavales se salpicaban mutuamente, se exhibían haciendo la vertical, se montaban a horcajadas sobre los hombros de un amigo para jugar a las peleas, y se olvidaban de él, que los observaba desde la playa. Pasado un rato se alejaba, no quería que le encontraran cuando salieran del agua. Al volver, a menudo los veía en el circuito, y decía: he ido con mi hermano a la zona de los mayores, igual la próxima vez le digo si podéis venir vosotros. Yo puedo ir a donde quiera, respondió Coccodè una vez, no me hace falta el permiso de tu hermano: vivo aquí, y acuérdate de que soy mayor que tú.

Desde que Sor Enana le dio permiso, Nada nadaba con Danilo. Se zambullían con una diferencia de pocos segundos uno de la otra, ella era siempre la primera en salir a flote, luego ensartaban brazadas regulares y simétricas, y avanzaban juntos, hasta convertirse en dos puntitos idénticos, que nadie habría distinguido salvo él. Omar no entendía por qué Nada le dedicaba tanto tiempo a Danilo a pesar del modo en que la había tratado. Ya no le interesaba jugar a canicas, no era con él con quien se divertía.

Una tarde, el hijo de Biber le preguntó:

–¿Por qué nunca nadas?

–Nado con mi hermano, en otra parte.

–¿Y por qué no puedes nadar con nosotros?

–Es verdad –dijo Coccodè–, ¿no te gusta estar con nosotros?

–Bañémonos juntos, por una vez –el hijo de Biber le tomó de la muñeca.

No era un gesto prepotente, Omar lo sabía, pero se soltó igualmente.

Los otros se amoscaron y, sin concertarse siquiera, le agarraron

brazos y piernas para arrojarlo al agua. Omar gritó, ellos reían excitados.

Llegó Nada para detenerlos.

–¿Qué hacéis?

Omar logró desasirse y cayó en la arena. Como de costumbre, Danilo estaba con ella, se acercó y le tendió la mano. Había decidido ejercer de paladín de los débiles, abogado de las causas perdidas. Omar se levantó sin su ayuda.

–¿Todo bien? –preguntó Nada.

Llevaba un bañador entero que le apretaba el pecho.

–Solo estábamos jugando –dijo Coccodè.

Con la cabeza gacha, Omar se encaminó.

–¿Adónde vas? –lo llamó ella–. De nada.

No respondió.

–¿Preferías ahogarte?

Omar se volvió. Vio que Danilo le tocaba un hombro, como diciendo: ya vale, no hace falta decirle a todo el mundo que no sabe nadar. Aquella atención que no reclamaba lo humilló hasta el extremo de que escupió en la arena, rozando por error el pie de Danilo.

–¿Qué haces?

Nada no se lo esperaba. En el altiplano, la vez en que ella se había apropiado de su madre, Omar ni siquiera había reaccionado. Ni cuando Vera le destruyó el circuito de canicas. Nunca, ni con las monjas ni con los compañeros.

–Déjalo estar –dijo Danilo, en un enésimo alarde de magnanimidad.

La vergüenza era insoportable y Omar ni sabía dónde meterse.

Por la noche le despertó la palma de una mano que le tapaba la boca. Abrió los ojos en la oscuridad y oyó un susurro.

–Chitón –le ordenaron.

La boca tapada, el corazón acelerado. La otra mano apartó la sábana y lo obligó a moverse.

–Ven conmigo.

Omar se dejó arrastrar, mudo, dócil: el arrebato de rabia de aquella tarde lo había dejado exhausto. Bajó las escaleras sin quejarse. Llegaron a la entrada y con una maniobra decidida la puerta se abrió. Fuera, con la boca ya destapada, Omar siguió callado. Caminó con la voluntad de un autómata, sin preguntar.

Una vez en la playa, Danilo le exhortó:

–Desnúdate.

Omar se quedó de piedra. Danilo lo agarró de la camiseta, pero Omar se apañó solo. Danilo también se desvistió.

–Ánimo –ordenó, y se dirigió a la orilla.

Omar no se movió. Danilo volvió hacia él y, con la misma autoridad con que le había hecho levantar de la cama, tiró de él hasta el agua.

Estaba fría.

–Relájate –dijo Danilo–, mójate las muñecas y las sienes.

Omar obedeció, no sabía por qué. Danilo le condujo hasta el agua, y cuando le cubrió hasta la cintura, le dijo que se mojara el resto del cuerpo.

–Verás que te acostumbras en seguida.

Se zambulló, reapareció, le apoyó una mano en la barriga y otra en la espalda.

–Yo te sujeto –dijo–, suéltate.

Omar opuso resistencia, el cuerpo rígido. Danilo le presionó levemente en los riñones para que se doblara hacia delante.

–Extiende los brazos –dijo–. Solo estoy yo, nadie más. Nadie lo sabrá nunca, ni siquiera Nada. ¿No quieres bañarte con ella?

Omar cerró los ojos por vergüenza, el agua le chapoteaba en la barbilla, tenía miedo de tragar, de ahogarse. En la oscuridad volvió a ver el timbre del Ljubica Ivezić y reconoció el olor de *rakija* que desprendía su padre, la barba hirsuta que le pinchaba las mejillas. Oyó sonar el timbre, y antes de que abrieran la puerta se volvió: su padre no estaba.

Fue su madre quien lo empujó hacia dentro y se fue sin despedirse. Sen permaneció mudo, él corrió detrás de ella y la alcanzó, la agarró de la falda, la goma dejó la barriga al descubierto, la madre le soltó los dedos, uno a uno, no me agobies, te he dicho, y Omar lloró, te lo ruego, se aferró otra vez a la falda, y la madre le hundió las uñas en los nudillos, pero él no cejó, entonces ella le sujetó la cabeza entre las manos, tan calientes, por fin un consuelo, manos que olían a lejía, el olor de las manos de su madre. Omar aspiró, la madre le sostenía la cabeza, luego se la volvió de un bofetón. El golpe lo sacudió echándolo para atrás, y ella escapó.

Omar se sintió caer y el corazón se le escurrió. Abrió los ojos como platos y se agitó como si estuviera ahogándose.

–Aquí estoy –dijo Danilo–. Te sostengo.

Omar bebió un sorbo de mar: la sal le irritó las comisuras de la boca.

–Te aguanto –repetía Danilo–. Fíate de mí.

Este es el cuento de los tres cerditos, o más bien de un solo cerdito.

Érase una vez un niño, no una marioneta de madera, ya venía de carne y hueso, listo, no era un patito feo que debe transformarse en un cisne, no tenía que transformarse en nada, de hecho no era una rana ni ostentaba títulos nobiliarios, era simplemente un niño como tantos, minúsculo como Pulgarcito, aunque no se paseaba por el bosque, porque era un niño de ciudad, y andaba siempre en brazos de alguien o en la cuna. Además, tenía apenas tres meses y, como no era ningún prodigio, todavía no había aprendido a hablar, babeaba todo el día, se miraba las manos, hacía ruiditos con la boca y de vez en cuando le sonreía a su madre.

Un día llegó un lobo malvado, vestido de verde militar y con pasamontañas, pero la madre lo reconoció igualmente. El lobo no llamó, pues no le habría abierto, ni tampoco sopló fuerte contra la casa, pues no era de paja ni de madera, sino de ladrillo como todas las casas de Sarajevo, y habría resistido, hacía falta al menos una granada para derribarla. El lobo malvado echó la puerta abajo a patadas y entró, luego se dio una vuelta por la casa mientras la madre cogía al hijo de la cuna para abrazarlo bien: el niño le sonrió porque no era un prodigio, solo tenía tres meses y sabía sonreír.

El lobo empuñaba un fusil como si fuera cazador y le pidió a la madre que le entregara la alianza matrimonial. No era un anillo mágico que concediera deseos y no se lo había robado a nadie, se lo había puesto el marido una mañana de primavera, y por eso no quería separarse de él. Entonces el lobo le arrancó el niño de los brazos y, por más que la casa no fuera de mazapán, se confundió, lo tomó por la bruja que se come a los niños y lo metió en el horno. Pero el niño no era una bruja, y nunca había sembrado de piedrecitas el camino a casa, ¿cómo había conseguido encontrarlo el lobo? El niño no era un prodigio y no sabía qué hacer, más que llorar, llorar mucho. La madre lo oía, paralizada allí en la cocina, se inclinó para abrir el horno y el lobo malvado la golpeó con la culata del fusil. Ella se quitó la alianza matrimonial y se la ofreció, pero no era un anillo mágico que concediera deseos y el lobo ya no la quería. El niño lloraba, lloraba, lloraba, el lobo apretaba la bota contra la cabeza de la madre tendida en el suelo y con los ojos cerrados no parecía la bella durmiente. El niño lloraba y la madre lo oía y en un momento dado no lo oyó más.

El lobo malvado se frotó la mejilla porque el pasamontañas le picaba y abrió el horno para sacar al niño. El aroma de asado invadió la cocina y

la madre se levantó. Vio al niño bien rosado, rosado como un tocinillo. No tenía que transformarse en nada, porque no era un prodigio. Tenía tres meses y cada vez que la veía le sonreía.

Este es el cuento de un solo cerdito, nadie vivió feliz ni comió perdiz.

21

Pasado el umbral del aula, Nada fue empujada por los que iban a ser sus compañeros de escuela, decididos a ocupar los pupitres del fondo y hasta una hilera entera para asegurarse la proximidad de sus amigos. Se quedó en un rincón; solo cuando las posiciones fueron conquistadas, y vencedores y vencidos aceptaron el resultado, despertó de aquella especie de catatonia y se sentó en una silla en primera fila.

Al menos no tuvo que cruzar toda la clase para alcanzar la tarima cuando la llamó la maestra, pero se sintió igualmente observada. Mientras aquella escribía nombre y apellido en la pizarra, Nada no conseguía levantar la mirada. Se concentró en el olor de la tiza. Le encantaba el repiqueteo al contacto con la pizarra, por una asociación inexplicable se le antojaba tan dulce como el chocolate.

Del armario de las prendas con la etiqueta roja cosida dentro, en la que las monjas habían bordado el número correspondiente, escogió una sudadera con las mangas lo bastante largas como para esconder las manos: demasiado abrigada para el tiempo que hacía, iban todos en camiseta, pero le aterraba que notaran en seguida su defecto. Además, tuvo un sueño la noche anterior y le había quedado como una especie de frío en los huesos.

La maestra la presentó a la clase contando su historia de prófuga, imposible de eludir. Nada lo entendió todo: ya llevaba allí dos meses, entendía bastante bien el italiano de las monjas, educadoras, voluntarios y de la tele, a pesar de que lo hablaba poco. También tenía claro que, por edad, tendría que haber accedido a otra clase, es más, a otro nivel, la segunda etapa, pero sor Enana insistió en que fuera a quinto de primaria: demasiadas asignaturas y demasiados profesores habrían saturado a una alumna como ella, no solo extranjera, sino también con el diablo en el cuerpo.

Nada saludó a los compañeros por invitación de la maestra, buenos días a todos, y fue exonerada.

Una vez sentada en el pupitre, el pelo suelto le sirvió de escudo. La atmosfera del sueño la aturdía. Trató de anclarse al terrazo del pavimento, a los radiadores de hierro apagados debajo de las ventanas, incluso al mapa de Europa con los márgenes doblados, en el

que todavía existía Yugoslavia, en color fucsia. La directora del orfanato había dicho que iban a ser unas vacaciones, lo que dura el verano, una guerra, luego regresarían. Pero estaban a mediados de septiembre y las monjas no habían hecho las maletas, habían comprado mochilas y carpetas –o las habían pillado de las sacas de caridad–, y habían enviado a cada cual a la clase pertinente. De este modo los jóvenes prófugos descubrieron que la guerra no había terminado.

Nada se obligó a escuchar a los compañeros que leían la crónica de las vacaciones de las redacciones que la maestra les había asignado, pero su sueño continuaba pulsando en la cabeza. Estaba Omar que le decía ven a ver cuántos huevos hay en este nido. Ella trepaba por el árbol para alcanzarlo y los huevos eran lustrosos, viscosos, eran ojos. ¿Quieres ser igual que ella?, gritaba Ivo. Su voz se difundía por Radio Zid, buenos días, amigos, ¿todavía estáis vivos? Nada giraba el dial del walkman de Danilo para subir el volumen, pero cuanto más lo subía más se debilitaba la voz. Se oía una sirena prolongada.

Se sobresaltó: era el timbre del receso. Los niños se precipitaron al corredor, se persiguieron, fueron al baño, comieron, se tiraron de los pelos, hicieron las paces. Siendo tan alta para aquella clase, Nada permaneció en un rincón espiándolos, como antes; un residuo mineral en el lecho de un río seco.

Una niña con una diadema abultada en el pelo castaño se le acercó.

–Verás como haces amistad con todos –le aseguró–. ¿Te gusta Italia?

Nada sabía que debía responder que sí.

–¿Hablas bien italiano?

–Entiendo.

–¿Y cómo se dice hola en tu lengua?

–*Ćao*.

–¡Si es igual!

¿Todavía estáis vivos?, repetía Ivo en su cabeza.

–Me estás tomando el pelo, ¿verdad? –La niña se puso bien la diadema–. ¿Te apuntarás a voleibol?

Nada se encogió de hombros. No dependía de ella, sino de las monjas. Y además, no sabía jugar a voleibol. No sabía jugar a nada.

–Yo y muchas otras estamos en el equipo. ¡Venga, anímate!

Huevos en un nido, ojos celestes, idénticos a los suyos. Los había encontrado Omar.

–Ya me caes simpática, ¿sabes por qué?

Nada apretó el puño bajo las mangas, prohibido ver las manos.

–Porque llevas la sudadera de mi hermana.

Apretó la mandíbula.

–Era suya –la niña pellizcó el dobladillo del tejido entre el índice y el pulgar, Nada se echó atrás–, y era su preferida. Se la ponía siempre.

Mi madre le decía cámbiate ya, pero estaba obsesionada.

La niña soltó la sudadera.

–Luego se hartó, así de golpe. Y la dejó en la cesta de los pobres y mi madre, cuando llegasteis de Bosnia, la llevó a la parroquia. Estoy contenta de que la sudadera te haya tocado a ti y que estés en mi clase.

Nada cerró los puños con tanta fuerza que se le marcaron las uñas en las palmas de las manos.

–Mi hermana tiene tres años más que yo y cuando sale se maquilla a escondidas con el colorete y el lápiz de mamá. A veces lo hago yo también, pero en casa, ¿eh? No salgo para nada. Soy demasiado pequeña.

Sonó el timbre y Nada se dirigió al pupitre sin despedirse. La niña la siguió.

–No se lo cuentes a nadie, lo del maquillaje, es un secreto. Bienvenida –dijo antes de ir a sentarse.

Nada se metió los dedos en los oídos para no oír la voz de Ivo que repetía es ella, ¿quieres ser igual que ella? Abre la boca y tápate los oídos, le había enseñado, para no quedarte sorda cuando caigan las bombas. Pero ahora era la propia voz del hermano la que la ensordecía. Y los huevos escondidos en el nido la aterraban. Aquellos ojos celestes, los ojos de su madre.

22

Las monjas celebraban los cumpleaños del mes en un solo día, así ahorraban en pasteles y fiestas, aunque repartían diferentes regalos entre los festejados: lápices de colores o rotuladores para los más pequeños –los niños se olvidaban siempre de taparlos y se secaban–, escuadras, goniómetros y compases para los mayores, pero nada de calculadoras científicas, por más que todos, salvo Omar, soñaran con ellas. Los italianos tenían, pero no las prestaban.

A principios de primavera, Omar cumplió once años y lo festejó junto a otros tres internos del instituto. Era domingo y, como cada semana, vino el párroco con los ancianos de la parroquia a llevar la merienda. El padre olía a moho, los señores que lo acompañaban no se quitaban nunca la gorra, mientras las señoras calzaban zapatos que parecían pantuflas, tenían caras desenfocadas.

Omar ignoró el pastel y rehusó abrir el regalo.

–No lo necesito –dijo.

–Pero si no sabes qué es –objetó sor Tormento.

El día de su cumpleaños su madre compraba un trozo de queso y le daba un tajo, y era aquel sabor lo que rompía la rutina. El cumpleaños en el orfanato de Bjelave, en cambio, suponía esperar de rodillas sobre la silla frente a la ventana.

–Vale, pues lo desenvuelvo yo por ti –dijo sor Tormento–, verás que te gusta.

Algunas veces, la madre no aparecía de detrás de la esquina; oscurecía, y Omar fingía que la fecha de su cumpleaños no había llegado aún. El regalo era ella, solo ella.

Tan pronto como los viejos se fueron, el párroco se bebió un vaso de gaseosa y se concedió otra ración de pastel, la que había quedado intacta en el plato de Omar, que fue el último en salir al patio.

Senadin acababa de marcar el primer gol y los compañeros de equipo lo estaban abrazando. Las monjas descubrieron que fumaba y se lo dijeron al cura, que se dedicó a mortificarle a preguntas cada vez que lo veía. Así, Sen dejó de fumar en el San Lorenzo, guardaba el tabaco directamente en la escuela, para el recreo. En ese momento, los profesores no se dieron cuenta.

Desde que vivían en el instituto, en apartamentos distintos, a Omar

le parecía que su hermano lo evitaba, que prefería jugar con sus compañeros de piso antes que con él: eran mayores, se comían el pastel cuando se lo servían y no se pasaban el día encima de un árbol. Menos mal que estaba Nada.

–Eres un cabezota –le dijo mientras miraban el partido.

Omar no se defendió.

–¿Tampoco quieres el mío, de regalo?

En lugar de responder, se puso a andar.

–¿Adónde vas? –preguntó ella.

–Ven.

–Mira que al árbol no subo.

Una vez que dieron la vuelta al edificio, se encontraron frente a un sector del jardín que ella no había visto nunca. Al fondo, en una gruta de piedra, la Virgen María abría los brazos, concentrada en la serpiente que agonizaba a sus pies. El nicho era grande, pero no lo suficiente para que pudieran entrar los dos de pie: se acuclillaron.

–Aquí no nos ve nadie.

–Entonces te puedo dar mi regalo.

Omar se lamió los labios. Una nube aprisionó el cielo, luego la luz de tarde se abrió de nuevo, y Nada extrajo un papel del bolsillo. Omar lo desplegó y admiró el dibujo. Había un niño sentado en una rama, el pelo negro agitado por el viento, igual que la copa del pino. Había escrito: «Para ti, que vives como los monos. ¡Felicidades!»

Rascándose la cabeza con una mano y la barbilla con la otra, Omar emitió un chillido. Nada abrió los ojos como platos, luego, concluida la pantomima, rompió a reír. Incluso él estaba sorprendido –nunca había hecho el payaso delante de nadie–, y también se rió. Se miraron sin poder parar, riendo cada vez más fuerte, tanto que la virgen se distrajo y la serpiente se le escurrió: aunque atenazada, se escabulló. Omar sabía que no había nada particularmente gracioso, pero eran felices. De improviso, les había tocado a ellos aquella felicidad inexplicable.

La oleada de risas se propagó en el aire, despertó del letargo a la tierra bajo sus pies, que se desperezó un instante –la gruta tembló y Nada gritó–, antes de amodorrarse otra vez.

Omar se acercó.

–Gracias –dijo.

Como respuesta, Nada le dio un beso en los labios.

Segunda parte
1995-1996

23

A pesar de los cielos opacos de noviembre en Monza, las lámparas no se encendían hasta el crepúsculo, para ahorrar. A partir de primera hora de la tarde, cuando regresaban de la escuela si no había horario de tarde, aquella atmósfera estática enjaulaba a Omar en un malestar que solo notaba cuando pulsaban el interruptor. Su tristeza disminuía en seguida. Fue bajo aquel resplandor miope, atónito, que –mientras los chicos comían–, sor Directora dijo con la solemnidad acostumbrada:

–Tenemos una sorpresa para vosotros.

Sen le pegó un codazo.

–Por fin nos vamos a Gardaland.

Pero Omar estaba seguro de que se equivocaba, normalmente la sorpresa era la enésima misa que el enésimo cura de la zona oficiaba en nombre de la paz en Bosnia: habían pasado más de tres años y medio y ningún rosario había obtenido gracia alguna. Si fuera cura, decía Nada, me sentiría un fracasado.

Omar seguía siendo flaco, y aunque ya tuviera trece años solo había crecido unos pocos centímetros: Nada lo superaba. Sen se había dejado crecer la perilla, mientras él todavía no se había afeitado el vello que parecía ensuciar de bruma la piel debajo de la nariz. Cuando lo frotaba con el dedo le hacía cosquillas, como el bigote del hermano en las noches de Sarajevo.

–Chicos –dijo la monja–, hace dos horas se han firmado los acuerdos de Dayton. –Entrelazó los dedos–. ¿Sabéis lo que significa? –Por un instante desenlazó las manos orantes–. La guerra ha terminado –gritó casi, las manos al cielo como si recitara el Padre Nuestro.

Omar se volvió hacia Sen. No se sonrieron, no se abrazaron, no exultaron, estuvieron mirándose.

–Volvemos con mamá –dijo por fin, y el alivio lo inundó hasta el punto que creyó ahogarse.

Sen no dijo nada. Cuando los serbios amenazaron con bombardear Italia, en el caso de que hubiera facilitado bases aéreas a la OTAN, tuvo miedo. Omar sabía que a él no le importaba la paz en general, le importaba la propia, la paz conquistada en aquella pequeña ciudad de provincias. Pero luego los países de la Alianza Atlántica atacaron, y no

hubo consecuencias para los italianos.

Lo llamó.

Sen permanecía mudo.

Y los otros.

Nadie preguntó: ¿Cuándo nos vamos?

En los días posteriores, Omar no hizo más que imaginarse el momento en que volvería a ver a su madre. Iban a volver al Ljubica Ivezić y él la esperaría en la ventana, antes o después ella sabría que estaban de nuevo allí, se la vería aparecer en la curva. Qué más daba si no había cristales, si en la cuesta del orfanato se abrían cráteres, si su madre tenía algunas canas en el pelo... a veces, imaginaba que la granada le había arrebatado un brazo, una pierna, pero él la querría también así, más incluso.

Esperó que los profesores se despidieran, hoy es tu último día de escuela, hasta la próxima, esperó que las monjas sacaran las maletas y anunciaran la hora en que partiría el autocar, o el tren, o el avión, el medio que fuera, bastaba con que se dirigiera a casa. Las semanas se agolparon y todo seguía igual.

Un viernes, sor Directora los llamó a él y al hermano a su despacho.

–Mañana por la tarde será un día importante para vosotros.

Omar sintió todo su organismo invadido por un sentimiento tan impetuoso que habría sido difícil reconocerlo como felicidad, no la sentía desde hacía demasiado tiempo.

–Mañana –prosiguió sor Directora–, saldréis con una familia. Los dos juntos.

Omar no comprendió. Miró a Sen, pero Sen miraba a la monja.

¿Por qué tenían que salir con una familia? ¿Qué familia? ¿De quién? Si la guerra había terminado, ¿por qué no los devolvían a Sarajevo?

Muchos huéspedes del instituto ya habían comenzado a relacionarse con familias de Monza, algunos incluso gozaban de tutela temporal, pero Omar estaba convencido de que no le iba a tocar a él. Nadie iba a querer un chiquillo introvertido que prefería los árboles a las personas. Normalmente, se descarta a los introvertidos, nunca se sabe lo que les pasa por la cabeza. Mejor los extrovertidos, que te llenan la casa y la vida. Omar no podía llenar nada, cultivaba un vacío integral con una dedicación que habría desalentado hasta a los más voluntariosos, sus días eran la liturgia repetida de un culto que no compartía ni con su hermano: él mismo era el único creyente, el único que esperaba el día glorioso en el que habría percibido de nuevo el olor a estufa de leña en el cuello de la madre.

Hola, Nada:

Te escribo desde clase en la hora de Electrónica, el profesor está explicando, como de costumbre con una cantilena que te viene un sueño tremendo, y a mí no

me importa nada de todo esto, ya lo sabes. Cuando pienso en el psicólogo que nos hizo las pruebas psicotécnicas ¡y decidió que tenía que hacer FP! Lo tendrían que expulsar del gremio, lo necesita él un psicólogo. Me podría haber dicho: mira, Danilo, ninguno de vosotros hará Letras Clásicas en el instituto, cuanto antes paséis a ser mano de obra, mejor, ya lo dicen las monjas. Al menos habría sido honesto. Pero bueno, es inútil repetir siempre lo mismo.

Aquí hay una niebla tan densa que desde las ventanas no se ve siquiera el mar. Por la mañana, cuando me despierto, veo un muro blanco tras los cristales. Otoño e invierno son terribles aquí. Tú vienes a Gli Aquiloni solo en verano y te parece bonito porque está lleno de chicos, pero en septiembre nos quedamos nosotros y ya, en medio de las colonias cerradas o abandonadas. Si las monjas no hubieran pedido una parada de autobús al ayuntamiento hace años, no sé cómo habríamos podido ir a la escuela.

¿Sabes que he discutido con mi profesora de Historia? Lástima, hasta ahora era su preferido. Ella elogió en clase la intervención de Clinton, que puso fin a la guerra. Yo le dije que a Estados Unidos le interesaba sobre todo recalcar que seguía siendo la mayor potencia mundial, frente a Europa, y luego le dije que los acuerdos de Dayton ratifican la división étnica como condición de paz, precisamente la idea contra la que han luchado los ciudadanos de Sarajevo, mi padre el primero. Milošević le ha tomado el pelo a Europa, que ha creído en la idea del conflicto étnico y tribal, ha querido creer a toda costa, porque de ese modo el conflicto pasaba a ser intratable y se podía lavar las manos. ¿Qué fue la masacre de Srebrenica sino la constatación de hasta qué punto Europa y las Naciones Unidas habían infravalorado, directamente ignorado, nuestra situación? Entiendo que los cascos azules no podían intervenir, que la suya era una misión humanitaria y no bélica, aunque algunos dicen que los holandeses colaboraron incluso con los serbios, además de permitir que aquel horror sucediera... Bueno, vamos a dejarlo.

El caso es que Dayton no reconoció a un agresor y a un agredido, aceptó la lógica divisoria pretendida por Milošević y Tuđman (y sancionada con un pacto secreto en marzo del 91. Le pregunté a la profe si a ella, que enseña Historia, no le recordaba algo... como el pacto entre Hitler y Stalin de agosto de 1939).

Yo crecí en una casa donde se guardaban ollas en las que nunca se había cocinado cerdo, para poder invitar a cenar amigos musulmanes o judíos. Y esa lógica no podré aceptarla jamás, es más, creo que no le hará ningún bien a Bosnia. Un estado que se funda sobre la identidad étnica no es democrático.

Me parece que la profe no sabía qué responder, pero la acusación contra Europa le ha sentado fatal. Hay una cosa en la que Clinton tiene razón: nadie deseaba un Estado musulmán en el corazón de los Balcanes.

Ah, ¿cómo está Omar? Hace poco también le mandé una carta, pero no ha respondido. Ya sé que no le gusta escribir, así que me lo saludas, y también a Sen.

¿Estás bien? No puedo esperar a que lleguen las vacaciones y nos lleven a la montaña, así nos volveremos a ver. ¿Mandaste el dibujo a aquel concurso que me decías? Espero que sí. Eres buena, lo demuestra el retrato que me regalaste y que tengo colgado encima de la cama. Aunque claro, con lo buenorro que estoy es normal, pero ¡algo de mérito también tienes!

Un beso,

DANILO

Nada dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Pensó que Danilo escribía en italiano como si fuera su lengua materna y sintió envidia. A ella la asustaba el tema del examen de octavo –que tenía

que pasar en junio– precisamente porque no quería decepcionar a su amigo. Para ayudarla, a menudo en la misma carta que ella le había enviado, Danilo corregía los errores de ortografía y de sintaxis, y se la volvía a enviar con palabras marcadas en rojo y notas al margen. A Nada le dolía, no tanto por la confirmación de que era deficiente, sino porque veía que él podía desprenderse fácilmente de una carta suya, mientras que ella guardaba las de él en un sobre escondido entre el somier y el colchón por miedo a que Vera o cualquier otro lo encontrara.

Quién sabe cuándo sucedió, cuándo dejaron de hablarse en la propia lengua. Quizá en la escuela, para que no les marginaran los compañeros italianos, para no formar una camarilla de extranjeros y generar desconfianza. Poco a poco, la lengua nueva impregnó todas las esferas cotidianas, culpa de las monjas, de las educadoras, de los internos italianos del instituto, tanto madres como niños, de la televisión, de la música en la radio. Sin embargo, que en la intimidad de un intercambio epistolar no sintieran ya la necesidad de expresarse con palabras familiares indicaba una extirpación de la propia familia. En el caso de Nada, eso tuvo lugar mucho antes del exilio. La suya no era una lengua materna ni paterna; su tierra, donde descansaba su espalda, era Ivo. Para Danilo, en cambio, no fue así. Su sustitución del bosnio por el italiano era la confirmación definitiva de un sometimiento, aunque Nada no se lo dijera.

Se preguntaba cómo podía tener ganas de escribirle, siendo tan inteligente. Nada había leído y releído las líneas sobre la paz de Dayton y solo pensó que en aquellos años no había recibido noticia alguna de su hermano. La guerra, para ella, era una cuestión privada. Era la pérdida de Ivo.

Algunos chicos del instituto, los hijos de familia, habían conseguido hablar con los parientes durante el asedio gracias a los radioaficionados. Abandonaban el despacho de sor Directora sonrojados por la emoción, aunque el intercambio hubiera sido mínimo. A menudo la comunicación se cortaba y los del último turno se quedaban con la miel en los labios, rompían a llorar, y había que prometerles que la próxima vez serían los primeros de la lista. Aunque la avergonzara, aquel fracaso aliviaba su soledad.

El plazo para participar en el concurso de dibujo todavía no había vencido; si ganaba, Danilo estaría orgulloso. Se echó en el suelo, abrió el bloc Fabriano A4 y con un lápiz de mina blanda empezó a trazar un ojo. Siempre empezaba por ahí: tenía que mirar al sujeto a los ojos para conseguir verle el rostro antes de que se plasmara en el papel. No tenía fotos, solo recuerdos. La barbilla apuntada y la frente ancha, el surco de las ojeras y las mejillas chupadas, siempre bien afeitadas, los labios estirados en una sonrisa arrogante, el lunar oscuro, en relieve.

El lápiz se deslizaba sobre la hoja y a Nada le parecía reconocerlo. Pensó que, si había muerto, ella no iba a tener una lápida ante la que arrodillarse. Pensó que no le quedaba nada de él, salvo aquel dibujo.

Una punzada en el bajo vientre la obligó a levantarse. Metió el bloc bajo la cama y se fue al baño. La sangre le había ensuciado los vaqueros. Ya era el tercer mes que le venía la menstruación, pero la novedad la agitaba aún, y con mayor motivo porque llegaba con retraso. Puede que le hubiera sucedido lo mismo a su madre. Le hubiera gustado preguntárselo, habría querido que la tranquilizaran mientras temía que algo se le hubiera atascado dentro.

Por la noche Nada deslizaba una mano entre el vientre y la sábana, el calor que desprendía aquel contacto la dejaba suavemente exhausta. De pronto, experimentaba en el propio cuerpo una sensación de reciprocidad tan plena, tan gratificante, tenía la impresión de ovillarse, protegida, dentro de sí misma. Le habría gustado contárselo a Danilo, pero de ciertas cosas era imposible hablar con un chico.

De vuelta a la habitación, se volvió a echar en el suelo y agarró el bloc de debajo de la cama. Observó el dibujo. El rostro era armónico, hermoso. Pero no se parecía lo bastante a Ivo. El chico del dibujo no era el mismo que, sumido en sus pensamientos, se frotaba las cejas sin darse cuenta, que roncaba por las noches, pero solo si dormía bocarriba. Ella lo tocaba para que se ladeara, a él no le fastidiaba. El chico retratado no era su hermano. Si no conseguía dibujarlo, entonces es que lo había olvidado. Si ya no lo recordaba, es que no lo quería suficientemente. Arrancó la hoja y la rompió. Luego hurgó en la mochila para encontrar la convocatoria del concurso, leyó el encabezamiento y también la rompió.

No tengáis miedo, dijo, nadie os hará daño, y los niños le creyeron. Tenía ojos transparentes y una mirada inocua, llevaba pan, pasteles y bebidas frescas de regalo. Estaban cansados de comer aquella bazofia de paja y bellotas, calabazas, maíz y hojas de avellano, con eso habían tirado todo el invierno junto a las hogueras encendidas en las calles nevadas, pero ya estaban en verano y habían muerto muchas personas, cuarenta al día, no solo combatiendo, muertas de penurias, no tengáis miedo, hay pan para todos y chocolate, y hace calor y al aire libre ya no parece una cárcel, ya han metido el ganado en el cercado, dijo: su ganado sin agua, sin electricidad, sin asistencia médica, sin armas, entregadas al UNPROFOR a cambio del alto el fuego, pero los serbios controlan todas las carreteras y todo lo que las cruza, no lo dice nadie, que es un genocidio al ralentí, genocidio es el vocablo que no puede pronunciarse.

Aquellos ojos inocuos, si tienes hambre, te los crees, si tienes sed y miedo. Te los crees por más que su nombre, Ratko, contenga la palabra guerra, pero ¿quién eligió alguna vez el propio nombre? Te los crees por más que el 6 de julio llegaran los Tigres de Arkan y los voluntarios griegos a los que pagaron dos mil marcos por tres días, y que el comandante de las fuerzas bosnias Bećirović dijera: devolvednos las armas, aunque el teniente coronel Kerremans, a la cabeza del batallón holandés, respondiera que eran ellos quienes debían defenderlos. No tengáis miedo, de alguien habrá que fiarse, quinientos tanques y un aluvión de granadas, los cascos azules acampan en Potočari y los borreguitos los siguen: veinticinco mil, ¿cómo harán para meterlos todos en el cercado? ¿Cómo harán los holandeses para salvarlos? La gente corre, empuja, implora, se agarra a los carros armados y es aplastada por las orugas. En el fondo, se muere siempre así, tratando de sobrevivir a toda costa: ¿qué es el último estertor si no el esfuerzo extremo de seguir respirando? Aplastados por las orugas de los carros de quienes deberían salvarlos: un preludio. Esperan fuera del campamento militar, se ha reunido al ganado, ahora hay que disparar a la carne viva. Lo había dicho él. Llegó el 11 de julio, con un cortejo de cámaras de televisión, le gusta que lo filmen mientras distribuye comida y bebida, e invita a no tener miedo, con los ojos azules de ángel esperanzador, perdió al padre cuando tenía dos años, se lo mataron los ustachas, perdió a una hija hace poco, se mató por amor, o por la guerra, con la pistola preferida del padre, su hija ha muerto y la debe vengar. No tengáis miedo, en un momento está hecho, ocho mil personas en pocos días, limpieza completa, la temporada de caza en su mejor momento, dijo un

holandés, y de algo hay que fiarse, de la ONU, de la OTAN, de Mladić, de Dios. Europa no lo va a permitir.

El verano resplandecía sobre las minas de plata, y Srebrenica dejaba de respirar.

24

El árbol de Navidad lo habían decorado los más pequeños con la ayuda de sor Tormento, de sor Enana y de las monjas de Gli Aquiloni, tan pronto como llegaron de la montaña. Nada observó su destello intermitente hasta que bajó Danilo.

–¿Salimos?

Pasearon juntos por la nieve. Estaba tan blanda que se hundían hasta las pantorrillas a cada paso, y Nada, cansada, no hablaba. Las bayas de rosa silvestre llameaban como cerezas cuando Danilo se detuvo y dijo:

–Tu hermano estaba en los grupos armados de defensa territorial, como mi padre, combatiendo por la liberación de Sarajevo.

A Nada le dio un vuelco el corazón.

–Mi padre lo recuerda bien, porque cantaba a menudo durante los bombardeos, parece que para tratar de calmarse. Cantaba un verso de Pink Floyd que dice algo como: ¿crees que soltarán la bomba?

–¡Sí! *Mother do you think they'll drop the bomb* –entonó Nada–, *mother do you think they'll like the song* –reía, sin motivo aparente–, *mother do you think they'll try to break my balls* –de pronto, aquel trance repentino se terminó–. ¿Y ahora dónde está?

–No lo sé, lo siento –respondió Danilo, y añadió en seguida, como disculpándose–: Mi padre dice que siempre estaba cantando, y por eso lo llamaban Roger.

–¿Por qué hablas en pasado? –La voz de Nada vaciló, debilitándose en algunas sílabas y graznando en otras, como una emisora mal sintonizada.

–A veces mi padre cantaba con él.

–¿Cuándo te contó todo esto? –le aferró la muñeca.

–Al teléfono, pudimos charlar un buen rato antes de venirme yo para acá.

–Pues en la próxima llamada mira que esté Ivo con él.

–Pero es que no se puede.

La nieve era una superficie reflectante. La quijada de Nada crujió.

–¿Me estás diciendo que mi hermano está muerto?

–No, hombre, no.

Danilo tomó su rostro entre las manos, le apartó el mechón que le

tapaba los ojos.

–¿Y entonces dónde está?

Nada posó las palmas de las manos sobre el dorso de las suyas. Tenía frío.

–Nadie tiene noticias suyas desde hace tiempo.

–¿Desde cuándo?

–No lo sé exactamente.

–Puede que haya vuelto al orfanato.

Sin quitar las manos de las mejillas, Danilo estrechó la cara de ella sobre el pecho y posó el mentón en su cabeza.

–Te prometí que te ayudaría a encontrarlo y lo haré.

Nada se separó de él para reprender la marcha. Quería dejarlo atrás, pero la nieve era blanda, se atascaba.

–¿Me crees? –le preguntó Danilo, agarrándola del brazo.

Ella sintió los dedos de los pies entumecidos, la nariz congelada, los lóbulos doloridos.

–Mi padre lo buscará.

La nieve borraba los límites y amortiguaba los ruidos.

–Me alegro de que hayas hablado con él. ¿Lo echabas de menos?

Danilo no respondió. Prosiguieron cogidos de la mano. Nada absorbió el calor de su cuerpo hasta calmarse. Más tarde, ya cerca del refugio, Danilo se soltó.

Antes de subir a la montaña, en Rímini, la Madre superiora pasó por la peluquería y salió con un peinado vaporoso e impecable, veraniego, de cuando acudía cada semana. En el mes de agosto anterior, Nada le había preguntado a Lidia por qué las monjas de aquella orden no llevaban velo. Ella respondió que, como se ocupaban desde siempre de madres adolescentes o de huérfanas, cuando las acompañaban a elegir el vestido de boda querían que las dependientas las tomaran, si no por las madres o las suegras, al menos por las tías. Querían parecer de la familia, y no monjas que acogen a las que han sido abandonadas. A Nada le parecía una buena explicación, aunque estaba segura de que Lidia se la había inventado.

Con los codos apoyados sobre el mantel rojo, la Madre superiora dijo:

–Hay una última noticia por la que debemos dar gracias a nuestro Señor, esta Navidad. ¿La quieres decir tú, Danilo? –Alzó el mentón como para darle ánimos. No se le soltó ni una mecha del armazón fijado por la laca.

Danilo se deshizo la cola jugueteando con la goma entre los dedos. Tenía el pelo lacio, y se veía algo seco cuando lo llevaba suelto. Nada

se preguntó a qué obedecía esa timidez.

–Venga, Danilo, que esto parece un velorio –dijo la madre Superiora–. Qué raros sois, hijos míos.

–Vale pues –resopló Izet–, lo digo yo por ti, así comemos: su madre y su hermana van a venir a vivir a Italia.

Nada vio palidecer a Omar, sentado en la mesa frente a la suya.

–Se quedarán un tiempo en Gli Aquiloni con nosotros –explicó la Madre superiora–, hasta que encuentren un sitio.

Lidia atacó una ovación, los chavales batieron palmas con fervor, como para acabar ya y empezar a comer de una vez.

–Deberíamos ser nosotros los que volvemos a Sarajevo y no al revés –dijo Omar, lo bastante fuerte como para dejarse oír.

–Es lo que pronto haré yo –dijo Izet.

La Madre superiora no hizo caso y les deseó buen provecho, firme.

A Nada le pareció que Danilo evitaba mirarla durante la cena. A partir del día siguiente procuró no encontrarse nunca a solas con él; en compañía de los demás se comportó con normalidad. No quería que tomara su decepción por envidia. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué, si eran tan amigos que hasta se escribían un par de cartas al mes? ¿Cómo es que Izet lo sabía y ella no?

–Cedo mi cama a la hermana de Danilo –le dijo Omar la mañana de San Silvestre–. Y si tú cedes la tuya a la madre, podemos pedir que, a cambio, nos manden a Sarajevo.

Nada se esforzó por sonreír. Estaba ayudando a un niño más pequeño a arreglar el muñeco de nieve que las persecuciones y el escondite habían dañado.

–Es que no vienen al San Lorenzo –respondió–. Van a Gli Aquiloni.

–Bromas aparte. –Omar se agachó para estar a la altura de Nada, arrodillada–. Estos quieren hacer que nos adopten.

–Pero ¿qué dices?

Nada vigiló al niño, que daba golpecitos a la espalda del muñeco de nieve para alisarlo y que fuera uniforme.

–¿Has visto que Sen y yo hemos empezado a salir con familias?

–Sí, pero ¿qué tiene que ver? Es solo los fines de semana o las vacaciones.

Eso se había dicho a sí misma cada vez que había visto a las educadoras ayudando a las compañeras a escoger algo de ropa bonita para pasar el domingo con una familia italiana: es solo el fin de semana, solo las vacaciones. Las compañeras volvían con un brazalete de cuero con su nombre grabado o con una caja de bombones que ofrecían a las demás, tal como había instruido la familia, y haciendo piruetas por la habitación –la falda plisada se hinchaba como una campana, ya ni parecía de segunda mano– cantaban *Hakuna matata*,

vive y sé feliz. Nada se preguntaba si el dedo amputado era el motivo por el que ninguna pareja la llevaba nunca al cine, o bien porque sor Enana lo desaconsejaba, por miedo a que la dejara en mal lugar, como con el cura, con las monjas de la colonia, con las enseñantes. El lunes de Pascua las otras iban de excursión al lago de Como y una semana de vacaciones al campo lombardo: incluso Vera había sido elegida y esperaba ardientemente el fin de semana para comerse un cucurucho paseando por el centro como si fuera una lugareña.

–Nos mandan con los psicólogos y nos agobian a preguntas, nos hacen test, quieren ver si somos normales o estamos perturbados, para asignarnos unos padres italianos.

–¿Y tú saliste normal? –lo provocó Nada.

–Escúchame, esto va en serio. Estos quieren que nos quedemos. Quieren hijos.

Vera iba a tener una madre y ella no.

–Hasta han montado una marcha de solidaridad –explicó Omar.

–¿Qué es eso?

–Una manifestación de protesta: quieren impedir que volvamos. Bosnia-Herzegovina ya solicitó en el mes de julio que nos devolvieran para fin de año, y el orfanato aseguró que nos acogería.

Su voz había cambiado, era más áspera. Nada no se había dado cuenta hasta ahora.

–Pero todas estas cosas, ¿cómo las sabes?

–Un compañero de clase me trajo un ejemplar del *Corriere*, su padre lo estaba leyendo y le dijo que hablaban de nosotros, así que al compañero este le dio por arrancar la página y mostrármela.

–¿Y qué decía?

–Que los padres con niños bajo su tutela no los quieren devolver, dicen que Sarajevo todavía no es segura y que no saben cómo nos tratan en el orfanato, y además ahora hace demasiado frío. Dicen que Bosnia quiere hacer un secuestro de Estado.

A Nada se le escapó la risa.

El niño asomó la cabeza por detrás del muñeco de nieve.

–¿Has terminado? –le preguntó ella.

Él se introdujo el dedo índice en la boca y dijo que le estaba haciendo el culo.

Nada rodeó el muñeco y entrevió dos esferas asimétricas y deformes pegadas muy abajo como para simular unos glúteos.

El niño se partió de risa: debía de haber ideado aquella broma justo para ella, y Nada pensó que se reía porque lo había descubierto. Nada fingió recato y reprobación, él se divertía como un loco.

–También dicen que el Ayuntamiento de Milán no nos quiere porque costamos demasiado.

–¿Quién lo dice? ¿Los padres aspirantes?

–Sí: costamos mil quinientos millones de liras al año.

No había pensado nunca en sí misma y en los compañeros como en un coste. Qué ingenua. Sobrevivir –comer, vestirse, dormir caliente– no era algo asegurado. En Sarajevo lo tenía claro. Ellos suponían una carga, para quien fuera. Para los que los concibieron y para los que los acogieron cuando se convirtieron en prófugos.

–Me da lo mismo si Italia me quiere o no me quiere –dijo Omar–. Yo ya tengo una madre.

–Yo no –dijo Nada, y vio que lo había incomodado.

–Tienes un hermano –trató de compensar él.

Nada bajó la mirada, en sus tímpanos resonó *Mother, should I trust the government*.

–¿Qué pasa? –preguntó Omar–. Ey. –La cogió del mentón.

Ella sacudió la cabeza, como diciendo nada, todo bien. Los cabellos revolotearon y un mechón fino quedó atrapado en el promontorio de la nariz: le emborronaba la visión como un halo.

–Yo no me voy a vivir con ninguna familia –le aseguró–, no te dejo sola.

Había malentendido, había creído que era él la causa de su pesar. ¿Por qué no conseguía contarle lo de Ivo, que había desaparecido? *Mother's gonna make all of your nightmares come true*. La canción la mortificaba. Cuántas promesas. Ya no creía en nadie.

–¿Te acuerdas de cómo brillaba el Miljacka aquella mañana al alba?

–No voy a vivir con ninguna familia. Me quedo contigo, y luego te llevo a Sarajevo.

Mother will break my heart. Nada apoyó la mejilla en el muñeco de nieve y cerró los ojos.

La noche de Fin de Año, mientras estaban todos fuera trazando círculos y elipses con las bengalas, Nada terminó de lavar los platos. Quedaban pocos, solo las fuentes donde habían cocinado el bacalao. Lidia y sor Enana trataron de disuadirla, lo acabamos mañana, pero ella insistió. Quería estar un rato a solas.

–¿No sales?

Era Danilo. No se volvió.

–Dentro de poco es medianoche –advirtió él.

Siguió restregando con el estropajo, la salsa se había incrustado. La pata de una silla que se arrastra por el suelo, un ruido sordo: Danilo se había sentado. Por un rato, el chorreo del agua con que Nada enjuagaba las ollas cubrió el silencio.

–Vale, tienes razón –dijo por fin Danilo.

Le temblaron los hombros, aunque él quizá no se diera cuenta,

porque ella no paraba de moverse, volteaba la sartén o pasaba un dedo por los bordes para cerciorarse de que no quedaran restos de grasa.

–Es difícil dar una buena noticia después de otra de mala, si la mala tiene que ver contigo y la buena conmigo. Pero no he matado a nadie.

Cerró el grifo, y el silencio se hizo insoportable. Agarró un estropajo. Danilo tenía que estarse quieto: ni siquiera un crujido de la silla, la fricción de un codo deslizándose sobre la mesa.

–Mi madre y mi hermana abandonaron Grbavica el día en que mi padre y yo conseguimos huir. Decidimos separarnos para no llamar la atención. Por la mañana, ellas dos ya habían salido del edificio, cuando llegaron los soldados serbios. Cogieron a mi madre y la llevaron de nuevo a casa, en el último piso. Mi hermana se quedó en el vestíbulo. Vio subir a mi madre con tres hombres armados, uno tiraba de ella por un brazo, otro la apuntaba con la punta del fusil a la espalda. Ahora nos vamos a divertir, dijo el tercero, que estaba algo más lejos. Mi hermana no lo ha olvidado.

Nada mantenía la fuente suspendida a media altura, el trapo en la mano. No secaba.

–Por las escaleras, oí a mi madre que se lo contaba a mi padre, por las escaleras el tercero dijo: esta me la pillo yo. Así, cuando llegaron a la puerta, obligó a mi madre a abrir y la empujó dentro. Cerró con llave para dejar a los otros fuera. Mi madre dijo que casi se sintió aliviada de que solo fuera uno, rezaba para que después de aquel no les tocara a los demás, que no hicieran turnos. Rezaba para que fuera uno y basta. El serbio se le acercó y le preguntó: estabas escapando, ¿no?

Nada dejó la fuente.

–Mi madre no tuvo ánimo de responder, pensaba en mi hermana abajo sola, lo asustada que debía de estar. Por favor, dijo, hazlo deprisa, debo volver con mi hija. Y él se puso a reír. Mi madre se hizo pipí encima. Él vio la humedad en los pantalones y ella pensó que iba a ponerse más nervioso. Diez minutos, le dijo, y bajamos.

Nada estrujó el trapo.

–Nosotros nos iremos y podrás huir con ella. Al principio, mi madre no lo entendió. Podrás huir, repitió aquel. Ella lo observaba intentando adivinar si quizá lo conocía, pero le pareció que no. No sé por qué la salvó. Montó toda aquella farsa para salvarla. Quizá fuera uno de los que leían sus artículos. Quizá era simplemente uno de esos que los serbios habían obligado a alistarse, y no quería. Puede que no hubiera tenido la fuerza o la ocasión de evadirse, y ahora esperaba que mi madre al menos lo consiguiera. No lo sé.

Un gemido de la madera sobre las baldosas de cerámica y Danilo ya estaba a su lado. Nada sentía la tentación de tocarlo, de aplastarle otra

vez la nariz en el pecho, y al mismo tiempo tenía ganas de interponer un espacio, como si la existencia de aquel muchacho en el mundo la hiciera vulnerable.

Él le agarró el trapo y secó la fuente, y cada pieza de la vajilla en el escurridor. Una vez secas, las iba colocando en la alacena. Una organización perfecta, taciturna.

Todavía no habían acabado de ordenar cuando, a través de la ventana cerrada, oyeron gritar la cuenta atrás. Nada no se detuvo a esperar, agarró la escoba para barrer el suelo. Danilo fue hacia ella, empuñó el mango para que parara.

–Desde entonces mi hermana tartamudea –dijo.

Afuera gritaban feliz año a voz en grito.

corre deslízate lánzate grita ríe frena para, dale, corre deslízate lánzate curva gira aguanta frena, frena, frena, bum, vuelco, qué blanda la nieve en la cara, nieve fresca, frente helada y tú te ríes, ríes a la luz de enero, nieve inmaculada, y tienes un trineo y cinco amigos, días ociosos que rellenar de aburrimiento e inventiva, de leche en polvo, huevos en polvo, edificios en polvo, y escondrijo en el sótano, cumpleaños sin pastel, tardes entre cascotes en busca de retales para vestir de fiesta las muñecas, mañanas de cerbatanas, noches de nanas, «que enloquezcan las estrellas, que se muevan las montañas», cantas por dentro, y los párpados se cierran, «que despierten los volcanes, basta con que no haya guerra»

alipašino polje*, edificios socialistas, todos de color cemento, brotan de la nieve como un código de barras en la libreta de geografía, calcula el área el perímetro el volumen de los paralelepípedos en los que se apiñan las personas para que no las apunten los francotiradores, calcula el área de las calles cubiertas de nieve, mídela con el trineo, un cimbreo y te lanzas, cuántas veces puedes deslizarte y volver a subir, cuenta, cuántas veces deslizarte y reír y frenar y gritar entre edificios, hacía buen día y salimos, hay nieve, mamá, no nos puedes prohibir que vayamos*

«los mayores cuentan cuentos, nos asustan», cantas por dentro, incluso ahora que corres, «dañan nuestros sueños»

seis niños a un kilómetro de las posiciones serbias, sube, sal, deslízate deslízate deslízate bum, vuelco, bum, bum, vuelco, caído, la nieve es blanda, la frente helada, helada para siempre, la nieve es roja, el trineo volcado

en italia dijeron que sean candidatos al nobel de la paz: los niños asesinados por la guerra, parece una broma, el enésimo ultraje, que sean candidatos a un premio que no podrán recoger, por qué no, que sean candidatos, se lo han ganado porque son muertos de guerra, que gran ejemplo de paz

basta con poco para ganar, basta con sucumbir, deslizarse en un trineo en un barrio asediado, reír como niños en un día de sol invernal, en enero

visto que no hacéis nada por la paz, dejáis la responsabilidad a nuestros hijos descuartizados, a los fragmentos de nuestros hijos desperdigados por la nieve

somos nosotras las que los recogimos

el nobel por algo que no sabéis cuantificar, describir, algo abstracto, una

cuestión solo nuestra, «basta con que no haya guerra», la maldición de ser humanos, mortales
de tener hijos

de tener hijos

25

Ya hacía meses que pasaban el sábado con los señores P., hasta el punto de que Sen ya les llamaba Mari y Matte. Omar no, les trataba de usted y se dirigía a ellos lo menos posible. Normalmente, esperaba en silencio a que la tarde se consumiera, observaba al hermano que dejaba que la mujer le revolviera el pelo, aunque ya tuviera dieciséis años y una voz de barítono, y le reía los chistes al hombre, aunque fueran infames, respondía a sus preguntas sobre los partidos del domingo, ¿de qué juegas? Igual un día vamos a verte. Y acabaron yendo, según parece. Hasta le regalaron botas nuevas. El entusiasmo de Sen parecía la actuación del que espera ser adoptado.

Aquel sábado de primavera los señores P. los llevaron por fin a Gardaland. Solicitaron permiso a las monjas para que pudieran faltar a la escuela a fin de satisfacer un deseo de Sen, que a Omar le parecía ya completamente extemporáneo: los dos eran demasiado mayores para ir al tiovivo en compañía de una pareja adulta. Se preguntaba por qué el hermano no se avergonzaba, él que se quejaba de la ropa de Cáritas, parezco un campesino, decía a las educadoras, como si viniera de una familia como la de Danilo y no de un orfanato, él que había insistido a las monjas para que no le cortara el pelo el peluquero que aparecía por el instituto cada tres meses, sentaba a los chicos en una hilera en el salón y les iba esquilando por turnos como a ovejas, dejando cabezas idénticas: «corte prófugo bosnio», lo llamaban en la clase de Omar.

Sen conocía el nombre de las atracciones como si ya hubiera estado en Gardaland. Seguramente, se las habían contado los compañeros, que salían juntos en el tren en una excursión de amigos y a veces lo invitaban, pero con las monjas habría sido inútil preguntar, nunca le habrían dado permiso para ir a otra ciudad sin la supervisión de un adulto. En el fondo, pensó Omar, su hermano se aprovechaba de ellos: eran el único modo que tenía para poder jactarse durante el recreo, ¡yo también me subí al Moonraker! Producía hasta ternura, y obligaba a perdonarlo.

Cuando Sen se subió resuelto a la montaña rusa y la señora P. se acercó a Omar para preguntar: «¿Te ves con ánimo?», se ofendió. «No me trate como a un retrasado». Ella sonrió, pero el esfuerzo de tensar

los labios fue tal que pareció una mueca. Omar la reconoció, le recordó a su madre.

Después de que su padre les hubiera abandonado, él no dejaba de preguntar, ¿volverá? La madre sonreía con las cejas caídas, una retícula de arrugas en los lados de la nariz y asentía sin poder hablar, los torrentes secos, la tierra cuarteada. Nunca volvió, quién sabe dónde estaba, la guerra se lo había tragado. Sentado junto a su hermano, Omar se ató el cinturón con la expresión afligida de la señora P. impresa en la retina; le perforaba el corazón, la pena de su madre.

El motor despegó en sordina –desde arriba las copas de los árboles eran una mancha verde oscuro–, pero aceleró sin preaviso, los pasajeros chillaron, mientras la máquina volteaba y sentían la presión de la sangre en la cabeza. El aire se desvaneció en un silbido y el paisaje volvió a su lugar, los tejados naranjas bajo el cielo y no al revés. Omar buscó a Sen, pero este gritaba enardecido, las manos agarradas a la barra, el pelo ondeando: dieciséis años de criatura que cumple por fin un sueño.

Las piernas colgando zarandeadas por el viento, la inmensidad del vacío bajo los pies, la tortura de las torsiones y virajes obligaron a Omar a entornar los ojos, pero estaba aquella mueca, impresa bajo los párpados, el disgusto de una desconocida que laceraba como el dolor de su madre, y era injusto: una traición.

El motor se detuvo, Omar pegó con la espalda contra el asiento.

Apenas tuvo tiempo de desabrocharse el cinturón y bajar, antes de vomitarse en los zapatos. Se los habían regalado las monjas por su cumpleaños. Las monjas solo regalaban cosas que los chicos necesitaban, a veces las sacaban de las sacas de la caridad. Así fue la primera Navidad y era todo de la talla equivocada. Aunque los niños no se dieron cuenta, demasiado asombrados de recibir los regalos en Nochebuena en lugar de Fin de Año, como solía ser en Sarajevo. Poco después, las monjas reclamaron que las sacas de la caridad no llegaran a la escuela, sino al instituto: para los chavales era mortificante cobrar aquella especie de limosna frente a los compañeros italianos. Los zapatos desparejados que Omar llevaba el día que salieron de Sarajevo no se pudieron reciclar.

Doblado por los conatos de vómito, acudió la señora P., que le puso una mano en la frente, echándole el pelo hacia atrás. Un gesto demasiado maternal para que Omar lo aceptara.

En el coche de camino al instituto, trató de llamar la atención de Sen, que estaba sentado en medio con los codos apoyados en los

asientos delanteros para charlar mejor con los señores P. Una patadita en el tobillo, un pellizco en el brazo, demasiado leves para que su hermano le hiciera caso. Entonces le pellizcó con ganas y aquel levantó el puño instintivamente para atizarle, pero se contuvo: que muchacho más educado. El hijo perfecto.

Por la avenida, después de saludar a Mari con un beso en la mejilla y a Matte con un apretón de manos, dijo:

–Tienes catorce años y te comportas como un niño de parvulario.

–Y tú pareces un perrito meneando el rabo, te pareces a Čupko.

–¿Aún piensas en Čupko?

–¿Qué te importa si les gustas a esos? ¿Quieres quedarte aquí? ¿No quieres volver a tu país?

–Pues no, no quiero.

Omar le pegó un empujón.

–No nos pueden retener, es un secuestro.

Sen se rió.

–Pero ¿qué tonterías dices?

–Yo quiero volver a mi casa. Esta no es mi casa.

–Pues yo ya no quiero comer mierda, no quiero quedarme en un orfanato. No quiero que me vean como una caca. Quiero una vida normal. Quiero jugar en un equipo de fútbol, ir al cine con los amigos, invitar a tomar algo a una chica, comprarme unos Levis y dormir en mi propia habitación.

–¿Te crees que aquí alguien te considerará normal alguna vez?

–Depende de cómo te comportes: si me porto como tú, es obvio que no.

–Eres ridículo –gritó Omar–. Eres un extranjero, un desgraciado.

Sen aceleró el paso.

–Nadie te considerará normal nunca en Italia.

El hermano ya no le escuchaba, caminaba impertérrito.

–¿Adónde vas?

Omar se le echó encima, se subió a su espalda, pero Sen se lo sacudió hasta hacerlo caer. No se paró siquiera para ayudarlo a levantarse. Prosiguió su camino, probablemente contento de haberse sacudido la propia historia de encima.

26

En el autobús, Nada nunca se sentaba al fondo. Era la parte que ocupaban los estudiantes de secundaria o las chicas de segunda etapa a las que invitaban. Los mayores, de bachillerato, que habían acaparado desde septiembre la última fila debajo del ventanal trasero, las llamaban agitando un brazo, y ellas acudían. Soportaban bromas de todo tipo. Les quitaban un zapato y lo lanzaban hacia el conductor –para recuperarlo cruzaban el pasillo brincando sobre un pie, ante la mirada de los pasajeros adultos, asqueados por el jaleo cotidiano– o algún chaval se les sentaba en las rodillas y se negaba a levantarse, aunque tuvieran que bajar, reteniéndolas hasta la parada siguiente.

Nada no entendía aquella necesidad de buscar la atención de los chicos a toda costa, como si aquello les diera la carta de naturaleza, como si les concediera un certificado de idoneidad capaz de conjurar el estigma de la exclusión. Aunque puede que fuera solo porque ninguno de los chicos mayores le había dicho ven, te he guardado el sitio. Si lo hubieran hecho, quién sabe, quizá habría generado en ella la misma dependencia.

Se avergonzaba de la idea de tener quince años y, por culpa de sor Enana, tener que sacarse aún el graduado escolar. Bastante difícil era ser la más alta de la clase, más alta que algunos chicos. A menudo los sorprendía mirándole el pecho, incrédulos, con las orejas rojas por una excitación pudorosa que provocaba risitas. En una ocasión una profesora le preguntó si había sido una bomba lo que le seccionó el dedo. A Nada le pareció entrometida, respondió que sí. Por culpa de una granada que cayó en el orfanato, mintió. La voz se difundió por toda la escuela. Era una superviviente y el solo hecho de no haber muerto la transformó en una heroína. Aunque solo por unos días.

Omar no iba casi nunca en su autobús. Lo habían inscrito entre los que volvían por la tarde, de modo que tres veces por semana almorzaba en el comedor y se quedaba en la escuela hasta las cinco. Nada volvía sola al instituto. Apoyaba la sien a la ventana y aquel gesto le recordaba a Danilo, aunque ella no llevara cascos. Quién sabe si él le guardaba el sitio a alguna chica en el autobús de Rímini.

El bus atravesó el último paso elevado y Nada se preparó para bajar. Ya se divisaban las ramas en flor del jardín y la fachada ocre del San

Lorenzo. El conductor aminoró la velocidad. Tambaleándose para mantener el equilibrio, Nada recorrió con la mirada el muro perimetral que también hoy la separaba del mundo exterior.

La marquesina estaba frente a la cuarta de las celosías en hierro forjado que permitían a los que caminaban por la acera espiar a los chicos sin familia criados por las monjas, mientras jugaban al fútbol o charlaban en la zona donde les estaba permitido. En los primeros meses, Nada temía que alguien metiera la mano para pasarles comida, como se hace con algunos animales exóticos; o quizá lo deseaba, y era eso lo que la enfurecía. Verse observada en aquel espacio del que no podía salir cuando le apetecía la relegaba a una posición de inferioridad.

Bajo la marquesina, un hombre con la cabeza gacha se sentaba en un banco, con gorra de lana a pesar de la temperatura. Normalmente a aquella hora no había nadie, la gente estaba comiendo aún o bien se echaba una siestecita.

Con el frenazo los viajeros que iban de pie retrocedieron un paso, luego Nada se agarró al pasamano y, en fila detrás de los otros chicos del instituto, bajó. El hombre permaneció con la cabeza gacha en el banco, no se movió: quizá dormía, quizá era un mendigo que descansaba de un camino sin rumbo. Nada levantó la correa derecha de la mochila porque le molestaba en el hombro, y siguió a los demás con la indolencia habitual que la dejaba en la cola, a varios metros del resto, la última en cruzar la verja. El sol a plomo era como una condena, la primavera la aislaba.

Un brazo la aferró por detrás, le ciñó la cintura cortándole la respiración. Sacudió la espalda contra un cuerpo voluminoso y cálido, se le atascó el corazón, sintió un hormigueo en las nalgas. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar: una mano le tocó la mejilla.

El olor inesperado de aquella piel le humedeció los ojos.

–*Sestro moja* –le susurró el hombre al oído, relajando el abrazo.

La sangre desbordó por las arterias y Nada se volvió. Palpó el rostro del hombre con el esmero de un ciego.

–*Brate moj* –exhaló, lanzándose al cuello de su hermano.

27

Sor Directora se fió más de la turbación de Nada que del permiso de residencia con el que Ivo había atestiguado la propia identidad, redactado en un italiano precario. Los había dejado en el despacho para que pudieran estar solos: hacía cuatro años que no se hablaban, necesitaban un lugar aislado y silencioso.

–No te reconocí en seguida, eras una niña y ahora...

Ivo se había hecho un hombre, pero sus rasgos familiares en seguida devolvieron a Nada la confianza de cuando vivían juntos en el orfanato. Él, en cambio, parecía como si hubiera esperado que creciera, pero de un modo teórico, abstracto. Y ahora que apreciaba en su cuerpo el talle de la adolescencia, se sentía incómodo. La audacia con que la había manipulado poco antes, con que se había apropiado de ella para recobrar la cercanía, se había disuelto. Sentado en una de las dos butacas frente al escritorio, un codo apoyado en la madera clara, parecía recordarla ya como un error.

–¿Dónde estabas? –preguntó Nada.

La agitación la tenía en pie, el sonido del propio idioma en la voz del hermano la descolocaba. Enmarcada por la librería, se sintió sólida, arraigada en las piernas musculosas. Solo la vena palpitante la traicionaba.

–Hace ya un tiempo que estoy en Italia.

–¿Y por qué no viniste a buscarme?

Su vestimenta era tan pobre, la lana de la gorra tan deshecha, que de verdad parecía un mendigo; el pensamiento le perforó el esternón. Nada se acercó, se arrodilló ante él, con las manos lo ayudó a levantar la cabeza, a mirarla.

–¿Cuánto hace que te fuiste de Sarajevo?

–Dos años.

Separó las manos de la cara. Dos años y nunca la había buscado.

–Escucha –dijo Ivo–. No he hecho más que pensar en ti. No sabía dónde estabas, cómo encontrarte, ¿cómo iba a saberlo? No tenía dinero, y no sabía moverme por el país. Además, no te quería complicar la vida, quizá estabas mejor ahora, lejos del pasado, lejos de mí también. Lo postergué, trabajando, he estado siempre trabajando, y sin darme cuenta ha pasado todo este tiempo.

–No tiene sentido.

–He pensado en ti todos los días.

–¿Cómo pudiste salir?

Se inclinó sobre ella, parecía que fuera a caer hacia adelante.

–Te lo cuento todo –la cogió por los hombros–. Te lo cuento todo, pero no la tomes conmigo.

Nada echó la espalda hacia atrás.

¿Te acuerdas, hermana, del cementerio judío? Íbamos a fumar. Los perros callejeros de Bjelave cruzaban el puente sobre el río y se venían con nosotros, también Čupko, tu preferido. No te lo dije nunca porque no son cosas que se cuenten a una hermana pequeña, pero de chiquillo soñaba con llevar a una novia, un día, pasear con ella cogidos de la mano. Si hubiera podido escoger el lugar de mi primer beso, hubiera querido que fuera el cementerio judío, en lugar de uno de los baños del orfanato, pero las cosas fueron así, y en el fondo estuvo bien, yo no era de los que desaprovechan una ocasión solo porque el escenario no resulta romántico. El cementerio judío lo ocuparon los chetniks: utilizaron las lápidas como defensa, las abrieron y desde allí disparaban a la población civil. A saber si alguna vez les dio por pensar en su primer beso.

Yo lo pensaba a menudo, mientras cavaba trincheras. Me alegraba que hubiera sucedido hacía tiempo, aunque fuera en un baño, aunque fuera con una chica que no era la mía, que repartía besos a todos, me parecía que cada beso con quien fuera había valido la pena. Qué quieres, la guerra me volvía un poco nostálgico. Echaba de menos los cuerpos en paz. Cuando no están heridos, no supuran pus, no apestan. Cuando tienes ganas de acariciarlos y estrecharlos y olisquearlos, cuando su cercanía conforta, no hace daño ni da miedo.

De noche, acurrucados en aquella fosa, éramos gemelos compartiendo un solo útero, que antes o después nos habría expulsado arrojándonos a la posibilidad de la muerte, como si todos fuéramos hijos repudiados. Todos como yo.

Pero encontré un amigo que se llamaba Faruk. Desde el principio de la guerra había perdido cinco kilos, pero aún tenía sobrepeso. Era algo mayor, tenía las mejillas mofletudas con barba y el pelo eléctrico, una corona de hilos crespos en torno a la cabeza. Su pinta graciosa me ponía de buen humor. Y hablaba siempre de comida, de los platos que comeríamos para celebrar el fin del asedio.

Él era de los que creen, y no solo en la victoria. Quería defender la ciudad, aquella en la que tantos pueblos, decía, habían vivido juntos durante siglos. Creo en la comunidad multicultural bosnia, repetía,

pertenezco a ella. Yo respondía que no sentía ninguna pertenencia, a nada, a nadie. Desde que te habías ido tú, no había nada que fuera mío, en Sarajevo, ni siquiera mi cuerpo, reclutado para defender algo que me había parido y criado en los márgenes. Yo estaba acostumbrado a aquel estado de abandono en el que habíamos acabado. Faruk no lo entendía, mi familia será la tuya, decía, verás: mi madre prepara un *bosanski lonac* de miedo, y se pasaba la lengua por los labios.

Yo todavía no había matado a nadie y le preguntaba qué se sentía teniendo un muerto en la conciencia. Estoy defendiendo la ciudad en la que nací, respondía, es una idea de libertad. Ya, pero ¿qué se siente? Faruk chupaba un cigarrillo Jugoslavia hasta el filtro, callaba, me observaba con los ojos entornados, quizá por el humo, quizá porque no me entendía. Vamos a ver, le decía, si la norma es no matar, entonces vale para siempre, si la vida humana es importante, entonces siempre lo es: ¿cómo puedo matar para sobrevivir?, ¿cómo puedo determinar que mi vida vale más que la de otro? Faruk apagaba el cigarrillo aplastándolo con la punta de la bota, el hielo se cuarteaba bajo la suela. Si uno trata de matarte, decía, tú solo te estás protegiendo. Sí, pero yo no quiero vivir con esa carga. No quiero vivir en detrimento de la vida de otro. Tanto más porque antes o después voy a morir yo también, mejor rendirse.

En medio de estos razonamientos, que él llamaba desvaríos, una vez me preguntó: ¿no quieres a nadie? Pensé que te quería a ti, hermana, pero cómo quieres a alguien que ya no existe.

¿Puedes hacerlo por mí?, preguntó Faruk.

¿El que?

Tratar de sobrevivir.

Una nube oscureció la habitación y, velada por la sombra, Nada se sintió invadida por una tristeza infinita.

–Tenía razón –dijo–. Ahora estás aquí.

Ivo bajó la mirada. Los cabellos raleaban un poco en los lados, ya tenía entradas.

–¿Y fuiste?

–¿Adónde?

–¿A comer *bosanski lonac* a su casa?

–Sí –sonrió Ivo–. Fue un día fantástico. No había gas, pero la gente cocinaba al aire libre, en una parrilla colocada sobre dos piedras en el patio del edificio. Protegidos por los balcones o las cornisas, parecía un pícnic de los que se ven en las pelis americanas, como una barbacoa en un 4 de julio.

–¡Exagerado!

–La verdura la había plantado la madre de Faruk en el balcón. Hasta puso champiñones en el *bosanski lonac*, los cultivaba en el sótano.

–Pero no lleva champiñones...

–Estaba exquisito.

Nada tuvo ganas de probarlo. Nunca había echado en falta la comida de su tierra, le había faltado Ivo, solo Ivo. Pero la existencia misma de aquella tierra la desgarraba.

–Luego estaban los sobrinos de Faruk, que son cuatro. Y dos de ellos se habían inventado una gacetilla: *Cocco*.

Bosnia: un boquete en el estómago.

–¿*Cocco*?

–Sí, porque en la portada siempre sale un coco que juega a fútbol, o que despliega un anuncio o que va en patines a entregar el periódico: pues eso, el *Cocco*.

Nada amagó una carcajada.

–Escribían noticias sobre la ciudad, por ejemplo, si ya había vuelto el gas, si durante el fin de semana habían hecho una fiesta utilizando una dinamo conectada a una bicicleta, que pedaleaban por turnos para alimentar la electricidad para la música, o lo que habían aprendido en la Escuela Invernal Virtual de radio Zid... O bien hablaban de un curso de buenas maneras que una chica, la muy loca, había abierto en la ciudad asediada. O contaban pequeñas historias cotidianas, como la de las dos mujeres que se habían peleado en la cola del agua. Se agarraron de los pelos, acabaron todas mojadas. Hacía tanto frío que el agua se congeló sobre los abrigos.

–O sea que la derrocharon.

–Mientras hojeaba la gacetilla, Faruk se puso los sobrinos sobre las rodillas, un niño y una niña, no me acuerdo de los nombres. Y dijo: la próxima vez que vengamos, Roger y yo os traemos un coco. Hala, tío, ¿dónde vas a encontrar? Lo encuentra Roger, dijo él. ¿Verdad, amigo? Me llamaban Roger en el frente.

Nada pensó en Danilo.

–¿Has podido mantener la promesa?

–No.

Ivo se frotó una ceja, se examinó las manos. Se veían ásperas.

Durante unos segundos ambos observaron la alfombra en el suelo, Nada se vio memorizando el dibujo.

–¿Y cómo la imprimían la gacetilla esta? –dijo luego.

–Con ayuda del UNPROFOR. Como unas cien copias. Pero cada copia la coloreaban a mano.

–¿Me llevas?

–¿Adónde?

–A casa de Faruk, lo quiero conocer.

Ivo se levantó de la butaca, fue hacia la ventana y la abrió, sacó la cabeza afuera como si no pudiera respirar.

Nada no osó acercarse. Esperó en silencio a que dijera algo. Pasado un rato, dándole la espalda, Ivo habló.

–¿Sabes qué me respondió la sobrina de Faruk, debía de tener unos nueve años, cuando le dije si no salía a jugar fuera? Me dijo: ¿estás loco? Si me pilla una granada mi madre me mata.

Se rió solo, luego escondió la cara entre las manos.

La llamita de la cerilla con que una noche encendió el último Jugoslavia lo convirtió en un blanco. No murió en seguida. Agonizó un buen rato, con las costillas rotas, el pecho destrozado. El olor a sangre es fuertísimo, lo notas en la garganta. No le avergonzó llorar, gritar, implorar ayuda, era alguien que quería vivir a toda costa, y si por mí hubiera sido, habría cambiado mi vida por la suya, no por generosidad, sino porque a mí me daba igual.

Una noche entera de gemidos, espasmos y delirios, luego Faruk me agarró del brazo, estaba amaneciendo. Es el momento, dijo, con un hilo de voz. No entendí. Es la hora de tu primer muerto. Me solté, quería escapar, desaparecer. Deliras, dije. Te lo pido por piedad, dijo, no puedo más. Por favor, mátame.

Te van a curar, vivirás.

Ya sabes que no me voy a salvar.

Sí que puedes, tenemos que comer juntos el *bosanski lonac* de tu madre, no me basta una sola invitación, me dijiste que tu familia es la mía.

Que te lo preparen otra vez, y abrazas a madre por mí, pero ahora ten piedad. Palpó el terreno con la mano hasta que interceptó el fusil, lo levantó, el brazo temblaba.

No puedo.

Escucha, es lo que hay que hacer: no lo haces para salvar tu vida, sino para darme paz. No es un crimen, es piedad. ¿Puedes aceptar eso al menos?

El alba centelleó en el cañón del fusil, sobre el manto de hojas mojadas, sobre las huellas de las botas, pero sin canto de pájaros.

El primer ser humano al que maté era mi mejor amigo. Tenía algunos kilos de más y unos pelos que salían disparados en todas direcciones.

El retroceso del disparo me echó para atrás y me cayó el fusil. El cuerpo de Faruk se paralizó en una imagen congelada. Apoyé la cabeza en su pecho y desde entonces tengo el olor de la sangre en la nariz.

Nada acarició levemente la espalda de Ivo, este no se alejó y ella se atrevió a aproximarse, lo envolvió hasta pegarse a él. Apoyó la mejilla en el abrigo raído.

–¿Fuiste a verla?

–No. No puedo ir diciendo que maté a su hijo.

–No fuiste tú.

Ivo suspiró, se deshizo del abrazo. Cerró la ventana. Lentamente, volvió a sentarse. Nada se sentó junto a él. Tenía las manos en los vaqueros, húmedas, y las restregó sobre los muslos.

–¿Estás bien aquí? –dijo él, como si quisiera recomenzar la conversación.

Nada se encogió de hombros.

–¿A qué curso vas?

–A octavo.

–¿Y eres buena?

–Bah.

–No has olvidado el bosnio.

–Sabía que antes o después lo volvería a hablar contigo.

Ivo sonrió.

–Eres guapa.

Nada se sorprendió.

–Como ella. Te pareces tanto, ya te parecías de niña. Siempre me la has recordado.

–Nunca me lo habías dicho.

Él sacó un llavero del bolsillo.

–¿Qué es?

–¿Cómo? ¡Es Vučko¡

En la chapa de metal esmaltado aparecía gravado un lobo esquiando con el lema SARAJEVO 1984. Nada no sabía qué hacer con eso, pero le alegraba que su hermano le hubiera traído un regalo.

–Te lo manda nuestra madre.

28

Había un intercambio previsto. Los chetniks iban a liberar a un grupo de mujeres secuestradas y ellos entregarían a un puñado de prisioneros. Ivo y su brigada llegaron en un autobús donde iban los serbios capturados. Sabía por lo que habían pasado: descargas eléctricas en los testículos y azotes con cables de acero, cables de las líneas de alta tensión destruidas. Las mujeres esperaban de pie junto a los soldados al final de la cuesta, las más viejas llevaban pañuelos en la cabeza, las más jóvenes tenían ojeras y las mejillas hundidas, un rencor sin perdón en el iris. Algunas llevaban de la mano niñas despeinadas, otras se aguantaban la barriga hinchada desde hacía unos meses.

Era incapaz de mirarlas a la cara, la vergüenza por todo por lo que habían pasado le oprimía la nuca. Las mujeres empezaron a correr, temiendo que el autobús se fuera sin ellas. Una tropezó y se dio de bruces. Ivo acudió a ayudarla, le tendió la mano a aquella maraña de rizos rubios y, cuando ella levantó la cabeza, la reconoció. El espanto le disparó el corazón.

Ella no notó nada, le tendió la mano dándole las gracias, luego se sacudió la falda. Nunca habría podido imaginar quién era aquel muchacho alto y robusto, con entradas después de dos años de guerra, a pesar de la edad. ¿En qué lo podría haber notado? ¿El tacto de su piel tendría que haber activado el recuerdo? ¿Cuántos ojos castaños había visto hasta entonces? No eran azul celeste como los suyos. En aquel mentón prominente, en aquellas cejas espesas no había ni rastro del niño al que había abandonado. El lunar en la mejilla quizá. No, también eso era diferente. La manchita oscura de antaño se había dilatado.

–¿Nos conocemos? –le preguntó, al darse cuenta de que la escrutaba. Ivo se alejó, aunque luego, en el autobús, continuó girándose para verla. No había envejecido. Todavía tenía el pelo lustroso y espeso.

La incursión obstinada de su mirada parecía importunarla: se removía en el asiento como si no encontrara una postura cómoda, le oponía una expresión dura y desafiante. Ya no podía más del impulso abusador de los hombres, de la necesidad de arrogarse el poder por

medio del sexo, del hábito de follarse a las mujeres para degradarlas, para vengarse de los enemigos. O al menos fue lo que Ivo pensó.

Trató de controlarse.

–Te gusta la carne curada, ¿eh? –Un compañero le propinó un codazo.

Ivo ahogó un conato de llanto. Desde la muerte de Faruk que no lloraba, y ahora apenas podía contener las lágrimas. Había matado, dormido en barracas de madera que hincaban a traición astillas en los dedos, aún le palpitaba el pulgar tumefacto, se había masturbado detrás de la cortina raída de la letrina, logrando excitarse a pesar del miasma orgánico. Luego, contemplaba las estrellas. Había hecho la guerra, y a su amigo no habría sabido decirle por qué.

Cuando bajaron, se obligó a no mirarla más, a separarse de ella, olvidarse de haberla encontrado, había pasado media vida sin ella y no la había extrañado. Era la prueba de que se puede vivir sin madre ni padre, que se puede crecer sin recibir consejo, sin apoyos, sin abrazos de consuelo. De eso no muere nadie, uno no se vuelve más débil ni más fuerte, todos nos vemos arrojados al mundo hacia la posibilidad de la muerte. La falta de amor está en el origen de la creación.

Las mujeres se alejaron lentamente, como si se hubieran extraviado de camino a casa, o temieran no encontrarla ya, una casa. Y aunque las paredes siguieran en pie era probable que las habitaciones hubieran sido saqueadas. Las niñas se rezagaban, sin querer avanzar: estaban cansadas, decían, de todo. Las mujeres embarazadas se tocaban la barriga de la que tendrían que rendir cuentas. Ivo miró aquella formación de mujeres como se mira un rebaño a la espera de que cruce la carretera y nos deje pasar, sin concentrarse en ninguna en particular. Pero la fuerza de atracción era irresistible: de nuevo, se vio rastreando la multitud para identificarla.

Se estaba arreglando el pelo con los dedos, y después de agitarlo se encaminó. Sin haber decidido nada, Ivo fue a su encuentro.

–¿Me explicas qué quieres, chiquillo?

Ojos celestes idénticos a los de Nada.

–Para ti debió de ser más sencillo, ¿no?

–¿Qué quieres decir?

–Que estabas acostumbrada. Si te hubieran pagado, te hubieras quedado. Siempre es mejor que la calle.

Ella frunció la nariz como por un tic nervioso, dos, tres veces.

–Así que nos conocíamos, ya lo pensaba –rió sarcástica–. ¿Era tu primera vez? –Le acarició un pómulo.

Ivo se apartó.

–No, yo me juré a mí mismo que nunca iría con una puta.

–Mejor para ti –dijo ella, y retomó la marcha.

–¿Cómo haces para no avergonzarte de nada?

La mujer se volvió sin dejar de andar.

–Pero ¿qué quieres?

Las otras curiosearon, ninguno de los compañeros llamó a Ivo. Si hubiera estado Faruk, quizá le habría regañado. Ivo la siguió.

–¿Esta vez nadie te ha dejado preñada?

–¿Quién quieres que me deje preñada a los cuarenta y tres años? –dijo ella mirando hacia delante. Luego, como un resabio de intuición tardía, se detuvo. Se volvió.

–¿Cuántos hijos tienes? –preguntó Ivo.

Las mujeres se acercaron para protegerla, pero con un gesto ella las exhortó a dejarlo correr.

–No tengo más aparte de ti y de Nada –respondió. Otro tic en la nariz.

Ivo contrajo cada centímetro del rostro para no llorar. Tenía ganas de pegarle. Ojalá hubiera muerto él, en lugar de Faruk.

–¿Cómo estás? –dijo ella–. ¿Dónde está tu hermana?

–¿Qué te importa?

Le cayó un mechón de pelo en el ojo, no lo apartó. Había reducido los movimientos al mínimo, para no chocar con él. Como si lo considerara peligroso. Las mujeres permanecieron a la escucha. Solo dos, que lo habían perdido todo, hasta la curiosidad, se alejaron. Los soldados llamaron:

–Drakulić, ¿nos vamos?

–Me importa –dijo la madre–. ¿Cómo estás?

La furia era un dolor en las cuerdas vocales. Solo se podía expulsar llorando, golpeando. Una furia que llevaba años fermentando, desde siempre, y exhausto por el esfuerzo de dominarla Ivo cayó de rodillas.

–He matado a mi mejor amigo –dijo, y hundió el rostro en la tierra.

29

La visitaba cuando podía. Vivía en el apartamento de los abuelos. Daša se había ido de casa cuando era una chiquilla, y alguna vez llamaba al interfono de noche diciendo quedaos el niño al menos, lo tenéis un poco con vosotros. Los abuelos cedían a desgana, más por sentido del deber que por cariño. Él recordaba la maceta de geranios en el antepecho de la ventana que daba al angosto patio de cemento –rojo como una estocada en los ojos bajo la luz que difuminaba la silueta de la abuela en la cocina– y la bata marrón que el abuelo llevaba abierta, con el cinturón meciéndose a los lados. Luego Daša volvía, siempre de noche, subía las escaleras corriendo, despeinada, el maquillaje corrido, decía añoro a mi hijo, no podéis alejarlo de mí, tan fuerte que lo despertaba, lo arrancaba del calor del lecho, y a pesar de la resistencia de los abuelos se lo llevaba. Dormían en la calle, ovillados entre cartones. A Ivo dormir así expuesto en mitad de la calle por donde pasaba la gente le producía vértigo. Con cinco años aún le excitaba, pero luego ya solo fue frío, incomodidad y una porquería que le hacía rascarse los tobillos. La madre lo devolvía a los abuelos, y él no la veía durante meses. En un momento dado, en una vieja cuna rescatada de un sótano apareció una recién nacida. El vello rubio, casi blanco, en la cabecita despellejada, la piel cándida a manchas rojizas. No tenía siquiera un diente, pero sí los diez dedos. Su hermana, decían los abuelos. Desde entonces, Daša ya no fue a buscarlo para estar con él.

Los abuelos nunca aceptaron que tenían una hija callejera, alcohólica, una hija que estaba en boca de todos. Ivo ignoraba que habían muerto, pero ahora Daša le hablaba de ellos, porque no tenían mucho que decirse, él y ella, y evocar el pasado era una manera de ocupar el tiempo juntos, o quizá de transmitirle un legado. Había dejado la calle, sin hijos a cargo, sin padres, empezó a trabajar desde casa. Ya no bebía, tenía un techo bajo el que cobijarse, pero no se le había pasado por la cabeza cambiar de trabajo. Y tampoco le pareció que profanara la memoria de quien la trajo al mundo cuando recibía a los hombres en el que había sido el hogar familiar. Pragmática, había aceptado una vida rutinaria, sin sobresaltos. Recibía a los mismos clientes afectuosos de siempre, si uno moría acudía al funeral y

lloraba con aflicción sincera, si los hijos de otro se graduaban se sentía orgullosa, no se veía distinta de un médico o de un peluquero al que un hombre acude toda la vida. Satisfacía una necesidad que tenían, y por eso establecían una relación duradera. Se lo explicaba sin pudor, e Ivo preguntaba morboso.

Comían juntos pollo a la King de los paquetes humanitarios, luego ella fumaba los cigarrillos que él le procuraba, y se preguntaban qué haría Nada en Italia. No siempre, solo de vez en cuando. Tan pronto como empezaban los bombardeos, bajaban a los sótanos del edificio, o bien se metían en el trastero, de pie, con la espalda pegada a los estantes ya vacíos. En la oscuridad, respirar el aliento de su madre, el sudor, le resultaba intolerable. Cuando estaba tan cerca de su cuerpo la odiaba como se odia a un enemigo. Por fin, entendía a Faruk: la determinación de matar para defenderse, aquel deseo que no había sentido en el frente. Habría querido matar a su madre para defenderse del dolor de ser su hijo. Habría querido torturar aquel cuerpo que había hecho gozar a tantos hombres, aquel cuerpo sin recato. ¿Cuántos, al mirar a la propia madre, piensan en su agujero entre las piernas? Ella le provocaba eso. Lo obligaba a eso. No sentía pena por aquella mujer sometida desde hacía décadas al apetito masculino. Quería abofetearla. Porque no le permitía olvidar el sexo, la feminidad, la capacidad de dar placer, porque el lugar por el que había pasado él para venir al mundo había sido ultrajado por demasiada gente. Cuando estaba tan cerca de su cuerpo, Ivo temía volver a perderlo, y ya sentía su falta, le dolían las articulaciones, los músculos.

La intimidad puede desarrollar tolerancia.

Quizá por eso un día le habló de Faruk, del olor metálico que seguía hiriendo sus fosas nasales. Daša escuchó en silencio, no lo abrazó, e Ivo lo agradeció.

Cuando llegó a su casa con el hombro vendado porque le habían herido, la madre le hospedó durante toda la convalecencia. Luego, una mañana dijo:

–Debes irte de Sarajevo, como tu hermana. Tú también tienes derecho a salvarte.

–Soy un soldado –respondió Ivo, acomodándose bien sobre la almohada–. Si no me llevaron a Italia es porque debo combatir aquí.

–Ya has combatido bastante.

–Ninguna organización humanitaria me ayudaría a salir ahora. No hay manera de irse, si no lo harían todos.

–Conozco a una persona –dijo ella, sentándose en la cama–. Te puede ayudar.

–¿Quién es, un habitual? –rió él, duro.

–¿Qué más te da quién sea? Es uno poderoso.

–¿Y por qué iba a ayudarnos?

–Me dijo que me ayudaría.

–¿Te debe un favor?

–Nos conocemos de toda la vida.

–Pero ¿qué cojones dices? –Ivo volvió a reír, carraspeando–. ¿Quién eras? ¿La esposa? ¿La amante? ¿Te das cuenta de que solo eres una puta? ¿De dónde sacas este amor propio absurdo?

Daša se levantó. Corrió las cortinas para dejar pasar algo de luz. Ni un geranio que aliviara el cemento.

–Me puedes insultar cuanto quieras, yo quiero ayudarte.

–Si quiere que te vayas, ¿por qué no te vas?

–Porque prefiero que te salves tú.

–No vayas ahora de madre sacrificada, a toro pasado.

–Tu hermana ¿la quieres volver a ver o no?

–Soy un soldado, hostia. No puedo irme, la ley lo prohíbe, ¿lo entiendes? –Ivo se echó la manta por encima.

–Deja ya de tener miedo.

Meses después llegó la noticia de que iba a tener que partir en dos días: le harían pasar por un miembro de la delegación de los bosniocroatas que se dirigía a Zagreb, y saldrían por el túnel que había bajo el aeropuerto.

No se había confiado en absoluto, no se fiaba de lo que presumía su madre. Pero era verdad: alguien estaba dispuesto a hacer favores a una mujer que no contaba para nada, una prostituta insignificante de mediana edad, por pura bondad. Alguien en el mundo la apreciaba como se puede apreciar a cualquier ser humano. Ivo no contaba con ello, creía que ella solo podía provocar sentimientos de rabia. Pensaba que todos la repudiarían, la explotarían quizá, que nadie la tomaría en consideración: él tenía que hacerlo porque le había parido, y esa casualidad vencía cualquier repulsión. El parentesco es un accidente, pero te persigue, como si el hecho de que su carne lo hubiera amparado, de que él hubiera brotado de sus órganos absorbiendo su sangre, lo marcara con un vínculo de pertenencia.

No tuvo ni que asentir: Daša lo dio por hecho, y le ahorró tener que elegir. Puede que esta imposición tácita fuera su primer gesto materno.

Cuando Ivo supo que su brigada iba a reunirse precisamente en aquel túnel para recoger un transporte de medicinas la misma noche en que estaba prevista la salida de la delegación, y a la misma hora, pensó que era una señal.

–No puedes renunciar –insistió Daša.

–Pero ¿qué tienes en el cerebro? –le gritó a la cara, tan fuerte que ella frunció la nariz. Los cabellos se agitaron sobre el azul claro de los ojos alarmados–. ¿Te parece que, además de desertar, lo haga delante de mis camaradas? Y ellos van y me dicen: ¡Faltaría más, Drakulić, la salida es por ahí!

Daša pareció sentir compasión por él, como si no fuera su hijo.

–Vete tú, no desperdiciemos la ocasión.

–Tu nombre es el que aparece en la lista.

–Como si no pudieran cambiarlo. Te lo ruego, ve tú. –Ivo la agarró de los hombros–. ¿Por qué debería salvarme mientras los demás mueren?

–Suerte.

–Es de cobardes. ¿Cómo puedes empujarme a convertirme en un cobarde?

–No soy una buena madre, vale. ¿Estás contento?

Ivo retiró las manos.

–No puedes estar orgullosa de un hijo cobarde.

–El orgullo me da igual. Me basta con que vivas.

La bufanda hasta el mentón y una gorra que Daša había remendado, como había hecho con el abrigo... quién sabe de quién habían sido, quién sabe si había existido un hombre con el que hubiera proyectado compartir sus días. Ivo se podría haber buscado unas gafas, quizá, pero ni siquiera él creía en aquel disfraz. Le parecía una farsa que iba a ser descubierta en cualquier momento, y esperaba que fuera pronto.

No puede ser que tengas tan pocas ganas de vivir, hijo mío, le había dicho su madre la noche anterior.

No os entiendo, replicó Ivo, con eso de que querer vivir es más natural o más sano que rendirse a la muerte. ¿No es más sabio dejar que nos pille la muerte, visto que es inevitable? ¿De qué sirven todos estos afanes para mirar de combatirla, si antes o después siempre gana? ¿De qué combate hablamos si conocemos al vencedor de antemano? Esforzándose, el perdedor hace el ridículo, y a vosotros os parece lo adecuado.

Eres demasiado joven para razonar de ese modo. Debe de ser culpa mía.

No, razono así porque soy inteligente. Aunque haya crecido en un orfanato. ¿No esperabas tener un hijo inteligente?

Preferiría un hijo feliz, dijo ella acariciándole el mentón.

Ivo acogió el tacto suave de los dedos, el leve cosquilleo de las uñas, y deseó –no entendía por qué, no lo entendíabesar aquella mano.

En la maleta había metido los casetes grabados de Pink Floyd,

aunque no tuviera un radiocasete para escucharlos. Paciencia, cuando llegara a su destino, se lo compraría: Daša le había dado dinero. Iba tan ligero que no le parecía que fuera a emprender un largo viaje.

Agachado, porque el túnel tenía una altura de poco más de metro y medio, seguía al hombre poderoso que se había acostado con su madre, y a un guardia. ¿Qué había visto en ella aquel señor que llevaba zapatos de piel de becerro? En la fila también había mujeres. Una llevaba a un recién nacido agarrado al pecho con una faja de tela, para aplacar el llanto le susurraba shhh en la sien, otra llevaba una venda de la frente a la nuca, algo suelta y manchada de sangre, y caminaba lenta, más de lo que el trayecto exigía, ayudada por un militar pegado a su espalda.

La luz de las bombillas, colgando intercaladas cada quince o veinte pasos, languidecía, como si el aire viciado la sofocara, o quizá fueran las bombas que caían alrededor lo que la hacía parpadear. Las linternas iluminaban nerviosas las paredes de arcilla empapadas. Se habría antojado un espectáculo lumínico de un concierto de rock si los pies no se hundieran en el fango –los zapatos de piel iban a estropearse– y hubieran podido agitar los brazos, pero la galería era una camisa de fuerza. Ochocientos metros de respiración contenida a ojos cerrados, es tan intenso el olor del fango, del sudor que empapa los cuerpos extenuados por la humedad, el olor frío del corazón de la tierra, el olor de la sangre coagulada bajo las gasas, aquel olor. No hay manera de respirarlo, nunca. Proseguir durante veinte minutos, media hora, por más que, santo Dios, con la espalda curva, duelan los riñones, las cervicales. No pensar en nada, cantarse una canción mentalmente, *And did you exchange a walk on part in the war for a lead role in a cage*? Abandonar a una madre después de que ella te abandonara, restablecer el orden natural de las cosas, como si esa traición fuera el único modo de convertirse en adultos. ¿Dónde estás, Nada, hermana mía? Te querría aquí conmigo.

Nos volveremos a ver cuando acabe la guerra, dijo Ivo.

Su madre no respondió.

A la salida del túnel, unos soldados con sacos de yute esperaban su turno para entrar. Ivo se bloqueó. Se caló la gorra y se subió la bufanda por encima de la nariz.

–¿Todo bien? –le preguntó el guardia del poderoso, volviéndose.

Ivo había reconocido al primero de la fila, un camarada suyo, un serbobosnio que defendía Sarajevo, mientras él desertaba. Si hubiera respondido, el camarada habría podido identificar la voz.

–¿Todo bien o no? –repitió el guardia–. ¿Por qué no sales?

–Sí –silbó Ivo.

Concentró todas sus fuerzas en mover una pierna tras otra, le pareció que caminaba en el agua. Una vez fuera, apenas se enderezó,

por miedo a que le vieran la cara. De ahora en adelante, ¿iba a ir siempre con la cabeza gacha por vergüenza? En un impulso de orgullo la levantó. O quizá fuera una señal de rendición. Sus ojos se cruzaron con los del camarada, que lo miraban fijamente. Ya está, había sucedido. Había esperado que fuera en seguida, en cambio sucedió a la salida del túnel. Lo habían descubierto. Todo había terminado. Iba a decepcionar a su madre.

Tomó aliento, abrió la boca.

–¿Estás atontado? –le regañó el guardia, que había vuelto atrás para apremiarle–. Date prisa, vamos. –Y le arrebató la maleta de la mano para meterla en el maletero.

La oscuridad era compacta, aplastaba el esternón. Atadas entre sí por una cuerda, tres cabras desoladas, o aburridas.

–Vamos –dijo el camarada, y avanzó.

Ivo se vio obligado a apartarse para dejar pasar a los soldados en fila. Sin siquiera un saludo al que había sido su compañero, a los de su brigada, subió al jeep, donde los otros ya se habían acomodado. Al dejar por primera vez la ciudad que lo había criado, pensó que no se elige de quién somos hijos.

No hay de qué sorprenderse si en torno a los campamentos militares aparecen burdeles, los hombres hombres son, no son de piedra, el sexo es un desahogo y las necesidades físicas hay que aplacarlas, son jóvenes, poco más que chavales, devorados por la angustia de las bombas, aferrados a los fusiles, buscan una nana entre nuestras piernas, nos correspondería mecerlos como madres, pero oponemos resistencia, es culpa nuestra si luego nos aplastan el cráneo. Bastaba con estar calladitas, el tiempo de vaciar y nos hubieran dejado. Pero nos matan, nos entierran en la fosa común de Visoko, nos arrojan al río Bosna.

En el mercado negro de Srebrenica llamaste a los cascos azules, amiga mía, y te arrodillaste. El soldado de la ONU abrió un boquete en la alambrada y se bajó los pantalones, cuando te levantaste tenías la cara llena de cortes. Consentiste. Necesitabas comida, alcohol, tabaco. Además, la necesidad habilita el consenso. ¿Cómo no confundir la revuelta de algunas con un amago, un preliminar? Este es mi fusil, se regodean los soldados de cualquier facción, esta es mi arma, y se agarran el caballo de los pantalones, contempla entre las piernas, contempla. No se les puede pedir que maten y luego sorprenderse de que nos violen. Si el enemigo ya no es humano, imagínate la enemiga. Mejor que desahoguen su hostilidad contra las mujeres en lugar de hacerlo contra los propios oficiales, dicen los oficiales.

Son jóvenes, hay que apaciguarlos, calmarlos, arrullarlos, aunque no los hayamos parido, mujer musulmana toda ensangrentada, gritan los serbios, y callan los cascos azules, ni siquiera se dan la vuelta, son árbitros que anotan los puntos, no pueden intervenir, no apoyan a ningún equipo, mujer musulmana toda ensangrentada, el serbio fue el primero para ella.

La pensión era blanca con un sauce en la entrada, sillas de plástico alrededor de una mesa, me habría esperado un helado por abrir, me habría esperado la calma. Secuestradas, encerradas, un burdel encima de un búnker de prisioneros bosnios. Mientras allá abajo los hombres eran obligados a montar escenas eróticas, a chupársela mutuamente, a nosotras nos tomaban por la fuerza. El Kod Sonje era el restaurante favorito de los cascos azules, había TV por satélite, rakija *y chicas. Tapándose la nariz, hasta una bosnia podía excitarlos,* SMEL LIKE SHIT, *habían escrito los holandeses en los muros de Srebrenica. Y dime, amiga mía, ¿hablaban de ti?* NO TEETH, *habían escrito,* A MUSTACHE, BOSNIAN GIRL! *Pero ahora estábamos en Vogošća, a pocos kilómetros de Sarajevo: frente a la pensión un sauce llorón y, detrás, las ruinas de Europa. Ayudar a las mujeres no*

forma parte de la misión, había dicho la UNPROFOR. Aunque violarlas tampoco. El general MacKenzie fue un héroe en su día. Yo era una más. Era Andrómaca, Hécuba, Casandra, era una de las sabinas. Era menor.

Amiga mía, ¿tú has hecho alguna vez el amor? Lo imaginaba de otra manera. ¿Cómo puede ser que sean idénticos, los gestos del amor y los del atropello?

El uniforme garantiza el anonimato, y no son más que muchachos, buscan una nana entre nuestras piernas. Habría que coserlas a las mujeres. Refundar un mundo sin madres.

30

Ivo quiso saludar a Sen y a Omar antes de despedirse. Los chicos se sentían cohibidos, sin duda no esperaban que en su existencia italiana irrumpiera un pedazo de Sarajevo. Omar parecía especialmente turbado.

–¿Y adónde vas? –preguntó Sen, sopesándole.

Aquella vestimenta de mendigo debió de impresionarlo. Parecía haber perdido toda la admiración por el que antaño había sido su ídolo. Parecía asombrado de que lo hubiera sido.

–Me vuelvo al Véneto.

–¿Y qué haces en el Véneto?

–De obrero.

Ivo evitó contar cómo había terminado allí, a Nada solo se lo había insinuado. El cliente importante de la madre tenía varias empresas diseminadas por Europa, y por medio de la que poseía en el Véneto conseguía hacer entrar clandestinamente armas en Bosnia. Fue una invitación oficial de aquella empresa lo que permitió a Ivo trasladarse a Italia.

–¿Así que tú también te irás? –preguntó Omar a Nada.

Ella miró al hermano, que bajó otra vez la mirada.

–Tranquilo. –Sen le dio un cachete a Omar–. Por ahora no se te la lleva nadie.

Su amigo le pareció tan frágil que Nada tuvo el impulso de alejarse.

Unos días después, en el jardín, se acercó al banco donde estaba sentada. Estaba escribiendo en una hoja a rayas, de las que se utilizan para las redacciones escolares, apoyada en una libreta que tenía sobre las piernas.

–¿Molesto?

Se apresuró a doblar la hoja y a esconderla en la libreta.

Cuando Omar se le sentó al lado, Nada apretó la cubierta con las manos, como asegurándose de que la hoja no escapara de entre las páginas.

–¿Le escribes a Danilo?

Nada asintió.

–Una noche me enseñó a nadar. Y nunca le di las gracias.

–No parece que hayas aprendido muy bien –bromeó.

Desde la Navidad anterior la correspondencia no era tan frecuente, pero ahora le tenía que contar sin falta lo de Ivo. Ya no había promesas que mantener, Danilo ya no tenía que encontrar a su hermano, y la disolución de aquel pacto la condenaba a un mayor apego por él, como si pudiera perderlo de un momento a otro.

–Me alegro por ti –dijo Omar.

Nada puso una mano encima de la suya. Imaginaba lo que podía haberlo impactado ver a Ivo. El mundo que habían dejado atrás se había presentado de golpe. Omar trató de sofocarlo, de reducirlo a los pensamientos de antes de dormirse, a algún atisbo de nostalgia y a un deseo constante, aunque latente, que ocasionaba discusiones puntuales con Sen. Al ver a Ivo, sin embargo, los cuatro años en que no había visto a su madre y la duda de que pudiera estar muerta, por más que él lo hubiera negado siempre, lo despertaron, con la violencia de una quemadura, de aquel sopor al que había cedido por necesidad. Corre, le ordenaba algunas noches la voz de su madre. Cada vez más lejana, débil.

–En serio: ¿ya estás tranquila?

Nada asintió otra vez. Omar se levantó.

–¿Vienes?

Ella apretó la libreta y lo siguió, caminaron hasta la hornacina de la Virgen. Un dejo de hastío le irritó la garganta.

–Tengo que decirte una cosa –dijo serio.

No sé qué te esperas, pensó Nada. No tengo nada que decirte.

–Mañana nos vamos.

Se agarró a la libreta para no caer. La Virgen María se quedó atónita y ella tuvo ganas de estropearle su carita aseada.

–Nos mandan con una familia de acogida.

–Pero tú no querías.

–Sen sí, y...

–¿Qué?

–No puedo separarme de mi hermano, perdona.

Nada detestaba la compasión.

–¿Por qué perdona?

Detestaba que los otros la creyeran necesitada. Sabía prescindir de ellos, sabía prescindir de todos.

Llévame contigo, le había dicho a Ivo. No puedo, respondió él. Vivo con otros cuatro trabajadores en un piso de dos habitaciones con un solo baño. No tengo suficiente dinero para mantenerte. Nada se preguntó cuándo se acabaron los tiempos en que bastaba con echar un colchón en el suelo y escapar de las bombas para sentirse

privilegiados.

–Te hice una promesa –dijo Omar.

Ya vale con esta historia de las promesas. Ya vale de dar a los demás la oportunidad de ilusionarla, de traicionarla, no debía fiarse de ellos. Qué ingenua había sido. Y menuda presunción pensar que Omar la acompañaba hasta la estatua de la Virgen porque deseaba besarla, aunque ella no. Se había creído con ventaja, y era él quien la estaba abandonando.

–No me acuerdo –respondió.

Dejó caer la libreta. En la tapa había pegado una etiqueta blanca con su nombre. En español quiere decir «nada», le decía Ivo en Sarajevo, se divertía tomándole el pelo. La carta de Danilo se escabulló de entre las páginas. No la recogió. Era ella, nada. Se tendió en el suelo, Omar la imitó.

–No estoy seguro de que las monjas lo toleraran –dijo pasados unos minutos, rebajando la tensión del silencio–. Aquí echados como en la playa. O en la cama.

La alusión le crepitó en el ombligo.

–Total, desde mañana ya no te podrán tocar las narices.

Nada puso una mano sobre los ojos, haciendo visera.

–¿Sientes el olor del sol?

–¿Qué dices?

–Se pega a la piel, cuando te da el sol. Huele, la piel cambia de olor. –Y le tendió la mano.

Omar olisqueó.

–Me da que huele a Nada.

Le aferró los dedos: eran cuatro, y ella no se había avergonzado de ponérselos bajo la nariz.

–Te había prometido que volveríamos juntos a Sarajevo. Y lo haremos, cuando sea mayor de edad.

Llévame con ella, le había dicho Nada a Ivo. Yo también quiero volverla a ver, casi no la recuerdo. ¿Has tenido noticias suyas? ¿Habláis? Sé que está bien, según cuenta su cliente importante, dijo él. ¿Y no le escribes? No ¿Por qué? Porque no estamos destinados a implicarnos en la vida del otro. Pero que estupideces dices, Ivo. Ella te salvó. Es nuestra madre, y yo quiero verla. La guerra ha terminado, podemos ir a verla. ¿Se lo pides? Por favor, pídele si puedo ir a su casa. Ivo no prometió nada. Al menos eso no.

–También puedo volver sola. Y además tengo un hermano. –Evitó decir: tengo una madre. No quería herirlo–. Haces bien en ir con Sen. Esos señores parecen buena gente.

Omar no dijo nada.

–¿Tendrás una habitación para ti?

–Sí.

–¿Y hay jardín?

–Un patio.

–Vamos que para subirte a los árboles tendrás que volver aquí, ¿no?

–Yo volveré aquí por ti.

Se frotó la mejilla con la mano de Nada. En contacto con su piel, ella notó claramente el hueco del dedo que faltaba. Omar le cogió una muñeca, se irguió un poco para mirarla a los ojos, como si quisiera besarla.

–¿Vendrás a visitarnos los domingos con los ancianos? ¿Traerás merienda? ¡Tened piedad de los pobres huerfanitos!

Omar cambió de expresión, le soltó la muñeca. Y en aquel momento Nada sintió que la ira se apagaba. En su lugar, un miedo sin objeto, que le produjo un hormigueo en las nalgas.

31

Matte los acompañaba a la escuela en el coche cada mañana. Sentado delante, Sen charlaba durante todo el trayecto. Metía cintas en el radiocasete, pa, escucha esta, dime si no rompe la pana. Más bien los oídos, rompe, bromeaba Matte. El sábado tocan en el centro Leoncavallo en Milán, por favor, déjame ir. Ni hablar, todavía es pronto para ti, además el sábado tenéis catequismo, y se volvía buscando a Omar, despatarrado en el asiento trasero, mudo como de costumbre.

Tan pronto como Sen bajaba –en secundaria se entraba un cuarto de hora antes–, compartir el habitáculo con Matte se hacía cansino. Omar nunca sabía qué decirle, y sobre todo no se le ocurría para nada llamarlo pa. Desde que tenía un padre falso, pensaba en el suyo propio. No lo extrañaba. Ya solo lo recordaba como a alguien que había participado en su nacimiento. En su vida desempeñaba el mismo rol que un antepasado conocido solo por las fotos, alguien que contribuyó a que existiera, pero por el que no puedes sentir afecto.

Cada sábado acudían a una hora de catequismo que impartía el sacerdote. Solo él y Sen, como favor concedido en virtud de la devoción de Mari y Matte. Los padres adoptivos habían decidido que había que bautizar a los hermanos. Les preguntaron su opinión. Sen acogió la propuesta entusiasmado. Tanto le daba la religión católica, pero le gustaba la idea de parecerse al máximo a los compañeros de escuela, a los italianos. Y además habría una fiesta, quizá podría invitar a una chica. Pocos católicos asisten al propio bautizo de manera consciente: a ojos de sus amigas iba a parecer un tipo especial, que se plantea cuestiones profundas, sensible, toma. Omar, en cambio, no había dicho nada y ambos lo interpretaron como un consentimiento.

Las clases con el sacerdote empezaron a cargarle en seguida. El sábado a última hora de la tarde, mientras los otros se dedicaban a pasear por el centro, él se iba al instituto a ver a Nada. Mari e Matte siempre tenían compromisos con los amigos de la parroquia –si a él no le tocaba guardia– y obligaban a participar a los dos hijos de acogida. Sen resoplaba, pero al final se divertía: había hecho amistad con otros muchachos del grupo, hacía amistad con todos. Junto a los

compañeros de clase fumaba, también hierba, y con los de la parroquia leía la palabra de Dios, y no se consideraba ni hipócrita ni falso: era adaptable.

De noche en su habitación, Omar no conseguía dormir. No había nada de malo en Mari y Matte, pero era incapaz de quererlos. Lo habían cogido en casa para no separarlo del hermano, aunque fuera a Sen a quien querían, a él y a nadie más, lo tenía claro. Lo exasperaban con su solicitud y su aprensión. Mari, que solía acariciar la cabeza de Sen y lo besuqueaba cuando despertaba o para darle las buenas noches, había entendido que con Omar debía contenerse, no le gustaba que lo tocaran. Le hablaba en un tono plácido, artificial, como si tratara con un recién nacido o con un demente. Había tratado de adivinar qué le gustaba comer, pero Omar seguía sin tener apetito. Le compraron una bicicleta el mismo día en que le regalaron el escúter a Sen. No lejos de casa comenzaba el campo y, según Matte, pedalear le iba a sentar bien, le abriría el estómago. La bici seguía en el garaje sin estrenar.

Lo invitaban a hacerse la señal de la cruz en cada comida y se aseguraban de que rezara sus oraciones antes de acostarse. Total, tampoco se dormía. Permanecía atento bajo las sábanas, como si más allá del umbral del sueño lo esperara una amenaza que no sabía descifrar. A veces se le entrecerraban los párpados, y en su cabeza fluctuaban hilachas de voz, figuras cambiantes se formaban y deshacían en la oscuridad, un preludio de los sueños. Omar trataba de dejarse arrastrar, de sumirse en aquel sopor, pero un vuelco en el corazón lo despertaba de golpe. A los padres adoptivos no les decía nada. Rúlate un porro, le había sugerido Sen, que le había dejado una china de costo en la habitación. Controla que no te pillen. Omar había escondido aquellos pocos gramos de color cacao en un cajón del escritorio que no abría jamás.

No había nada malo en Mari y Matte, pero Mari no era su madre y a su madre él no iba a traicionarla, incluso en el caso de que hubiera muerto: tenía que honrar su memoria. Lo malo era el propio Omar.

Cada diez días más o menos –solo podía usar el teléfono por la noche unos minutos, si no la factura salía muy cara–, llamaba a Nada al San Lorenzo. El aparato estaba sobre un mueble en el pasillo y todos podían escuchar la conversación, por eso hablaba en voz tan baja, como si la llamara a desgana. Ella respondía desde el despacho de sor Directora, en su presencia y, por tanto, se mostraba fría y lacónica. Aquellas llamadas lo deprimían.

La última vez le pidió a Omar que la ayudara a estudiar. Era el único con quien no se avergonzaría de repasar el trabajo que estaba preparando para el examen y en que trataría todas las asignaturas, salvo matemáticas, porque no se le ocurrió cómo conectarlas con el

resto.

–El sábado no puedo ir a catequesis.

–¿Y eso? –preguntó Matte.

Los escúteres trucados pasaban volando, un rugido voraz que hacía vibrar las ventanillas.

–Voy a ver a Nada.

–Por cierto, ¿ha visto a alguna familia?

–¿Qué tiene que ver?

–Me dijo sor Directora que tiene un carácter algo difícil.

–Tú no la conoces de nada.

–En efecto, lo ha dicho sor Directora, no yo. No te apures. Me da que a ti te gusta. –Matte sonrió en el retrovisor.

Omar no devolvió la sonrisa. Le sobrevino la rabia como un picor en los dedos.

–Oye, el cura se ofenderá.

–Ya va Sen, que además es mejor discípulo que yo.

–No seas impertinente.

Matte pulsó stop y sintonizó Radio Maria. El locutor estaba leyendo las Sagradas Escrituras: «Hijos –declamó–, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor».

–¡Es un complot! –dijo Omar.

Matte se rió.

–¿Te acompaño?

–Pillo la bici –dijo Omar para contentarle.

Matte escuchó la lectura en silencio, luego, cuando concluyó, soltó:

–Nada, pues. Así sea.

El sábado el marido tenía guardia y Mari le recordó a Omar que la catequesis era muy importante, había que tomar el sacramento del bautizo en serio, pues lo había elegido él y no se le había obligado por tradición, sin que tuviera conciencia de ello.

–Yo no elegí nada. Eres tú que me quieres imponer tu religión.

–Os lo preguntamos y no te opusiste. ¿Cómo puedo saber lo que piensas si no lo dices?

–Hacerlo o no me da lo mismo, me basta con que no me atosiguéis.

–Si te da lo mismo, no lo hagas.

–Vale, entonces ya no me hace falta la catequesis. Me puedo ir con Nada.

–Yo no te atosigo. Me comporto contigo como con tu hermano. –Le llamó–: ¡Sen! Sen, ¿te parece que te atosigo?

Sen llegó arrastrando los pies.

–Bah, déjalo estar.

–Míralo, el lameculos.

–Omar, no digas esas palabras. ¿Qué te pasa?

–Por ejemplo, que no me dejáis ir con Nada.

–¿Por qué eres tan insolente? –El tono artificial se había diluido, menos mal.

–Me impones tu voluntad y encima quieres que diga que no lo haces.

–Basta. Hacemos todo por ti, y nunca te parece bien, estás siempre nervioso, siempre con ese aire huraño, no sueltas palabra ni que te paguen. Ya no puedo más.

Sen no lo defendió ni dio la razón a Mari. Era su método: estar de acuerdo con todos.

–Nada me está esperando.

–¿Es que no te importa nada de lo que te estoy diciendo? –Mari pegó una palmada en la mesa.

Sen trató de calmarla.

–Déjalo, está enamorado de esa chavala desde niño. No está enfadado contigo.

Pero Mari se había disparado, se encaminaba a la entrada.

–¡Hablo con las paredes! ¡No tienes ningún respeto! –dijo poniéndose la chaqueta–. Así que ahora te enseño yo de qué va el respeto y te vas a catequesis. Lo que yo te diga. Es por tu bien y un día me darás las gracias.

–Yo no voy a ningún lado –remató Omar.

Sen lo tomó del brazo.

–Venga, cálmate. Ya se le pasa.

–Y tú también me tocas los cojones.

–¡No digas esas palabras en mi casa! ¡Te lo he dicho!

–Pues me voy de tu casa, y las puedo decir cuando quiera.

Omar se dirigió a la puerta, jadeando.

–¿Adónde vas?

Sen lo siguió.

–Omar, para.

–¿Adónde vas? –repitió Mari–. Tú no te mueves de aquí hasta que lo diga yo.

–A tomar por culo.

Y Omar pegó un portazo.

No fue a ver a Nada ni la avisó. La cólera ofuscaba cualquier otra emoción, empeoraba el obstáculo que lo separaba de los demás, cuánto más se intensificaba más excluido se sentía. La cólera lo arruinaba todo, hasta el deseo de ver a Nada.

De niño no era así. Obedecía. Aceptaba o renunciaba, y su pasividad era un refugio. Ahora en cambio su cuerpo supuraba rabia como toxinas.

¿Por qué motivo tenía que acostumbrarse a una existencia que no quería? ¿Por qué se tenía que sentir culpable de no corresponder al amor de dos extraños? Él no los quería, no tenía intención de quererlos. Sin darse cuenta, se vio caminando por el campo. Un cielo a punto de desplomarse sobre el llano e hileras simétricas de árboles como para creer que pudiera haber un orden en la tierra; zumbido de insectos y olor a estiércol. La cólera se aplacó. Encaramado a una rama, Omar esperó al ocaso.

Lo despertó la voz de Sen. Había casi oscurecido, la hora de la cena debía de haber pasado hacía un buen rato.

–No sabes cuánto hace que te buscamos.

Omar se restregó los ojos con el dorso de las manos. Por un segundo echó en falta a sor Tormento. Qué absurdo.

–Bajo.

Y saltó. No estaba enojado, ni triste, ni sereno. No sentía nada, y era inexplicable.

Mari e Matte estaban no muy lejos, ella se retorcía los dedos.

–Perdóname. No quería pelearme. Estaba tan preocupada.

Omar pensó que con Nada no mantenía ni las promesas más sencillas, como la de ayudarla a estudiar. Fracasaba siempre, normal que prefiriera a Danilo.

–Ha sido un malentendido, venga, puede pasar –dijo Matte–. «Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos» –recitó–. ¿Te acuerdas?

Omar no se acordaba.

–Lo oímos la otra mañana en la radio, mientras te llevaba a la escuela.

–¿Lo dice Jesús?

–San Pablo. En la Epístola a los efesios.

–Vamos a casa –dijo Mari–. ¿Tienes hambre? La pasta aún está caliente.

Ser lo bastante generoso como para no impedirle que hiciera de madre. Ser caritativo, con una madre. Una que no te abandona en el orfanato, sino que viene a sacarte del orfanato. Una con los dedos de los pies rectos, ni siquiera el meñique torcido. Una que vive con su marido, no la han abandonado. Y no huele a pelo sin lavar, a estufa de leña incluso en verano. Una que no canta *pati majka, udova ostala* para que te duermas, porque si tu madre te cuenta que se ha quedado viuda

y que sufre por ello, tú no duermes. Una madre que no salta sobre una granada, una madre que no se muere, Dios, que no se muere cuando todavía la necesitas.

–Gracias –dijo Omar, abrumado por la piedad hacia aquella madre desgraciada e inocente que lo había gestado.

Mientras los otros temen a las bombas, el frío, el hambre, ella solo le teme al fin del amor. Es inminente, y la ha liberado ya de cualquier otro miedo. Una vez termine la guerra, nada lo va a retener, o ella misma será quien le diga vete. La cosa acabó hace tiempo, su amor es un enfermo terminal. El mundo un eco, una cámara lenta, y los francotiradores fallan. No le dan, no tienen piedad. ¿Sabías que un médico serbio extraía los órganos a los cadáveres y los conservaba en cámaras frigoríficas? Y tú pensando en el amor. Ojos oxidados. Él ya no la quiere proteger. Al final de la guerra se irá. Y al final de la vida, luego, morirá. Su muerte ya no será una cuestión que la concierna. Lo fue durante tanto tiempo, durante años ella se dormía conjurándola, espiaba su respiración mientras dormía, de noche regateaba con Dios lo que fuera a cambio de la supervivencia de él, ya pasaba antes de la guerra. Sin embargo, un día él morirá y su muerte ya no será algo que la concierna, después de las bombas los escombros las infecciones, después de todo eso. Ya han violado a miles de mujeres. A algunas las han degollado con alambre, otras murieron de hemorragia. Ya verás como te las arreglas, solo es el final de un amor. ¿A cuántos ha matado la guerra? Amores víctimas del encierro de los deseos abortados de la diarrea de los sueños censurados de los restaurantes cerrados de los cines derribados de la muerte, que es más fuerte que el amor. Él ha ido abdicando a cada pacto, ya no tiene fe. Si sobrevive a la guerra, de viejo, lejos de ella, en otra casa, con otras personas en el cabezal de la cama, de viejo morirá. Y no será (qué absurdo) una cuestión que la concierna. ¿Sabías que en Brčko, en una antigua fábrica de cemento, arrojaron niños en las máquinas trituradoras? Estaban vivos, ¿los oyes gritar? ¿Todavía puedes pensar en el amor, en tu miserable huertecito de amor? Si él saltara sobre una granada, ahora, ella sería viuda, un amor interrumpido, no un amor acabado. Avergüénzate. Esta idea vuestra de que morir sea peor que el final del amor. Avergüénzate. Ojos arenosos, el mundo una fiebre. Miles de niños exterminados desde el principio de la guerra. Él no la ve, no la reconoce. Miles y miles de seres humanos torturados. Su destino ya no es de su incumbencia. Y los francotiradores fallan, no le dan, la perdonan. De alguien como ella no se puede tener piedad.

(¿Para quién las escribo yo estas páginas?)

32

Las vacaciones en Gli Aquiloni ya no eran lo mismo, para Nada, sin sus amigos.

Omar se había ido con sus padres en un viaje en coche a Francia, Montpellier, Carcasona, parque natural de los Pirineos y santuario de Lourdes. ¿Irás a la gruta de la virgencita?, le pinchó Nada. Yo a las grutas de las virgencitas solo voy contigo, respondió él, pegándole un cachete en el costado.

El oral había ido bien, el trabajo sobre el Romanticismo le había permitido hablar de Leopardi, mostrar la reproducción de *La balsa de la Medusa* de Géricault, que había hecho con lápices pastel, y tocar un nocturno de Chopin. Hasta la flauta era de segunda mano, como sus vestidos, y ya se le había caído al suelo tantas veces que la había tenido que pegar con Super Attak. En algunas notas, las más altas, desafinaba un poco, pero los profesores aplaudieron igualmente. Habría entendido que lo hubieran hecho por el dibujo, pero por la ejecución del fragmento, no. Fue como el aplauso en el aeropuerto de Milán cuatro años atrás, sin mérito.

Llamó a Omar para decir que había aprobado. El sábado de la cita le había esperado en la entrada del instituto, había salido al jardín, se había asomado a la verja, luego subió a la planta superior, se encerró en el baño y, sentada sobre la tapa, repasó el programa de memoria, sin que la ayudara nadie. Los internos del San Lorenzo podían recibir llamadas en el despacho de sor Directora, pero no podían llamar: el día en que colgaron las notas en la escuela, las monjas hicieron una excepción con ella. Hasta sor Enana estaba orgullosa, sus plegarias habían sido atendidas.

Me escapé de casa, masculló Omar. Sí, pero te volviste otra vez y no te perseguía ningún cura. Él se rió. Como lo hagas otra vez, la cosa ya resultará ridícula, dijo ella. La debilidad de Omar le causaba una mezcla de ternura y desdén que la empujaban, periódicamente, a alejarse.

Ni siquiera Danilo podía ir a verla a la colonia: ahora vivía en

Rímini, en la misma ciudad, con la madre y la hermana, y por las tardes iba a la playa con Jagoda, los amigos de la escuela o del barrio, y su chica. Se lo contó como si nada, como si la noticia no fuera a trastornarla; además, ¿por qué iba a hacerlo? Es italiana, subrayó. Siempre había envidiado la desenvoltura con la que Izet lograba conquistar a las monitoras y las voluntarias, incluso a las mayores. Nada lo sabía. Ligar con las chicas del instituto era fácil, todos se habían besado con todas, como un solo equipo que se entrena por parejas. Por eso ni siquiera mencionaba aquellos devaneos. Aunque ella se los imaginaba: torpes, efímeros, como sucedía en el San Lorenzo; hasta ella los conocía. Suscitar el interés de un italiana, en cambio, significaba jugar en otra liga, disputar un partido de verdad. Ahora que lo había conseguido, que aquella chica italiana se definía directamente como suya desde hacía tres meses, Danilo caminaba por las calles de Rímini, por los pasillos del Instituto Técnico, por las playas del paseo con una seguridad renovada.

También Vera había sido entregada en tutela, dos meses atrás. Y ni siquiera tenía alguien con quien pelearse, como para morir de calor y tedio.

Lidia la implicaba en todas las actividades recreativas, le hizo diseñar los disfraces para la obra de teatro, visto que no quería interpretar ningún papel, le enseñó a aplicarse lápiz de ojos en el párpado inferior, le compró en un puesto de mercadillo unos sujetadores balconet, de color, con aro, para substituir el top blanco cerrado de algodón, ya oscurecido por las lavadoras, que menoscababa la exuberancia de sus formas. En el mercado eligieron las telas y cosieron juntas los disfraces, aunque Nada siempre se equivocaba al regular la tensión de la bobina y el hilo se enredaba.

A menudo cogía un bloc de dibujo y se sentaba en la orilla, para ejercitarse en la copia al natural: observaba a los chicos que corrían o se adormecían, jugaban a futbolín o flirteaban, a las monjas que parloteaban con el socorrista, una mano sobre los ojos y los mocasines hundidos en la arena, y a las educadoras que hacían los equipos para la carrera de sacos. Se preguntaba por qué nunca hacían volar cometas. Si los hijos eran cometas, como decía el poema de la madre Teresa colgado en el salón, entonces deberían haber jugado con cometas, asistir al espectáculo radiante de los rombos que forman un mosaico de colores en el azul.

Nada trataba de representar las escenas corales de las que era testigo organizando el espacio con una geometría precisa, como Géricault. Lidia se enamoró de aquellos esbozos y decidió colgarlos en el salón la noche de la obra –que sería el 14 de agosto– con un hilo de nailon y agujas de tender, como si fuera la colada.

–Falta que firmes –dijo.

Nada solo escribía su nombre en los dibujos cuando los regalaba, en ese caso eran como una carta. Los bocetos no, eran para ella y ya está.

–Si hacemos la exposición, serán de todos. Verás como los vendemos, ¿cuánto crees que valen?

–No lo sé –murmuró Nada.

No quería que nadie cuantificará su valor. El riesgo de que fuera escaso la rebajaba a priori.

Ivo la visitó la primera semana de agosto, cuando comenzaron sus vacaciones. Lidia había convencido a la Madre superiora para que le reservara una habitación: no tiene dinero para ir de vacaciones, había dicho, y así está un poco con la hermana. La Madre superiora se cepilló los cabellos con las uñas y al final dio su permiso.

Nadaban juntos por la mañana temprano, antes de que la playa se llenara. Después de comer, Ivo, que se había sacado el carné en Italia, le pedía el coche a Lidia y daba vueltas con Nada por la ciudad, a veces se aventuraban hasta Riccione, Cesenatico, San Marino. Ni siquiera parecían dos huérfanos, los confundían con unos novios de vacaciones, dedicados a lamer su cucurucho de avellana y chocolate negro, a untarse mutuamente de pomadas para las quemaduras.

Al acabar la semana Nada, apretando el llavero de Vučko en el bolsillo, formuló la pregunta que hacía días que aleteaba. Había esperado a que Ivo sacara el tema, pero, como no sucedió, decidió que lo haría ella. Después de cenar un bocadillo sentados bajo el faro, andaban paseándose por la dársena.

–¿Le preguntaste si podemos ir a verla a Sarajevo? Quizá en Navidad.

–Yo no tengo dinero para pagar mi billete y el tuyo.

–Puede que venda algunos dibujos por la Virgen de Agosto: Lidia organiza una exposición.

Ivo sonrió.

–No creo que baste.

–Ya, pues podemos mirar de encontrar más. Suplicaré a las monjas que me dejen trabajar después de la escuela, pero quiero saber qué dijo ella.

Una gaviota chilló con tal desesperación que Ivo se sobresaltó.

–Ey, ¿me miras?

La elegancia con la que volaba el pájaro hacía dudar de que el autor del graznido hubiera sido él.

–Ivo.

Estaba fascinado con la bandada. Desde abajo, las gaviotas asaltaban el cielo como esquirlas de una granada recién detonada. Se

detuvo, le cogió la mano.

–No se siente capaz de verte.

–¿En qué sentido no se siente capaz?

–No tiene el coraje.

Las gaviotas gritaron, gimieron, lloraron. Nada no.

–Pero ¿cómo es posible? A ti te ha querido ver, hasta te ha ayudado a escapar, y conmigo, ¿no tiene el coraje?

–No estropees la alegría de estos días. No dejes que te la estropee, ¿vale?

–Es mi madre.

Ivo levantó la mano de Nada ante sus propios ojos.

–¿Lo ves?

–Vale ya.

–¡Mira!

–¡Déjame!

Una gaviota se abalanzó hacia ellos. Nada le ofreció el pecho, la garganta, la frente, pero el pájaro la esquivó al final, dibujando una amplia curva hacia el mar.

–Deja que expíe el pecado –dijo Ivo.

–¿Y si prefiero perdonarla?

–Eso no es lo que quiere.

–Todos quieren ser perdonados, Ivo. Todos.

Nada se miró el hueco entre los dedos. Ve la maceta de geranios rojos en la ventana, la espalda de la abuela que trastea en los fogones a pesar de los gritos, las pantorrillas musculosas de su madre, que tropieza con las patas de las sillas, trastabillando sobre los tacones.

Nada está en la puerta de la cocina, tiene cuatro años y una devoción absoluta por el hermano mayor, nunca ha dormido en la calle y el olor de la madre le es ajeno. Busca a la abuela, es la atención de ella lo que busca llorando. No tiene hambre ni sueño ni tiene que ir al baño. Simplemente la asustan aquellos gritos, la asusta la mujer que chilla. Es su madre, lo dijo Ivo la última vez que vino. Nuestra madre. La abuela y la madre se apartan, gesticulan, hablan arrebatadas, las venas del cuello se tensan. El abuelo ha salido con Ivo, han ido a comprar el periódico. No sabía que iba a venir la madre, nadie sabe nunca cuándo va a presentarse. La abuela se pasa las manos por la cara, se sienta a la mesa y se aguanta la cabeza. Nada la llama lloriqueando. La abuela no responde, sumida en el desánimo. Abuela, insiste ella. Chitón, tú, ordena la madre. La abuela se levanta, vuelve al fregadero, se pone a cortar cebollas, prometió que habría *sarma* para comer y finge no oír a aquella mujer que vocea. Los niños solo saben lloriquear, dice la madre, lloriquean y gritan todo el día. Abuela, llama Nada, abuee-laaaaa. Cállate, repite la madre. La abuela sigue cortando, ha dejado de escuchar, espera que la loca esa se canse,

que se vaya. Quién sabe por qué se pelean. Ivo durmió sobre cartones, de pequeño, a veces hacía frío, a veces la madre calentaba un poco. Dice que, por la noche, la echa un poco en falta, lo dice a escondidas de los abuelos, ahora que vive con ellos. La madre le arrebata el cuchillo a la abuela, dice ¿me escuchas? Deja de dedicarte a lo tuyo, te estoy hablando, y le golpea la sien con el mango, contigo, ¿lo entiendes? Abuela, se alarma Nada, las mejillas calientes de lágrimas. La abuela baja la mirada, está castigada. Abuela. La madre se vuelve hacia la niña: ¡Basta! Solo sabes lloriquear. Abuela, abuela, abuela, Nada no para. ¡Vale ya, cállate! Pero ella solloza más fuerte, gime, golpea la jamba con la mano. ¡Coño, que te calles, he dicho!, vocifera la madre, y lanza el cuchillo.

Ningún dolor. Una especie de cosquilleo, de viento. Un borbotón encarnado que mancha la puerta. Pinceladas de sangre que gotea sobre las baldosas, una charca más roja que los geranios. La vaga percepción de un descarte, de una masa que mengua levemente, un impedimento que se contrae en el espacio de manera infinitesimal: si no fuera mi cuerpo ni siquiera lo sabría, pero a partir de aquel momento mi peso en el mundo varía. Por eso lo sé.

Caminando en silencio alcanzaron la ruta panorámica.

–¿Quieres subir? –preguntó Ivo, por más que ya sabía la respuesta.

Nada pensó que los abuelos no habían ido nunca a verlos al orfanato: ¿por qué? ¿Qué costaba quererlos a ellos dos? Sacó el llavero del bolsillo, el lobo llevaba una bufanda roja. No había nada que perdonar, porque ella nunca sintió rencor. ¿Quién se imagina a una niña de cuatro años que odia a su madre? Llorar es peligroso, eso sí que lo aprendió.

–No tengo llaves para el llavero –dijo, y arrojó a Vučko al mar.

Hendió el agua, que se lo trago. Las gaviotas se apiñaron, persuadidas de que era comida.

–Ella no me necesita, no hay más.

–También eso –dijo Ivo– es un derecho.

33

–Si no estás lista en dos minutos me voy.

Danilo miró el reloj. Se lo dio su padre antes de irse a Italia. Él lo había considerado un préstamo, una prenda, el sello de un pacto: cuando nos volvamos a ver, me lo devuelves. Pero la guerra parecía no acabar nunca y, cuando terminó, su padre no le pidió que regresara a Bosnia, ni tampoco se vino a Italia, por teléfono dijo seré de los últimos en ser desmovilizado, y luego, cuando lo desmovilizaron, dijo quiero quedarme aquí para la reconstrucción, amo mi ciudad. Quizá, más bien, no quería lo bastante a su hijo, por eso no había tenido ganas de verlo en cuatro años.

–Jagoda, venga. –Llamó a la puerta del baño–. Son las diez.

Bajo la correa de metal, la piel se veía más clara. Danilo solo se quitaba el reloj para nadar, la marca del bronceado le recordó a Irene, las areolas de color óxido que destacaban en el triángulo lácteo que había trazado el bañador, la franja blanca y fina que cortaba la cadera en dos.

Una punzada de deseo en los riñones. Tocarla era un milagro.

–Esto-to-toy casi lista –dijo la hermana.

La madre entró para buscar el paquete de tabaco en el bolsillo de una chaqueta colgada. Lo encontró, encendió un cigarrillo y, aspirando, le posó una mano en el hombro.

–Ten paciencia con ella.

Siempre había fumado, todos sus colegas fumaban mientras tecleaban o dictaban los artículos, pero ahora era otra cosa. Había una desolación bulímica en el modo como chupaba un cigarrillo tras otro. Los artículos por escribir eran cada vez menos. Para trasladarse a Italia había renunciado al salario fijo, con la idea de conseguir noticias, como corresponsal, que superaran la criba del redactor jefe. Danilo se preguntaba por qué, después de haber aguantado toda la guerra, se había ido cuando ya había terminado. Ya no podía más, repetía ella: Sarajevo me da náuseas. Quién sabe lo que debía de pensar el marido, de aquella repulsión tardía. Ella seguía firmando como Azra Simić, con el apellido de él.

–Es muy importante que tu hermana se adapte, y solo tú puedes ayudarla.

–Sí, pero yo tengo novia, no puedo salir encadenado cada noche.

Danilo se echó un vistazo en el espejo, la camiseta negra con la cara impresa de Kurt Cobain, la media melena como la del cantante.

–Va, Danilo. –Un tono de recriminación amable.

–Lleváis meses aquí, ¿por qué no sale con sus compañeras de escuela? ¿No se ha hecho amiga de nadie?

–Estoy más tranquila si va contigo.

Abandonaba a Jagoda durante la noche. En un momento dado, pedía a un par de amigas que la vigilaran, como si fuera una mascota, y se alejaba con Irene a la playa. Ella montaba a horcajadas sobre él, tendido en la arena, la faldita de viscosa le cosquilleaba la barriga. Vestidos, casi inmóviles, se corrían ahogando la respiración. Cuando volvían a la plaza, a menudo encontraban a Jagoda sentada sola en el bar, vasos y platos vacíos sobre la mesa. Las chicas estaban algo más allá charlando, de pie, se habían olvidado de ella. Nunca se chivaba a la madre.

Una vez Danilo había alcanzado al grupo sentado en la terraza habitual y una de las chicas estaba imitando el tartamudeo de Jagoda entre carcajadas, sin darse cuenta de su llegada. Solo interrumpió la pantomima cuando las miradas de los otros la llevaron a volverse. Danilo estaba detrás de ella. No dijo nada, salvo hola. No defendió a la hermana, y desde entonces algo entre él y su familia se había roto. Aunque quizá había sucedido mucho antes, cuando se había marchado para salvarse mientras ellos permanecían en Sarajevo.

–Tiene catorce años, no es una niña, no me puedes pedir que le haga de niñera. Yo a los catorce años me cambié de país, solo, ¿y ella no puede siquiera salir sola por el paseo marítimo?

–No sois iguales. Tú siempre has sido más fuerte.

–Es que igual a mí me habéis obligado a ser fuerte, y no pude hacer las cosas de otro modo.

–¿Por qué tienes tanto rencor?

¿Lo tenía? Él, el chico más educado de Gli Aquiloni, el que tenía la cabeza sobre los hombros, de quien Lidia se fiaba, ¿tenía tanto rencor? Él no sentía que le quemara, que lo agotara, lo amargara, ¿qué rencor podía ser?

La siguió hasta la cocina. A falta de un cenicero, la madre sacudió la ceniza en el cuenco de la mano, pero ahora tenía que apagar el cigarrillo. Abrió el grifó y lo mojó. Un olor asqueroso se esparció por la cocina.

En la mesa había unas hojas con apuntes escritos con grafía aristada, masculina. La última frase decía: «15 julio del 96. Las autoridades de Bosnia-Herzegovina están informadas de que el Comité de apoyo a los menores del Consejo de Ministros italiano ha decidido paralizar el retorno de los niños bosnios».

–¿Te sigues ocupando de los huérfanos de Bjelave?

Danilo pensó en Nada, Suljo, Omar y Sen, Coccodè, a saber qué había sido de él. Pensó en Izet, que no era huérfano, y que vivía otra vez en Sarajevo.

–Es una cuestión espinosa.

La madre recogió las hojas, las ordenó.

–¿Para qué van a volver? Tú estás aquí, odias Sarajevo, ¿por qué quieres que vuelvan ellos?

–Te avergüenzas de tu hermana, ¿verdad? –dijo Azra–. Te avergüenzas de su pelo, de cómo habla, de cómo es.

En el flequillo de Jagoda había crecido un mechón gris: no era la única niña de Sarajevo con el pelo entrecano, según contaba la madre. Si tuviera otro carácter, pensaba Danilo, lo habría convertido en una marca personal, un detalle estético, una afirmación de sí misma. La pelirroja con el mechón plateado. Por el contrario, aquel anticipo de senilidad la incomodaba, pero tampoco acudía al peluquero, la agobiaba la idea de que se expandiera. Andar en grupo, que le preguntaran en clase, jugar a vóley playa, todo la agobiaba, luchaba contra el impulso permanente de retraerse.

–No, pienso que algo no funciona. –Trató de ser conciliador–. Tienes que mandarla a un logopeda, a un psicólogo, no lo sé, que venga papá.

–Porque, según tú, yo sola no me apaño: ¿estás diciendo eso? –Antes no era así, su madre no tenía los ojos hundidos–. Pero ¿tú qué sabes de lo que yo he hecho, eh? Tú no estabas. –Encendió otro cigarrillo, inhaló con vehemencia–. Cuando medio kilo de carne costaba tres veces mi salario y me arriesgaba a morir para encontrar comida. Cuando tu padre luchaba en el frente y Jagoda lloraba cada día. Cuando la cortisona y el salbutamol habían desaparecido de las farmacias y ella tenía ataques de asma. Cuando las dos teníamos diarrea, y no había agua. Solo una epidemia de enterocolitis en toda la ciudad. Cuando ya no tenía compresas y cortaba a pedazos toallas, fundas, camisas para metérmelos en las bragas. Mientras andaba esperando bajo la niebla, porque con poca visibilidad quizá los francotiradores no dispararían. ¿Tú dónde estabas?

–No fui yo quien pidió irse, no me lo puedes echar en cara –respondió Danilo–. Jagoda habría podido venir conmigo, pero tú no te separabas de ella.

Una bofetada. Una sola, seca. La segunda de su vida. La primera fue el 4 de abril de 1992.

–Si me hubiera ido, Jagoda se habría muerto de pena. Se habría muerto. ¿Por qué no miras de sentir algo de compasión por tu hermana?

–No es verdad que no la sienta. –La mejilla ardía.

–Habría cambiado cualquier cosa por un inhalador para el asma. He

caminado sobre la nieve ensangrentada, charcas de sangre y de barro donde se hundían las botas, seguí trabajando en el periódico con la redacción bombardeada, estábamos recluidos en el búnker, a cincuenta metros de primera línea, para acabar juntando no más de cuatro páginas a la buena de Dios. Quemé los zapatos de tacón para calentarme en invierno, ya no tengo más zapatos de tacón. Ni siquiera fui al funeral de mis colegas, ¿lo sabes? Porque los francotiradores no esperaban otra cosa que ver a la gente reunida en un funeral para pegarse un banquete. Fui una cobarde, preferí salvar el culo que despedirme por última vez de personas con las que había trabajado durante años.

La ceniza en la punta del cigarrillo, la madre no la soltaba. Cuando ya era muy larga, se rompía por el peso y caía sobre la mesa, en el suelo, allí por donde Azra se moviera.

–Cálmate, mamá, por favor.

–Les arrancaban las cosas de las manos.

–¿Quiénes?

–La gente, la gente normal, como tú y yo. Arrancaban las verduras de las manos de los campesinos, parecían animales enfurecidos por el hambre. Robaban en los huertos. Incluso la policía, los soldados, robaban de la ayuda humanitaria y lo revendían en el mercado. Yo tenía coles y nabos en el balcón, y me los asolaban las palomas. Quería una escopeta para matarlas.

Azra se tocó la cabeza, la inclinó y entrecerró los ojos como si le hubiera dado un ataque.

–¡Mamá! ¿Qué tienes?

Jagoda acababa de salir del baño y acudió a ella.

Azra volvió a abrir los párpados, aturdida. La mirada ausente.

–¿Por qué llo-oras?

Flexionó una pierna como una escuadra y, al ralentí, aplastó el cigarrillo con la suela, dejó la colilla en la mesa y se secó las lágrimas.

–Nada, cielo. Recordaba cosas feas, pero ya han pasado.

Jagoda escrutó a Danilo. No le preguntó qué le había hecho. Le sentaba bien el vestido de lino beis que la madre le había comprado en el mercadillo. Era esbelta y se movía con gracia, a pesar de su perseverancia para esconderse.

Abrazó a la madre.

–Si quieres, me quedo aquí contigo.

–Ni hablar.

–No, de verdad, me quedo contigo –dijo ansiosa.

–Jagoda, no ha pasado nada –dijo Danilo–. Llévate la chupa tejana, por si luego refresca.

–Yo no la dejo sola.

–Chicos. –La madre pareció reponerse por fin–. Tengo mucho por

escribir, venga, no me hagáis perder tiempo, fuera –sonrió.

Cuando la hermana se convenció y fue a coger la chaqueta, Danilo se acercó a Azra y ella interpuso una mano para detenerlo.

–Esos niños tienen padres –dijo–. No son huérfanos.

Nada le había contado acerca de Ivo, y él ni siquiera había respondido.

–Mamá, en muchos casos ya no recuerdan siquiera la cara que tienen.

La madre se restregó las órbitas con los pulgares como si le dolieran.

–Tu padre no va a volver. Hazte a la idea.

El reloj le apretaba la muñeca hasta el punto que le dolían los tendones.

–Me alegro de que te hayas integrado, pero tengo la impresión de que se te han subido los humos. Has olvidado quién eres. Y te avergüenzas, de mí también.

Danilo abrió y cerró la mano izquierda algo impedida, la abría y la cerraba, como para facilitar la circulación.

–Li-lista –dijo Jagoda desde la entrada.

Azra se sentó, revolvió el paquete de Marlboro entre los dedos, respiró profundamente.

–He escrito un artículo para *Oslobođenje*. La sangre en los quirófanos. Cuando bombardearon el hospital de Koševo, no recuerdo cuántos heridos hubo, tres pacientes murieron. Estaban allí para curarse, y murieron. Los zuecos blancos de los médicos chapoteaban en la sangre, les manchaba el dobladillo de los pantalones, llegaba hasta los tobillos. –Tosió un poco–. ¿Sabes que hasta había un mercado negro de transfusiones?

Danilo se metió el borde de la mano entre los dientes, los incisivos pellizcaron la carne, tuvo ganas de morderla, con tal de sentir algo.

–Y luego hay una escena que nunca conté en el periódico. Hacerlo me parecía un ultraje. Un niño pequeño, tendría seis años, ocho, no sé, era pequeño y flaco, como todos, estaba con su padre en la fila del agua en la fábrica de cerveza y, cuando una granada lo mató, el niño empleó el agua para lavarlo, para asearlo, restregándole el rostro con sus manos diminutas, allí en medio de todo el caos. Lo vi con mis ojos, y no consigo olvidarlo.

Danilo se sacó la mano de la boca. No dijo mamá, yo no me avergüenzo de ti. No dijo lo siento. No se preguntó si aquel niño seguía vivo. Las areolas de Irene eran grandes, ovales, eran óxido, eran de una insolencia que lo arrastró para alejarse.

34

La radio estaba apagada. Aquel día no tenían la fe suficiente en Radio María, o se habían olvidado temporalmente de María.

Matte conducía en silencio. Espiándolo por el retrovisor, Omar notó que se mordía la comisura de la boca, casi la masticaba. Normalmente, Mari le decía para ya, dándole también una palmada en la espalda, pero aquel día no se molestó. De vez en cuando decía está rojo, qué bochorno, menudo tráfico, y tendría que llover, ponía tormenta. No se dirigía a nadie en particular, ni siquiera a sí misma, y tampoco esperaba respuestas. Sen tenía el antebrazo fuera de la ventanilla, como distanciándose al máximo del hermano, o al menos eso le parecía a este.

En medio de todos ellos, Omar esperaba.

Un remolino en la barriga, en la garganta, en la cabeza. Tenía miedo de esperar, temía que le trajera mala suerte, nunca en su vida se le había cumplido un deseo, y este deseo lo tenía desde hacía mucho tiempo, debía cuidarlo: de sí mismo, de la desdicha que se abatía sobre las cosas cada vez que las quería con todas sus fuerzas. Debía sofocar la esperanza. Pero la esperanza se le revolvía en la barriga y en la cabeza y en la garganta, y aquel atisbo de felicidad que brillaba en el fondo secreto de su cuerpo saldría a la superficie, los iba a iluminar a todos, iba a ser cegador.

El Tribunal de menores de Milán había llamado para anunciar que había noticias de Sarajevo. De qué se trata, había preguntado Mari. El funcionario le dio cita. Después de colgar, se sentó en la mesa de la cocina y se quedó allí durante horas, olvidándose de cocinar. Cuando regresó, Matte preparó unas tostadas al vuelo y durante la cena dijo por qué te pones así, y ella respondió no lo sé, la verdad. Omar los oyó y como de costumbre no se interesó. Solo cuando Sen preguntó pero se puede saber qué tienes, y Matte mencionó Sarajevo, él levantó la cabeza y el remolino se activó.

A través del Ministerio de Exteriores, el Tribunal de Menores había buscado a los padres de los niños prófugos, o a otros familiares, y como no había obtenido respuesta, según decía, los había confiado a la tutela temporal de varias familias. Él no se lo creía, estaba convencido de que no se habían tomado la molestia de buscar. Pero

había llegado una respuesta, y Omar imaginaba a su madre impaciente por volver a abrazarlos a él y a Sen. Estaba viva, tenía que estar viva, le había gritado corre, era su voz, por fuerza, y finalmente la habían encontrado: por fin, diría, ¿dónde demonios os habíais metido? Le dio por reír.

Sen se volvió para mirarlo, permaneció serio por más que Omar le sonreía.

–¿Tienes miedo? –le preguntó Omar, acercándose para decírselo al oído.

–¿De qué? –preguntó Sen en voz demasiado alta.

Él no supo responder. De perderlo todo, quizá. De volver atrás. Sabía que Sen solo miraba adelante, el camino que tenía ante él.

–¿Has dicho algo, Sen? –preguntó Mari, sin volverse.

–No, nada, ma.

–Igual volvemos a vivir con nuestra madre –bisbiseó Omar.

–Como mucho, al orfanato volveremos.

Mari se volvió. Los miró a los dos, con los ojos como platos que saltaban de uno a otro, sin pausa. Ella sí que tenía miedo, no lograba esconderlo.

En el futuro imaginado por Omar no estaba el orfanato, sino el semisótano. Después de la tragedia que les había golpeado, después de haber estado a punto de perder a sus hijos para siempre, sin duda la madre ya no se separaría más de ellos. En cualquier caso, volver al Ljubica Ivezić tampoco habría sido un problema. Lo importante era volver a verla, tener la seguridad de que estaba viva. Los hermanos ya estaban creciendo, saldrían a trabajar para mantenerla, juntos lo conseguirían.

–Para vosotros no volverá a haber orfanato nunca más, os lo juro –dijo Matte, escupiendo una brizna de piel del labio inferior.

El funcionario les acogió en un espacio lo bastante espacioso para que se acomodaran los cuatro en sillas forradas frente al escritorio. Él y Sen en primera fila, Mari y Matte detrás, como para protegerlos o detenerlos en caso de que quisieran escapar. Había también una mujer más bien joven, a la que presentaron como psicoterapeuta.

–Tenemos una noticia para vosotros –anunció el funcionario.

Omar no estaba tan emocionado desde hacía siglos. Un remolino en la barriga, una turbación, los huesos como los palitos del mikado justo antes de que se derrumben. La esperanza, la esperanza, ¿cómo puedes contenerla si se desborda? El funcionario cogió un sobre, lo abrió, dentro había un folio escrito a máquina, era fino, tan transparente que la tinta se podía leer del otro lado. Se inclinó hacia delante para

dárselo a Matte.

–Desgraciadamente –dijo–, no es una buena noticia.

Los huesos se desplomaron, la sangre se coaguló, la barriga se entumeció. Omar se agarró a la silla. ¿Cómo había osado esperar? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no se había contenido? No desear nunca, nunca, nunca. La desdicha acecha.

Mari tomó la mano de Sen. Antes de leer, Matte acarició la de Omar, pero este se agarrotó. Déjame estar. Cómo puedes tocarme ahora, cómo te puedes meter en esto que no es cosa tuya. No es cosa tuya.

Calló, y Matte desistió.

–Se trata de vuestro padre –explicó el funcionario–. Estoy consternado, pero debo deciros que hemos recibido su certificado de defunción.

Omar necesitó una fracción de segundo para comprender. Las campanas de una iglesia cercana tocaron las cuatro.

No se le había ocurrido que la noticia pudiera tener que ver con su padre. No se había preocupado por él. Su padre era un pirata con un parche en el ojo, bebía *rakija* para desayunar y no se cepillaba la barba, que le crecía hasta los tobillos. Su padre era inmortal.

Sen tampoco habló.

El funcionario dijo que había muerto en el frente. Al final había muerto como un héroe, pensó Omar. Mari y Matte dijeron lo sentimos mucho.

–Si tenéis la necesidad de llorar –la psicoterapeuta acercó una caja de kleenex–, no reprimáis vuestras emociones, no os avergoncéis.

¿Qué emociones? ¿El alivio de que no sea ella, la muerta? Omar no despegó las manos de la silla. La sangre espesada apenas circulaba en las venas.

El funcionario se dirigió a Mari y a Matte.

–Os ruego que vengáis conmigo, hay que cumplimentar ciertos trámites burocráticos. Dejemos a los chicos con la doctora, que sabrá ayudarlos.

Antes de salir, Mari abrazó a Sen, que la abrazó a su vez, mudo. También Matte lo abrazó. Sen se dejó estrujar como un pelele. Era blando, complaciente.

–Lo siento –repitió Mari, inclinándose hacia Omar. Ya no tenía los ojos como platos.

Él pensó: tú no querías que estuviera vivo. Y tampoco quieres que esté viva mi madre. Quieres tu nidito bien protegido. Tu nido ficticio, donde me tienes enjaulado a mí también.

–Vale –respondió, con una voz tan aséptica que Matte se fue sin abrir boca, desalentado.

La psicoterapeuta esperó a que la puerta se cerrara, luego se sentó

en el lugar del funcionario. Se ciñó bien la cola con la goma elástica y aventuró:

–¿Queréis tratar de decirme qué sentís?

Aquel empalago, Omar no lo soportaba. Era la manera en que la gente remarcaba su mala suerte.

–No, gracias –dijo Sen.

Omar no esperaba una respuesta semejante. A juzgar por la cara de la psicoterapeuta, tampoco ella.

–¿Mi madre está viva? –le preguntó.

–No lo sé. Solo llegó el certificado de tu padre.

–Por tanto, debe estar viva –dijo Omar–. En caso contrario, también habría llegado el de mi madre, ¿no?

La psicoterapeuta asintió. La cola se le aflojaba, ella la abría en dos mechones que extendía hacia afuera, y los bordes de los ojos se estiraban.

Puso las manos sobre el escritorio.

–Puede que queráis compartir un recuerdo de vuestro padre.

–¿Con usted? –dijo Sen–. ¿Por qué? ¿Lo conocía?

Aquel tono maleducado no era propio de su hermano. Él quería resultar simpático a todos.

–No, pero me interesa igualmente –dijo la psicoterapeuta.

–Yo no hablo de mis cosas con extraños –escupió Sen, y se dirigió a la puerta.

La mujer se rindió, fue a llamar al funcionario.

Solos en una sala de una institución pública, los hermanos permanecieron en silencio. Desde la ventana entraba el ruido molesto de las bocinas.

–No me enseñó nada –dijo Sen.

Omar lo miró.

–Nada. No me enseñó a nadar, a ir en bicicleta, a jugar a Zandar, a sumar, a escribir. Nada.

El rotor del aire acondicionado zumbaba.

–Aunque, una vez –expresó, de pronto, absorto–, me dejó probar la *rakija*. Una gota: con agua, eh. Muy poco. Mamá no estaba, había salido contigo, él estaba bebiendo y yo le dije ¿me das un poco? Se podía haber cabreado, a menudo le pasaba, pero no. Me puso menos de un dedo, mira, así –Sen mostró el meñique–, lo mezcló con agua y me dio el vaso.

–¿Te gustó?

–No me acuerdo. Sentía calor en la cara, y también en el cuello. Luego me daba vueltas la cabeza, pero solo un poquito. Quizá era solo sugestión.

–¿Y mamá se dio cuenta?

–Me pasé la tarde riendo con papá. No sé de qué, igual yo decía

tonterías porque estaba medio borracho –rió–. Recuerdo que estaba sentado jugando en el suelo y desde ahí él, sobre todo cuando se levantaba, me parecía enorme, le decía papá eres un gigante, y él se reía, se frotaba la nariz y reía. Cuando mamá llegó yo ya estaba mejor, o me esforcé. Papá me guiñaba el ojo. Tenía una cara buena, aquella noche, apacible. Como si estuviera contento porque compartía un secreto conmigo. Tú también eres un gigante, me dijo a escondidas de ella, somos gigantes.

Omar sonrió sin darse cuenta.

Las campanas tocaron las cuatro y media cuando la puerta se abrió.

Canta, oh Drina, que hoy es día de pesca en el río. Dicen los guías que no hay que meterse de noche, pero es por la noche cuando mi amigo y yo nos zambullimos, asediados por un verano feroz, hecho jirones, entre los dos no tenemos ni treinta años. Canta, oh Drina, que han hecho el llamamiento en la radio, el río está congestionado, las turbinas atascadas, dice el director de la central hidroeléctrica, dice que es hora de pescar. Cada noche bajamos al río, nos vigila la luna de junio, y tú hablas, Drina, de Stoja y de Ostoja, los hiciste buscar por toda Bosnia, hasta que el Arquitecto los emparedó vivos en la pilastra central del puente, como habías pedido. Pero él tuvo piedad, más que tú, por la madre a la que arrebataron los hijos, una pareja de gemelos sin destetar aún, y dejó en la pilastra dos boquetes, para que ella pudiera meter los pezones y alimentarlos. Bendita la tierra que me ha amamantado, bendita el agua del Drina, turbia por el cieno y los cuerpos en el fondo, las turbinas atascadas, nos sumergimos en apnea, yo tengo quince años, los tendré siempre, será siempre 1992. Conservaré el recuerdo de Bosnia como si fuera una enfermedad, incluso cuando viva lejos de Višegrad y del puente de Mehmed Paša Sokolović, lejos de mi amigo, y del hermano y de la hermana que succionan leche materna sepultados en la piedra, y de las mujeres y los hombres enterrados en el agua, la mayor fosa común del país, donde nací, donde ya no vivo. Y cuando habré perdido el juicio recordaré las noches de junio en que la luna iluminaba la orilla derecha del río, y los ciento ochenta cadáveres que mi amigo y yo exhumamos y sepultamos, en un mes. Canta, oh Drina, el odio sin objeto y sin causa, una lepra, vendrán los científicos de todo el mundo a estudiarla, canta la historia de la anciana con las manos y los pies clavados en la puerta: soy yo quien la arrastró hasta la orilla, junto con mi amigo. Éramos pescadores del Drina, nos sumergíamos a la sombra del puente, las grietas de la pilastra supuran leche, en aquellos agujeros anidaban las palomas. Bendita la tierra que me ha criado, solo tenía quince años, luego perdí el juicio, estoy vivo desde entonces y caí en Višegrad.

35

La invitación la hizo Lidia, que se la comunicó a Azra por teléfono. Danilo sabía que hablaban a menudo: se hicieron amigas durante los meses en que su madre y su hermana habían vivido en Gli Aquiloni, y fue ella quien les ayudó a encontrar el apartamento donde vivían ahora. La llamaba al menos una vez a la semana para saber cómo estaba, cómo iba el trabajo, si había escrito algo que le gustara. Charlaban un poco en inglés y un poco en italiano. Azra se empeñaba en aprenderlo de manera autodidacta. No le había contado a Lidia de la investigación sobre las adopciones de los niños bosnios, ilegales según algunos, porque temía que lo contara a las monjas. Una noche le dijo a Danilo que alguien estaba convencido de que había dinero de por medio, vamos, que los niños habían sido vendidos, y él solo pensó que nadie había asumido la tutela de Nada, ni siquiera su hermano la quería con él.

–Hacen una obra para la Virgen de Agosto –dijo Azra, ensartando un pedazo de carne con el tenedor.

–¿Y qué o-obra hacen? –preguntó Jagoda.

–Me lo dijo, pero no me acuerdo. Espera... Han adaptado una novela italiana, de unos niños que escapan para participar en un campeonato de balonmano, no, balón...

–*Baloncalle* –recordó Danilo.

En el vestíbulo del instituto había un retrato de Juan Pablo II y cada vez que Lidia lo veía decía: ¡El Gran Merengue! Así llamaban al papa en el libro que le había hecho leer. A Danilo no le gustaba el merengue, Lidia en cambio era una apasionada. Los chicos del instituto estaban todos un poco enamorados de ella, también él.

–Yo no voy a la obra. Por la Virgen de agosto hacemos una hoguera en la playa.

–¿Estás de broma? –dijo la madre–. A Lidia le sentará mal. También puede venir Irene, si es que no te puedes separar de ella por una noche.

Danilo soltó los cubiertos: la idea de llevar a Irene al instituto le cerró el estómago. Se había librado de aquel mundo que le habían impuesto durante años, se había librado de las monjas y de Cáritas, y por más que guardara el permiso de residencia entre unos calcetines y

dentro de una carpeta de plástico transparente (por miedo a que se estropeara aquel papel, más fino que el papel de seda), desde hacía meses había abandonado la vida de refugiado y no la quería remover en modo alguno, menos aún exhibirla ante Irene. No se trataba de decepcionarla, de resultar menos atractivo a sus ojos. Se trataba de ella. Si Irene pasaba el umbral de Gli Aquiloni, la propia imagen que tenía de ella se iba a deteriorar. Danilo no toleraba esa contaminación: Irene resultaba excitante porque era un mundo nuevo, ajeno. Si se hubiera mezclado con su pasado, dejaría de desearla.

–Ni hablar. Irene no viene, y yo iré a la hoguera.

Se levantó para vaciar los restos del plato en la basura.

–¡Míralo! Mi hongo preferido.

Lidia lo abrazó muy fuerte, reía alborozada con aquel incisivo superpuesto.

Danilo había olvidado que, en el instituto, mientras aprendían italiano, los chicos bosnios se definían como «hongos», por cierta asonancia afín al término «prófugos».

La educadora también saludó a Azra y a Jagoda entusiasmada, luego siguió.

–Os he guardado cuatro sitios en primera fila... Eh, ¿y tu consorte, Danilo? ¿Ya te la has dejado escapar?

–Está en una hoguera. La alcanzo después.

–Lástima que no haya venido, es bonita la obra. ¿Te acuerdas del libro? Lo leímos juntos.

A veces Lidia desconectaba el cable de la antena y se lo ataba a los vaqueros como cinturón. Sois unos teledependientes, decía. Ya basta, leamos.

–Los disfraces los ha diseñado Nada, ¿lo sabías? Qué grande mi Nadadrakulicadirección. –Y rió de nuevo.

Danilo esperó no encontrársela. No habría sabido cómo justificarse por no haber respondido a la última carta.

No había vuelto a Gli Aquiloni, y pasearse por el patio donde tantas veces había tocado la guitarra le causaba impresión, allí donde las niñas más pequeñas aprendían a bailar el Hully Gully, y Suljo presentaba un Festival de San Remo imaginario en el que se cantaba en serbocroata. *Sarajevo će biti*, cantaba Izet con voz poderosa, heredada de su tío tenor. El verano maduraba, se ajaba, y ganaba siempre: Sarajevo quedará, todo el resto pasará.

–¡Ah! –dijo Lidia, sacando un sobre del bolsillo–. Llegó esto para ti, anteayer. Tienes que dar tu nueva dirección, menudo despiste.

Danilo miró el remite y tuvo un sobresalto. Cuántas cosas había

olvidado.

¿Qué dice?, le preguntaron varias veces Jagoda y su madre durante el espectáculo. Él hubiera querido responder: quedaos en casa hasta que no aprendáis italiano como Dios manda.

Mientras el público aplaudía, se levantó. Azra le preguntó adónde iba, pero él ya escrutaba entre el gentío para divisar a Nada. Debía leer la carta con ella. O quizá no, la leería él, y en caso de ser buenas noticias la informaría. Apoyó la espalda a la pared, abrió el sobre, desplegó la hoja, contuvo la respiración.

–O sea que te has buscado otra correspondiente, ya veo.

Levantó la mirada. Ella sonreía. No era sarcasmo, sonreía como si estuviera contenta de verlo.

–Tenía que haber un motivo por el que hubieras dejado de escribirme.

No parecía enfadada.

Danilo no podía saberlo, pero ella había previsto la posibilidad de que la ignorara desde que, en el viaje desde Sarajevo, tras haberla cogido de la mano durante el registro del autocar, él volvió a subir y se giró del otro lado. No podía saber que ella consideraba aquella posibilidad cada día, con todos, y lo que la asombraba era el interés de los demás, que a menudo rechazaba. Necesitaba a pocas personas, y a esas jamás se lo habría confesado. Las esperaría y acogería, en el caso de que se presentaran. Y si por ellas tenía que quedarse sola, lo aceptaría sin aspirar a más. Danilo tenía el poder de escogerla o de repudiarla: de cualquier modo en que se hubiera comportado, Nada le habría dado la razón.

–Hola, Nada.

Hacía ocho meses que no la veía. No era consciente de que la echaba en falta.

Se la veía distinta. Radiante. Bajo la mata de pelo rubio, largo como nunca antes, el bronceado brillaba dorado. Las clavículas recias contra los tirantes de la camiseta a rayas daban ganas de agarrarse como a una barra. El cuerpo esbelto, resistente, una sucesión de promontorios y ensenadas, de turgencia y elasticidad, parecía soportar cualquier esfuerzo. En aquel momento, para Danilo fue el único lugar en el que valía la pena atracar. Apreció su idoneidad con un apremio que asustaba.

Evocó la mujer que se lavaba en el balcón, escondida por un par de tablas de madera, en la casa de los abuelos en Sarajevo. Había atado un cubo a una viga para que recogiera el agua de lluvia, y una vez a la semana salía desnuda –total, era verano, no hacía frío– y se

enjabonaba, luego tiraba de la cuerda para inclinar el cubo y enjuagarse. Con qué delectación se frotaba la piel. Danilo la había entrevisto por una hendidura entre las tablas, y desde entonces no la había olvidado. Por primera vez en su vida, la distancia de un cuerpo le había resultado físicamente dolorosa, habría querido probar aquella piel, y no poder hacerlo le desesperaba casi hasta las lágrimas. La abuela se había dado cuenta de que espiaba a alguien y tan pronto como lo vio, lo metió para adentro, diciendo que la señorita no sabía controlarse, la guerra había enloquecido a la gente.

La nostalgia por aquel cuerpo que nunca había rozado, y al que ni se había acercado, fue una iniciación. Ya se había tocado, de noche, en la cama, conocía aquel latigazo de placer. Pero dentro de sí asoció el descubrimiento del placer a la mujer que se lavaba al aire libre durante la guerra porque no había agua en las casas. Como si la belleza femenina fuera resultado de una carencia.

Ahora, frente a Nada, lo atenazaba el mismo dolor, la misma incontenible desesperación.

–¿Qué tienes? ¿Todo bien?

Danilo estrujó la carta, intentó recobrarse.

–Tengo una sorpresa para ti.

Le tendió la hoja. Ella lo interrogó con la mirada.

–Lee.

Observó como agachaba la cabeza, unas mechas onduladas se le deslizaron sobre el pecho. Luego levantó la mirada, y su estupor le dio ganas de defenderla contra todos.

–¿He ganado?

–Has ganado.

–Pero ¿cómo es posible? Si nunca me inscribí al concurso, no participé. ¿Cómo es que te ha llegado a ti?

–Mandé el retrato que me hiciste. A propósito, ahora tienes que hacerme otro, no me puedo quedar sin.

Nada releyó la carta para asegurarse de que todo fuera verdad. Sacó el cheque.

–He ganado quinientas mil liras. Es muchísimo, Danilo, ¡gracias!

–Es mérito tuyo. Tú eres la dibujante.

Se le echó encima. Los dedos en los omóplatos, el mentón en el cuello, y sus muslos, pegados.

Azra y Jagoda se los encontraron así.

Danilo se alejó de Nada, claramente avergonzado. Para distraer a la madre y a la hermana les contó lo del concurso, y mientras ellas se felicitaban dijo: «Vamos».

–¿Tan pronto? –dijo Nada decepcionada.

–Mi hijo tiene que acudir sin falta a una hoguera. Adiós, cielo, ven a vernos, sobre todo. Ya sabes la dirección.

–¿Qué? ¿Ya os vais? –dijo Lidia, cuando pasaron a despedirse–. No, no y no, ahora viene la música. –Y arrastró a Jagoda y a Azra bajo el palco. Habían apartado las sillas para crear una pista de baile.

Bailaron «Strange World» y «Lemon Tree», «Tranqi Funky» y «Vivo morto o X», no solo Lidia, sino también Danilo, Jagoda y Nada; Azra dijo que le dolía la cabeza y se sentó a esperar. La hermana se mostraba desenvuelta como Nada no la había visto jamás, como si el baile la aislara y, por fin, la protegiera. Ella se sentía tan electrizada, en cambio, que habría escalado una montaña o se habría sumergido a treinta metros de profundidad o se habría lanzado en paracaídas, si se lo hubieran propuesto. Era la primera vez que ganaba algo, y no veía la hora de decírselo a Ivo.

Cuando empezó la lenta, Danilo le cogió la mano. La sacó de la pista, hacia la playa. Nada lo seguía, corriendo. En la orilla, la empujó hacia el agua.

–¿Qué haces? –dijo ella, tratando de mantenerse en equilibrio. Ya se había mojado las Converse y los vaqueros.

Danilo continuó empujando.

–Que me empapo –gritó Nada, cayendo. Salió a flote, furiosa–. Ahora verás.

En el silencio de la playa, resonaba desde la pista *I've learned that nothing really lasts forever*. Nada se levantó y con toda su fuerza embistió a Danilo, que cayó. Se hundieron juntos, uno encima del otro, tan juntos que no supieron qué hacer. *I sleep with the scars I wear that won't heal*, cantaban la colonia, las luciérnagas, las medusas, y Danilo se vio sometido por el vigor de aquel cuerpo, de su suavidad: sin apenas decidir nada, lo probó, lo ciñó, lo acarició, sin pedir permiso, un frenesí infantil, perentorio. Nada le dejó hacer. Danilo le mordió las clavículas, le atenazó las muñecas, le estrujó un pecho. No le dio un beso.

De golpe, paró.

Confundida, ella no dijo nada.

Danilo salió del agua y se tendió supino en la arena. Jadeaba. Nada permaneció en la orilla. Se quitó los zapatos, metió los dedos gordos en la arena mojada. Nadie había tocado nunca así su cuerpo. No sabía decir si le había gustado o la había irritado. Lo aceptó como un experimento, una prueba que había que hacer antes o después. Pero aquel era Danilo, y ahora ella ya no sabía qué decirle.

–¿Qué hacía yo mientras discurría la Historia?

Nada no comprendió.

–¿Qué dices?

–Es una poesía.

Danilo tenía las manos bajo la nuca, los codos extendidos.

–¿Es tuya?

–No, no es mía –se rió.

Nada se inflamó. No solo la había tocado sin una mínima ternura, no solo había evitado besarla, como si le repugnara su boca, toda ella, si no que ahora se mofaba de su ignorancia. Con los zapatos en la mano, se levantó y se puso a andar. No había osado tocarlo, el desconcierto la había anestesiado, había asistido al evento como si no fuera cosa suya, y con todo intuía que el cuerpo de Danilo escondía una felicidad latente, bastaba superar el límite. Puede que él no la hubiera besado porque ella se había mostrado fría, inaccesible.

Pasó junto a su perfil tumbado y tuvo ganas de abrazarle la pantorrilla, hacerla caer otra vez, junto a él de nuevo, tuvo ganas de ver caracolear sin parar a aquella chica que le causaba una nostalgia insuperable, un dolor físico. Se contuvo. Nada siguió caminando, sin saludar. Danilo oyó el crujido de las Converse que golpeaban una contra la otra, hasta que ya estuvieron demasiado lejos.

Solo entonces, en voz alta, dijo:

–Me limitaba a quererte a ti –completó la estrofa.

Cerró los párpados y quedó expuesto a la acusación de las estrellas.

Tercera parte
1999-2000

36

–Omar, ¿por qué no comes?

–Ya he terminado.

–Pero si aún tienes la chuleta en el plato.

–Odio la carne, ya lo sabes.

–Estás demacrado, ¿te encuentras mal? –Mari le alargó la mano hasta la frente, Omar se apartó.

–No te toco, no te toco, tranquilo.

Mari suspiró ruidosamente. No dijo ya me tienes harta, pero Omar lo sintió así, con todas las letras. Cruzó los cubiertos y se levantó para poner los platos en el fregadero.

–Te arriesgas a que te suspendan el curso, ¿lo sabes? –dijo Matte.

–¿Y qué tiene que ver con la chuleta?

–Ah, ¿y me respondes?

–Sen tendrá su diploma –dijo Omar–, y ya es capitán del equipo.

–¿Y entonces?

–Que uno de los dos haya salido bien es un resultado digno, ¿de qué te quejas?

Matte golpeó la mesa con el tenedor. Prefería al chiquillo silencioso en el asiento trasero del coche, pensó Omar. Y paciencia si no era buena compañía, si no sabías qué le pasaba por la cabeza. ¿Angustia?, ¿miedo? No preguntes, no eres responsable de lo que ignoras. Matte no sabía gestionar a aquel insolente de diecisiete años en el que se había convertido. En tres años, desde que fue a vivir con ellos, Omar había crecido casi un palmo: Oye, ni que te regaran cada día, le decía Matte, orgulloso. Aunque ahora que eran igual de altos, entendía que había perdido toda autoridad. Ahora que ocupaban el mismo espacio en el mundo, que tenían la misma fuerza, se había ido instaurando cierta contención.

–Siempre ha comido poco –dijo Sen–, es su constitución.

Omar no esperaba que lo defendiera.

–Mi hermano siempre ha vivido del aire, nunca ha tenido hambre.

El apetito había prácticamente desaparecido desde el día de la granada en la cuesta de Bjelave, pero Sen evitó comentarlo. No por recordar un hecho que lo habría afligido, Omar lo intuía, sino para no impresionar a los padres tutelares. Especialmente desde que llegó el

certificado de defunción del padre, se sentían culpables por aquella desgracia, como si la bomba la hubieran soltado ellos. Además, tenían dos hijos gracias a que había estallado una guerra más allá del mar: su deseo más acuciante se había cumplido por obra de la tragedia de un país entero, por obra de una madre que saltó por los aires. Para que una mujer sin hijos pueda criar al hijo de otra hace falta una cantidad infinita de sufrimiento en origen. Tanto si la madre biológica está muerta como si no lo está, el duelo sigue en pie. Deberías saber, cuando te llevas un huérfano a casa, pensaba Omar, que si tú has ganado es porque yo he perdido. A mi madre.

Mari se levantó, cogió una manzana de la cesta del estante y se la lanzó, Omar logró agarrarla al vuelo, ella sonrió satisfecha por la rapidez de sus reflejos.

–Al menos un poco de fruta. Venga, dame una alegría.

Apuntando el mando a distancia al centro de la mesa como si estuviera bendiciendo la comida sobrante, Matte cambió de canal. Omar mondó la manzana con lentitud, la piel cayó sobre la servilleta de papel dibujando una espiral. Sentado frente a él, Sen le sonrió, como dándole las gracias por aquella concesión. Pórtate bien esta noche, al menos, parecía pedirle.

Sobre una repisa de granito, junto a los trofeos, las fotos de la primera comunión. En una de ellas, de perfil, Sen miraba arriba hacia el cura que le tendía la hostia consagrada. En la otra, la mirada baja, Omar se concentraba en la oblea blanca: conocía ya su consistencia de porexpán, la insipidez, por eso hacía una mueca involuntaria que divertía mucho a Mari.

El cuerpo de Cristo recitaba cada domingo el cura acercándole a la boca el índice y el pulgar a modo de tenaza. Mari, Matte, sor Tormento y las otras monjas, todos aceptaban sin inmutarse que un hombre muriera de manera tan cruel porque lo había decidido su padre, aceptaban que el padre lo hubiera hecho nacer aposta para que le insultaran, ultrajaran, ejecutaran. Y que esa decisión fuera justa, incluso piadosa. Lo llamaban amor.

Cada semana, arrodillado en el banco con la cara entre las manos, Omar despegaba la hostia del paladar reduciéndola a una papilla, y no creía que correspondiera al cuerpo de Cristo –como le había explicado Nada antes que nadie, sin creerlo ella tampoco–, pero igualmente la predisposición de la gente por celebrar la muerte de otro, con tal de salvarse, la facilidad con que aprovechaban el sacrifico de un ser humano sin sentirse unos chacales, lo petrificaba. Jesús resucita, habría dicho Mari. Sí, pero antes su padre le asigna un destino de dolor insoportable. Omar mordió un trozo de manzana, le costó tragar. Todos vosotros, habría dicho si hubiera valido la pena, legitimáis esta violencia.

Le pasó un trozo al hermano, que lo masticó deprisa, antes de que Mari, de espaldas lavando los platos, se diera cuenta. Agradecido por la complicidad, Omar le dio el resto de la fruta y Sen se la comió. Quitaron la mesa juntos. Luego jugaron a Zandar en la mesa de la cocina. Las cartas eran de Matte, que preguntó:

–¿Me enseñáis?

Sen no respondió, y Omar sintió que estaba otra vez de su parte. Bisbiseando, dijo: «Solo pueden jugar los gigantes».

La puerta del baño se abrió con la silueta inclinada de Mariposa.

Senadin ya había asistido a escenas parecidas, durante los recesos. Mariposa echaba la cabeza atrás y gruñía como presa de un orgasmo. Todo exagerado, como la imitación de una película mala. En su lugar, otro se inclinaba sobre el lavabo tapándose un orificio nasal, inspiraba fuerte. Llegados a ese punto, normalmente Sen ya estaba frente al váter: una despedida apresurada, y se cerraba con llave.

Pasando por detrás de Mariposa para entrar en el primer retrete libre, aquel día se detuvo asombrado. Omar estaba apoyado en la pared, esperando su turno, parecía.

–¿Qué haces?

–Nada. –Volvió la cabeza de un lado y de otro, con tal de no mirarlo.

–¿Te has vuelto loco?

–¿Qué pasa? –Se soltó de su agarrón y al echarse atrás se dio involuntariamente contra la pared–. ¡Joder!

–Vamos –dijo Sen.

–Déjame. –Omar se frotaba el codo.

–Ven conmigo.

Miraba el suelo, nunca a Sen. Este trató de tirar de él.

–Para ya.

–¡No puedes andar con esta gente!

–¿Esta gente quién? –intervino Mariposa–. ¿De quién hablas?

En la escuela Sen nunca había tenido problemas. Nunca una pelea, una disputa. Saludaba a todo el mundo, incluso a aquellos con quien no se trataba, de quienes ignoraba el nombre. Era apreciado, un tipo tranquilo, decían, que no se metía en problemas. Un estudiante sin pena ni gloria, nunca respondía mal a un profesor, nunca lo pillaban en la luna, nunca llegaba tarde. Bromeaba incluso con los bedeles, que le tenían simpatía.

–Perdóname –el tono conciliador–, pero mi hermano es demasiado pequeño para estas cosas.

Omar lo empujó.

–Tú no decides por mí.

Mariposa se acercó, sudaba.

–Nadie obliga a tu hermano a estar con nosotros.

–Claro –Sen exhibió calma–, no lo había pensado.

–Yo no soy «esta gente», y tú no eres mejor que yo. ¿Lo has entendido?

–Perdóname, no quería ofender. Solo quiero hablar con mi hermano.

–Aquí estamos de recreo. –Mariposa señaló a un chaval que se frotaba las encías con el índice–. No nos gusta que nos molesten.

–Vale –dijo Sen–. Ven, Omar.

Omar no se movió.

–¡Ven!

–Te ha dicho que no –insistió Mariposa–. No quiere ir, solo quiere estar con «esta gente». Igual a ti no te va, pero él tiene otros gustos.

–Por favor, es mi hermano. Es demasiado pequeño.

–Déjale en paz. No eres la tata.

–Joder, Mariposa. ¿Es que no lo entiendes?

El impacto de los hombros contra las baldosas frías. Mariposa lo había empujado contra la pared, y las venas del cuello palpitaban bajo la mano que lo agarraba.

–¿Quién es el que no entiende? –El aliento cálido, el mentón y la frente húmedos, lustrosos–. ¿Quién debe de ser el que no entiende?

Los dedos en la mandíbula, el dolor que irradiaba a las sienes. Sen tuvo miedo de que Mariposa sacara la navaja, aquella que se jactaba siempre de llevar consigo y que le había valido el apodo. Sen nunca creyó que la llevara, pero ahora... Buscó a Omar con los ojos.

Estaba allí, entre los demás. La puerta del baño se abrió dos veces, dos veces en las que no entró nadie. Mejor aguantarse el pipí que meterse en problemas.

–Eres tú –dijo Mariposa, y le rozó la nariz con la suya, tan cerca estaban.

Sen asintió, tanto como lo permitía tener una mano al cuello.

–Eso, muy bien. El que no entiende una mierda eres tú. ¿Verdad, Omar?

Omar no respondió. No dijo déjalo, es mi hermano, ni lo toques.

Mariposa apoyó la frente en la frente de Sen, luego soltó a la presa. Sen se quedó pegado a la pared, con el sudor del otro en la cara, esperando el permiso para irse. Buscó a Omar por última vez, pero Omar no lo miró.

Por la tarde, llamó a la puerta. Sen no respondió, él abrió

igualmente.

Su hermano leía *Dylan Dog* echado de costado, las Stan Smith metidas en la colcha. Si lo veía Mari.

Omar se paseó por la habitación como si fuera la primera vez que entraba. Inspeccionó las fotos junto a los amigos colgadas con chinchetas en un tablero de corcho encima del escritorio, los trofeos deportivos alineados junto a los libros de texto, a lo lejos las obras de un edificio en construcción, a través de la ventana. Esperaba que Sen lo saludara o, al menos, le preguntara qué quieres, pero seguía impasible, leyendo. Se frotó un lado de la nariz, se la tapó luego con el índice y el pulgar, hasta que le faltó el oxígeno:

–Yo no me drogo.

Sen pasó una página, como si no hubiera oído.

Omar sintió la tentación de dirigirse a la puerta, pero le quitó el cómic de las manos, dijo:

–Te lo juro.

–Devuélvemelo.

Miró la cubierta: era un número viejo, ya lo conocía. Lo abrió, echó un vistazo. *Siempre fui una nulidad*. Lo cerró.

Sen tendía la mano impaciente.

Omar no aguantó y abrió por la misma página. *De niño, mi madre me confundía con mi hermano, aunque fuera hijo único*.

Sen hizo por agarrar el tebeo, Omar lo apartó.

Así que ni siquiera era único. Además, aún hoy, mi madre sigue creyendo que el hijo único es mi hermano.

Sen lo dejó correr. Se echó de nuevo en la cama. Omar dejó el *Dylan Dog* sobre el escritorio, se metió una mano en el bolsillo, sacó una bolita envuelta en papel de plata, se la tendió.

–¿Qué quieres que haga?

–Me la diste tú, y no me la he fumado. ¿Cómo quieres que le dé a las drogas duras?

Sen revolvió la bolita entre las manos, por un automatismo la olisqueó.

–No quiero que te imagines cosas y las vayas luego a contar a esos dos.

–Ah, es por eso. ¿Me estás pidiendo que me calle con Mari y Matte?

–No hay nada que decir.

Sen se acarició la perilla.

–Quiero volver a Sarajevo –dijo Omar–. Ni que sea de vacaciones, este verano. Quiero encontrar a mamá.

Sen se levantó, metió la bolita en la hendidura que había dejado el número que había sacado de la colección. Luego cogió el cómic y lo volvió a meter en su sitio. La bolita desapareció.

–Nuestra madre está muerta.

Omar pegó un puñetazo en el escritorio.

–¡Vale ya!

–¿Lo ves como vas algo pasado de vueltas? –Sen lo empujó hacia la silla–. ¿No recuerdas el certificado de defunción de papá?

–Exacto –dijo Omar–. Recibimos el suyo, no el de mamá.

Más allá del cristal de la ventana, al fondo, los albañiles caminaban sobre los andamios con una seguridad que lo asustaba.

–La madre de Danilo dijo que hace dos años el Ayuntamiento de Milán rechazó la petición de un representante bosnio para visitarnos a los chicos, porque aquel contacto habría sido «doloroso»: estábamos haciendo los test psicológicos que había ordenado el Tribunal de menores.

–¿Cómo? ¿Te ves con la madre de Danilo?

–Me lo dijo Nada, hace tiempo. La madre de Danilo había escrito un artículo para *Oslobođenje*: «Niños olvidados en Italia».

–¿Y qué decía? A ver.

–Que el tribunal decidió entregarnos a la tutela de las familias italianas porque no habíamos tenido contacto con nuestros padres desde que llegamos a Italia.

–Es verdad.

–Pero ¡es que estábamos en guerra! ¿Cómo íbamos a llamar? Con las bombas mamá ni siquiera podía venir a vernos al orfanato. Nos fuimos sin avisarla, ¿qué sabía ella de dónde estábamos? Se nos llevaron sin que pudiera decir nada.

–Si le hubiéramos importado, no nos hubiera abandonado.

–¡No nos ha abandonado! –gritó Omar.

–Escucha, yo soy el único que no te ha abandonado, a pesar de tus gilipolleces. O sea: yo, Mari y Matte.

–Te juro que está viva. La oí después de la granada. Era su voz, decía corre corre. Y yo corrí, porque lo decía ella... Joder, es culpa mía.

Mari apareció en la puerta. No entró; era educada, sabía comportarse, por eso Omar la detestaba. Porque era mejor que su madre, y Matte era mejor que su padre, no bebía, no era nervioso, su barba no pinchaba. Su buena voluntad menoscababa a sus padres verdaderos: gente que suda demasiado, que tiene callos en los pies y caries en los dientes, como si pertenecieran a una especie inferior, a una fase evolutiva a punto de ser superada.

–¿Todo bien? –preguntó Mari.

–Sí, ma. Tranquila –respondió Sen–. Me estaba contando algo de Nada.

–Ah, vuestra amiga. Hace tanto que no sé de ella. ¿Cómo está?

Omar la había abandonado, porque era demasiado penoso esperar perderla.

Con el índice extrajo *Memorie dall'invisibile* de la colección. Otra hendidura, que no estaba vacía esta vez. Enrolló el tebeo y, empuñándolo, apartó a Mari y salió.

Fue un croata quien hizo el saque inicial. Con demasiada rabia o demasiado entusiasmo, el hecho es que erró la dirección y el adversario atajó el balón. El adversario era también croata, y el balón era difícil de manejar, resbalaba, no botaba. En el campo eran todos croatas: se jugaba un amistoso, lo habían organizado para relajarse, para concederse una pausa entre combates. La operación Mistral 2 estaba en curso, el objetivo era Banja Luka, la mayor ciudad serbobosnia. Pero aquel día los soldados croatas se habían inventado un campo de fútbol sin líneas ni redes, como hacían de niños, sin gradas ni hinchas, solo un puñado de cascos azules como espectadores. Se abalanzaban sobre el balón como niños, y los niños siempre tienen razón.

Los jugadores reían, pegaban balonazos tremendos, no tenían visión, ni técnica, pero les sobraba brío, y regateaban malamente, pero con entusiasmo infantil, y perseguían aquel balón precario y contraindicado para el juego. De niños habían jugado con trapos atados, latas aplastadas, papel compactado con cinta adhesiva de embalar, lo que encontraran, y no porque no hubiera balones, sino porque a los niños les sobra fantasía, por eso siempre tienen razón.

Alguno quizá hasta tenía buen pie, pero no se trataba de ganar, aquel día ya habían ganado, lo estaban celebrando. Los cascos azules miraban el partido como si estuvieran frente a una pantalla, el nivel era escaso, pero estaban hipnotizados, no conseguían apartar la mirada, marcharse, ni siquiera podían hablar. El espectáculo había atorado las palabras en la garganta, había bloqueado cualquier pensamiento. Se miraron el partido de croatas contra croatas como si fuera el Mundial del 90, como si el tiempo se hubiera detenido un instante antes del penalti que lo habría cambiado todo, un instante antes de que el capitán fallara el tiro contra Argentina. De otra parte, también Maradona acababa de fallar un penalti, pero sobre él no pesaba la responsabilidad de una nación a punto de desintegrarse.

El 30 de junio de 1990 fue el último en tirar: Faruk Hadžibegić, capitán de la selección que todos consideraban el Brasil de Europa, asumió el papel de chivo expiatorio. Si hubiera marcado, se decía, habríamos pasado a las semifinales. Si hubiera marcado, decían, no habría estallado la guerra. Solo los niños pueden creer que un gol habría cambiado el destino de Yugoslavia, ¿cómo puede el mundo haberles dado la razón? Apenas había pasado un mes y medio del partido entre el Dinamo de Zagreb y el Estrella Roja de Belgrado del estadio Maksimir donde los altercados dejaron casi sesenta seguidores y setenta policías heridos. Aquel día, Željko Ražnjatović

todavía no se hacía llamar Arkan, pero lideraba a los ultras serbios y cultivaba el talento que en breve lo iba a consagrar como criminal.

Desde entonces habían muerto muchos niños. Estaban a las puertas de otoño, no hacía el bochorno estival de Florencia, el campo improvisado se encontraba a pocos kilómetros de Banja Luka, la gente se había encerrado en casa o se marchaba, los serbios huían, con tanta prisa que hasta se dejaron su sucio dinero, había dicho Tuđman, sus sucios calzoncillos, millones de prófugos y ni siquiera un hincha que se mirara el partidillo de los croatas, solo los cascos azules, que habían perdido las palabras, y que en lugar de taparse los ojos se habían puesto a vomitar.

Los croatas reían, perseguían el balón como cuando eran niños, pero los niños mueren y no tienen razón. A los croatas no les importaba que botara poco y mal, que fuera duro e hiciera un ruido extraño, como líquido o crujiente, un ruido de cartílago roto, de huesos quebrados, no les importaba que manchara de rojo la cancha, no era un campo de verdad, no estaban en el estadio, era un amistoso, era para relajarse, nada más. Con algo de imaginación aquella pared de enfrente es una red. Y el cemento bajo los pies, hierba sintética. Y la cabeza cortada de un serbio, una pelota.

Había todo un surtido, para jugar hasta la noche, un amplio surtido, de cabezas cortadas.

37

En el mes de julio, a un mes del fin de los ataques aéreos de la OTAN en Serbia, saltándose algunos exámenes de la sesión estival, Danilo se marchó en barco con la madre y la hermana hacia Sarajevo. Después de siete años, regresaba a Bosnia.

Azra ya había estado, a pesar del peligro, para mantener el contacto con el periódico del que era corresponsal, y puede que también para ver al marido, a quien llamaba cada vez más raramente desde Italia, por la noche, ni siquiera una vez por semana. Eran conversaciones muy cortas: aquí llueve, toma un analgésico, ya has comido, te paso a los niños. Volvía siempre demacrada del viaje, con el escote cada vez más hundido y el resalte de las costillas como un bajorrelieve a la altura del esternón. Nunca recuperó los kilos que había perdido durante el asedio. Pero ahora Danilo se daba cuenta de que la madre estaba envejeciendo. Su tierra la extenuaba, cada vez le arrebataba algo que no le restituía, una especie de arancel que pagar por haberla abandonado.

Las llamadas esporádicas entre Danilo y el padre eran siempre idénticas. Él le hablaba de los exámenes aprobados, se callaba los suspensos o no presentados, y nunca se le habría ocurrido hablarle de ninguna chica: su padre era un extraño con quien había tenido la intimidad de un hijo en su momento, un hombre que le había regalado una infancia perfecta, y al que él quería por los recuerdos que guardaba de él.

En Bolonia, en la universidad, la operación de las Fuerzas Aliadas había dividido a estudiantes y profesores desde finales de marzo. Circulaban pasquines, se montaban asambleas, Danilo no participaba nunca. Desde hacía semanas, en la radio arreciaba un tema pop que todos cantaban y cuando lo escuchaba en la playa de Rímini, *quiero los nombres de los que han mentido, de quien ha hablado de una guerra justa*, y veía bailar a la gente tarareando *yo no las tiro más, vuestras benditas bombas*, sentía un bochorno que no habría sabido explicar a ningún italiano. Tomándose un cóctel, seguía el compás con el pie, y convertía en un estribillo oportuno la fractura que había desgarrado su vida; de este modo se distanciaba, fingiendo que la guerra no tenía que ver con él, como no tenía que ver con los compañeros de curso o

con los amigos que veraneaban en la costa.

El puerto de Ancona estaba en la zona industrial, atestado de camioneros croatas y albaneses que cargaban los tráileres en el ferry, y de otros prófugos como ellos que iban a ver a la familia. Quizá por el acento y las caras familiares, quizá por la arquitectura desnuda a la luz de las farolas, a Danilo le pareció que estaba ya en los Balcanes.

El barco zarpó a las diez de la noche, desembarcarían en Split a las siete de la mañana siguiente. Viajaron en una compañía croata. A fin de ahorrar no reservaron camarotes sino butacas en cubierta, esperando que dormirían igualmente. Como Jagoda tenía sed, pasaron por el bar a comprar una bebida y, mientras esperaban para pedir en la barra, arrancó la entrada rockera de «Bojna Čavoglave». Danilo vio que Azra se contraía. La voz de Marko Petrović Thompson aulló estentórea desde los bafles en las esquinas: ¡*Za Dom*! Los camioneros levantaron sus cervezas como los soldados sus fusiles, y a coro atacaron: *Sprenni*!

–Vámonos –dijo Danilo.

Azra agitó una mano.

–No. Yo también tengo sed.

Le temblaba el labio.

Thompson era el nombre de batalla que le habían enjaretado durante la guerra, o quizá lo había adoptado el propio cantante en honor de la vieja metralleta americana que empuñó para combatir en Čavoglave, la aldea donde había crecido y que se había convertido en primera línea del frente. El grito de guerra que pronunciaba en la canción, «¡Por la patria!», estaba prohibido en la época de Tito. Sin embargo, ocho años después del comienzo de la guerra en Croacia, los camioneros seguían coreando «¡Listos!», tal como hacían sus camaradas en 1991.

Azra cogió dos latas de Coca-Cola para Jagoda y para ella, Danilo optó por la cerveza y un bocadillo. Vieron una mesa libre, pero faltaban las sillas, que utilizaban los camioneros de reposapiés. Danilo miró en derredor para buscar una solución, pero Azra ya estaba frente al grupo de hombres que cantaba a voz en grito. La siguió.

–¿Estáis cómodos?

Los camioneros la ignoraron.

–Mamá, vamos.

–¿Me ha oído? –insistió ella, dirigiéndose, quién sabe por qué a él, a uno con la frente quemada por el sol.

–¿Qué quieres?

–Nosotros también nos queremos sentar.

Aquel pegó un sorbo, se volvió hacia el amigo, rieron. Igual solo estaban achispados, no era prepotencia. Danilo rozó el hombro de la madre. Como si hubiera sido una señal, como si le hubiera dado a un botón, Azra estalló. Agarró el respaldo de una silla y tiró de ella. Las piernas del camionero cayeron, las botas dieron un batacazo y, con la sorpresa, el hombre se derramó la cerveza encima.

A Jagoda se le escapó un chillido.

–Mamá, no –dijo, alcanzándola.

Se levantaron tres, cinco. Danilo temió que se levantaran todos y lo masacraran. ¿Por qué su madre se comportaba de aquella manera?

Levantó las manos en señal de rendición, balbuceó: «Disculpad», reculando, y el sonido trivial de sus carcajadas lo humilló. Los camioneros le arrojaron las sillas, tuvo que parar una para que no lo golpeara. Se volvieron a sentar para cantar los últimos versos, mientras Azra cargaba con dos sillas hacia la mesa libre y Jagoda preguntaba ¿te encuentras bien?

El bocadillo se quedó en el plato, envuelto en una servilleta de papel en el que se iba extendiendo la mancha de grasa: Danilo la estuvo observando como si fuera un fenómeno inusual.

–¿Me lo haces pagar y no te lo comes? –dijo Azra.

Danilo vio que le temblaba el labio de nuevo. Por eso, con desgana, evitó responder: cogió el bocadillo, lo mordió, masticó en silencio.

En octubre iba a cumplir veintiún años, dentro de tres como máximo podría graduarse en Derecho, y no le importaba nada más. En la universidad había descubierto que no bastaba con conocer bien el italiano –mejor que la lengua nativa, decía Nada– para estar a la altura, sino que hacían falta el latín y el griego, y ya no había tiempo para retomarlos. No le faltaba capacidad de abstracción y de análisis; a pesar de no haber estudiado filosofía, seguía bien el desarrollo del pensamiento en los textos de examen, había metabolizado deprisa la sintaxis. Con todo, en más de una convocatoria le había sucedido que el profesor, al abrir el expediente para introducir la nota, comentara su trayectoria formativa. En la universidad había descubierto que el diploma de un instituto técnico era un estigma peor que la condición de prófugo.

En la cubierta Jagoda no tardó en dormirse. Azra, en cambio, no paraba de revolverse en la butaca, con el antifaz en los ojos. Hacía tiempo que apenas dormía, pasaba toda la noche leyendo en el sofá, a ratos se adormilaba, y para no alterar la bendición de aquel sueño inesperado no se volvía nunca a la cama. Una vez, al alba, volviendo del baño, Danilo entró en la cocina y se la encontró de pie observando la lámpara.

–¿Qué haces? –preguntó, ella se sobresaltó.

Había una taza en la mesa, la cogió y bebió.

–Tengo dolor de cabeza.

–Otra vez.

La manzanilla se había enfriado. Danilo se sentó a la mesa, ella también, y estuvieron largo rato en silencio. Luego, con suma dulzura, Danilo añadió:

–¿Por qué papá no ha venido a Rímini?

–Ya lo sabes: fue de los últimos a los que desmovilizaron.

–¿Y luego?, ¿por qué no vino?

Azra pasó el dedo por el borde de la taza, dibujando el mismo círculo sin parar.

–¿Y tú, en cambio, por qué has venido?

–Mi hijo estaba aquí –dijo ella, desairada–. ¿O no te acuerdas?

–Habría podido volver.

–¿Querías volver?

Danilo no lo sabía, no era una cuestión de voluntad. Ni siquiera había querido marcharse a Italia y lo habían metido igualmente en aquel autocar.

No era por él que su madre se había trasladado a Rímini, lo sabía. Sentada a la mesa de la cocina a la luz del alba, la taza de manzanilla fría entre los dedos, le dio pena, y la pena por un progenitor es un sentimiento imposible de soportar.

En Split, en la aduana, registraron su equipaje. Preguntaron varias veces si se dirigían verdaderamente a Bosnia y no pretendían, más bien, demorarse en Croacia. Tuvieron que dar el número de teléfono del padre, al que llamaron para verificar. Se les ordenó abrir las carteras: había que tener dinero en efectivo para que no te devolvieran. Cuando concluyó el registro, Azra dijo que todo aquello se iba a repetir de vuelta a Italia, preparaos.

La estación de autobuses estaba a cincuenta metros del puerto. Al final de la fila, la parada para Sarajevo no tenía marquesina ni indicaciones ni horarios. Cuando llegó el vehículo –un viejo, precario residuo yugoslavo–, el conductor confirmó el destino.

–¿A qué hora sale? –preguntó Danilo.

–¿Tienes prisa? –fue la respuesta.

Era el mismo viaje que había hecho siete años atrás, pero al contrario. Y este fue también interminable, porque, además de las paradas obligatorias en las mayores ciudades, el conductor decretaba unilateralmente pausas adicionales. Bajaron del autocar en el delta del Neretva. Como los demás, Azra compró mandarinas y las ofreció a sus hijos. Tan pronto como el autocar se puso en marcha, Danilo peló una, aunque no le apetecía especialmente. Todos las comían. El olor

dulzón, infantil, se difundió entre los asientos despertando en él un sentimiento de solidaridad que lo sorprendió. ¿Era aquella, su gente?

Le emocionaban los cuerpos calurosos, viscosos, tras horas de viaje, de las personas que lo rodeaban. Se habían sometido a un trayecto extenuante para volver a casa. Reunieron fuerzas, vigilaron las bolsas, comieron una escudilla o mordisquearon un paquete de galletas. Habían aceptado la suspensión indefinida del discurrir del mundo, y estaban a la merced de un transporte, de un hombre al volante que no revelaba cuándo llegarían a la meta: todo por volver a casa. Del otro lado del pasillo, su madre se sostenía la frente. Le dolía de nuevo la cabeza.

Esta vez Nada no estaba. No había visto cómo cambiaba el paisaje en Ploče, cómo brillaba el Neretva, esmeralda, ni los tanques abandonados en las carreteras. No tendría que esperar durante más de una hora en Metković, la frontera entre Croacia y Bosnia, para el control de los documentos. Ni a que en Jablanica el conductor terminara de zamparse un cordero asado, ensartado en un espetón y cocido en una hoguera en la enésima pausa decidida de improviso.

Nada no lo acompañaría en aquel viaje de vuelta: doce horas enervantes para regresar al punto de partida. La cinta rebobinada, la guerra en curso, sí, pero una familia que se mantiene unida, compacta, sin separaciones, y nada de huérfanos con los que lidiar. Le falta un dedo, te das cuenta tan pronto como le coges la mano, es impresentable, da lástima, y nadie quiere que lo compadezcan, nunca le preguntó si había sido una mina, nunca aludió a aquel hueco, a las falanges ausentes, no la habría conocido si no se hubiera marchado a Italia, no tendría que haberse preguntado qué hacer con ella.

Hacía ya tres años que no sabía de ella.

Llegaron de noche. El autocar los dejó detrás de las ruinas de la caserna del mariscal Tito. Jagoda le agarró fuerte la mano y caminaron los tres bajo la oscuridad hasta Grbavica.

38

Azra estaba arrodillada frente a la bañera para recoger agua en una garrafa. Sobre la alfombra había otras dos llenas. Al ver a Danilo en calzoncillos, dijo:

–Solo hay por la mañana y solo en el baño; en la cocina, no. Pero ya voy a prepararte el desayuno.

–No hace falta, no tengo hambre. Y ya hace tiempo que vivo por mi cuenta: sé prepararme el desayuno. ¿Jagoda?

–En la cama aún. Papá ha salido. Cuando acabe, si quieres, te puedes lavar. Y salimos nosotros.

Danilo se paseó por el apartamento, decorado con los restos del mobiliario de los abuelos paternos, muertos sin haber podido despedirse de ellos, y otros muebles que el padre había juntado de cualquier manera. Nadie lo había ocupado y seguía en pie al regresar, pero las pertenencias de la familia habían desaparecido. Danilo pensó que no estaban sus libros de texto ni lo juguetes de Jagoda, no estaban las fotografías enmarcadas ni el jarrón lleno de flores frescas de cada estación, no estaban las pantuflas forradas de borrego, la funda de la almohada a la que faltaba un botón, la cuchara de madera con el mango requemado, el mando a distancia negro y gris metalizado con el logo de Grundig en relieve, el aparato de música con el tocadiscos, el revistero rebosante de papel, aquel cuadro comprado en una galería de arte contemporáneo que de pequeño llamaba el garabato, las gafas de sol en la entrada junto a las llaves, las monedas, no había ya nada de su pasado en común, y quizá era por eso que los sentía distantes, a los padres, la hermana, desvinculados de él, partículas que fluctuaban sin agregarse.

La noche anterior, al entrar en el edificio donde siete años atrás se había quedado esperando a la madre mientras los chetniks la empujaban escaleras arriba, Jagoda se puso a llorar. Shhh, dijo Azra, no podemos despertar a todos. Danilo la cogió de la mano, shhh, susurró él también. Los sollozos de Jagoda atrajeron al padre hasta el rellano: ¡Ya estáis aquí! Extendió los brazos para acoger a la hija, pero ella gritó: ¿Po-por qué no has venido a buscarnos? ¿Por-qué? Cielo, dijo la madre, nadie sabía a qué hora llegábamos. ¿Por qué no estabas?, seguía gritando Jagoda.

La expresión del padre se descompuso. Danilo lo había saludado abrazándolo y sintió que habría bastado apretar un poco más para quebrarlo.

La hermana no quiso su antigua habitación. El padre le dejó su sitio en el lecho matrimonial, ya que en Rímini estaba acostumbrada a dormir con la madre. Afuera estaba muy oscuro, una oscuridad hermética, sin un resquicio de mar. Tienen pistolas, decía Jagoda. Danilo la oía desde su habitación. Imaginaba a la madre acariciándole la cabeza con su mechón gris, para calmarla. No hacían más que calmarse recíprocamente, por turnos, había algo morboso en aquel vínculo. Pi-pistolas, repetía Jagoda.

Se refería a una frase que había dicho la madre volviendo de Bosnia dos años atrás. La población civil aún conservaba las armas, a pesar de haber sido exhortada a entregarlas. Jagoda había registrado la información y ahora, de nuevo en Sarajevo, el miedo a morir había vuelto.

Por la noche Danilo salió con Izet. El amigo no había vuelto a Italia desde que le devolvieron. Se habían escrito correos y, sobre todo, mensajes, teniendo cuidado con el número de caracteres para no agotar el crédito. Por la calle, jugaron a pegarse puñetazos en los hombros, rieron.

Mientras se dirigían al centro, Izet le avisó de que se les juntarían sus primos y algún amigo.

–Delante de ellos te llamaré Adis, ¿vale?

Danilo asintió. Aunque podría haber contestado que su padre, serbobosnio, había defendido la ciudad hasta el final. Prefería evitar cualquier tipo de enfrentamiento.

No se esperaba toda aquella gente sentada fuera bebiendo, mientras los altavoces escupían música a un volumen altísimo. Las chicas lucían lápiz de labios chillón y calzaban sandalias de tacón, muslos mantecosos a la luz del ocaso. Junto a las carcasas de los edificios desplomados, como tizones clamando al cielo, surgía una hilera impresionante de bares. Casi ninguno disponía de espacio interior, lo justo para preparar las bebidas: un cuartucho practicado en la planta baja de algún edificio en pie. Los gestores habían dispuesto las mesitas al aire libre, y allí se consumía en general una taza de café: por un marco tenías derecho a escuchar música y bailar.

Aquel aire festivo se antojaba espasmódico.

Los chicos bailaban convulsivamente entre cascotes, se besaban pegados a una pared acribillada. Danilo deseó apretar aquellos muslos mantecosos, mancharse los labios de rojo, pero todo resultaba

perturbador, como salir de fiesta en un cementerio.

–¿Bailas? –preguntó un chico, que no formaba parte de la comitiva, a la chica sentada junto a Izet.

Vestía un top de rombo sobre las clavículas pronunciadas.

–Pero ¿cómo se te ocurre? –dijo.

El chico hizo un amago de reírse, y se fue con forzada desenvoltura.

–Qué gilipollas –susurró Izet en italiano, pegando un codazo a Danilo.

–¿Qué has dicho? –preguntó ella.

–Nada.

–Hablar una lengua que no podemos entender es de cobardes.

–Hace bien –dijo uno de los primos de Izet–, a los de Sandžak no los soporto ni yo.

–Para mí son peores que los que bombardeaban –dijo la chica.

–¡Venga ya! –relativizó Izet.

–Estaban pastoreando ovejas hasta ayer y ahora quieren vivir con nosotros.

El primo se encendió un cigarrillo.

–Exacto –la chica gesticulaba demasiado–, con la guerra, los mejores se han ido y han llegado paletos a mansalva.

–Eres tremenda –comentó Izet, despeinándola. Le gustaba, estaba claro.

Danilo no recordaba que su amigo tuviera un acento sarajevés tan fuerte.

–Va, poco a poco se irán integrando –dijo.

–¿Y a ti qué más te da? –El primo echó el humo por la nariz–. De aquí a poco te vuelves a la buena vida en Italia.

Danilo no respondió. No quería provocarlo, pero aquel ya se había encendido.

–El otro día me topé con uno de ellos en el autobús. Era revisor, ¿me entiendes? Me pidió el billete. A propósito, yo no compro billete mientras los autobuses estén para el desguace. Le dije: ¿tú dónde estabas, *sandžaklija* de mierda, mientras mi padre defendía esta ciudad?

–Tampoco ellos lo pasaron bien durante la guerra –rebatió Danilo–. La policía les reprimió muy duro y... –Izet le rozó el brazo, pero ya era tarde.

–Escucha, madre Teresa –dijo el primo–, es muy fácil llamar a la fraternidad cuando salvas el culo dejando a los otros en la mierda. Vete a soltar esos rollos a tu país. –Y tras pisar el cigarrillo con el zapato, se alejó.

–La clásica diáspora de veraneo –concluyó la chica–. Estamos hartos de gente como tú.

Y se levantó también. El resto calló. Apagaron las colillas en el

cenicero, se miraron las uñas, buscaron un espejo en el bolso, propusieron ir a bailar.

Al final, quedaron solo Izet y Danilo, allí sentados. Danilo se excusó.

–Tranquilo –respondió el amigo.

Ya no sabía qué decir. Pensó que le habría gustado estar en casa: en Bolonia, en Rímini.

–Para ellos no es fácil, y nosotros no lo podemos entender del todo.

Danilo asintió. Cuanto más buscaba las palabras más se le escapaban.

–Vamos, voy a rescatarlos –dijo Izet–. ¿Vienes conmigo?

–Os espero aquí.

Solo en la mesa, Danilo observó la oscuridad rota intermitentemente por las bombillas de colores de los bares. Izet se había acercado a la chica, que estaba bailando. Jagoda no había querido salir. Si hubiera venido, también habría bailado y quizá no habría tenido tanto miedo.

En las calas de los edificios descuartizados se espesaba una sombra negra. La intolerancia por la música iba en aumento, el ambiente festivo resultaba un esfuerzo brutal, lancinante.

Danilo dejó un par de billetes bajo el cenicero y se fue.

Una semana más tarde se despertó en mitad de la noche por un rumor de voces. Venía de la sala, eran su padre y su madre. Desde la cama no conseguía entender qué decían, pero le pareció que reñían. Pegó una oreja a la puerta, no bastó y entonces la abrió con cuidado, pero el rumor era indescifrable.

Decidió acostarse de nuevo, aunque el ansia le atenazaba la nuca.

Durante aquellos días sus padres se habían mostrado casi formales entre sí. Habían visitado a los parientes, sobre todo para que vieran a Danilo, que se sentía constantemente observado: cada detalle de su vida italiana parecía una exhibición de vanidad ante los primos, pero si callaba los tíos lo consideraban un soberbio. El padre llenaba la despensa y la nevera con comida, intentaba en vano convencer a Jagoda para que saliera y hablaba de política con Danilo. Para superar la radicalización del odio, que incluso ha aumentado después de la guerra, decía, haría falta una educación europeísta. Sí, pero ¿cómo la va a impartir nuestra generación, intervenía la madre, si ha sido justamente Europa quien nos ha abandonado? Bueno, perdona, después de casi cincuenta años de paz, replicaba el padre, era inconcebible recurrir a las armas para detener un conflicto en el corazón de Europa, ¿o no? Danilo no participaba, solo pensaba en que al cabo de un año se iría de Erasmus y que no tenía nada que ver con sus colegas de Sarajevo. El padre se informaba sobre la cuestión de los

huérfanos entregados en adopción: a Azra se le metió en la cabeza encontrar a los progenitores de cada uno de los chicos, y había empezado con la madre de Omar. La buscó en la dirección que le había dado él, pero en aquella calle ya no estaban ni ella ni el semisótano, y ni siquiera el edificio. Había preguntado a los comerciantes del barrio, la describía según el relato de Omar, había mostrado una foto de ella con Sen, aludió al padre muerto, no obtuvo nada.

Danilo fue con Izet al Parque conmemorativo de Vraca, desde donde se veía toda el área de Novo Sarajevo. Estaba destruido. Algunas letras del memorial dedicado a las víctimas de la segunda guerra mundial habían caído, yacían por tierra como fichas del Scrabble. Danilo se agazapó para recoger unas cuantas. Trató de escribir su nombre poniendo las letras en fila, pero le faltaba una *n*. Izet lo imitó, compuso la palabra *odjebi*. ¿A tomar por culo quién?, preguntó Danilo en italiano. Izet se rió. Ninguna alusión a la fallida noche previa. Danilo ni siquiera preguntó si había sucedido algo entre él y la chica del top rombo. Izet encontró una *n* y se la dio. Entre tanto, había escrito Rimin, buscaba una i para completar. *Scemo, friends, zdravo*. Cada vez que formaban una palabra nueva se reían, más como dos niños que aprenden el alfabeto que como un par de universitarios. Danilo volvió a mezclar las letras del propio nombre, encontró otra *a* y escribió *Nada*. Antes de que Izet se diera cuenta, separó las letras.

La desnudez de las ruinas a la luz del ocaso le oprimió la garganta.

Cuando su padre descubrió dónde habían estado se puso furioso. Harán falta cien años para desminar toda Bosnia, ¿no lo sabes?, dijo. Hay gente que salta en pedazos al volver a casa. ¡Las han dejado aposta, las minas! Yo asustado de que me explotara la casa bajo los pies y tú vas y sales a buscarlas.

Un runrún lo hizo levantarse de la cama, salió de la habitación y corrió a la sala.

La madre se veía abandonada en el sofá, las piernas separadas, patosas, la cabeza echada para atrás, los ojos cerrados, las manos hacia arriba como si mendigara una limosna que nadie le iba a dar. La respiración jadeante parecía amplificada por un micrófono. Danilo nunca la había visto así. El padre estaba de pie frente a ella, y miraba impotente a su hijo. Le pegó un vuelco el corazón.

–Mamá. –Jagoda entró corriendo, se arrodilló ante ella para abrazarla–. ¿Está-estás mal otra vez?

¿*Mal otra vez*? Danilo se dio cuenta de que había cosas de su familia que ignoraba. Quizá habían sucedido mientras estaba ausente y nadie

se las había contado. Lo habían protegido, o excluido.

Azra abrió los ojos, miró al marido, luego sus manos. Palpó la alianza, le dio vueltas, se la quitó y la lanzó al aire.

–Nuestro matrimonio ha terminado –dijo.

El anillo dibujó una amplia parábola y cayó al suelo con un breve tintineo. La madre fue a encerrarse en el baño. Jagoda la siguió, llamó a la puerta.

–Mamá.

No respondió. Jagoda llamó de nuevo, luego volvió a la sala temblando y, otra vez de rodillas, buscó la alianza bajo el sofá, la cómoda. El padre decía levántate, no importa. Los hombros caídos. Danilo no sabía qué hacer, si llamar él también a su madre o esperar a que saliera voluntariamente. Trató de acercarse a la puerta del baño, no oyó ningún ruido.

El padre se había cobijado en la cocina, había puesto agua a hervir para hacer una infusión. Danilo se le sumó, no dijo nada, pensando en la puerta cerrada con llave. Por fin oyó como salía del baño. Jagoda corrió para acompañarla hasta el dormitorio. Después de unos diez minutos entró en la cocina.

–Es-está mejor.

–¿Cuánto hacía que no tenía una crisis así? –le preguntó el padre.

–Tan fuerte, ya hacía tiempo. Unos meses.

Danilo tendría que haber dicho explicadme qué sucede, qué son estos ataques, hace cuánto que los tiene y cómo se tratan... y yo dónde estaba cuándo los tenía en Italia: vivía con ella y jamás me di cuenta. ¿Por qué no me lo habíais dicho? Tendría que haber buscado una respuesta, o bien levantarse, acudir a su madre, estar cerca de ella, no tenerle miedo.

Se tomaron la infusión, luego Jagoda dejó la taza en el fregadero y dijo que iba a acostarse. Poco después, gritó. La madre no estaba. La buscaron en el baño, en las ventanas, quizá agazapada detrás de una cortina, como si jugaran al escondite, la buscaron por toda la casa, la nuca le escocía a Danilo. Tuvo la idea de asomarse a la calle, pero abrió directamente la puerta para bajar y fue entonces cuando la encontró sentada en el rellano, en pijama, apoyada a la pared, las piernas estiradas, la mirada vítrea. Quién sabe si alguien la había visto por la mirilla.

Tiró de ella y Azra no opuso resistencia. Ya no quedaba nada de la respetada periodista, de la madre que enseñaba el sentido de la justicia, en aquella mujer no había nada de Azra Simić. Nadie en el mundo la habría reconocido, aparte del marido, la hija. Danilo no, él no la comprendía en absoluto, distraído como andaba en otras cosas, en sí mismo.

A la mañana siguiente desayunaron juntos, como si nada hubiera sucedido.

La alianza estaba de nuevo en el dedo anular, quizá era Jagoda quien la había encontrado. Danilo hubiera querido sacar el tema, aunque, por cómo se comportaba su padre, dedujo que no lo habría permitido. Nunca lo había visto postrado como la noche anterior. Ni siquiera la patada del chetnik, la noche en que escaparon, lo había dejado en aquel estado.

Se lo preguntaría a Jagoda por la tarde, o mañana, o en Italia. Encontraría la manera de saber qué estaba pasando. Aunque eso significara admitir que se había interesado tan poco por la madre que ni se había dado cuenta de su malestar, de lo grave que era. No acababa de entenderlo. Ante todo, sería como admitir su marginalidad en el seno de la familia, su diferencia. Quizá, antes o después, sería la propia madre quien le hablara de ello, no era cosa suya hacerlo, no podía ser invasivo. Con cuántos motivos ennoblecemos nuestra cobardía.

De nuevo se la veía enérgica, a Azra, parecía como si el ataque de la noche anterior la hubiera purificado, como quien, después de una noche de escalofríos y sudor, ha superado la fiebre y ya no percibe ningún descarte entre ella y el mundo, come con apetito, tiene ganas de caminar, exhibe su alegría habitual.

La última semana pasó sin sobresaltos. Habían alcanzado la cúspide y desde ahí ya solo se podía bajar. Tomarían otro autocar, un ferry, un tren y por fin Danilo estaría de nuevo en casa.

Cincuenta cadáveres amontonados en contenedores como residuos destinados a pudrirse. Eran ciudadanos de Mostar. Hasta la masacre, eran personas.

No os escandalicéis: las personas están destinadas a pudrirse.

Los mataron y apilaron en la basura porque puede hacerse. Porque la respiración puede pararse, la carne descomponerse. Con qué altivez os sentís más importantes que las moscas y las hormigas, los lobos y los jabalíes, los gatos y los canarios, protegidos desde lo alto de vuestro pensamiento, desde el abismo de vuestro sentimiento, ombligos del mundo, como si vuestro nacimiento fuera un acontecimiento capital y no un accidente.

¿Qué es un ser humano? Alguien que se pudrirá.

Raspa de pescado, grasa de buey, piel marrón de peras estropeadas, moho en el tomate, huevo caducado, pan duro, leche pasada, pétalo marchito, hoja seca, pañuelo húmedo, maraña de pelos, colilla de cigarrillo, chicle mascado, compresa sucia, grumo de polvo, qué es, si no eso, el ser humano.

No tiene la culpa de que la vida pueda interrumpirse de un momento a otro. Si no muriéramos, quién podría matarnos. Si no sintiéramos dolor, quién nos lo podría infligir. El mal, no somos nosotros quienes lo han inventado. Es culpa de Dios, pero en Dios no creo.

Resignaos a esta irrelevancia, dejadme el derecho de sentirme nada, de consideraros nada, y finalmente cesará el estupor ante la violencia, y la juzgaré por lo que es, un fenómeno inevitable e inocente, nada personal, solo el lobo que degüella al cordero, mi mano que aplasta un mosquito, de golpe se interrumpe el zumbido, un puntito de sangre en la pared. No ha tenido siquiera el tiempo de debatirse, de oponerse a la muerte que usurpaba su cuerpo. Ningún rito público para celebrar su traspaso. Su alma errará sin paz, me perseguirá, pero yo no creo en el alma.

¿Para quién las escribo, estas páginas?

Por la muerte de un mosquito en la pared de mi habitación, por la muerte que está en todas partes, mientras vosotros habláis de la vida, y la llamáis don.

De joven alumbré dos hijos, me he manchado con este crimen. Fue ingenuidad. Creía en los seres humanos. Pero si la vida puede podrirse en la fétida oscuridad de un contenedor, entonces nacer es un pecado.

39

Omar estaba por meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió y apareció Mari.

–Aquí estás –dijo al abrir.

–Hola.

–Hola –respondió con expresión grave. No se apartó para dejarlo pasar.

Omar la fintó.

–¿Adónde vas? ¿No tienes nada que decirme?

Omar no respondió, siguió caminando.

–Está hablando contigo –dijo Matte, saliendo al pasillo.

Omar entró en su habitación.

Mari cerró la puerta y lo siguió. No aludió al desorden de zapatos por el suelo, de la ropa amontonada en una silla, como solía hacer. Esperó a que Matte la alcanzara, luego declaró:

–Si tú no tienes nada que decir, te contamos nosotros lo que hay.

Arrinconado, Omar miró fuera por la ventana: los andamios vacíos, desolados.

Sen no estaba.

El director había llamado a casa para convocarlos de urgencia. Mari llamó a Matte al móvil, él pidió permiso en el trabajo. Se encontraron en la entrada de la escuela y Matte la cogió de la mano.

El director los hizo esperar fuera del despacho. Mari se sentía observada por todos los que pasaban, administrativos, bedeles: si estaban allí quería decir que el hijo había armado una gorda, quería decir que eran padres fallidos. Por fin, una secretaria los llamó.

Del otro lado del escritorio, un hombre en el umbral de la jubilación. Dijo que Omar había sido suspendido durante dos semanas porque había agredido a una profesora.

¿Y ahora dónde está?, preguntó Mari, avergonzándose en seguida por haberse preocupado antes por él que por la profesora, de haber sentido antes que nada angustia por el hijo.

Se ha escapado, dijo el director. Mari se levantó, hizo un amago de

salir, Matte la retuvo, no puedo, decía ella, no puedo perder a mi niño.

¿Agredido en qué sentido?, preguntó Matte.

Mari pensó que su esposo era un hombre humilde, lo admiró.

El director relató el episodio, el último de una serie: riñas con los compañeros, mutismo cuando se le pregunta, un balonazo durísimo que golpeó a un chico en la hora de educación física, ausencias continuas, reprobaciones en la cartilla... y hacía solo dos meses que la escuela había comenzado.

No lo sabíamos, dijo Matte. Están firmadas, dijo el director, o al menos la firma aparece en la cartilla, en los justificantes.

Mari estaba nerviosa por irse. Y puede que no fuera solo porque tenía que buscar a Omar: no tenía ganas de escuchar todos aquellos reproches dirigidos a ella, una madre fallida. Matte dijo que en casa el chaval también era extraño, nunca tenía hambre, pasaba la noche despierto jugando con el ordenador, le habían quitado la moto para castigarlo por las notas pésimas y él la cogía igualmente, a escondidas. Ya no se llevaba bien ni con el hermano.

Y Mari pensaba: ¿por qué tienes que desacreditarlo delante de este extraño, es tu hijo, es nuestro hijo, por qué largas de sus asuntos?

Perdóneme, dijo, pero ahora debo ir a buscarlo sin falta, y empujó la manija.

Me parece que hay algo más, la detuvo el director. Por favor, escúchenme.

A un lado del escritorio, en vertical, reposaba *Memorie dall'invisibile*, que nunca fue devuelto al hermano. Omar miró al hombre y a la mujer sentados en la cama. No eran sangre de su sangre y, aun así, pretendían darle órdenes, imponer prohibiciones. Su madre había desaparecido; el semisótano donde vivía con ella, derruido. Y si después de haberla querido tanto tenía que aceptar su muerte, entonces ya no podía querer a nadie más.

No sabía que Mari lo había buscado en el bosque: escudriñó cada árbol, luego fue en coche hasta el centro, entró en los bares, cruzó via Italia asomándose a las tiendas. Recorrió el paseo del río. Omar no estaba en ningún lado. ¿Cómo pudo dejarlo escapar, después de haberlo deseado tanto?

Quizá había sucedido porque Dios estaba en contra. No le había dado hijos porque sabía que no era idónea. La había puesto a prueba, para ver si aceptaba la esterilidad como una cruz personal –a cada cual la suya–, en lugar de aspirar a desbancar a la naturaleza, a contrastar la voluntad divina. He aquí el resultado de su soberbia.

Pero yo creía que hacía el bien, creía que era caridad cristiana. Sé sincera: egoísmo, de eso se trata. Perdóname, Señor, ten piedad. Arrodillada junto a un árbol, Mari lloró. Matte volvió al trabajo, desde allí la llamaba en vano. Omar no lo sabía.

Recorrió con los ojos la cadenita de Mari hasta el fino crucifijo de plata que colgaba sobre el suéter.

La profesora lo había llamado a la pizarra, en la que había escrito algunos versos de la *Divina Comedia*, y le había preguntado: «¿Quién está hablando aquí?», repicando el bolígrafo sobre la mesa. Omar permaneció en silencio leyendo aquellos versos como si fuera la primera vez: *Ya ciego, a andar a tientas sobre ellos. / Dos días los llamé aunque estaban muertos*. ¿Podrías hacer la paráfrasis?, preguntó la maestra. *Después, más que el dolor, pudo el ayuno*. Omar releyó y hasta se sintió hechizado por el sonido de las palabras, pero había renunciado a intentarlo. Entonces ella dijo: con todos estos extranjeros en clase, ¿cómo voy a terminar el programa? Omar agarró el borrador y se lo arrojó a la cara. La clase rompió a reír. Con la cara blanca de yeso, estornudando, la profesora chilló. Él enfiló la puerta, y explicarlo ahora le parecía inútil.

–¿Te drogas? –preguntó Mari.

–¿Qué coño dices?

–Cuidado con las palabras.

–¿Se lo ha inventado mi hermano?

Omar cogió el tebeo del escritorio, se puso a desmembrarlo. Matte se levantó para disuadirlo y se quedó el volumen.

–Venga. Estamos aquí para ayudarte.

De niño, mi madre me confundía con mi hermano, por más que yo fuera hijo único.

–Pues claro. –Mari también se puso en pie: el crucifijo le bailaba sobre el pecho–. A nosotros nos puedes decir la verdad.

–¡Os creéis a Sen y no a mí!

–¿Qué tiene que ver Sen?

–Es él quien me ha difamado: quiere ser el preferido.

–Pero ¿qué dices? Los dos sois nuestros hijos.

–¡A mí me la suda! ¡Y me la sudáis vosotros!

Además, mi madre sigue creyendo aún hoy que el hijo único es mi hermano.

Mari aferró el crucifijo, le temblaba la mano.

–Eres siempre arisco, y el director nos ha dicho que en la escuela te peleas con todos.

–¿Y vosotros le creéis?

–Escucha: si te drogas, necesitas ayuda.

–Haremos lo que sea –dijo Matte–, somos tus padres.

–¡No sois una mierda! –gritó Omar, y salió.

Abrió la puerta de la habitación de Sen, mientras lo seguían, fue directo a la librería, sacó uno tras otro los cómics de *Dylan Dog*, arrojó por el suelo toda la colección.

–Ahora veréis quién se droga. Quién es de verdad vuestro querido hijo.

Mari se tapaba la cara con las manos. Matte trataba de aplacar a Omar, pero con demasiada delicadeza para resultar eficaz.

Cuando el estante quedó vacío, sin rastro de la bolita de hachís que Sen había escondido semanas atrás, Omar se precipitó al escritorio, abrió los cajones. En aquel momento, Matte dejó caer el tebeo y se interpuso con mayor determinación, lo agarró por los hombros.

–Basta, déjalo ya.

Omar sintió que le desbordaba la rabia. Se soltó con toda su fuerza y pegó un puñetazo. Golpeado en el estómago, Matte se dobló por la mitad. Mari acudió a él. El marido levantó la cabeza y, antes de que Omar pudiera darse cuenta de lo que había hecho, le atizó a su vez.

Mari gritó, se metió en medio, pero los dos empezaron a pegarse con la misma desesperación de un padre y un hijo que se han querido demasiado, o bien odiado desde el principio, bajo el mismo dominio de un destino natural. Pelearon revolcándose por el suelo, inseparables. Cuando Matte soltó la presa, jadeando, Omar se recobró. De golpe vio lo que estaba haciendo. Se volvió: desplomada en el suelo, Mari lloraba sin sonido, pompas de saliva en la boca abierta.

–Perdona –dijo Omar, y se separó de Matte.

De pie, le tendió la mano. Él no la aferró. Puede que necesitara descansar un rato.

–Mari –dijo Omar acercándose. Ella se protegió la cara con los codos–. Perdóname, perdónadme.

Omar se acercaba, Mari tenía miedo. Un reguero de saliva se deslizó por la boca, impactó en el crucifijo de plata. Solo entonces, pudo respirar otra vez, un sollozo cavernoso, prolongado.

–¡Vete!

Omar se inclinó para recoger los *Dylan Dog*, que colocaba en el estante tratando de respetar la sucesión numérica. Había que empezar de algún modo para volver a poner las cosas en orden. Ya no encontraba *Memorie dall'invisibile*. Miró a Matte. Este se volvió de costado y haciendo palanca con las manos, fatigosamente, se levantó. Le cogió los cómics de las manos, los dejó sobre el escritorio, sacudió la cabeza, negando.

–¡Vete! –repitió Mari, más fuerte.

Omar lamentó que Sen no estuviera allí. Él habría podido evitar lo

peor.

El llanto de Mari era un ladrido.

Había sido traicionada por un deseo común: solo renuncian las personas asociales o perturbadas, todos los demás quieren ser padres, ¿no es así? ¿No es lo normal? ¿Es un pecado ser normal? Dios mío, Matte, era una tentación y nosotros hemos cedido. Omar la observó sin adivinar sus pensamientos. Esperó a que, antes o después, como tantas otras veces, dijera ahora basta, hagamos las paces, pero el escúter se queda en el garaje, no sales durante una semana, domingo después de la misa hablaremos con el cura, antes de cenar me repasas la lección de Historia, Italiano, Inglés, y si no te comes la carne, la meto en la nevera y te la emplato mañana para desayunar.

Mari no levantó la mirada. Matte callaba. Sin coger nada, Omar salió de casa. Ni siquiera cerró la puerta.

40

El 10 de agosto del 2000 Nada se asomó a la ventana del dormitorio de Gli Aquiloni para esperar las estrellas fugaces. Ahora ya era una de las mayores y la fastidiaba dormir en la misma habitación con otras chicas, o peor, con una panda de niñas desconocidas. Los años transcurrían y los internos del San Lorenzo y de la colonia cambiaban, los pasaban a tutela, eran adoptados, se trasladaban a otra región, se iban a trabajar ahora que ya tenían la edad, llegaban otros, de diversas nacionalidades, solos o con las madres. Ella permanecía siempre allí, una estación tras otra, como parte de la plantilla, o del mobiliario, algo que ya se da por descontado, hasta el punto de que una niña nueva le preguntó si ella también se haría monja.

No, me hago archidiácono, le respondió brusca.

La niña no entendió, pero no osó preguntar más.

Archidiácono, como san Lorenzo. Anda, Lorencito, mándame una estrellita: hace ocho años que me tienes secuestrada con la ayuda de tus siervas, ¿no me concederás un deseo, al menos?

Puede que el cielo no fuera lo bastante nítido para verlas caer. Ella no recordaba haber visto una jamás. Había fingido alguna vez, cuando todos decían: mira, mira, y allá arriba también, pero no sabía si eran los otros que se las imaginaban o que sus pupilas eran refractarias a los astros. Si se trataba de un defecto de los sentidos o de la fantasía.

Se echó en la cama. Las niñas respiraban profundamente, con la boca abierta, como de adenoides inflamadas o de paz conquistada. La almohada le presionaba las cervicales, la apartó, apoyó la cabeza en la sábana, picaba. ¿Qué hacía ella allí? Sola, sin un amigo. Un novio. Una pandilla. La habían suspendido y sor Enana no paraba de echárselo en cara.

La noche de Fin de Año la desazonó despedirse del viejo milenio ignorando dónde estaban Danilo y Omar, adentrarse en un futuro que no los contemplaba. A Danilo no lo veía desde la noche del espectáculo teatral. Omar no había ido a verla desde que ella pasó a secundaria; no estaba nunca en casa cuando telefoneaba, no devolvía las llamadas y, al final, dejó de buscarlo.

Con la mejilla sobre el colchón, sintió el corazón que palpitaba en el oído. Un sonido nítido, perentorio. Levantó la cabeza, el sonido

desapareció. La volvió a apoyar y el latido recomenzó acelerado en el tímpano.

¿Dónde vas, padre, sin tu hijo?, preguntó Lorenzo a Sixto II, mientras el papa se dirigía al suplicio: se lo ha contado Enana, cada año repite la historia del santo protector del instituto. ¿Me ves indigno quizá? No te atormentes, Lorencito, quedan tres días y morirás tú también, te aviso, lo sé porque cantidad de estrellas en el aire sereno –hasta Abraham ofreció a su hijo– arden y caen. Para mí, en cambio, ni siquiera una estrella: Lorenzo, ¿has dejado ya de llorar?

Le dijiste ahí van los tesoros de la Iglesia. Eran tullidos, viudas, desdichados, huérfanos: no es de extrañar que el gobernador se irritara, querías efectivamente morir abrasado. ¿O quizá tú también lo sentías bajo la piel, detrás de la nuca, en medio de la cabeza, garganta abajo? Esta parte está hecha, dale la vuelta y listo, dijiste sobre la parrilla, más despectivo que yo. ¿Tú también sentías aquel fuego que ardía, mucho antes de que te mandaran a la hoguera?

Así que ni siquiera era el único, exhala el mártir con el último aliento. Y Čupko se detiene ante la pira, dobla la espalda, le entra el hipo, parece un motor gripado, se balancea hacia delante, luego vomita de golpe, y el ruido mecánico que retumbaba en sus órganos cesa. ¿Cuánto hacía que no tenía un ataque así? El cielo es cóncavo y no brilla nada. Para mí, ni un deseo. Čupko ha desaparecido, muerto bajo las bombas. Pidamos un deseo. No merezco siquiera un llanto de estrellas. Era callejero, nadie lo quería. No parece que este Jesús sea alguien que materialice los deseos. Pero ¿y Lorenzo? Fuegos artificiales que estallan a medianoche, mi pelo arde, una alondra cae entre espinos y Enana se angustia, se queman mis brazos como ramas del bosque, los pies carbonizados, Čupko los lame: es él, has vuelto, cachorrito, has vuel... Nada se despertó sobresaltada.

Las pestañas pegadas, el cuerpo empapado. Trató de respirar tres veces, lo logró solo en la última.

En otra parte, Danilo también se despertó, con la boca pastosa, agria. Tenía que beber, pero no tenía la fuerza de levantarse.

Omar llevaba horas despierto, no conciliaba el sueño. Si cerraba los ojos, un relámpago lo cegaba. Le dañaba el iris, aunque fuera remoto, como si llegara de un lugar demasiado lejano para alcanzarlo.

Nada sintió también aquella melancolía. Bajó de la cama y volvió a la ventana por si aparecía una estrella.

(Estas páginas, ¿para quién las escribo?)

41

Lidia llamó al San Lorenzo y sin preámbulos dijo:

–Azra nos ha dejado.

Por una fracción de segundo Nada pensó que se había vuelto a vivir en Sarajevo, luego su cabeza conectó la noticia con la voz quebrada de Lidia y comprendió. Empezó a sentir el hormigueo en las nalgas.

–¿Cómo ha sido?

–Parece que ya no podía más.

Se hundió en la silla con un impacto sordo y sor Directora, dedicada a leer documentos del otro lado del escritorio, levantó la mirada hacia ella, frunciendo el ceño interrogativa.

Lidia no dijo está muerta, dijo nos ha dejado, como de algo que sucede porque así se ha decidido. Atribuía la responsabilidad a Azra, y eso quizá implicaba desaprobación. Para alguien como Lidia la vida era sagrada, siempre valía la pena, y a pesar de su gran capacidad de comprensión por el prójimo, por talante y oficio, no aceptaba la renuncia a la vida. Menos aún por parte de una amiga. Alguien que, matándose, la volvía inútil.

–Pero así, ¿de golpe?

La monja pedía explicaciones con gestos. Nada volvía la cabeza, apretaba la oreja al auricular.

–Ella, precisamente, no tiene sentido. No me cabe en la cabeza –dijo Lidia.

La gente se equivocaba con el suicidio. Para Nada estaba claro: matarse no es devaluar la vida, sino intentar que no nos devalúe. Si el dolor es demasiado intenso, la única libertad de que dispones, visto que no pediste nacer, es quitarte de en medio. Pensó en Danilo, se le desintegraron las caderas. Nunca habría podido decirle algo así, le habría parecido el rollo abstracto que suelta un adolescente en medio de una tragedia personal.

Hacía poco que había sido su cumpleaños.

–Has sobrevivido a una guerra, has seguido con tu trabajo con valentía, has esquivado a los francotiradores, ¿y entonces? –insistió Lidia–. Cuando todo ya terminó, cuando por fin puedes estar en paz con tus hijos, ¿te vas?

Sor Directora había dejado de leer, esperaba con las manos

entrelazadas, los codos sobre la mesa.

–Si hubiera pasado durante el asedio, lo habría entendido, por más que una madre que se mata, en realidad, siempre es incomprensible. Pero ¿ahora? Ahora no tiene sentido.

Lidia estaba rabiosa, la quería.

–Durante el asedio, Azra estaba demasiado ocupada en sobrevivir –dijo Nada–. No tenía tiempo para decidir si quería morir.

Sor Directora desenlazó los dedos y permaneció un instante con las manos en el aire, como si no supiera qué hacer. Luego, pausadamente, ordenó los documentos que había dejado de consultar, los metió dentro de una carpeta, la cerró con la goma. De pie, se dirigió a un retrato de padre Pío detrás del escritorio y se hizo la señal de la cruz.

Cuando Nada le preguntó si podía acompañar a Danilo y Jagoda en el funeral, dijo que Rímini estaba demasiado lejos, el viaje en tren era demasiado largo, no se veía capaz de dejarla ir sola.

–Si tengo diecinueve años.

La monja no se convencía.

–Acompáñeme usted, pues.

–No puedo ausentarme del San Lorenzo.

–¿Esta es su caridad cristiana? ¿Este su amor al prójimo? Os da igual, a vosotros, el prójimo nunca os ha importado nada.

Sor directora la castigó. Todavía trataba de domarla dejándola sin cenar, como si evitarle una comida le pudiera hacer cambiar de idea.

Estuvo dando vueltas en la cama. Hacía cuatro años que no veía a Danilo, no se habían llamado ni escrito. Sonsacaba información a Lidia porque Azra le hablaba de los hijos. Que estaba muy orgullosa de él, que estudiaba derecho en la Universidad de Bolonia y había conseguido alojamiento gratuito en una residencia universitaria.

¿Y ahora cómo estaba? Nada, que no había tenido madre, no podía siquiera imaginarlo.

En el mundo tienes a tu madre y luego ya no la tienes. Había un cuerpo, una voz, un flujo de pensamientos, un conjunto de gestos reconocibles, de muletillas y manías, y ahora ya no existen. Puedes coger un tren, un avión, sumergirte hasta el fondo del mar, no la encontrarás. La existencia puede abortarse, en su lugar hay una porción de nada, un vacío mensurable, y ahora puedes efectivamente visualizarlo, ya no es un concepto teórico, ausencia de materia en un volumen de espacio, una noción inconcebible de la mente humana, ahora lo tocas, un clavo en el pecho.

Pero ella no podía saberlo. No tuvo tiempo de compartir una historia con la propia madre, de reconocer sus frases, la ronquera matinal, la consistencia de la piel. Para ella no existió la punzada de la pérdida, o no podía recordarla.

Nada pensó que Danilo podía estar torturándose, convencido de que

podría haber evitado la muerte de Azra, y era eso lo que lo distraía del hecho de que ella lo hubiera abandonado. Del hecho de que su madre no lo hubiera querido bastante como para quedarse. Qué ingenuo, considerar el amor más fuerte que el sufrimiento.

Una vez Ivo le dijo: Esta idea que nos han inculcado, de tener que ser felices, es una condena. ¿Quién nos la ha inculcado?, preguntó Nada. Eres hijo de una prostituta, has escapado de una guerra, ¿quién puede haberte inculcado la idea de que estás obligado a ser feliz? Se rió él también. No sé, algunas películas, dijo, algunas historias. Y esa mierda de Constitución americana. Nada se dobló por la risa. No vivimos en América, respondió. Estaba sentada en la mecedora de un bar, tomaban un café. Ivo decía a menudo que extrañaba el café turco, una noche durante la guerra la madre le preparó una taza, a saber dónde lo había conseguido. Si no pensáramos en tener que ser felices a toda costa, si no pensáramos en que el objetivo es la felicidad, había dicho, como si hubiéramos nacido para alcanzarlo, aceptaríamos el sufrimiento con dignidad, menos rabia, con una necesidad de entender menor. En eso la religión católica es más honesta, te dice de entrada que la vida es una mierda, solo te pide que no te rebeles contra este hecho incontestable. Nada le soltó un cachete en el hombro: No te hagas el bosniocroata, que no te creo. Qué dices, para nada. La religión católica tampoco es honesta porque te hace creer que el universo ha sido creado para ti. Y no, tú eres una casualidad como los virus, las bacterias. Sacó un cigarrillo del paquete, Nada cogió el mechero de la mesa y se lo pasó, luego escupió un chicle en una servilleta y la estrujó. Exhalando humo, Ivo dijo: Habría que rendirse. ¿A qué? Al dolor. Nos engañan, añadió. No es un error del sistema, el sistema lo tiene previsto, ya lo pensaron así. No te creía tan filósofo, dijo Nada. Ivo la empujó hasta que se cayó de costado. El cojín de la mecedora era blando.

Nada se levantó de la cama: no era tarde, puede que las once de la noche. Seguro que ellos estaban despiertos. Descalza, atravesó el dormitorio, el pasillo, atenta a apoyar con cuidado los talones, bajó las escleras, se encerró en el despacho de sor Directora, encendió la lámpara del escritorio para encontrar el teléfono y marcó el número. Apagó la lámpara y se quedó a oscuras escuchando el tuuu, pausa, tuuu, pausa, tuuu, a la espera de que alguien al otro cabo del hilo descolgara.

Fue Jagoda.

–Nada. –Y rompió a llorar en seguida. Tenía la voz de quien no ha hecho otra cosa durante días.

Nada le dijo que lo sentía muchísimo, no podía imaginarse lo duro que debía ser, pero que podía contar con ella, para desahogarse si quería, las monjas le habían prohibido ir a Rímini, pero podía recibir llamadas, y en cualquier caso por las noches se levantaría para llamar, como hacía ahora.

Jagoda se sonaba la nariz, murmuraba gracias, un automatismo, Nada decía no mujer qué va.

–¿Y Danilo? –El nombre se le atragantó.

–Ya lo conoces, anda haciendo cosas. Mañana por sueruer-erte llega papá.

–¿Me lo pasas?

Jagoda vaciló. La respiración en el auricular sonaba a ventolera. Luego una suerte de tamborileo.

–Da-da-danilo no está.

–Ah.

–Se lo digo-go y hago que te llam-me, ¿vale?

–Bah, tendrá mucho que hacer ahora. No quiero molestarlo. Solo quería darle el pésame.

–Vale.

Nada ya no supo qué decir.

La respiración en el auricular, atronadora. La escuchaba muda.

Jagoda se despidió.

–Un saludo, gracias. –Y sin dar tiempo a responder, colgó.

Sentada en el escritorio de sor Directora, con el estómago chapoteando en la oscuridad, Nada pensó que el razonamiento de su hermano era paradójico. ¿Tendría que aceptar ser infeliz para poder vivir sin atormentarme por la infelicidad? A tomar por culo, yo quiero ser libre de matarme.

No lo podía confesar a nadie, pero estaba casi orgullosa de la decisión de Azra. Si el mundo no está hecho para nosotros, pues gracias, paso. Si, total, debo morir, pues lo siento, prefiero decidir cuándo. Ha hecho bien. No es una competición a ver quién dura más. No se gana nada. La cosa no es que Dios no exista, la cosa es que Dios no soy yo, ni nadie a quien yo quiera. Y con esto, todo lo demás es superfluo.

42

–¿Por qué me has he-hecho se-señal de que no?

Sentado a la mesa de la cocina, Danilo no respondió.

–Danilo.

–No sabía qué decirle.

Se levantó, le dio un beso en la sien y salió.

Jagoda no le siguió en seguida a la habitación matrimonial, donde yacía la madre, limpia y vestida, las manos unidas sobre la barriga, para recibir a quien se quisiera despedir. Pero aquel no era su país, y había venido poca gente a despedirse. Las monjas de Gli Aquiloni, Lidia y las otras educadoras, los pocos amigos de Jagoda, algún compañero de escuela con el que Danilo seguía en contacto.

Olor a cera. A partir de entonces, al percibir aquel mismo olor que emanaba del pelo de un amigo, Danilo volvería a ver las uñas azuladas, violetas, de su madre, los labios entreabiertos sobre los dientes porque la cola no aguantaba, y la camisa de raso que había escogido su hermana y que le habían regalado ellos dos para el último cumpleaños. Azra se la había puesto durante las vacaciones en Sarajevo para salir a cenar con los colegas de la redacción; no podían imaginar, ellos, que se iba a matar. O puede que sí, puede que la conocieran mejor que él.

De ahora en adelante, su madre iba a ser solo lo que los otros contaran de ella, de ella quedaría lo que los otros pensaban, lo que creían saber, la idea que se habían hecho de ella. Danilo no lo aceptaba. Al dejar de existir, su madre se convertía en una serie de opiniones, quizá discordantes. Su verdad desaparecía, la complejidad del individuo que había sido se reducía a una síntesis que ella no habría podido discutir. Su yo cesaba, en tanto que los otros se imponían y definían quién había sido. También por eso la muerte era una injusticia.

–¿Por qué no quieres ha-blar con Nada?

Jagoda había entrado a buscar algo en un cajón de la cómoda. Cuando Danilo se matriculó en la universidad de Bolonia, dejando libre su habitación, la hermana no se mudó, y prefirió continuar durmiendo con la madre. Iba a ser difícil abandonar el hábito de compartir el sueño con ella. La noche anterior se había dormido

llorando entre las sábanas junto a la madre, no se le antojó macabro. Tener su cuerpo cerca, aunque rígido y mudo, todavía la consolaba. Danilo había renunciado a sacarla de allí. Arreglada por la funeraria, el rostro liso, la piel tersa, Azra era un retrato que se le parecía, pero que no la captaba plenamente, una copia fallida.

–¿Qué le debería decir?

–Es una ami-miga tuya, te quiere. Es más, te a-dora.

Le había quedado la voz nasal de quien ha sollozado largamente. Danilo no había derramado una lágrima.

–No tengo ganas de hablar con nadie.

Sentado junto a la cama, se inclinó sobre el cadáver para certificar que no respiraba.

–¿Qué haz-ces?

No era tanto el deseo inevitable de que se tratara de un error de juicio: ya está, mamá se ha despertado, nos equivocamos. Era el miedo de que, una vez encerrada en el ataúd, la madre reviviera de golpe y golpeara contra la madera para salir. Quería asegurarse de que estuviera muerta y que no tuviera que sufrir más, que dejara de sentir el terror de los vivos.

–A veces me pa-parece que el abdomen se hincha, se hin-hincha y deshi-incha. ¿A ti no te pasa?

Ahora iba a tener que ocuparse de su hermana. No podía estar sola en Rímini, aunque él no podía dejar la universidad. Quería asistir a clase, estudiar en la biblioteca, graduarse, ser alguien, quitarse toda aquella mierda de encima.

La muerte corrompía el olfato, aquel olor de cera. Que no hacía llorar.

Poco antes de que comenzara oficialmente la guerra, su madre escuchó en la esteticista que el 4 de abril atacarían Sarajevo y, como de costumbre, no lo creyó, a pesar de los puestos de control que los militantes del partido serbio habían instalado días atrás en las carreteras de acceso a la ciudad: en su barrio el atasco de tráfico era permanente. Algunos vecinos habían pasado las últimas noches en el sótano, alarmados por los disparos en la oscuridad. Por la mañana escrutaban los MIG que volaban a poca altura, es la aviación federal que vigila desde el aire, buena señal, decía alguien, es Belgrado que nos quiere asustar, decía otro. Desde hacía ya un mes, más o menos a partir del referéndum, cuando el padre serbio de un recién casado había sido asesinado por una ráfaga de tiros que dispararon desde un Golf durante la fiesta de boda en el patio de la iglesia ortodoxa, circulaba el rumor de que iban a llegar tres mil chetniks desde Pale, pero Azra decía que aquello era desinformación. Se quedó atónita al presenciar el asalto a los trenes y autocares para abandonar la ciudad: la gente cogía vacaciones, aducía enfermedad y huía. Las aulas se

vaciaban porque los chicos se habían marchado o porque, por prudencia, los padres los tenían en casa, los docentes pasaban el rato fuera del aula discutiendo entre ellos y fumando, no os preocupéis, decían cada tanto, en nada recomenzamos. En clase no se preguntaba la lección ni se hacían deberes, los pocos escolares presentes jugaban a barcos en un clima extraño de alerta y vacaciones. El 4 de abril acabó llegando y no pasó nada. En la mesa, la madre dijo: ¿Veis como tenía razón? Lástima, respondió Danilo, esperaba saltarme la escuela. La bofetada le ahogó las risas en la garganta. No se la esperaba: en casa estaban prohibidos los golpes, los padres nunca habían levantado la mano. ¿No te da vergüenza?, le recriminó Azra. A él le había parecido una broma inocente, además había sido ella quien había dicho que no había peligro: solo le había seguido la corriente. Estuvo incubando rencor hasta que, cuando los francotiradores serbios empezaron a disparar desde el Holyday Inn, acudió a decirle: ¿Quién tenía razón? Su madre se cubrió la cara con las manos ahuecadas, lo miró extraviada. PODEMOS VIVIR JUNTOS se leía en las pancartas exhibidas por los sarajeveses que habían ocupado el Parlamento a pesar de los disparos. «Sin serbios no podría respirar, sin croatas no podría escribir y sin ser yo mismo no podría vivir con ellos», declaró Abdulah Sidran durante el recital que transmitió la televisión. Su madre pensaba como él, por eso se había equivocado. No te da vergüenza, le dijo Danilo, con toda la crueldad posible, y ella parpadeaba.

Ya no parpadeaba. La boca despegada, los dedos lívidos y los ojos cerrados.

–Hay que es-star cerca de papá –dijo Jagoda.

–Papá vive en Sarajevo, él no extrañará tanto a mamá.

Danilo se acercó a la mesita del rincón donde trabajaba la madre.

Había comenzado a colaborar con periódicos italianos, escribía los artículos en inglés y se los traducían. El ejemplar del diario donde apareció su firma por primera vez se había quedado en la mesa. Danilo lo hojeó hasta encontrar el artículo. Se titulaba, provocativamente, «El capricho de las autoridades italianas» y trataba, como de costumbre, de los niños bosnios adoptados. Que ya eran casi adultos esos niños, pero los dos legajos donde se trataba de ellos seguían apilados en vertical contra la pared.

–Papá es el que puede sentirse más re-spons-able de toodos.

–¿Por qué la dejó?

–No se dejaron nunca. Puede que simplemente ya no se ama-ama-amaran.

Danilo fue a arrodillarse ante ella, que le había sustituido en la

butaca

–¿Cómo estaban en Sarajevo?

–Unidos-dos.

–¿Y luego qué pasó?

–Terminó la guerra.

Los dedos de su madre estaban entrelazados sobre el pecho. Trató de recordar cómo lo cogía, cuando lo tomaba de la mano. La consistencia de la mano, la temperatura, si era seca, flaca, cómo debía de ser apretarla de niño. Cuánto tiempo hacía que no caminaba de la mano de su madre. Había olvidado aquella sensación ya de antes que muriera. Nunca sabría qué se sentía cogiéndole la mano como adulto.

–Vuelvo a casa con él –dijo Jagoda.

–¿Qué?

–Voy a Sa-rajevo, con papá.

–Pero ¿qué dices? Odias quedarte allí.

–Me da mucho más mie-mied-do el sitio donde he encontrado a mamá mue-uerta.

Azra había tomado somníferos y se había echado en la cama. Una muerte higiénica, poco invasiva, debió de pensar. No hay que parar ningún tren, nada de saltos desde la cornisa que podrían aplastar a los viandantes, nada de charcos de sangre: no habría motivos para criticarla. Aparte de los esfínteres que habían excretado orina y heces, aunque eso habría pasado en cualquier caso.

–Primero le hacías de niñera a ella y ahora ¿quieres repetir con él? ¿No piensas en tu vida?

–No to-dos somos como tú.

Quizá tenía necesidad de ocuparse de alguien, su hermana, para mantener a raya la propia ansia. Quizá esa era su forma de egoísmo.

–Tengo que hablar con la madre superiora, quizá puedas vivir una temporada en Gli Aquiloni, hasta que empieces tú también la universidad, además podrías obtener una plaza en la residencia de estudiantes. No quiero quedarme solo en Italia.

–Lo has estado durante a-años.

Cuando su hermana se mostraba tan lúcida, Danilo se sentía muy frágil.

Jagoda había gritado, sentada en el suelo, contra la pared, como Azra en Sarajevo la noche que tuvo el ataque después de la pelea. Había llorado en el tazón de manzanilla, lo único que podía tragar desde que había encontrado muerta a la madre, sentada en la cama, en bragas, incapaz de ponerse las medias. Había llorado lavándose los dientes o de pie con los brazos cruzados en el centro del salón, como esperando, había gritado en el váter y bajo la ducha, había llorado y gritado hasta perturbarlo, exasperarlo, hasta hacerle creer que también ella había enloquecido, que ya no se recobraría. Y él no

derramaba una sola lágrima. Luego sin embargo tenía momentos así, su hermana, en los que decidía cambiar de ciudad, de país, de vida, y parecía desprovista de miedos. Era una criatura llegada del Espacio y no le necesitaba a él para estar bien en la Tierra. Él no podía defenderla de ningún dolor, no solo porque no era capaz, sino porque no se habría esforzado suficientemente.

Se levantó. Echó una ojeada al abdomen de la madre; un hábito ya. No, no respiraba. ¿En qué pensaba cuando se tragó las pastillas? ¿Para quién fue su último pensamiento? ¿Habría pronunciado el nombre de Jagoda, el suyo? Y puede que inmediatamente después hubiera cambiado de idea, pero ya no era posible volver atrás. Era desgarrador imaginar un arrepentimiento final, inútil. Había llamado a los hijos, pero no bastó.

Danilo bajó la persiana enrollable.

–Te-lefonea a Nada –dijo Jagoda, y sin ponerse el pijama se tendió junto al cadáver.

Un hermano y una hermana solos en casa con la madre muerta. Lidia se había propuesto quedarse con ellos, él no quiso. También nosotros tenemos derecho a un duelo privado, dijo, y quizá ella no comprendió aquel resentimiento.

Los legajos tenían los bordes gastados. Danilo los cogió, pesaban.

Con delicadeza, como para no despertarla, para no estropearla, Jagoda posó la cabeza sobre el hombro de la madre. Acurrucada en su cuerpo, cerró los ojos.

43

Después de los guantazos con Matte, Omar pasó la noche pululando por los locales con Mariposa y el resto, habían esnifado y bailado hasta tarde, luego la exaltación se disipó, el cansancio los derrotó. Omar se acordó de Sen: creyó que iría al centro a buscarlo, pero ya amanecía. En lugar de subirse al ciclomotor, pidió hospitalidad a los amigos, ninguno se la brindó. Igual después mis padres me tocan los huevos, se justificó Mariposa, condicionando así a los otros, igual llaman a los tuyos y se monta una movida: déjalo estar, vuelve a casa.

Omar ató el ciclomotor con la cadena y paseó largo rato a solas por el Lambro, rememorando el Miljacka iridiscente en los ojos de Nada. Cuando tranvías y automóviles volvieron a ocupar las calles, entró en una cabina telefónica. Introdujo las monedas y marcó el número. Después del primer tono colgó. No había nada que ganar, ni que perder. Era tranquilizador plegarse finalmente al propio destino.

En la estación tomó un tren y se durmió unos minutos. Bajó en la Estación Central de Milán y se juró a sí mismo que Mari, Matte y hasta su hermano no le verían más.

Experimentó la osadía de los primeros días, una navaja en el bolsillo, como Mariposa, y una sensación de fuerza inédita: puede que su rabia manifiesta fuera lo que alejaba a los demás. Experimentó la libertad de la noche ante la Rinascente, pero a las seis lo despertaban las pataditas de los municipales: tras una jaculatoria de blasfemias, recogía los cartones. Comía tan poco que el dinero le duró dos semanas. Cuando se terminó, más que el hambre, le asediaban las ganas de colocarse, y empezó a trapichear para un camello conocido en la estación. Bastaba con escoger el rincón adecuado y la gente acudía, no tenías que persuadirla ni negociar: un trabajo apto incluso para alguien como él.

Una mañana, frente a la parada de taxis, se le acercó una monja para preguntar por una calle. Le asombró que, entre tantas personas, se dirigiera precisamente a él. Puede que la soledad y el rencor no le hubieran estropeado completamente las facciones. La acompañó durante un par de manzanas. En el semáforo, la monja le acarició la cara como si fuera un niño: Que Dios te bendiga.

Se pellizcó la piel de las muñecas, pero no consiguió calmarse.

Caminó hasta un teléfono público y, esta vez, cuando respondieron, hizo que le pasaran a sor Tormento. A diferencia de sor Directora, ella lo reconoció y el ansia le aceleró el habla. Le dijo tus padres están devastados, han denunciado tu desaparición y no te encuentran por ningún lado, Sen está desesperado, tu madre ya no sale, ni siquiera va a trabajar, todo el día esperándote. Por favor, dime dónde estás y te vengo a buscar. ¿Estás en Sarajevo? Ya no tengo ningún motivo para volver a Sarajevo. ¿Y dónde estás? Omar habría querido pedirle que lo tuviera con ella en el instituto, como cuando comía en el árbol. ¿Quieres que llame a Nada?, preguntó sor Tormento. Omar colgó.

Alquiló una cama en una casa de vecinos completamente atestada, solo duró unos meses. Cada vez esnifaba más, cinco gramos al día, una pasta. Y acabó con otros chicos en las alcantarillas, al calor de las tuberías. Se divertían y emborrachaban todos juntos, se dormían sobre colchones desperdigados por el suelo, chicos y chicas, como en Bjelave bajo las bombas, entre viejas latas de atún repletas de colillas y botellas de plástico llenas de meados, porque de noche era incómodo volver a subir. Una de aquellas noches perdió la virginidad, y no recordaba casi nada. Lo aterraba que, mientras él y los demás dormían, alguien los encerrase sellando la alcantarilla –los bomberos o la gente decente que ya no los soportaba más– y se despertaba con la garganta obturada, un estertor. Al final del invierno el calor se había hecho insoportable y el hedor asfixiante, así que volvió a dormir por la calle, acuclillado sobre el mármol en la entrada de un banco o de las tiendas de ropa. Robaba en los trenes y los autobuses, lavaba la ropa en las fuentes, la tendía en un murete en medio del tráfico.

El día en que cumplía dieciocho años un desconocido lo invitó a los lavabos de la estación. Tenía al menos sesenta años y los botines deformados. Omar se hizo pagar cincuenta mil liras por adelantado y tan pronto como las tuvo en la mano, le golpeó y escapó. El hombre se subió la cremallera y lo denunció por hurto. Lo pillaron unos días después, mientras trapicheaba. Desde la jefatura llamaron a sus padres, pero nadie, ni siquiera Sen, fue a buscarlo.

Ahora, ya fuera de la cárcel, había decidido dejar la droga y lo demás. Por eso había vuelto, un año después: el otoño inerte de la llanura. Faltaba un mes y medio para Navidad.

A esa hora, desde el exterior, el trajín de la que había sido su casa asemejaba al de todas las demás antes de cenar: tintineo de cubiertos, rumor de la televisión, el confort de la banalidad. Los visillos bordados de las ventanas le impedían ver el interior. ¿Qué iba a decir, cuando llamara? Soy yo. ¿Bastaría? Soy yo, y tú reconocerías mi voz entre el jaleo. Soy yo, y la cancela se abriría en seguida. Soy yo, soy yo, diría alguien de la familia, sin necesidad de añadir más.

Se entretuvo un poco más escuchando el fragor doméstico.

Y la puerta se abrió. Matte apareció en el umbral con un jersey de lana gruesa.

–¿Qué haces aquí?

Omar avanzó con un leve picor en la garganta.

Ningún clic metálico, ningún chirrido, la cancela permaneció cerrada.

–¿Qué quieres?

Se restregó las manos en los vaqueros.

–He vuelto.

En la ventana, velada por el visillo blanco, estaba Mari. Instintivamente, Omar agitó una mano para saludarla. Mari permanecía inmóvil.

–¿Dónde está mi hermano?

–En la universidad.

–¿Y qué estudia?

–Tienes que irte –avisó Matte.

–¿Está en Milán?

–En Pavía.

–¿Y no viene nunca?

–Claro que viene, al menos un par de veces al mes.

–Todavía sois una familia.

Se corrió el visillo: el rostro de Mari, ahí estaba. La saludó otra vez. Ella levantó la mano débilmente.

–Deja en paz a mi mujer. Ya la has hecho sufrir bastante, y no te lo permito más.

–Me sabe mal. Os pido perdón. Sobre todo, te pido perdón a ti.

–Te hemos buscado como locos, ella se ha dejado la salud. La policía te ha encontrado después de muchos meses, lástima que te metieran en la cárcel. Por cierto, ¿ya has salido?

–Necesito una casa.

–Nosotros no somos una casa, un dormitorio. Somos personas.

Omar se acercó un poco más a la cancela, se aferró a un barrote.

–Será diferente.

Estaba mendigando, pero le pareció el precio que debía pagar para recuperar lo que había perdido.

–Aléjate, por favor.

–He pecado contra ti y no merezco llamarme hijo tuyo.

No había sarcasmo, solo era un intento ridículo.

–Has pecado contra Dios. Y no eres mi hijo.

Omar soltó la mano del barrote, buscó a Mari. Había abierto la ventana para escuchar.

Le dijo: «Ábreme», en tono desesperado. Aquel servilismo le repugnaba, pero no podía evitarlo.

–Te lo repito: deja en paz a mi mujer o llamo a los *carabinieri*.

–No me puedes echar, Matte –gritó Omar–. Tienes el deber de acogerme en casa.

Los vecinos se asomaron al balcón, los chaquetones encima del pijama y las pantuflas.

–No tengo ningún deber: eres mayor de edad.

–Por ley, soy tu hijo.

–Hemos solicitado desvincularnos de la tutela.

–Hasta que no pase... –la voz trastabilló–, todavía soy tu hijo.

–Vete –repitió Matte–, o llamo a los *carabinieri*. Ya te lo he dicho.

Omar se sentó en la calzada, la frente contras las rodillas. Pensar que la gente lo había visto suplicar y ser rechazado le inflamaba, habría roto las ventanas a pedradas. Pero permanecía allí, dando pena. Levantó otra vez la mirada. Mari estaba ahora en la puerta, sola. Matte había desaparecido.

Omar se levantó, inestable, volvió a la cancela. Ella salió al patio. Llevaba una manta encima que le colgaba de los hombros como un manto. Era verde y aquel verde le traspasó con un soplo de dulzura inopinado, la claridad lechosa en torno a la llama viva.

–No puedo más, Mari. Hace años que estoy mal.

Ella se acercó a él, metió las manos entre los barrotes, le tocó.

El marido la llamaba desde dentro, pero ella cogía las manos de Omar y pedía perdón.

–¿De qué Mari? ¿Qué dices?

–De este cuerpo.

Omar le acariciaba los nudillos con los pulgares, algo que nunca había pasado.

–Lo decidimos juntos, Mari. Ya lo hemos hablado bastante. –Matte le puso una mano en el hombro. Mari se apartó levemente y la manta resbaló al suelo. Nadie la recogió–. Vuelve adentro, vamos.

–No ha sido vehículo de nadie, no ha acogido a nadie –dijo ella–. He estado siempre sola, yo, en un cuerpo sellado.

Matte trató con delicadeza de llevársela con él, pero aferraba las manos de Omar.

–«Si yo abro el seno materno, ¿podrá ser que no dé a luz?», dice el Señor.

–Mari, por favor, vamos.

–«Yo que hago engendrar, ¿impediré el nacimiento?», dice tu Dios.

Omar se apartó. Mari se escrutó los nudillos, como esforzándose por comprender la ausencia de los pulgares que los estaban acariciando un segundo antes.

Luego, poco a poco, se dejó arrastrar hasta casa. Su espalda ancha, casi viril, invadió a Omar de una ternura tardía. Los observó entrar, y entonces llegó el coche de los *carabinieri*, que frenó a un centímetro.

Imaginó que Mari se daba la vuelta con leve retardo. En el patio, la

manta abandonada como una reliquia. Su hijo se había ido.

44

En moto tardaba una hora. Mari le rogaba siempre que no corriera, pero esta vez no había hablado con ella: era Matte quien lo había llamado. Ven, tu madre te necesita. ¿Qué ha pasado? Ven, Senadin. ¿Es por Omar?

Se había puesto el casco a toda prisa y tomó la carretera que orillaba el canal: discurría recta en medio de los prados y las alquerías, hasta el punto de que era imposible no acelerar, no desafiar, confiados, el propio destino.

El truco está en mirar el camino ante ti. Se lo repetía a Omar el día en que de niño le enseñó a ir en bicicleta. En casa solo tenían una, de señora, oxidada e incómoda por el tamaño: la habían encontrado junto a un container y se la habían llevado. La pulieron con papel de lija, le pidieron al vecino una mancha para hinchar las ruedas y Sen comenzó a utilizarla.

Omar era más pequeño que él, pero ya le tocaba aprender. El padre ya había desaparecido, la madre no tenía paciencia. Una tarde salió a la acera y le dijo sube, date impulso con el pedal, luego basta con tirar recto. Tenía la espalda curva y las manos sobre el transportín para aguantar la bici. Tan pronto como Omar enfiló, la madre soltó la presa. Asustado, perdió el control del manillar y prosiguiendo en zigzag se cayó. Te dije recto, ¿por qué no me escuchas?

Un día en que la madre había salido, Sen tuvo una idea: desmontó los pedales con una llave inglesa que se había quedado en una vieja caja del padre, bajo la cama. Ahora, Omar, monta y camina como un gigante.

Pero yo soy pequeño, no soy un gigante.

No es verdad, tú eres un gigante, nosotros somos gigantes, mírame.

Encima del sillín, Sen cogió carrerilla con los pies sobre el asfalto, los levantaba y volvía a aterrizar, imitando las zancadas de un gigante. ¿Ves? Así.

En los márgenes de la carretera la nieve se veía sucia, espumosa, pero recubría con su blancura las tejas de las casas hacinadas, los techos de los tranvías, los picos y laderas de las montañas. El sol parecía esconderse tras una cortina de nailon, los rayos lucían a duras penas.

Omar trató de imitar a Sen: era más inestable y sus pasos eran más cortos, pero aquel lo animaba, eres un gigante, somos gigantes. Cuando el hermano aprendió a mantener el equilibrio con los pies levantados, Sen repuso los pedales y se fue para casa a coger una manta.

¿Qué haces? Si te pilla mamá.

Shhh, ayúdame.

La doblaron juntos un buen rato hasta convertirla en un tubo, luego Sen la envolvió en torno a la barriga de Omar y enlazó los dos extremos para hacer una especie de soga, gruesa y resistente.

Mamá se enfadará.

Antes de que vuelva, la dejo en su sitio.

¿Qué tengo que hacer?

Pedalea.

Omar pedaleó. Avanzaba tranquilo un par de metros, luego, como maravillado de que las rodillas flexionaran automáticamente, frenaba la bici, que se ladeaba. Pero Sen tiraba de la manta desde atrás: Te aguanto. La espalda del hermano se erguía de nuevo, Omar la sentía segura porque lo agarraba. No era mucho mayor, apenas un par de años, pero sabía que Omar se fiaba de él.

Mira derecho ante ti, no bajes la mirada, no mires el manillar o la rueda, mira el camino que harás, ese es el truco, el camino que harás.

Omar se esforzó. Cada vez que la rueda delantera giraba por su cuenta, sin que lograra enderezarla, se desmoralizaba. En cambio, si procedía regularmente durante unos segundos, la sorpresa era tal que perdía el equilibrio por la emoción. Tras una serie de abandonos, frenadas a destiempo, pero sin caídas, comenzó a pedalear de verdad, la manta ceñida a la barriga y la carretera ante él. Parecía que de verdad pudiera recorrerla sin incidentes, sin volver a caer jamás. Hasta había aprendido a virar y volver atrás. Sen le seguía corriendo, riendo satisfecho. Bravo, gritaba. Te aguanto. Omar también reía, asombrado quizá de que estuviera pasando. No lo creía posible, y Sen lo sabía: su hermano se creía incapaz de hacer cosas, sobre todo cuando las deseaba mucho.

Cuando lo soltó, Omar no se puso nervioso. Lo he conseguido, pensó Sen, está hecho. Bueno, se corrigió, lo ha conseguido. Estaba orgulloso.

Omar no debió de darse cuenta hasta después de que Sen ya no lo sujetaba: al dar la vuelta para volver, levantó la vista, distraído. Una alfombra voladora, un gran cometa, un pájaro exótico o prehistórico revoloteaba ligero en el aire, hasta el punto de que Sen lo tomó por un mensaje misterioso proveniente de un mundo lejano, del país de los gigantes.

La manta acabó sobre la nieve, una mancha verde sobre blanco. No

la recogió en seguida.

A cien kilómetros por hora, ataviado con la chaqueta cortavientos, Sen no tenía frío, aunque fuera noviembre. El olor de estiércol lo confortaba, el olor cenagoso de la llanura era su casa. A esa llanura, sin puntos de referencia en los que extraviarse, angustiar la mirada, a esa tierra pertenecía él. Aquí había aprendido a conducir, no en otra parte. Aquí había desafiado a su destino. Un día de verano, mientras viajaba por esta carretera, se había topado con una cigüeña en pleno vuelo. Si se lo hubiera contado a Omar, este le habría dicho qué te inventas.

¿Qué ha hecho esta vez? Ha venido. ¿A casa? –se sorprendió–. ¿Y sigue allí?

Hacía un año que no lo veía. Una noche había vuelto para la cena y se había encontrado la habitación patas arriba y la del hermano vacía. Estaba tan indignado con él que ni siquiera salió a buscarlo. Esta vez, cuando vuelva, se va a enterar, decía a Mari y a Matte. Omar ya no volvió.

¿Está allí con vosotros? No. ¿Y dónde está? Silencio. ¿Dónde está? No lo sé.

Lo has dejado escapar otra vez, pensó Sen.

No era tanto el hecho de notar su ausencia: se siente la ausencia de cada rutina, y luego nos acostumbramos al nuevo estado de cosas. Él lo sabía por todas las veces en que lo había experimentado. Omar había decidió irse, había sido él quien lo había abandonado. Traidor. Sin embargo, Sen se sentía responsable. Como si lo hubiera soltado antes de tiempo. Había dejado de aguantar, y su hermano se había caído. No era un gigante. Nunca lo fueron.

Ante la cancela tocó la bocina para avisar de que había llegado. Matte abrió la puerta y saludó. «Voy a aparcar», dijo Sen. Mari no salió, normalmente era ella quien le recibía primero. Había algo en el suelo del patio. Un amasijo, puede que un montón de harapos, no, era una tela, una manta. Verde. Sen vaciló sobre la moto en marcha.

Dio la vuelta para acceder por detrás y entrar en el garaje. Se quitó el casco, respiró polvo y serrín, miró en torno, como retrasando la entrada en casa. Entre el viejo aparador, las herramientas de Matte, los contenedores de plástico olvidados para la ropa de temporada, el coche y los ciclomotores, apoyada en una pared, estaba la bici de Omar, la que le habían regalado poco después de asumir la tutela. Estaba en buen estado, solo tenía las ruedas algo deshinchadas, pero había una mancha por algún lado. Su hermano apenas la había usado. Sen hurgó en la caja de herramientas y se arrodilló ante la bici. Uno a

uno, desmontó los pedales y se levantó. Erguido ante la persiana metálica bajada, los observó como si pudieran darle una respuesta, como si fueran los pedales, esta vez, el mensaje enviado desde el país de los gigantes. Pero era un mensaje indescifrable, o bien los gigantes callaban, le hablaban solo a su gente, no a personas como él. Arrojó los pedales al cesto de metal debajo del aparador, entre virutas y periódicos arrugados. Se hundieron sin hacer ruido apenas.

45

La noche antes de marchar, mientras Jagoda dormía, Danilo le preguntó a su padre por qué no se había mudado con ellos a Italia. Él se quitó las gafas de présbita que hacía poco que usaba, las limpió con el puño de una manga, se pasó la mano por la calva y miró detenidamente al hijo. Bajando la mirada dijo: Ya no hacíamos el amor. Y se volvió a poner las gafas.

Danilo no esperaba una confesión tan privada, creyó que no la soportaría. Con todo, imaginarse a la madre practicando sexo ya no lo avergonzaba, porque se había roto un tabú más grave: su muerte. Cuando Danilo preguntó si dependía del episodio con los chetniks la mañana en que ella escapaba de Grbavica, si era eso lo que le había ocasionado el rechazo hacia el sexo, el padre explicó que el problema no era ella, sino él.

Hay personas que frente a la posibilidad inminente de la muerte se apegan a la vida con mayor ferocidad. La dimensión biológica nos supera, precede a la propia identidad. Nacemos cuerpo y ese cuerpo nos pertenece, lo sentimos mucho antes de definirlo como yo. Hay personas que en los sótanos atestados para escapar a las bombas se han enamorado o han dado su primer beso, alcanzado un orgasmo, personas que durante la guerra decidieron casarse, y parieron hijos, él conocía a varias. Hay personas que desafían a la muerte simplemente viviendo, de la manera más intensa posible: dado que antes o después gana la muerte, hasta entonces solo tiene sentido estar vivos de verdad, con toda la omnipotencia del cuerpo. Hay otras, en cambio, que bajo un estado prolongado de emergencia pierden todo deseo. Él, Predrag Simić, había combatido por su ciudad, no se había echado atrás, la certeza de estar haciendo lo correcto le había dado la fuerza de tirar adelante: el sentido del deber es un antídoto para quien no cree en ningún tipo de trascendencia, el sentido del deber te libera del miedo, decide por ti, te mantiene en pie. El resto se había debilitado, cualquier otro sentimiento, el amor, sobre todo, que entroncaba con la angustia. Había regateado los tanteos de la mujer, cuidando de ella, la abrazaba estrechamente y la consolaba a fuerza de caricias, había rechazado su deseo narcotizándolo, y por un tiempo ella no se dio cuenta, o lo toleró.

Azra nunca dejó de salir de casa, de escribir artículos, de defender la propia dignidad a pesar del asedio, también ella había encontrado un camino en el sentido del deber, pero no le bastó para mantener su equilibrio. Empezó a sufrir brotes, ataques de nervios que perturbaban a Jagoda. Eran una novedad ocasional, nunca los había tenido en el pasado. Predrag los atribuyó a aquel exceso de energía que tanto lo atrajo cuando la conoció. Pero si no lograba canalizarla, la abocaba al cortocircuito. No sucedía durante los bombardeos, sino en los días de tregua. El silencio la obsesionaba, era la calma siniestra, traidora, antes de la tormenta de granadas, le zumbaba en los oídos, un acúfeno, una alarma sin fin, de embestir la pared a cabezazos. Él no había entendido que también era frágil, su mujer, se había enamorado porque era segura, hasta audaz, y había confundido el arrojo por fuerza. Durante la guerra la necesidad de protegerla superó cualquier otra, anulando el resto. Azra se lamentaba: por más que pudiera tocar el cuerpo del marido, sentirse arropada, ya no lo tenía dentro. En el coito existe la paradoja de una máxima cercanía justo cuando la conciencia de la barrera resulta más nítida: cada cual está aislado en el cerco del propio placer individual, y puede entrar en el otro, acogerlo, solo si se percibe separado, diferenciado. Olvidar el límite es peligroso: solo deseamos lo que es otro. A Predrag le había pasado que la había querido demasiado, hasta el punto de considerarla una parte de sí mismo, la más vulnerable, por eso había dejado de desearla.

Además, cualquiera habría podido penetrarla, el chetnik que la había hecho subir a casa el día de la fuga, o cualquier combatiente, por desprecio, por abstinencia; el acto sexual no tenía nada de sacro, de exclusivo: la habrían podido violar ante sus ojos sin que él pudiera evitarlo. Y era como si hubiera sucedido.

Tenía dolores de cabeza, dijo Predrag, y no hacíamos caso, pensábamos que era la guerra. Jagoda balbucía: era la guerra. Le había salido un mechón cano entre los cabellos rojos: la guerra. El abuelo ya no hablaba, pasaba días enteros sin soltar palabra en aquella casa con cinco personas hacinadas, y la culpa era de la guerra. Solos en la habitación que había sido la mía de crío, no hacíamos el amor, y era por culpa de la guerra. Si la guerra hubiera terminado, todo habría vuelto a su sitio. Cuatro años sin sexo, ¿dónde se retoma luego? Sobreviene el pudor. Jagoda no dejó nunca de balbucir.

Cometieron un error de cálculo, sus padres, en el mes de abril de 1992.

Nada volvió a su sitio, dijo el padre, ni siquiera BosniaHerzegovina.

¿Por qué dejaste que se alejara de ti?

Para sentir la ausencia, incluso física. El padre se levantó, las rodillas crujieron. Dijo: No ha funcionado.

A la mañana siguiente Jagoda se fue con él, por más que Danilo hubiera intentado varias veces disuadirla de aquel sacrificio. Ella objetaba que no era un sacrificio. Exhibía una serenidad que por primera vez permitía verla con definición.

Danilo regresó a Bolonia. Asistir a clase y salir con los amigos que no conocían a su familia le fue de ayuda. Si podía soportar la muerte de su madre, entonces nada podría doblegarlo. Le asombraba que ya no hubiera que temer aquella muerte: había sucedido. Y sin embargo, aún lo aterrorizaba como si estuviera por suceder. Un estado de alerta constante. La mortalidad de todos los seres se hizo de golpe cegadora, ineludible: Danilo reprimía el impulso de avisarlos, como si fuera inminente. Su madre, en cambio, ya no iba a morir nunca más, y esta irreversibilidad resecaba las emociones.

Todo a su alrededor había empequeñecido, había perdido consistencia. No estaba triste, ni airado, tampoco indolente. Había colocado en el escritorio los legajos de Azra, con la intención de proseguir la investigación que ella había emprendido. Empezó con Omar, pero cuando lo llamó a casa descubrió que ya no vivía allí. Ni siquiera Sen tenía noticias suyas. Recordó las primeras brazadas que había dado, ocho años atrás, sin que él lo sostuviera con las manos. Cuando se dio cuenta de que avanzaba solo en el agua, se sobresaltó y tragó agua.

En los legajos Danilo encontró un cuaderno azul, una especie de diario. Empezaba así: «De niños nos bañábamos en el Miljacka», y se preguntó de quién hablaba su madre: ¿de los primos? ¿de los amigos de infancia? Solo al llegar al final del párrafo comprendió que hablaba de los cadáveres en descomposición en el río de la ciudad. Pasó la noche leyendo aquellos fragmentos algo inconexos, tan distintos de los artículos que Azra Simić había publicado en los periódicos. Eran fotogramas, alucinaciones. Eran episodios que habían sucedido de verdad y que ella había transformado en escritura, era la realidad que había arraigado en ella y, una vez enquistada, se expandió hasta debilitarla y matarla. Era la guerra inoculada en su organismo, procesada por sus células, restituida. Era la guerra. Por más que aquellos pasajes aludieran a un conflicto que había invadido los medios del mundo entero, a Danilo le pareció estar violando la intimidad de Azra, y conociéndola de verdad por primera vez.

¿Qué sabemos de nuestra madre? Y ella, ¿qué sabe de nosotros?

Se puede amar a alguien ignorando casi todo de su vida, conociendo solo los hábitos cotidianos, el tiempo que pasa en el baño por la mañana, la postura en la mesa, las enfermedades infantiles contraídas, las horas de sueño, la talla del pie, las notas escolares, los nombres de los amigos de siempre, las frases recurrentes, los accesos de ira... Si lo pensamos, no es poco, pero su madre no sabía nada de él, nada de las

obsesiones que lo desvelaban de noche, de los interrogantes siempre idénticos; las madres no saben nada del amor que nos hemos inventado o al que hemos decepcionado, de la sacudida telúrica que en el orgasmo nos despoja de todo, un abandono vertical que es como la vuelta a casa. Como acabar de nacer.

Y él no le había preguntado casi nada, no se les pregunta a los padres tú quién eres. Ahora estaba muerta y todas las preguntas quedarían sin formular.

Quizá le había transmitido los genes del suicida; quizá no, y le tocaría a Jagoda heredarlos. Él se salvaría. Se avergonzó de aquellos pensamientos. Trató de concentrarse para recordar lo último que se habían dicho, pero no lo lograba. Casi nunca sabemos cuándo es la última vez que vemos a alguien con vida.

Hojeó de nuevo el cuaderno, sorprendido por tenerlo en sus manos, lo hojeó y releyó algunos fragmentos, con una avidez ignota, besó una página que lo emocionó, donde se recordaba el olor del pan cocido en la olla a presión, luego otra que le repugnó, el partido amistoso con las cabezas cortadas, veneró su letra masculina y rompió a llorar. Lloró en silencio sobre aquellas páginas de letra apretada, y solo cuando vio las letras aristadas diluirse bajo sus lágrimas, que amenazaban con hacerlas ilegibles, cerró el cuaderno, y continuó llorando.

En enero, Danilo tendría los exámenes de invierno. Ya se estaba preparando, estudiaba cada tarde, lo dejaba tan pronto como se cansaba, a pesar de que le faltaba bastante para terminar el temario. A menudo caminaba solo, se comía un bocadillo en lugar de cenar con los demás, sus guantes de lana estaban grasientos y apestaban a queso. Le agobiaban las comilonas bulliciosas, prefería volver a la habitación mientras su compañero seguía en el comedor, disfrutar de un par de horas de soledad plena. Cuando aquel volviera, decidirían dónde ir a tomarse una Moretti.

Aquella noche, no obstante, de camino a la residencia universitaria, vio de lejos una figura agazapada junto a la entrada y se detuvo. Espiándola, acabó de masticar, envolvió la mitad del bocadillo en el papel y se lo metió en el bolsillo. De perfil, hombros encorvados hacia delante, la cabeza gacha sobre el pavimento, las piernas flexionadas y separadas, como si estuviera calentándose ante una fogata imaginaria, le pareció tan desgarbada que tuvo ganas de irse. Pero se limpió las comisuras de la boca con los dedos, los dientes con la lengua, y siguió caminando.

Solo cuando los zapatos de Danilo invadieron su campo visual, Nada

levantó la cabeza. Se miraron en silencio.

–Lo que me haces esperar –dijo ella.

46

Danilo no le devolvió la llamada, de modo que Nada volvió a llamar unas semanas después. Nadie respondió. Supo por Lidia que el apartamento estaba vacío, Jagoda estaba en Sarajevo con el padre y Danilo en la universidad. Le pidió a Lidia una dirección donde mandar una carta de pésame, pero no la escribió.

Aquella mañana, en lugar de ir a la escuela se dirigió a la estación y, sin avisar a las monjas, partió, sin billete porque no tenía dinero para comprarlo. El viaje había sido más largo de lo que esperaba, era inexperta. Había hecho novillos muchas veces y el año anterior, en virtud de esas faltas, acabó suspendida. ¿Adónde ibas, infeliz? ¿Con quién?, la asediaba sor Enana. Nada se limitaba a bajar hasta el río Lambro a dibujar, sola, tal como se sentía. Jamás se le había pasado por la cabeza la idea de tomar un tren, y más con el riesgo de que la multaran y la obligaran a bajar. Pero ahora estaba decidida a ver a Danilo, ya no podía más. Por suerte, el revisor no apareció y, antes de la hora del almuerzo, ya estaba en Bolonia.

Fue complicado dar con la residencia universitaria y, una vez allí, una señora le dijo que Danilo no estaba. Tenía hambre, esperaba que volviera para comer, lo esperó en el vestíbulo. El hambre se convirtió en náusea, luego en dolor de estómago y al final en hábito. Pasaban chicos despeinados y chicas con coloridas bufandas de lana, que subían a las habitaciones sin prestarle atención. Hacia las tres de la tarde, Nada pensó en el follón que sin duda se habría desatado en el San Lorenzo y casi le dio por reír. Las ojeras no anulaban cierta belleza en la conserje, que a intervalos regulares salía a fumar. Le había ofrecido un cigarrillo a Nada para pegar la hebra, ella lo rechazó, pero le hizo compañía. Afuera la luz difuminaba las aristas. La señora le dio un paquete de galletas saladas. Quizá la había confundido con una estudiante universitaria, porque era más alta que ella. Le preguntó de dónde venía y Nada se azoró. Monza, respondió con un hilo de voz, como si por ello la mujer pudiera deducir que se había escapado del instituto. No, quiero decir de dónde vienen tus padres.

A las cuatro y media el sol se puso y la señora concluyó su turno. También yo cometí el mismo error muchas veces, le dijo

despidiéndose. Esperar eternamente.

Nada no comprendió, le ronroneaba el estómago otra vez, tenía incrustado en la boca el sabor amargo del ayuno. Esperó fuera a pesar del frío. Cuando por fin vio el rostro de Danilo, era noche cerrada.

En la trattoria observó cómo comía las tagliatelle al ragú, con los ojos fijos en el plato, la cabeza remetida entre los hombros demasiado grandes. Comía inclinado y absorto, un viejo, y Nada pensó que lo amaba. Pensó que le preguntaría qué haces aquí, en cambio se la llevó a cenar fuera como si tuvieran una cita.

–¿No te morías de hambre?

Tenía una mancha de salsa en el labio superior. Estaban sentados en una esquina. Nada se inclinó hacia él y lo limpió con la boca.

Danilo se tocó el mentón.

–¿Todavía está sucio?

Ella negó con la cabeza, sonrió. Tenía muchas cosas que decirle y las había olvidado todas.

La habitación olía a cerrado, a polvo, a camisetas sudadas colgadas del respaldo de las sillas. Jugó a adivinar cuál era su cama, cuál su escritorio. La reconoció por descarte, ya que las fotos del compañero de cuarto pegadas a la pared lo revelaban. En el otro cabezal no había nada colgado. Vio los legajos con la etiqueta «Niños de Sarajevo» en serbocroata, pensó en Omar.

Danilo lo notó e hizo la misma asociación.

–Ha desaparecido –dijo–. Su hermano me dijo que no saben dónde está.

–¿Cómo?

–Escapó de casa, no ha vuelto. Parece que ha vivido en la calle, tiene problemas de drogas, estuvo encerrado.

Nada se sentó en la cama, las piernas no la sostenían. Fue ella quien le dijo que era ridículo volver atrás cada vez que escapaba.

¿Qué fue del niño al que tomó de la mano el día en que una granada le había arrebatado a la madre? ¿Qué fue del niño del árbol? Siempre se había preguntado cómo habían sido de niños los delincuentes, los pordioseros, los yonquis, cómo habían imaginado el futuro a ocho, diez años vista. Cómo habían sido sus madres de pequeñas. Quizá habían soñado con una hija, habían soñado con verla crecer, hasta el matrimonio, la graduación. Incluso Nada, incluso en el orfanato, tenía la esperanza de que de mayor le sucediera algo hermoso: una exposición de cuadros con su firma, o un libro de cuentos con su nombre en la portada: ilustraciones de Nada Drakulić. A aquel delincuente, aquel pordiosero, aquel yonqui, lo había

conocido de niño. Puede que se tratara de eso: él nunca esperó nada bueno para él, no soñó, ni tuvo expectativas, aparte de que su madre estuviera viva.

Y ella ¿a qué se dedicaba mientras Omar se estropeaba?

La puerta se abrió y el compañero se sorprendió al verla.

Danilo hizo las presentaciones y, sin preámbulos, le pidió si podía dormir en casa de su chica, para dejar una cama para Nada, que había perdido el último tren: él convencería al conserje para que hiciera la vista gorda. El compañero preparó la mochila y salió de nuevo, como si fuera lo más natural. A saber cuántas veces se había repetido aquella escena, déjame la habitación hasta medianoche, hasta la una, a saber con cuántas mujeres se había acostado Danilo allí dentro.

Le prestó una sudadera y un par de pantalones de chándal, le iban grandes, pero Nada se quitó la goma del pelo y los sujetó con un nudo en la cintura. Danilo no tenía otro cepillo ni le ofreció el suyo, Nada se untó el dentífrico con el índice. A ella le tocaba su cama, él cogería la del compañero, así no habría necesidad de cambiar las sábanas.

Sin ningún protocolo, Danilo se echó y apagó la lamparita. En la oscuridad Nada se sintió como solía cuando estaba con él: un despojo.

Permaneció inmóvil para no hacer ruido, casi temía respirar. Seguro que las monjas habían llamado a la policía, aunque ella no había planeado quedarse a dormir en Bolonia, dormir con Danilo. Aquello solo había pasado en el autocar de viaje a Italia, pero entonces ella no lo amaba. Ahora habría querido pasar la noche en vela para descifrar su sueño a la luz de una cerilla, penetrar en el misterio que él representaba. Danilo no paraba de dar vueltas, suspiraba, acomodaba la almohada.

En un momento dado su voz emergió de la oscuridad.

–¿Sabes lo que me pasa –Nada se sobresaltó– cuando voy a dormir?

–¿Qué?

–Huelo a cera.

Nada no preguntó.

–Era el olor de mi madre cuando murió, después de que la funeraria preparara el cadáver. Jagoda durmió con aquel olor, no sé cómo pudo. Yo tengo la impresión de sentirlo continuamente, y me enferma.

–Me sabe muy mal no haber podido saludar a tu hermana.

En la oscuridad las palabras prescindían de los cuerpos, se volvían inocentes.

–Fue ella quien la encontró. Yo estaba en la universidad. Llamó a los vecinos, gritando, los obligó a llamar a una ambulancia, aunque ya no había nada que hacer.

–¿Y ahora cómo está?

–No lo sé. Paradójicamente, parece menos inquieta que antes. Como si hubiera esperado esta tragedia desde siempre, y ahora que ha

sucedido su estado de ánimo se ajustara por fin a los hechos. Aunque no se hubiera imaginado un suicidio. O puede que sí, quién sabe. Era siempre tan aprensiva con ella. Era como si la controlara, como si temiera el estallido de un momento a otro y fuera responsabilidad suya desactivarlo. Lo comprendí más tarde, en retrospectiva. Creía que se sentía culpable porque no había conseguido salvarla.

–¿Y tú? ¿Te sientes culpable?

Nada se arrepintió de haberlo preguntado.

–Yo no me lo esperaba, un suicidio. Mi madre era la mujer que más quería en el mundo.

–¿Qué tiene que ver? ¿Y ahora que se ha matado ya no la quieres? ¿Quién se mata no merece ser querido?

Danilo no respondió en seguida.

–De pequeño no creía que mi madre existiera más allá de mí, de mi hermana. Pero tenía un trabajo que la mantenía mucho tiempo fuera de casa, y tenía amigos, y cantidad de intereses, era ambiciosa, tenía una existencia propia que me excluía. Yo, en cambio, creía que vivía por mí, que mientras yo viviera ella desearía vivir. Incluso cuando me metió en un autocar y decidió separarse de mí por mi bien, pues eso, sentía que debía tirar adelante por ella, que tenía que estar bien por ella, porque era el centro de su deseo de vivir: yo era su instinto de supervivencia. Qué megalómano, ¿no? –Se le escapó una carcajada gutural, casi un acceso de tos.

–Igual Jagoda está algo resentida con ella porque os ha abandonado, igual está indignada, por eso te parece menos inquieta.

–Igual Jagoda se ha liberado del amor de mi madre, por primera vez. Y el ansia de tener que sobrevivir, de tener que estar bien a la fuerza, se ha aplacado de golpe. Ya no tiene que protegerse por ella, ya no tiene esa responsabilidad, ahora podría hasta morirse, Jagoda, sin causarle dolor, porque ella no está, y así mi hermana ya no debe aferrarse a la vida con uñas y dientes, es como si hubiera perdido el miedo.

–Estás hablando de ti –dijo Nada–. Eres tú quien ha perdido el miedo.

Danilo tosió otra vez.

–Puede ser. También pienso que, si mi madre lo decidió, es que tenía razón, porque era una persona razonable.

En la oscuridad las palabras eran inocentes, pero no inofensivas.

–Ojalá pudiera decir algo parecido de la mía.

Danilo no respondió y Nada se reprochó haber interrumpido aquella confesión. No sabía recuperarla y temía que él estuviera cansado. Después de varios minutos en silencio, se volvió a oír la voz de Danilo.

–Es extraño pensar que el cuerpo que te ha puesto en el mundo ya no está, que el lugar del que has salido ha desaparecido, es como si el

mar se hubiera tragado la tierra donde naciste. Mi propia existencia me parece menos real, ahora que le falta el principio, yo me siento menos real.

–Si lo piensas, es un poco como ser prófugo.

–Bosnia todavía existe, mi madre no.

Nada se sintió mema por la comparación.

–Ahora entiendo lo que Omar sentía, ahora que hablo contigo. ¿Cómo pude comportarme como lo hice en aquel lago con los periodistas, te acuerdas?

Omar había estado en la cárcel y ella ni siquiera lo había sabido. ¿Por qué no se lo habían contado las monjas?

–El caso es que puedo aceptar a una madre muerta, pero no a una madre suicida. Una madre muerta antes o después le pasa a todo el mundo. Una madre suicida es una vergüenza. No lo sabe nadie aquí, que se mató. Me he inventado un accidente. Pero al mismo tiempo eso de tratar solo con personas que no la conocieron, que no saben nada de ella, me hace menos real.

–No estás obligado a decirlo si no quieres.

–Mi madre no está en ningún lugar del mundo, ¿lo entiendes? Ha desaparecido del mundo. No puedo decirle nada. No me oye. Es muy difícil de imaginar. No sé, si tengo que ubicarla en el espacio, pues pienso en el hoyo. Ahora está en un hoyo. Es inconcebible, mi madre encerrada con tierra encima.

También su madre, pensó Nada, había desaparecido. Ocupaba un lugar en el mundo, y sin embargo ella hacía tiempo que no podía decirle nada.

–La verdad, aunque sea horrible, pero la verdad es que es mejor para mí que Jagoda también se haya ido –decía agitado–. Prefiero estar solo en Italia, sin ataduras, sin el peso de una historia que me arrastre al fondo.

Nada reflexionó, dijo:

–También te pasa conmigo, ¿no? Yo también formo parte de una historia que te retiene mientras querrías correr.

Mudo, la oscuridad se solidificó hasta hacer el aire irrespirable. Nada se movió y las sábanas crujieron; bajó de la cama, se acercó a Danilo. Él le agarró la pantorrilla. Hundió los dedos en el músculo, como si deseara apretarlo desde hacía años, hacerle daño. Nada aguantó, no se quejó.

–Sí, contigo también es así –dijo él.

Nada apoyó una rodilla en la cama y Danilo le hizo sitio. Se estiraron juntos, los hombros se tocaban.

–Me marché hace ocho años y desde entonces siempre quise abandonarlos.

Nada le cogió la mano y estuvieron así con los dedos entrelazos

sobre el colchón.

–En el fondo –prosiguió Danilo–, mi madre ha hecho lo mismo: ha decidido por ella y ya está.

–Acabas de decir que la entiendes, que era una mujer razonable.

Danilo le aferró los dedos.

–El niño que la adoraba ha sido traicionado. Mi madre me ha traicionado.

Nada se llevó su mano a la barriga. El contacto le produjo un pálpito bajo el ombligo. Quién sabe si él también lo sentía. Danilo tiró de ella por un costado, la besó. Su aliento tenía un regusto amargo, y a Nada la consoló.

–¿Todavía estoy sucia? –le preguntó cuando se separaron.

–Sí –respondió–. Te has ensuciado toda. –Y la besó en el mentón.

Hicieron el amor como cuando te tiras al suelo para escapar de las bombas, como cuando robas comida en las tiendas devastadas, como cuando recoges el agua de lluvia en las charcas, como cuando haces la cola del pan a pesar de los proyectiles, como cuando corres entre un edificio y otro para que no te disparen, como cuando te duermes en un sótano hacinado, como se mama la leche materna, sin decidirlo, sin saber por qué. Hicieron el amor porque estaban vivos, porque habían nacido, y ya está.

Cuarta parte
2010-2011

47

El lavamanos está negro de hormigas, bajan por los extremos hacia el desagüe y se propagan por todas partes, recorren el borde de la taza medio llena de la noche anterior, un círculo oscuro mellado, flotan en el té cubriéndolo de una pátina grumosa. Omar abre el grifo para regarlas con agua, pero es inútil: cambian de dirección, no desisten, avanzan entre las salpicaduras. Parece hasta que nadan: él es el único que no sabe nadar. Por la ventana se filtra una luz estática, todo está inmóvil, salvo las hormigas. Omar se rasca los brazos, como si las tuviera encima.

Los barrotes proyectan una sombra en la pared por la que cruza la hilera negra, así hasta ellas parecen enjauladas. Luego superan el límite de la reja invadiendo la pared inundada de luz. Omar se siente atrapado. «Nos invaden las hormigas», dice, pero su compañero sigue roncando en la litera de arriba. Tras la sábana que colgaron para tener algo de intimidad, el váter se ve igualmente tiznado, las hormigas lo han colonizado.

Comprueba que las hormigas se han metido dentro del paquete de pasta en el estante y se han mimetizado con el café, algunas cargan a la espalda migas de galleta, ¿para llevarlas adónde?, se pregunta Omar, y se rasca la cabeza, la piel entre cuello y orejas. Arañarse lo alivia, pero cuanto más mira a las hormigas más le pica, mayor es la sensación de atropello.

Llama al guardia.

–Necesito insecticida.

Nadie responde. Así son los guardias. Te ignoran, aunque no estén ocupados en nada, solo para recordarte quién detenta el poder. Omar golpea una cucharita contra los barrotes, el tintineo despierta al compañero.

–¿Qué coño haces?

–Hay hormigas.

–¿Y?

–Están a punto de llegar a tu cama.

Omar se rasca las muñecas, la barriga, se le inflaman estrías rojizas en la carne. Quita las sábanas del colchón, las dobla en dos sobre el camastro, las hormigas marchan ordenadas bajo la cama, ¿adónde

van?, ¿dónde está la salida?

Abre el armario y saca los suéteres, los pantalones, los deja caer en el somier, busca hormigas en los anaqueles, se frota el codo contra la puerta para rascarse, le pican los muslos, los talones, se los rasca con la punta de los dedos gordos, se muerde las manos.

–Vale ya –dice el compañero bajando.

–Están por todas partes –resopla Omar.

–Mira qué desastre.

La celda está patas arriba como hace unas semanas, después del registro. Qué buscáis, había preguntado Omar, por qué.

–¡Necesito insecticida! ¿Me oís?

Se elevan quejas desde las otras celdas: ¿ya estás delirando otra vez, Sarajevo?

–Fúmate un pitillo y relájate –dice el compañero.

–No, tengo que limpiar.

Omar cree que lo conseguirá, cuando salga de la cárcel, que se portará bien. Pero sin saber muy bien cómo, siempre se ve de nuevo en San Vittore, a veces después de un par de años de libertad. Las primeras noches en la celda son las más duras, el cerebro espasmódico en la caja craneal, una punzada persistente en la cabeza, desde el centro hasta las órbitas de los ojos, le duelen todos los músculos. Se seca la boca y tiembla con un sudor sucio, tórrido, luego gélido, luego tórrido. Tiembla en el suelo a la espera de que se le pase el ataque, de que el organismo deje de implorar droga, y con un paño bañado en detergente restriega el váter, las baldosas, se levanta y, con las escasas fuerzas de que dispone, pule de cal el grifo. Ver desaparecer la porquería lo anima: su cuerpo también se irá puliendo poco a poco, y él dejará de temblar.

Coge un paquete de café cerrado y lo golpea como un martillo contra el suelo, esperando matar a las hormigas en procesión junto al zócalo.

–¡Vale ya de escándalo!

Ayer supo por fin el motivo del registro. Fue culpa del marroquí muerto la misma noche en que entró en la cárcel. Los guardias creyeron que era un ataque epiléptico. Lo habían metido dentro porque lo habían pillado con quince gramos de cocaína encima. Siete horas después empezó a sentirse mal. La intervención del médico fue inútil. La autopsia encontró el resto de la cocaína en el estómago.

Cuando se lo dijeron, Omar vomitó. De noche no paró de despertarse porque la falta de oxígeno le oprimía el corazón. Por la mañana se quedó en la cama incluso después de que abrieran las puertas blindadas. El marroquí murió de sobredosis, luego llegaron las hormigas.

Han invadido los tiradores de acero, infestado la vajilla, no basta

con agua para erradicarlas. Omar deja el paquete de café, trata de matarlas con los puños, pero escapan. Las sigue con los dedos, les clava las uñas segándolas por la mitad, se huele las manos y el olor le repugna.

–Nunca podremos echarlas de aquí –se exclama Omar–. Necesito insecticida.

–Ya vale de jugar a la ama de casa agobiada –dice el guardia–: Tienes visita.

Sen vino el mes pasado y no creía que iba a volver tan pronto. Sen ha necesitado tiempo para habituarse a un hermano delincuente, que entra y sale de la cárcel. Estuvo años sin querer verlo. Luego sor Tormento lo convenció, antes de dejar el San Lorenzo. La monja se retiró a la montaña, en el pueblito donde solía acompañar a los huérfanos en las vacaciones de Navidad. Quién sabe si las monjas recibían una pensión del Estado. Según dice sor Tormento te debo perdonar, le dijo Sen, y lo tengo que hacer por mí, no solo por ti. A mí me la sudan el Paraíso y todas esas gilipolleces, pero no quiero sentirme culpable porque he sido más fuerte que tú. Quizá más egoísta que tú. Quizá menos sensible. Quizá solo más listo. Quizá menos perezoso, no lo sé. No tiene ningún mérito ser más fuerte, por eso vengo aquí.

Desde que volvieron a encerrar a Omar, lo visita cada dos meses aproximadamente. En la última le trajo una toalla con las iniciales bordadas. ¿Qué es? Un regalo de mamá. Omar se sobresaltó. De Mari, quiero decir un regalo de Mari. Omar observó las letras bordadas en una esquina y se acordó de la etiqueta roja con el número que las monjas cosieron en su indumentaria en el verano del 92, dieciocho años atrás. Mari todavía pensaba en él, aunque no iba a verlo. Quizá Matte se lo había prohibido, y ella tenía miedo de defraudarlo: sin el marido se habría sentido perdida. En el fondo, toda relación es una forma de prostitución, todos dependemos de alguien, nos obligamos a reprimir alguna necesidad porque acucian otras necesidades.

Le bordó una tolla con las iniciales, como suele hacerse con los niños que van al parvulario, no con un hijo falso que se ha hecho hombre lejos de ti. Un detenido.

El agente abre la reja, Omar lo sigue.

–Sí, pero luego me das el desinfectante.

–Vale, tranquilo, luego ya harás de mujercita ejemplar.

Cuando entran en la sala de visitas, Omar se bloquea.

–No es mi hermano –dice mirando la espalda de la persona sentada en la mesa, esperándolo. Como si al agente le importara–. ¿Quién es?

–El abogado –responde aquel cerrando la puerta.

La cerradura se activa y el hombre se vuelve.

48

Tiene los mismos ojos que tenía de niño, pero un aspecto algo más tosco. Aunque Danilo preferiría no haberlo pensado.

–Hola –lo saluda dándole la mano.

Omar corresponde sin mucha energía, mira en derredor descolocado. Luego parece como si quisiera ubicarlo. Danilo entrelaza los dedos.

–¿Cómo estás? –dice, y en seguida se da cuenta de que no es la mejor pregunta para alguien a quien conociste de niño y que vuelves a ver, muchos años después, en el locutorio de la cárcel.

Omar siente que los brazos de Danilo invaden su espacio, apoyados en la mesa a pocos centímetros de su tórax, igual que las hormigas han tomado su celda. Pega los tobillos a las patas de la silla hasta que siente el dolor del hierro contra la tibia. Escruta aquellas manos tan cercanas, y le tiembla un párpado. Danilo lleva una alianza. Omar piensa en Nada, y recuerda la vena en forma de y griega en la frente, sus largos cabellos rubios y oye su voz chirriante. Aprieta más fuerte la tibia contra el hierro. Quema.

–Perdóname si me presento de este modo, quería escribirte antes, pero pensé que no había tiempo. Tengo que decirte algo muy importante –dice serio, preocupado. Así le parece a Omar–. Espero que no te altere.

Danilo le toca, el metal frío de la alianza en su muñeca. Omar salta.

–¿Le ha pasado algo? –le pregunta indicando el anillo con los ojos.

Danilo frunce el ceño.

–¿Le ha pasado algo a Nada?

La tibia escuece.

Danilo acaricia la alianza. No ha mantenido ninguna de las promesas que le hizo a Nada.

Diez años atrás, en otoño, se dejó consolar por la muerte de su madre. Nada acudía a verlo cada fin de semana a Bolonia. Fue necesaria la intervención de Lidia, pero al final sor Enana se rindió. Cualquier castigo impuesto a aquella chica se había revelado inútil. Lo había probado todo, el Señor era testigo, ya basta, que Drakulić respondiera solo ante su propia consciencia: ya era una mujer y ella

no iba a poder orientarla siempre.

Alguna vez era Danilo quien iba a Rímini. Dormía en casa de Lidia, que entre tanto se había casado y ya no podía vivir en Gli Aquiloni. Era maestra suplente en la escuela primaria.

En el primer mes de diciembre Nada le regaló a Danilo un calendario del Adviento hecho por ella con cartón. Tras cada ventanita había pistas para una búsqueda del tesoro, que se escondía en la habitación de la residencia, o bien en la sala de lectura, en la cocina compartida, o en la lavandería: Nada había aprendido a conocer aquel lugar. Le hacía la colada cuando se quedaba el fin de semana, le hacía la compra y disponía las cosas en su estante de la alacena, lo acompañaba a la biblioteca y se sentaba a su lado. A Danilo le irritaban sus libros de secundaria, que fuera repetidora del bachillerato artístico, sus vaqueros deshilachados bajo las nalgas, ¿las monjas te dejan vestir así?, sus zapatillas de deporte falsificadas, su chaqueta de borrego usada de mercadillo, huele mal, decía, y ella lo besaba. Le irritaba su corte de pelo informe y su cara sin maquillar frente a los compañeros de curso con las camisas blancas metidas en los pantalones bien planchados y el código penal bajo el brazo. Le irritaba que no viviera por su cuenta, que tuviera que pedir permiso a cada paso a las monjas, que no tuviera móvil.

Sin embargo, cuando lograba hallar el tesoro y descubría, envuelto en celofán y metido en el paragüero de la entrada, o bien bajo una butaca en la sala de la televisión, un folio enrollado de papel de arroz donde había transcrito un poema de Cortázar («Yo te pido la cruel ceremonia del tajo, / lo que nadie te pide: las espinas / hasta el hueso») o el disco *Kid A* –comprado con el dinero de los dibujos que a veces vendía en los puestos de beneficencia– o un corazón hecho con masa brisa para él en la cocina del San Lorenzo, luego envuelto en un trapo para llevárselo en el tren, o un retrato a lápiz, que sustituía finalmente al que había enviado al concurso en el año 95, Danilo se sentía invadido por una calidez, por un tal instinto protector que le parecía imposible vivir sin ella. Nada era la fragancia entre sus pechos, acurrucarse desnudos bajo el edredón mientras afuera caía la nieve, pasear en ciclomotor de noche por la ciudad desierta engalanada de luces, el frío en la cara, el calor de su cuerpo en la espalda, era cantarle una canción sentado en calzoncillos sobre el bidé mientras ella hacía pipí, era tirarle de los pelos mientras la penetraba por detrás, las ganas permanentes de verla sucumbir, cabriolear.

Para Fin de Año fueron a Sarajevo, no porque ella lo deseara, sino porque a él le parecía conveniente, más bien inevitable, que ella volviera a ver la ciudad donde había nacido. Durmieron en casa del padre, a menudo salían con Jagoda. Nada no dijo vamos a buscar a mi madre, y Danilo tampoco lo propuso. No le apetecían los arrebatos

emotivos, solo quería estar en la ciudad que los había expulsado con la serenidad de quien ya puede escoger dónde vivir.

La noche de San Silvestre paseaban junto al Miljacka a pocos minutos de que tocara la medianoche. En un momento dado Danilo dijo quedémonos aquí, para respetar la tradición de permanecer en un puente y mirar el cielo al brindar cuando llegara el año nuevo. Ella dijo no, aquí no. Era el puente Vrbanja, donde mataron a una pareja de enamorados mientras trataba de huir de la ciudad asediada en el 93: lo llamaban el puente de Romeo y Julieta, porque él era serbio y ella musulmana. Vamos hasta el siguiente, dijo Nada. Danilo caminó supervisando el reloj y cuando le pareció que la cuenta atrás estaba a punto de terminar se puso a correr, date prisa. Corrieron sobre el hielo, junto al río, el aire frío perforaba la tráquea. A unos pocos segundos del puente sucesivo estalló el primer cohete y la gente asomada al pretil levantó las botellas, abrazándose. Llegaron al puente justo cuando el clímax pirotécnico empezaba a decaer, se besaron a deshora, Nada sonreía, Danilo trataba de disimular la irritación. Aquel retraso, que el año 2001 les pillara jadeando, a un paso de la meta, pero demasiado lentos para alcanzarla, aquel fracaso con que se estrenaba el año nuevo lo puso de malhumor. Era una señal, un mal presagio. Y era culpa de ella. No le dijo nada, le daba pena.

A finales de enero se fue a Viena con la beca Erasmus y a la primera borrachera la engañó. Le metió la lengua en la boca a una sueca con la cabeza rapada y los pezones erectos bajo la camiseta que olía a marihuana, en un local de Gürtel. No se lo dijo a Nada, ni en aquella ocasión ni en las siguientes: estaba convencido de que se comportaba de la única manera posible, y no solo porque la suerte estaba en deuda con él y merecía una compensación, una vida liviana, sino porque era joven e incluso quienes no habían perdido a su madre se comportaban así. Ella no lo habría entendido, era demasiado ingenua o simplemente sabía poco de la vida. Por eso un día Danilo hasta dejó de responderle al teléfono. Nada lo llamó, le mandó mensajes, correos, cartas, contactó con la recepción del Studentenheim, pero él la ignoró. No le parecía cruel, sino necesario. Temía que un día iba a aparecer en el umbral, como en Bolonia, aunque no tenía dinero para ir. Si lo hubiera hecho, quizá él la habría deseado otra vez, más que nunca. Un gesto de fuerza, una imposición. Pero Nada no fue, y después de un par de semanas dejó de llamar. Se resignó. Dio un paso atrás. Estaba en su carácter, quedarse atrás. Danilo no soportaba compadecerla.

Desde entonces ya no supo más de ella. A la vuelta, Lidia lo insultó y, cuando él pidió noticias de Nada, se negó a dárselas.

No pensaba mucho en ella, ni siquiera la había nombrado jamás ante su mujer.

–Habla, por favor –le suplica Omar–. ¿Le ha pasado algo?
Danilo sacude la cabeza. Respira profundamente.
–He encontrado a tu madre –dice por fin.

49

Nada aumenta el contraste de la imagen y la introduce en el documento, emplazándola en el marco. Está sola en el estudio, el jefe se ha ido y ella casi ha terminado, pero faltan cincuenta minutos para terminar el horario de trabajo.

Saca del cajón del escritorio un bloc de dibujo A5. Hace meses que en sus hojas dibuja las historias de Nino. Nino es un niño con las pestañas largas cuyo amigo es un escarabajo con complejo de inferioridad. No gusto, dice Escarabajo. A mí sí, dice Nino. No sé hacer nada, insiste Escarabajo. Sabes volar, dice Nino. Sí, pero nadie se acuerda. Escarabajo está abatido. Se ha entrenado tanto para volar que ahora hasta compite con las golondrinas, gana quien toca primero el tronco del abedul gritando casa, a veces es él. Si ya te temen hasta las palomas, dice Nino. Luego le salta sobre el lomo y entona: ¡uno, dos, tres, ya! Juntos planean sobre la ciudad, desde arriba todo parece minúsculo e incluso Escarabajo se siente ligero.

Aunque solo tenga nueve años, Nino resuelve cantidad de problemas. Por ejemplo, cuando la Señora de la lluvia pilló un catarro –normal, con toda esa humedad–, subió hasta las nubes montado sobre Escarabajo para arrojar desde allá arriba un sinnúmero de cubos. De entrada, fue divertido, cada vez que salpicaban a un transeúnte se partían de la risa, él y Escarabajo se retaban a ver quién salpicaba más. Pero luego, pasada una hora, le dolía el brazo: Nino se fue a descansar. Tendido bocabajo sobre el manto mullido de una nube, se dio cuenta de que las calles estaban cubiertas de globos rotos, había que bajar a limpiar. Se despidió de la Señora de la lluvia, que estaba haciendo vahos, y a lomos de Escarabajo volvió a la Tierra en picado, mientras la fricción contra el aire le enderezaba los pelos.

Cuando suena un mensaje Nada deja el lápiz y supervisa el teléfono. La enésima urgencia decidida por el jefe. Suspira. Está harta de compaginar folletos de ferreterías y supermercados, desplegables y catálogos para pequeños negocios del barrio, ella quiere dibujar historias, inventarlas. Responde OK, luego abre otro mensaje.

Una noche, volviendo a casa en el tranvía atestado, viajaba de pie aplastada contra la cabina de cristal del conductor y este le entró. Charlaron hasta que se bajó. Se volvieron a ver, por casualidad, a la

semana siguiente en la misma línea, y él le pidió el número de teléfono. Al principio la cortejaba sin tregua, incluso con descaro. Nada se sentía halagada y asqueada al mismo tiempo, no respondía nunca de modo explícito, pero cuidaba de alimentar sus ganas, por miedo a que se disiparan, ya que le hacía compañía. A la tercera negativa para cenar con él, los mensajes del conductor empezaron a espaciarse. Ahora es ella quien tiene que perseguirlo, y no porque anhele una relación, sino porque aquellos mensajes, aunque algo obscenos, eran como una ventana. Se ve a sí misma como un pajarito encerrado en una caja de zapatos agujerada: no importa que esté herido y esta sea la única manera de salvarlo, no importa que lo hayan enjaulado por piedad, el pajarito está atrapado. Los mensajes del conductor eran ridículos, pero abrían en la caja una hendidura que le permitía respirar. Mira un buen rato la pantalla del móvil para decidir qué escribir, luego lo deja. Quizá lo encuentre a la vuelta de camino a casa, en persona será más sencillo.

El agravio del otoño es la ausencia súbita de luz: una noche, el telediario dice que hay que avanzar las agujas del reloj y la tarde del día siguiente dura la mitad, a las seis es de noche, pero nadie tiene sueño. Nada espera el tranvía bajo la oscuridad de la marquesina subiéndose la cremallera del plumón hasta el cuello. Antes de subir ya se da cuenta de que no conduce él. Coge el móvil: «estoy en el tranvía y (me) faltas tú». Él no responde, ella se maldice por haberlo enviado. Liga como una niña de secundaria, nunca aprendió. Ni siquiera Escarabajo sabe cortejar a las chicas. Nino la consuela desde un folio A5 apretujado en el bolsillo. Y tú, que sabes hacer de todo, ¿tienes una solución?, le pregunta ella, sirviéndose de la telepatía para que los otros pasajeros no la oigan. Podríais ser novios, propone Nino. Creía merecer algo mejor, dice ella. Es majo y hasta sabe volar: ¿sabes volar, tú? No, yo estoy encerrada en una caja de zapatos, dice Nada. Arruga la hoja en el bolsillo hasta que cruje y Nino enmudece.

Tras bajar del tranvía, pasa por el supermercado y con las bolsas de la compra sube y se para frente a la puerta de la vecina de enfrente.

–Buenas noches –saluda Dora, al abrir–. Vamos, ven.

–No, es tarde.

–Venga, estábamos tomando el té.

Se adentra por el pasillo en penumbra. Nada observa sus pantorrillas sin varices a pesar de la edad, las pantuflas de terciopelo beis. Cuando la conoció, Dora acababa de enviudar. Bajita, con el pelo plateado asomando del gorrito de lana verde bosque y las gafas triangulares, le pareció una criatura que habría podido dibujar ella.

–Té sin galletas, espero: ya casi es hora de cenar.

–Qué aguafiestas. –Dora agita una mano antes de entrar en la cocina.

Nada la alcanza y bajo la luz amarillenta de la lámpara lo ve, inclinado sobre la libreta, haciendo divisiones.

–¿Todavía no has acabado los deberes?

Él levanta la cabeza. Tiene migas de galleta en las comisuras de la boca y las manos rayadas de bolígrafo rojo. Sonríe, diablillo.

–Hola, mamá.

Una sonrisa a la que no puede resistirse.

El día en que lo alumbró se derrumbaron las Torres Gemelas. Mientras un Boeing 767 se estrellaba contra un rascacielos y lo incendiaba, con pocos segundos de diferencia del impacto, un niño de tres kilos ochocientos gramos se separaba de su cuerpo para no volver a entrar nunca más. En todo el mundo la gente se estremecía ante las pantallas, aterrada ante la idea de una nueva guerra, y Nada se daba cuenta de que era irreversible, aquel desgarro. El niño había estado dentro de ella, una parte de su cuerpo, había sido ella, y ahora estaba fuera, era otro, ella se había escindido, nunca más recobraría esa integridad.

Cuando supo del embarazo se confió con Lidia. A veces piensa que, si de verdad hubiera querido, ni que fuera por un segundo, abortar, lo habría hecho. Era capaz de hacer las cosas sola. Implicar a Lidia significaba excluir aquella posibilidad, porque ella se lo habría impedido a toda costa. La educadora habló con las hermanas. Un domingo se vino aposta a Monza. Sor Enana ni siquiera se indignó: había entendido ya de entrada que aquella chica era su propia penitencia. Luego, durante semanas, Nada se comportó de manera peculiar, se saltaba las comidas, comía a las horas más disparatadas, no dejaba de dibujar las propias manos, a lápiz, a carboncillo, a tinta, con el boli Bic, como si aquella repetición fuera una especie de estudio, de meditación o de plegaria, que habría permitido desvelar quién sabe qué misterio. Pero el misterio no se desvelaba y Nada rellenaba láminas de dibujo o de papel de cocina, servilletas y trozos de papel higiénico, y los dejaba en la mesa del comedor o en la cama o en el baño, como si los olvidara en el mismo momento de terminarlos, como si los perdiera del mismo modo en que se pierden los cabellos, las monedas del bolsillo. Pruebas desperdigadas por todo el instituto. Así, según Lidia, los había interpretado la monja.

Sor Enana la acompañaba regularmente al ginecólogo y gracias a la beneficencia consiguió un cochecito y una cuna de segunda mano. Al principio preguntó por el padre, pero desistió frente a la obstinación, y se preocupó de que Nada terminara la escuela: en junio le tocaba la selectividad del bachillerato artístico. Durante años se había esforzado

por encontrar el apoyo de algunas familias dispuestas a pagarle la Academia de Bellas Artes en Milán, pero ahora aquel proyecto se esfumaba. Se resignó al hecho de que la chica viviría en el San Lorenzo junto al resto de las madres solteras, mientras lo necesitara.

El día del examen oral, sentada ante el tribunal, Nada se iba acariciando la barriga para serenarse. El embarazo la había popularizado entre los compañeros y suscitó reacciones diversas en el tribunal de examen: algunos miembros se mostraron magnánimos, otros se sintieron perturbados por la falta de disciplina que revelaba su condición. A ella se le antojaba irrelevante cualquier pregunta, frente al acontecimiento que crecía en su seno. Le hubiera gustado decir que toda la cháchara del profesor de Historia sobre el crecimiento demográfico en Italia la indignaba: ¿hay alguien que decida tener un hijo a fin y efecto de aumentar la población de un país? Y además este no es mi país. Le habría gustado decir que le parecía absurdo decidir tener un hijo visto que un hijo podía desaparecer de un momento a otro. La muerte tendría que ser disuasoria de cara al nacimiento, la asombraba que no lo fuera. ¿Cómo es que la gente proyectaba traer al mundo seres mortales? ¿Cómo conseguía superar la paradoja de desear una vida que activa la cuenta atrás de la muerte? A Nada le parecía que los hijos solo podían sobrevenir por error, como a ella, como ella: un accidente, el efecto colateral de una necesidad fisiológica. Los que los buscaban a conciencia le parecían unos locos. Pero no lo dijo, ante el tribunal de examen, y dos meses después dio a luz.

Sola, sin nadie que la apoyara, aparte de la comadrona.

Tan pronto como rompió aguas fue sor Enana quien la acompañó. Pero en el hospital Nada no le dijo por favor quédese conmigo, y la monja no osó entrar no habiéndoselo pedido. Nada pensó que asistir al parto habría procurado a Enana una gran nostalgia por todo aquello a lo que había renunciado. No tanto el hecho de criar hijos, sino la posibilidad de utilizar el propio cuerpo como vehículo entre algo que durante largo tiempo no es más que imaginación, sueño, terror, una filmación granulada en blanco y negro que aparece en el monitor de un ambulatorio, algo de lo que dudar, como un alunizaje... la posibilidad de utilizar el propio cuerpo como vehículo entre lo invisible y lo visible, entre la mente de Dios y la vida en carne y hueso.

Cuando el lapso entre una contracción y otra se redujo y el dolor aumentó hasta hacerla gritar, Nada visualizó los andares trastabillantes de su madre en tacones. Había sufrido el mismo dolor, para alumbrarla, y también ella lo había sufrido sola.

Detestaba que le tocara el mismo destino, como si estuviera inscrito en el ADN, una tara genética. La soledad. Los hijos concebidos por

error, los hijos como un error que no puede borrarse. Todos quieren ser perdonados. No quería parecerse a ella. Todos. ¿Quieres ser como ella? Una chica abierta de piernas exprimiéndose en una cama de hospital, sin un compañero, sin una madre que le coja la mano, que le seque el sudor, una mujer obligada a expiar, una mujer sin perdón, ¿quieres ser como ella? No me necesita. Los niños solo saben lloriquear, lloriquean y chillan todo el día. El dolor es una ola, una oleada imponente, me sumergirá. Sor Enana, ¿por qué dejaste que me fuera a bañar? ¿Por qué me dejaste sola? Chitón, he dicho, solo lloriquear sabéis. Todos, Ivo, todos: quieren el perdón. La ola rompe en la orilla, la resaca me permite respirar. Respira, respira. Llamad a mi hermano. ¿Se lo habéis dicho*, brate moj*, que será abuela? No me necesita. También ella estaba sola. Un dolor atroz. Como el mío. Para echarme al mundo. Para liberarse. Nueve meses absorbiendo su sangre. Me ha hecho espacio, me ha custodiado. Ha sido mi casa. Le quité la respiración, el sueño, el apetito, o la saciedad. Yo dormía en la beatitud de su seno y luego me expulsó, el oxígeno me quemó los pulmones, fue el aire lo que selló el desgarro, el impacto del dolor como acceso a la vida. ¿Por qué, Dios, has querido que fuera así? Estaba dentro de ella, luego me abandonó.

También eso es un derecho.

Nada expulsó al niño con rabia, casi para separarlo de sí misma, para no contaminarlo, no transmitirle su suerte. Los labios hinchados, las mejillas ardientes. El sudor le había abrasado la piel en torno a los ojos. Qué ternura inédita por aquella chiquilla que la alumbró y la llamó incluso Esperanza.

Cuando le pusieron encima al pequeño todavía sucio, viscoso, oliendo a sus propias entrañas, cuando lo sintió retorcerse por la desesperación sobre sus pechos, y gritar, llorar porque estaba vivo, Nada supo –y era un espanto, una dulzura infinita–, supo que le necesitaba, que lo iba a necesitar siempre.

Nino lloraba con la boca bien abierta y las encías desdentadas, y era aquella desnudez de las encías lo que devastaba a Nada. Se preguntó si conseguiría mantenerlo con vida. Se agarrotó por el pánico cuando se lo llevaron para lavarlo. Luego la comadrona lo dispuso de nuevo a su lado. El crío metió la cabecita húmeda bajo su axila y una vez allí, escondido en parte por su carne, dejó de llorar. Nada se hizo madre entonces, ella que nunca había sido hija.

Ivo, que se había precipitado desde el Véneto, se emocionó con el sobrino. No había comprado un ramo de flores, no sabía nada del modo en que se celebra un nacimiento, compró una barrita de cereales en el distribuidor automático. No tengo hambre, se excusó Nada. Tocaba comprar cerezas, dijo Ivo, pero no es temporada.

Sor Enana había pasado todo el tiempo rezando en la capilla.

Sosteniendo en brazos a Nino con una desenvoltura, una naturalidad a la que Nada, en el San Lorenzo, no había prestado atención, se hizo prometer un bautismo. El día de la ceremonia le regaló al niño una cruz de oro, que no era de segunda mano.

Nada no quería que su hijo creciera en un instituto, como ella. Y buscó trabajo en Milán. Tan pronto como un pequeño estudio de grafismo, milagrosamente, la llamó, se marchó, por más que las monjas intentaron disuadirla. Aún tenía guardadas las quinientas mil liras que ganó en el concurso de dibujo en una cartilla postal abierta a su nombre por sor Directora. El resto, se lo prestó Lidia para pagar la fianza y el primer mes de alquiler de un estudio en las afueras de la ciudad. Cuando trató de devolverle el importe, Lidia dijo: es mi regalo para tu hijo.

En los primeros meses, los primeros años, Nada estaba tan obsesionada por Nino que pensaba que ya nunca más podría tener relaciones con nadie, ahora que él había nacido. No era cuestión de oportunidades, o de libido, era que abandonarse al sexo, aquel olvido de sí y del mundo, aquella suspensión de la conciencia, le resultaban amenazadores: ¿qué le puede suceder a tu hijo mientras tú gozas sin pensar en él, mientras estás en otra parte, donde no está él?

Por suerte, con el tiempo, la obsesión se atenuó. Tuvo alguna historia normalita, algún coito sin más, nada que la separara de aquel amor sin salida. También el niño la amaba de manera salvaje, y eso la anonadaba. No se habían escogido, habían sido condenados el uno al otro.

Aquel sentimiento que lo ataba a ella no era mérito de Nada, por eso advertía toda su responsabilidad.

–¿Entonces Nino se llevó a Escarabajo a los autos de choque?

Duermen en el sofá cama que ella hace cada mañana. Hacia las nueve y media, diez como mucho, Nada le arropa con las mantas, deja encendida la lámpara y se pone a planchar una horita, o mira la tele a un volumen tan bajo que casi tiene que adivinar las escenas como en una película muda sin acotaciones. Dora va a buscar a Nino a la escuela por la tarde y lo ayuda a hacer los deberes, con la misma dedicación que una abuela. A menudo prepara un estofado o sopa de garbanzos y lo guarda en un táper: toma, le dice a Nada, basta con que lo calientes. Por suerte ha contado con ella desde el principio; sin Dora, no habría tirado adelante.

–Sí, Escarabajo se puso los patines y se mimetizó entre los coches.

–¿Y le han chocado mucho?

–Muchísimo. Está lleno de chichones.

Su hijo se ríe.

–Y ahora a dormir.

–¿Mañana me cuentas otra historia?

Se vuelve de costado y hunde la mejilla en la almohada.

–Claro.

–¿Y también me llevarás a los autos de choque?

–Ya veremos, igual cuando venga tío Ivo a vernos.

–¿Cuándo viene?

–Ahora está trabajando.

–Cuando publiques el libro vendrá. Y yo me haré famoso.

–Bueno, en todo caso me haré famosa yo. –Nada le pellizca la nariz entre los dedos índice y corazón–. ¿Tú qué pintas?

–El protagonista se llama como yo.

–Tienes razón. –Se levanta para ir al baño a desmaquillarse–. Seremos famosos los dos.

–Y Escarabajo.

–Vale, los tres.

El niño se ríe otra vez, Nada le da un beso de buenas noches en la frente.

En primero de primaria, tan pronto como llegaba la hora de acostarse, Nino solía tener dolor de estómago. La idea de que al día siguiente tendría que ir a la escuela lo angustiaba. En clase, lloraba a menudo, a veces hasta el punto de que el bedel la llamaba, venga a buscarlo, no se sosiega, y ella tenía que salir del trabajo sin preaviso. La pena de su hijo agostaba los campos, desecaba los ríos, deforestaba los bosques, mataba al ganado de hambre, trastocaba las fases lunares, ralentizaba la rotación de la Tierra en torno al Sol. Eclipsaba al Sol. Nada estaba hecha polvo, no sabía qué hacer. Habían estado demasiado juntos, ¿era aquel el error?

Una noche, frente a su llanto anticipado, tuvo una idea. Cogió de la nevera los quesitos Bel Paese que tanto le gustaban y los sacó de la cajita de plástico transparente. Una vez vacía, la acercó a la mejilla de Nino y dijo: puedes guardar las lágrimas aquí. El chaval se sorprendió, la lágrima cayó sin ruido y, por la curiosidad, dejó de llorar casi en seguida. Mm, dijo Nada sacudiendo la cajita como si fuera de caramelos. Qué pocas lágrimas, con eso no hacemos nada: quiere decir que el dolor es pequeño, menos mal.

También la noche sucesiva Nino lloró en la cajita, Nada pasó el dedo por el plástico y lo lamió. Mm, qué bueno, prueba. Nino metió el dedo y lo chupó. Sabrosas, ¿eh?, dijo Nada. Nino asintió, con las mejillas rosadas, la sonrisa esbozada de quien no quiere ceder del todo. Bueno, así que este dolor no es tan malo.

Y así funcionó durante una semana, luego una noche Nino se olvidó de llorar, pero antes de cerrar los ojos pidió la cajita. Nada se la llevó,

estaba seca. ¿Dónde están las lágrimas de ayer?, dijo el niño. El dolor se ha evaporado, respondió Nada, ya no está.

Su hijo aprendió a llevar la cajita siempre en el bolsillo, era su amuleto.

–En el tebeo Nino puede hacer lo que quiere porque no estás tú gritándole.

–Pues claro, no soy su madre.

–¿Y quién es?

–No sé. Nadie.

–Imposible. Tiene que tener una madre por fuerza.

Sentada en el váter, Nada supervisa otra vez el móvil. El conductor no ha respondido. Ella entonces escribe: «También te echo en falta ahora que bajo del tranvía». No es verdad, pero le parece el único modo de reanudar el contacto. No soporta la manía de sentirse cortejada que la asalta a veces, aquella necesidad de atenciones por parte de quien sea. Se ha convertido justamente en las compañeras de escuela a las que denostaba. Quién sabe si el conductor ya se dio cuenta del dedo que le falta. A Nino le gusta aproximar la boca y soplar en el hueco, como el viento en la tronera de un castillo.

Justo después del envío, el móvil suena. Nada se sube las bragas y se mira en el espejo antes de responder, como si pudieran verla. A saber por qué la llama desde un número privado.

–¿Eres tú? –pregunta, maliciosa.

Tras un instante de vacilación, una voz dice:

–Soy Danilo.

50

Danilo no pensaba que reaccionaría de ese modo.

Cuando le dijo que su madre estaba viva, Omar fijó en él su mirada, mudo, como si no lo hubiera entendido. Luego se puso a temblar, a decir lo sabía, lo sabía, y sonreía, con la frente surcada de arrugas. Danilo le estrechó las manos y esta vez Omar no lo rehuyó. Aferrándole las muñecas repetía gracias. Temblaba tanto que Danilo le dijo: Te tengo.

Le contó las pesquisas que duraron años, desde que Azra había muerto y él había guardado sus legajos como legado. Después de la graduación en Derecho había ido a Bosnia varias veces a fin de que el *Oslobođenje* publicara una serie de artículos sobre los niños del orfanato entregados en tutela o adopción en Italia y que jamás fueron devueltos a los padres biológicos o a otros familiares. El caso se debatió incluso en la televisión nacional. Las madres y los padres que habían perdido cualquier rastro de los hijos desde el comienzo de la guerra acusaban a Bosnia-Herzegovina de no haber reclamado la devolución de todos los niños de Sarajevo. Algunas comisiones rogatorias no llegaron jamás, probablemente por problemas en la transcripción de los nombres o de las direcciones, aunque visto que el consulado no había podido aportar el historial familiar de cada niño ni garantizarles un futuro que no fuera el orfanato, el tribunal de Menores de Milán, por motivos de protección, decidió retenerlos y poner en marcha las adopciones.

–Hablas como un abogado –dijo Omar, soltando las manos de Danilo, que trató de reír–. Mi madre nunca dio el permiso.

–Lo sé –respondió–, pero vosotros erais menores en territorio italiano, que por ley tenía que protegeros, y justo después de la guerra las instituciones bosnias eran muy débiles.

–Por eso no debían hacerlo. –Omar levantó la voz, el celador lo advirtió–. Se aprovecharon porque los otros no estaban en condiciones. Es más, te lo digo yo, esos nos querían vender ya de entrada y por eso nos trajeron aquí.

Danilo prefirió no insistir, no quería despecharlo, causarle problemas con los agentes, menos ahora que había dejado de temblar. Solo le contó que una mujer de la asociación Víctimas de Sarajevo,

mirando un reportaje televisivo, reconoció en la historia de Omar y Sen a los hijos de la vecina. Omar rió de nuevo, pero con la vista baja, permitiéndose abarcar solo parte del campo visual, como protegiendo una felicidad que, si hubiera levantado la cabeza, quizá se habría disipado. Compartirla era un riesgo, una forma de arrogancia. Danilo le dijo que había ido a Sarajevo para ver a su madre y que había hecho un vídeo para él.

Fue el guardia quien introdujo el CD en el ordenador del director. Omar nunca había estado en su despacho y nunca se habría imaginado que, después de hablar con Danilo y con su abogado, el director le permitiera entrar, en su ausencia, con dos celadores, y acomodarse en su butaca con brazos, bajo las banderas de Italia y de Europa, frente al escritorio en forma de L, con montones de carpetas repartidas en pilas a un lado y el monitor y la impresora en otro. Ni una hormiga extraviada. También las habían exterminado en su celda. Aquella mañana había aparecido una sola, atónita, sobre el estante del café, pero Omar la había indultado. También él se sentía indultado por el destino, que había salvado a su madre, y por el director, que le permitía verla aunque fuera en vídeo. Sabía que había hecho una excepción con él, que no todos los días se recibía un regalo así.

Un guardia se sentó del otro lado del escritorio; el otro, de pie detrás de él, se debatió con el ratón hasta pulsar el play. Omar vio aparecer a toda pantalla la imagen de su madre con las manos abiertas a la altura de los hombros, como si estuviera frente a un asaltante, voy desarmada, no disparéis. El corazón se le aceleró, la madre aún tenía el pelo oscuro, aunque corto por encima de las orejas, la tez cocida, hendida por surcos marcados, y hablaba, hablaba con Danilo, que estaba detrás del visor de la cámara fotográfica, grabando. Omar la escuchó, inmóvil, con toda la atención de que era capaz, pero de aquel flujo de palabras solo se distinguían unas pocas: hijos, hospital, abrazar, solo alguna destacaba del resto en el aluvión de sonidos indescifrables que le impedían captar toda la intervención. No la entendía. Omar ya no entendía su propia lengua.

¿Cómo podía haberla olvidado? ¿Cuándo había pasado? ¿Cómo se lo había podido permitir?

La sensación de desapego, de sordera, de claustrofobia lo abatió. La angustia se intensificó. Su madre hablaba y él no la entendía. Era su madre, y era inaccesible. Todavía.

La soledad le aisló del escritorio, de las carpetas, de todo indulto posible, si al menos una hormiga le hubiera devuelto la impresión de existir, de no estar en otra parte, separado de los otros, desprovisto de

sentidos. La madre había perdido casi toda la dentadura frontal, por detrás de los labios asomaban los caninos inferiores y un incisivo superior. La visión de aquella desfiguración propagó la rabia por cada uno de sus miembros.

Omar acercó la nariz a la pantalla, un pinchazo en los riñones, en las rodillas, escuchó a la madre contar algo impenetrable, los pechos caídos, los pliegues del bronceado en el cuello, y pensó que se le parecía más ahora que había perdido cualquier rastro de feminidad, y se mordió un brazo hasta dejar la impronta de la rabia en la piel. Se sujetó al escritorio para no caerse.

–¿Qué te pasa? –preguntó un celador.

Quién sabe si ella olía aún a estufa de leña. Omar acercó la boca para besar a aquella mujer marchita.

–Ey, ¿qué haces?

Acercó la frente a la frente de la madre y, por el peso, el ímpetu, el monitor se inclinó hacia atrás y cayó al suelo con gran estruendo.

–¿Qué cojones haces?

El guardia más cercano lo echó para atrás arrastrando la butaca por el suelo. El otro ya había acudido a recoger el monitor. Omar se arrodilló bajo el escritorio para ayudar, pero el primer agente tiró de él por las axilas.

–Levántate, volvamos a la celda.

–El vídeo no ha terminado –replicó él.

–Date prisa.

–Por favor, me calmo.

Le esposan.

–Lo juro.

El clic consabido de la cerradura.

–Vamos.

Otra vez aquella impotencia.

–Quiero ver a mi madre, por favor.

Sucumbir, siempre. Implorar en el desierto.

–He dicho que te muevas.

Las esposas aprietan como un torniquete hemostático, la angustia es una hemorragia.

–Para ya o vas castigado.

Las esposas aprietan y el vídeo no ha terminado. Mi madre está allí.

–¿Te has propuesto cabrearme? –grita el guardia, arrastrándolo a la fuerza contra la inercia de Omar.

El otro agente reconectaba los cables para asegurarse de que todo funcionara. El director se iba a poner nervioso.

Omar logró soltarse para volver al escritorio. Tensando los brazos, pegó un puñetazo a la pantalla que la agrietó, luego tiró al suelo las carpetas para patearlas, mientras los guardias trataban de retenerlo.

Nada podía aplacar su furia.

Cuando lograron inmovilizarlo, se mordió el brazo hasta sangrar, necesitaba hacerse daño, morir, justo ahora que su madre estaba viva, que su deseo se había cumplido. Estaba enjaulado y no podía verla, ni montarse en un avión hacia Sarajevo, tenía que cumplir meses de detención, meses añadidos sin verla, después de haberla esperado años, no está muerta, lo sabía, tenían que soltarlo, no le podían impedir verla, no podía quedarse en la cárcel si su madre estaba viva, si no sabía que estaba en la cárcel, la decepcionaría, le pediría perdón, escribiría al presidente de la República, al papa, rogaría a Danilo que lo ayudara, la necesidad de abrazarla era un espasmo, un bloqueo en el pecho. Omar gritó ayudadme, mientras los guardias lo conducían a la celda, y el miedo obstruía el corredor, lo colmaba hasta el techo, y él no vivía en ninguna parte, no estaba anclado a ningún presente, a ningún lugar, el sudor churretoso, como de abstinencia.

Danilo no pensaba que reaccionaría de ese modo.

Le administraron unos calmantes, aumentaron la dosis de somníferos. Un psicoterapeuta se ocupó de él y, en cada sesión, Omar contaba el mismo sueño. En la oscuridad, cada vez más cerca, cada vez más fulgurantes, las llamas de un incendio. Se despertaba un segundo antes de arder. El psicoterapeuta pensaba en las bombas, en el remordimiento, en la sensación de no tener escapatoria, pero Omar dijo esa luz me reconforta. Al principio, el psicoterapeuta no hizo caso, luego, tras el enésimo sueño del que se había despertado chillando, le preguntó: tu madre ¿está en el incendio? No, sonrió Omar, solo Nada resplandece.

Por eso, llegados a aquel punto del tratamiento, Danilo fue advertido y, por más que le costara, convenció a Lidia para que le diera el número. Después de vencer los apuros, una noche se decidió. Acarició la barriga redonda de Elsa acurrucada en el sofá, luego se encerró en el estudio y la llamó.

51

–Es tarde –dice Nada.

Abre el bolso, pero Danilo se anticipa.

–Yo me encargo. –Y deja la tarjeta de crédito en la mesa.

El bar, de decoración adocenada, no tiene ninguna personalidad, pero está debajo de la oficina y Nada lo ha escogido para protegerse. En caso de haberse permitido imaginar un lugar mejor, de pedir consejo quizá para quedar bien, la sensación de derrota la habría demolido.

Hace tiempo que ya no depende de la opinión de Danilo, el encuentro con él no merecía prepararse: en el bar de debajo de la oficina sería como verse por casualidad, de paso, ella escucharía lo que tenía que decirle, pero en la hora y el lugar que le resultaran más cómodos. Durante toda la semana no dejó de repetirse que si no había declinado la invitación era solo por Omar, luego por la mañana se lavó el pelo antes de llevar a Nino a la escuela y, ya fuera de casa, le dijo espera, volvió atrás para meter el maquillaje en el bolso. A cinco minutos de la cita, sin embargo, resolvió que el lápiz de labios habría sido un indicio de vanidad.

Al cruzar el portal del edificio, ella le dijo: No pareces abogado. ¿Por qué?, preguntó Danilo. Los abogados no se visten así, respondió ella. Él se miró los vaqueros, las Dr. Martens, se quitó la gorra de lana. Deja, dijo ella arrebatándosela de las manos para encasquetársela de nuevo en la cabeza, hace frío. Era el primer contacto entre ellos después de todos aquellos años, y se activó de manera instantánea, sin haberse saludado siquiera.

–¿Vives lejos de aquí? –pregunta Danilo, e introduce la cartera en el bolsillo del chaquetón.

–No está lejos –responde Nada–. Cojo el tranvía.

–Si quieres te puedo llevar.

–Tienes que volver a Bolonia, falta poco para cenar, ¿cuánto tardas en volver a casa?

–Tengo el coche aquí detrás, venga, no me cuesta nada.

Debió de ser aquel contacto prematuro debajo de la oficina lo que hizo que Danilo se sintiera autorizado a abrazarla. Nada se limitó a acoger el abrazo sin devolverlo –allí, en una calle anodina de su

propio mundo–, y no porque estuviera emocionada, al contrario. No sintió nada, ni pesar, ni nostalgia, ni ternura, ni rencor. Tampoco deseo. Antes, con solo fantasear que su mano le tocaba el cuello, se le arqueaba el espinazo de golpe. Durante años siguió tocándose pensando en él, aunque ya no supiera la cara que tenía. A veces en lugar de correrse, lloraba, ella que nunca lo hacía, que nunca aprendió, y le resultaba tan degradante que sentía asco de sí misma. Permanecía tendida en el sofá con las bragas en los muslos y un hijo dormido en la cuna junto a ella.

Con esfuerzo, por fin había logrado truncar su deseo por él, pero hasta el extremo de que se apagó el deseo por cualquier otro.

–Adelante. –Danilo le abre la puerta y Nada sube.

En el coche le explica qué calle debe coger.

–¿Cuándo piensas ir? Tengo que conseguirte el permiso –dice él.

–Lo antes posible, pero en fin de semana.

El tráfico la tranquiliza: todo es idéntico, ninguna sacudida hará que su vida derrape.

–Siempre tuvo debilidad por ti –dice Danilo.

–No es eso. Es que no nos escogimos.

–¿Qué quieres decir?

–Fui testigo de su dolor por casualidad, y eso bastó para unirnos.

–¿Y no es siempre así? ¿No es siempre por casualidad que las personas tropiezan unas con otras?

Su alarde lógico de siempre. Su manera habitual de descabalgarla. Nada suspira.

–No abandonarse significa escogerse –prosigue él.

–Pero nosotros nos abandonamos.

Danilo se vuelve para mirarla, ella se pregunta si no la habrá entendido mal.

–Hablo de Omar y de mí.

Él vuelve a observar la oscuridad más allá del parabrisas.

–Lo sé –aspira fuerte–. Pero no es verdad. Tú estás aquí. –Se vuelve de nuevo, como para remachar la idea–. Por él, digo. –Y agarra fuerte el volante.

Nada lamenta que no sea de mañana. El rojo castaño de las hojas la habría distraído. En los días en que marcaba el 0043 y le respondían en alemán, desgranaba: Danilo Simić, esperando que bastara, en los días en que la ponían en espera sin pasárselo nunca, y se figuraba la voz de antaño pronunciando palabras incomprensibles, y era como haber vuelto al 92, como volver a ser extranjeros, en aquellos días nunca pensó que le hubiera sucedido algo malo. Desde el principio había contemplado la posibilidad de que la repudiara, desde el viaje a Italia.

–Me porté fatal contigo.

–Déjalo.

–Te estoy pidiendo perdón.

–No. Me estás recordando quién de los dos tenía más poder, y me parece grosero.

Él calla. Se baja la cremallera del chaquetón y se quita la gorra, la deja en el salpicadero. Nada la observa hasta que resbala, nadie la recoge.

–Ya estamos, para frente al quiosco.

Danilo acerca el coche.

–Vale –se despide ella–. Llámame cuando todo esté listo, ¿de acuerdo?

–Espera, te acompaño a la puerta.

En la entrada, ve que examina el interfono: el apellido corresponde al número 1.

Nada no siente el impulso de abrazarlo, y puede que él tampoco, ahora que está inmóvil y sin gorra, sin armas.

–¡Mamá!

Nada se da la vuelta. Nino se ha soltado de Dora y corre hacia ella, se le abalanza.

–¿Qué haces aquí, amor mío?

–No había huevos y hemos ido a la esquina a comprarlos –responde Dora.

–Hola –Nino saluda a Danilo.

Nino mira a Nada con una sorpresa tal que una ternura imprevista la desgarra. Espera que no tenga que cargar también con el pesar. El rencor.

–Hola –dice Danilo.

Nada se arrima bien a Nino.

–Es un amigo, lo conozco desde que era pequeña.

–¿Cómo yo?

–Mm... espera. Dos, tenía dos años más.

–Yo subo –avisa Dora–, tengo el caldo en el fuego. Buenas noches.

Nada ni siquiera se lo ha presentado. Danilo se despide de Dora.

–¿Cómo te llamas? –pregunta a Nino.

–A ver si lo adivinas. Me llamo como un superhéroe.

Danilo se acaricia la barbilla.

–¿Clark?

Nino ríe.

–No.

–Um... ¿Peter? Sí, te he reconocido, eres Peter Parker, mira qué tienes aquí...

Le pellizca una oreja para coger algo. Nino se la frota.

–¡Una telaraña! –dice Danilo.

Nino vuelve a reír y le agarra de la muñeca, como si el breve

contacto de hace un momento no le bastara, como si ya hubiera activado cierta dependencia. Nada siente un hormigueo en las nalgas. El niño tira de la muñeca con tal fuerza que el reloj de Danilo se abre y cae al suelo.

–¿Qué has hecho? –le reprocha la madre.

–No pasa nada –dice Danilo, agachándose a cogerlo.

Se lo enseña a Nino.

–¿Te gusta?

Él asiente entusiasta.

–Era de mi padre. Me lo dio para afrontar un largo viaje.

–¿Como un amuleto?

–Eso es.

–¿Y te sirvió?

Danilo pensó.

–Pues sí: llegué sano y salvo.

–Yo también tengo un amuleto.

–Me imagino, si eres un superhéroe.

–Pero tu padre ¿también tiene superpoderes? Todos los padres los tienen, ¿no?

Nino no responde.

–Venga, subamos a comer –dice Nada metiendo las llaves en la cerradura. El crío la sigue, de golpe manso, como aturdido. Danilo lo despide con la mano, pero él se olvida de corresponderle.

Ya en las escaleras, como si Danilo pudiera oírlo, dice:

–Me llamo Nino.

52

También él está a punto de tener una hija. Están empatados.

O no lo están, porque el hijo de Nada tiene nueve años. Así que ella lo tuvo el año en que se dejaron. Eso lo vuelve loco. No son celos retroactivos, es un sentimiento presente y persistente: una voluntad de posesión que le escuece como un derecho negado.

Sin duda ella también perteneció a otros cuerpos, eso lo sabe y lo tolera. Pero que concibiera un hijo con otro hombre, no, no se lo habría esperado. Puede que solo sea que nunca la imaginó como madre. ¿Él lo habría tenido, un hijo, con ella? Era demasiado joven, entonces, para desearlo. Pero en el fondo no lo habría querido; ni siquiera después. Para él Nada siempre estuvo sola, era inhóspita, se la podía querer a cachos, pero no enteramente. Se la podía querer sin alcanzar su núcleo más profundo, porque es incandescente.

Su hermana le diría que es un egoísta. Por eso siempre se ha apañado, por la indulgencia que concede a las propias miserias. Querría confesárselo: creía que llevaba ventaja, Jagoda, pero ella se me ha adelantado. Se ha hecho adulta antes que yo. Ha entendido algo que yo todavía debo entender, y que me da miedo. Ella no tuvo miedo, o al menos ya no tiene. Criar a un niño le sale con naturalidad.

Danilo creía haberle arrebatado esa posibilidad, que Nada solo habría tenido un hijo con él, a saber por qué. Por el contrario, no le ha arrebatado nada, y eso, en lugar de alivio, le procura resentimiento. Se acaba de caer del trono. El reino perdido no acumula territorios ni está bañado por los océanos. Se extiende por una superficie de un metro setenta y cuatro, y sus ensenadas, valles, cimas no aparecen marcados en ningún mapa. Aquel territorio no le pareció idóneo para la vida y, de este modo, fue otro quien lo conquistó.

–¿Estás bien?

Elsa se le acerca en el escritorio. No ha llamado, la puerta estaba abierta.

–Sí. –Apoya las manos en la barriga–. Perdona, sigo aquí entre expedientes.

–Estás trabajando mucho para los niños de Sarajevo. Tu madre estaría contenta.

Tú no la conociste a mi madre, piensa Danilo, qué puedes saber. Tú

que eres italiana, y hablas de los niños de Sarajevo como si yo no hubiera nacido ahí también. Pero es solo un instante, en seguida se arrepiente. Le aparta el jersey con delicadeza y abre la boca sobre su ombligo protuberante.

Nuestra madre escribió en su cuaderno azul que el pecado está en nacer. Nos ha llamado crimen, Jagoda. Su crimen.

Elsa le acaricia los cabellos, las orejas, la nuca. Él besa cada centímetro de aquella barriga que contiene a su hija.

Jagoda, ¿crees que hacía falta?

Le quita el jersey y desabrocha el sujetador. Los pechos son voluminosos, ella se los aguanta con los brazos, él los descruza y se la sienta sobre las piernas.

El primer hombre, la primera mujer no decidieron tener un hijo. No se preguntaron si lo querían o no. No era cuestión de voluntad individual.

Danilo penetra a la madre de su hija mientras su hija flota ahí dentro, protegida por el cuerpo de ella como por un arca que acaban de descerrajar. La penetra porque el universo entero conspira en la comisión de este crimen, en esta sorda promiscuidad.

53

La obligación de dejar el carné en la garita y de cerrar con llave la taquilla con el bolso y el móvil dentro le genera cierta ansia. No estamos acostumbrados a esa desnudez, pura carne sin nombre, sin accesorios y extensiones. Todas aquellas puertas cerradas que solo un agente, solo un resorte eléctrico, puede abrir: está a la merced de otro, de un sistema ignoto para ella, se siente expuesta.

Él está ya en la sala con un guardia. Al entrar ella, se pone de pie. ¿Cuándo se hizo tan alto? Alto y algo jorobado, el tallo de una flor que se curva en la maceta. Es como si la cabeza le pesara demasiado, a pesar del cuerpo tan flaco, como si se hubiera rendido a la gravedad. Los pantalones anchos del mono disimulan las piernas arqueadas que tanto la divertían. Su cuello es de hombre, pero en las cejas revueltas que enmarcan ojos dolientes, tan oscuros que anulan la pupila, se ve una desilusión infantil.

Si no se hubieran perdido, quizá él no habría acabado en la cárcel. Lo intuyó siempre, de manera soterrada, preconsciente, siempre supo que él no lo lograría.

–¿Has visto que no estaba muerta? –dice Omar, y rompe a llorar.

El agente sale. Nada se acerca. En silencio, del otro lado de la mesa, lo mira: tiene los brazos flácidos, como si hubiera perdido tono muscular de golpe, una convalecencia. No sabe si tiene permitido tocarlo, si le puede coger la mano también esta vez. Permanecen en pie, mirándose a los ojos, durante todo el tiempo que Omar necesita para desahogarse… como era al principio, ahora y siempre. Parece como si la hubiera esperado para ceder a aquel desconsuelo infinito, el hambre de un recién nacido, ya sin cólera, defensas, solo puro dolor.

Cuando el llanto cede, Nada se sienta, espera a que lo haga también Omar y, furtiva, le toma la mano, roza sus uñas de almendra, sus yemas de E.T.

–Me quemé el pelo, pero al final el cirio valió la pena, el deseo se cumplió. Y además no lo habíamos pagado –dice luego.

Él sonríe.

–Lo sabía, sabía que estaba viva.

–Bueno, pues habrá que avisar a los periodistas extranjeros –dice Nada.

–Me parece que el reportaje del lago ya lo emitieron: han pasado dieciocho años.

–O sea que me filmaron mientras te agredía y lo pasaron por televisión. ¿Toda Italia, toda Europa, vio que soy una cabrona?

Ahora Omar se reía.

–Bah, pensarían que se trataba de una riña étnica.

Está demacrado. Los pómulos sobresalen como rocas en un sendero de montaña, sin red metálica para retenerlos: la cara de Omar podría desprenderse. Un rostro tan hundido que la nariz parece más grande. O quizá haya crecido de verdad; la nariz de adulto es desproporcionada respecto de la frente y el mentón.

–Tienes que comer –dice Nada.

–Tú también con el mismo rollo.

–¿Por qué? ¿También te lo dicen los guardias?

–No, me lo dice el psicólogo. Y me lo decía Matte, el padre de Sen.

–Pues te lo digo yo: come, por favor.

La reja en la ventana criba la luz como la rejilla del confesionario en la iglesia de San Antonio, pero no reconforta, resulta amenazadora. Dios nunca tuvo intención de regresar de su exilio. Ellos dos no entraban en su esfera de interés ni aquella noche ni ahora. La ternura es la cualidad de la que Dios carece mayormente.

Omar ganó el reto del equilibrio sobre los bancos, y Nada rebobinaría la cinta con tal de volver a aquel instante, con tal de no verlo derrotado.

–Si gano unos kilos, ¿me volverás a besar?

Nada no sintió apuro, es una broma entre viejos amigos, algo que puede rememorarse porque sucedió hace tanto que no parece de verdad.

–Hm, nos hace falta la Virgen.

–Le puedo pedir al sacerdote que viene a visitarme si me trae una estatuilla.

–No y no: solo me vale la Virgen de la gruta. Es una campeona, si hasta le gusta aplastar cabezas de serpiente.

Se vuelven a reír.

–No sé si me veo capaz de volver al San Lorenzo cuando salga de aquí. De verdad.

–No pasa nada, no nos besaremos. Pero debes engordar igualmente. Por tu madre.

Omar baja la mirada, sacude la cabeza. Nada teme que vuelva a sollozar.

–¿Por qué no estás contento ni siquiera ahora que la has encontrado? –Cambia de tono–. Tendrías que estar loco de alegría.

–Me da miedo que desaparezca otra vez mientras yo sigo encerrado aquí dentro –dice como hablándole a la mesa.

–Pues no hay que perderla de vista: tenemos a Sen.

–Sen no quiere verla. Dice que es una extraña, que su vida es la de ahora, que ya tiene una madre. Le han lavado el cerebro.

–¿Quién?

–Los italianos. Primero las monjas, luego sus padres. Lo han convencido de que ella nos abandonó, pero no es así.

Nada piensa que, efectivamente, sucede, siempre sucedió: es posible renunciar a quien te ha parido, renunciar a quien ha crecido en tu sangre.

–Tan pronto como salgas, ve a Sarajevo, sin Sen. ¿Qué más te da?

–Es por ella, la hará sufrir.

–También tu hermano tiene derecho de salvarse. Como pueda.

La piel olivácea de Omar brilla por el sudor, a pesar de que no hace calor. Nada querría secarle la frente con un pañuelo. Aparta la mirada: la profecía que se ha verificado en su caso es demasiado bestia.

–¿Te vienes conmigo? ¿Buscamos también a tu madre?

Él no sabe nada, de Daša.

–Ya no necesito a una madre, tengo un hijo.

Ya está, ha encontrado la manera de decírselo. No estaba segura de si podría.

Omar respira con fuerza, más deprisa.

–¿Te has casado?

–No –sonríe, mostrándole la mano–. No sabría dónde meter el anillo.

Omar se pone serio.

–Siempre te imaginé con un niño.

–¿A mí?

–Sí. Con un niño que se te echa siempre encima y te hace tropezar.

–Pues no, Nino es la mar de autónomo, ¿sabes?

–Me gusta el nombre de Nino. ¿Y el padre cómo se llama?

Nada le mira fijamente.

–Este sitio no tiene nada que ver contigo. Me debes jurar que cuando salgas ya no volverás a entrar más. Júramelo –dice.

–No mantuve ninguna de las promesas que te hice, no me hagas jurar ahora.

El agente llama a la ventanilla de la puerta. Nada se vuelve: con los dedos, el hombre la advierte de que faltan tres minutos para concluir la visita.

–Es terrible saber que mi madre está viva y que no puedo ir a verla –dice Omar.

–Escríbele una carta.

–Ya no sé serbocroata.

–¿Cómo has podido olvidarlo? No puede ser.

–Recuerdo muy pocas palabras, y no sé escribirlo. De hecho, no sé

escribir bien ni siquiera en italiano.

–Yo te ayudaré. Puedo pedir que nos den papel y boli, pero por hoy el tiempo se acabó, quizá la próxima vez...

–Escríbela tú. Tú lo sabes todo, puedes escribirla por mí.

–¿Seguro? Podría meter la pata.

–Me fío. Tú siempre fuiste mi Esperanza –sonríe.

Ella también. Luego se levanta, escruta a aquel joven ataviado con mono, la cara agarrotada, como de cartón piedra abollado, los ojos sin pupila, imposible adivinar la dirección de su mirada, los hombros caídos de aquel joven sentado a la mesa con patas de hierro, en una estancia desangelada, barrotes en las ventanas y puertas selladas. Nada escruta a aquel hombre que ha sido su amigo, y piensa que pertenecen a dos categorías distintas, siempre estarán separados por esa cesura. El afecto que germinó cuando eran pequeños les basta para reírse juntos, recordar anécdotas compartidas y entenderse a la primera, pero no para unirse de nuevo, formar parte del mismo mundo. Por eso aquel cariño le duele tanto, le dolerá siempre.

–Te he echado de menos.

–Yo también a ti.

–Yo te he echado de menos siempre, incluso cuando vivíamos juntos. Te echo de menos desde que te conozco.

54

Las ilustraciones están dentro de una carpeta de plástico transparente. Danilo insistió, déjame probarlo, igual encontramos un editor interesado, y al final Nada se las entregó.

Las saca y las deja en el escritorio. En la primera de la serie, Nino, montado sobre Scarafaggio, arroja el lazo para capturar a un mosquito que está molestando a la maestra de música, el zumbido le impide acertar con la nota. Danilo aporrea con el puño su cara mofletuda, la ilustración se arruga. La rompe en cuatro pedazos. Coge otra y también la hace añicos. Desgarra las ilustraciones con tal vehemencia que pronto le duelen los pulgares. Así que agarra las tijeras para cercenarlas, amputarlas. Las arroja al suelo de un manotazo, las pisa, sale al balcón a por aire. Está sin abrigo, hace frío.

¿Cómo ha podido, cómo, esconderle algo así?

Saca el móvil del bolsillo, llama a Izet. Tiene que hablar con alguien, y no puede ser Elsa. Por suerte está con sus padres, él tendría que sumarse para la cena, por suerte está solo en casa. Después de cuatro tonos cuelga. Se sienta sobre las baldosas, de espaldas a la pared, mira hacia arriba, una bandada de pájaros se comprime y dilata en el cielo, la oscilación de la mancha oscura recuerda el pálpito del corazón en una ecografía. Danilo se sujeta la cabeza con las manos.

Cada vez que tenía que pasar por Milán por trabajo la llamaba, pasaba por su oficina, se tomaban una cerveza juntos, o la acompañaba a casa. Un día en que Dora tenía fiebre y Nada salió antes, fueron a buscar a Nino a la escuela, este echó a correr hacia él, qué sorpresa, y casi se tropieza. Lo llevaron al parque, Danilo le compró un balón Super Santos en un estanco por el camino y le enseñó a driblar. Una noche hasta cenaron los tres juntos en casa de ella: menestra con queso stracchino, sin decidirlo, pasó sin más, luego vieron una peli en el sofá y Nino se sentó en medio y se durmió al cuarto de hora, la cabeza entre las piernas de Danilo. Él le acarició las orejas redondas. Hago prácticas de padre, le dijo a ella, y si lo piensa, Nada puso una cara rara, aunque él especuló –la arrogancia acostumbrada– que solo eran celos. En el hotel llamó a Elsa y le contó la velada, no había doblez, nada que esconder. Eso, al menos, creía.

Por eso ayer invitó a Nada a pasar la Navidad con ellos y la familia

de la mujer. Pero ella dijo que no, prefería ir con Ivo y su novia. Pues podéis venir por Fin de Año, insistió Danilo: total, con la barriga de Elsa no pensaban ir a ningún cotillón, se quedarían tranquilos en casa con algún amigo jugando al bingo. Estarán también los hijos de mi cuñado, así Nino no se aburre. ¿Por qué insistes?, se irritó Nada. Le entregó una bolsa llena de ropa de recién nacido, que había sido de Nino, un regalo. Me gustaría que conocieras a mi mujer, se justificó él, me gustaría presentarle a Nino. No le hagas eso, dijo Nada.

Danilo no comprendió. Abrió la bolsa y hurgó entre vestiditos, baberos, monos, que olían a detergente. Gracias, dijo, son preciosos.

Cuando volvió a levantar la vista, vio que Nada se tapaba la cara con las manos.

Pero ¿qué pasa?

Escúchame, le dijo.

Danilo aprieta el móvil, la bandada se ha dispersado, el sol se ha puesto, el frío le ha entumecido los dedos de los pies, le ha hinchado las manos. Estornuda. Decide llamar a su padre, cuánto hace que no hablan. No tienen costumbre de llamarse cada día, cada semana, se hablan cuando pueden, cuando uno de los dos tiene ganas de charlar, a veces pasa mucho tiempo entre una llamada y otra. Predrag responde en seguida. Hablan de Jagoda: está bien, algo cansada, entre la escuela donde enseña y el voluntariado, siempre está fuera de casa.

–Este es tu último mes de paz y tranquilidad –bromea Predrag–, luego se acabó: serás padre y no habrá tregua.

Danilo no ríe. Qué sabrá su padre. Hasta ayer no lo sabía ni siquiera él. Nada dijo no quiero nada de ti, estate tranquilo, si hubiera querido algo te lo habría dicho antes; como si fuera un trámite burocrático, económico, un asunto legal. Danilo observó atónito las camisetas de Nino, y le invadió tal desconsuelo por todo lo que se había perdido de su vida y nunca se le restituiría que acercó la nariz al algodón de un calcetín y lo olisqueó, convencido de que la intensidad del olor acabaría con él.

–¿Ya sabéis qué nombre le vais a poner a la cría?

–No, papá. Elsa sondea nombres desde hace meses, pero no se decide. A mí me da igual.

–¿No has pensado en llamarla Azra?

Está oscuro. El frío como una membrana que mantiene su cuerpo a temperatura invariable.

–Aunque quizá –se apresura a añadir el padre– prefieres un nombre italiano.

Danilo no reconoce su propia voz cuando pregunta:

–¿Tú crees que mamá quería tenernos?

–¿En qué sentido?

–Si era feliz de tener dos hijos.

–Claro que sí –dice Predrag–. ¿Qué preguntas haces?

–Y entonces, ¿por qué se mató?

–¿Qué tiene que ver eso? –Con tono levemente asqueado.

–Tiene que ver, pues claro.

Predrag no replica, Danilo enmudece.

–Perdóname –dice Danilo–, estoy algo estresado.

Soy solo un padre que no sabía que lo era, un padre que está convirtiéndose en padre por primera vez pero que ya tiene un hijo, y no lo quería. ¿Cómo pude no pensarlo? ¿Cómo pude no reconocerlo? En el mundo vive alguien que es hijo tuyo y ¿la sangre no se ocupa de avisarte de algún modo? Nino tiene nueve años, ¿cómo puede ser que no lo viera en seguida? Menudo idiota. No lo quería admitir. No podía. Y además nunca se habría imaginado que Nada fuera capaz de hacerle algo así.

Le fastidia que esté Nino, el niño le gusta, y mucho, pero querría que no fuera su hijo. No renunciaría a su nacimiento, le alegra conocerlo, jugar con él, pero no lo quiere, no quiere un hijo que se llama Nino, es un hijo equivocado. La hija indicada está por llegar, y la presencia de Nino lo estropea todo. Su hijo lo estropea todo. No puede hacerlo desaparecer, no puede olvidarlo: está condenado a lidiar con él, a reprogramar el futuro que había pensado. Basta con que exista, Nino, para destruirle la vida.

En el segundo año de secundaria leyeron en clase un poema de Camillo Sbarbaro, que Danilo ya no olvidó. Dicen los primeros versos: «Padre, incluso si no fueras tú / Mi padre, incluso si resultaras un extraño, / por ti mismo, de igual modo, te querría», y él se preguntó si habría podido decir algo parecido. Al profesor de literatura le parecía un sentimiento incuestionable, daba por hecho que los alumnos lo compartían, y Danilo se preocupó porque no lo tenía tan claro. En el aula de los techos altos y las corrientes de aire recordó la patada en el culo que el paramilitar le había propinado a su padre la noche en que escaparon de Grbavica. Ambos callaron del agravio infligido, un agravio que un hijo no debería presenciar. Danilo no sabía si lo que sentía por su padre era amor o compasión. Le solía pasar: que la piedad ensuciara el amor. Le pasó también con Nada.

¿Qué pensaría su hijo de él? Él que no lo había deseado. Después de la muerte de su madre, creía que ya no habría podido desear nada.

–Azra fue muy solícita, pregunta a Jagoda lo que hizo por ella durante la guerra.

–Lo sé, papá. No la estoy criticando.

–¿Y entonces?

Nada le dijo tú no respondías a mis correos, a mis llamadas, me habías abandonado sin dar explicaciones, y cuando luego hice la prueba y vi que estaba embarazada pensé que si te lo decía te lo ibas a tomar mal. Como si quisiera obligarte a estar conmigo, cuando no me querías. Habría sido muy humillante. Ya era muy humillante que me dejaras sin decir ni mu. Era muy humillante no sentir el derecho de aspirar a nada, como si fuera normal que te traten así, como me trataste tú. Era mi hijo, dijo Danilo, tenías la obligación de informarme. Yo no iba a implorar tu amor, se alteró ella. No se trataba de mí o de ti, sino de él, gritó Danilo. No lo habrías querido, y yo no quería que naciera rechazado, le he ahorrado el mal trago. No puedes saber qué habría hecho, remachó Danilo. Si no lo quieres ni ahora, ¿o me equivoco?, preguntó ella. Danilo apretó el calcetín hasta que la muñeca empezó a temblar. ¿Y entonces por qué no me lo dijiste? Hostia. El olor de detergente lo mareó.

–La historia esa de que la naturaleza es una máquina perfecta es una gilipollez.

Ya casi ha oscurecido y le duele la espalda, lleva demasiado rato sentado en el suelo en el balcón. Elsa lo espera.

–Danilo, ¿qué tienes esta noche? Me hablas de la naturaleza, de tu madre...

A veces, en el despacho, cuando se han ido todos, Danilo reposa la cabeza en el escritorio: la pantalla del ordenador cansa, le pican los párpados. Apoya la mejilla en un brazo y de golpe hay algo que le hace sentir a Azra. No es que le recuerde a Azra, es que le hace sentirla, como si por un instante Azra fuera él. Quizá dependa de una expresión de su rostro que ha heredado de ella, aunque no pueda verla, pero de algún modo el cuerpo la intuye, se predispone a integrarla y por eso la reconoce, o quizá depende de un estado de ánimo inexpresable que cierta memoria inconsciente remite a ella y solo a ella. Las pestañas sombrean su mirada y todo lo que alcanza a ver, el tablero del escritorio, el teclado del ordenador, la uña del pulgar, la madre lo ve. Cuando sucede se pregunta si debería alarmarse por esa sensación, intuye el temor, pero a distancia, un temor sin la fuerza suficiente para que se levante, baje a la calle, entre en un bar, hable con alguien. Se repite a sí mismo soy Danilo, no soy ella. No soy mi madre, estoy aquí.

–Si la naturaleza fuera una máquina perfecta, algo tan importante como un hijo, no podría suceder por casualidad, por error. Basta con nada y nace una vida.

Basta follar con alguien en una fiesta, en el lavabo de un local, piensa, solo porque el alcohol te ha desinhibido, basta un gesto irrelevante –a la mañana siguiente no recuerdas los detalles– y la vida cuaja. Es perverso, es cruel. Basta con querer a una chica rubia de

clavículas robustas, y diferir ese amor porque, total, hay tiempo para quererla más adelante, puede que de aquí un mes, un año, y luego te olvidas de ella. ¿Cómo había podido olvidarse de ella?

–¿Tienes miedo de ser padre? ¿Es eso?

–No se elige ser padre. No se elige casi nada en este mundo.

–Ey, pero ¿qué pasa? –Predrag empieza a inquietarse–. ¿Ya no estás enamorado de tu mujer?

Meses después de la muerte de su madre, Danilo se había dado cuenta de que podía tirar sin ella y se preguntó si la capacidad de vivir con la ausencia de quien se ama no revelaba falta de amor. Quizá no la había querido, a su madre, no lo suficiente. O bien había dejado de quererla: si conseguía comer, dormir, caminar, reír o practicar sexo a pesar de su muerte, entonces aquel amor se había extinguido. En caso contrario, le habría impedido sobrevivir.

–No, la quiero con locura. Pero me veo obligado a hacerle daño.

La luz de la farola titubea, por un instante se apaga, luego cobra intensidad. Danilo se levanta del suelo apoyándose sobre la mano, tiene los muslos helados, la nariz húmeda y un fórceps en las sienes. Cierra la puertaventana y se sienta en el escritorio sin encender la lámpara. A oscuras, le cuenta a su padre que nueve años atrás nació Nino.

La madre de Nino tiene los iris celestes: en el avión militar desde Split hasta Milán, aquellos iris le habían ayudado a respirar. Le prometió que se casaría con ella, pero no, la ha desestimado cada vez que la ha tenido cerca, porque fue siempre excesiva, para él, demasiado sufrida o demasiado difícil de descifrar, demasiado enamorada y demasiado excitante, demasiado autónoma y demasiado dependiente, demasiado sola, básicamente demasiado viva, un miedo constante que hay que domar.

55

Vale, una tarrina de helado, Nino, pero pequeña, que si no por la noche no cenas, ha dicho mamá. Está emperrada en que no como, se lo dice siempre a Dora también: la merienda nunca más tarde de las cuatro y media, si no me deja la cena entera en el plato. Yo me cogí dos sabores, chocolate y limón, ella dice que no mezclan bien, pero Danilo me mira y sonríe, es la primera vez desde que nos hemos sentado en el bar. No había vuelto más a vernos: le pregunté a mamá por qué y ella dijo que porque no, así entendí que habían reñido. Una noche hice ver que dormía mientras ella estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá mirando las musarañas, luego se levantó para ir al baño. Aparté las sábanas y me asomé: vi los dibujos de Nino que estaban todos rotos. Parecían las piezas de un puzle diseminadas por las baldosas. Cogí algunas y traté de reconstruir a Escarabajo. Una vez, en el Día del Padre, las maestras nos hicieron dibujar y recortar una corbata de cartulina, y yo se la llevé a mamá. Ella me preguntó si yo lo quería, un padre. Dije que no, gracias, ya tengo a Escarabajo.

Me acerqué poco a poco a la puerta del baño y oí que decía que si mis dibujos fueran buenos no los habrías roto. Pero ¿quién los había roto? ¿Él? No, no los has roto por despecho, sino porque no valen nada. Además, yo soy nada, lo dice mi propio nombre. Esto no lo he entendido, pero no tuve ánimo de preguntárselo, ni siquiera días después, por si se enfadaba. Vete a tomar por culo, dijo en un momento dado, y yo me volví a la cama corriendo, porque ella no grita nunca y palabrotas tampoco dice. Me tapé hasta las orejas, luego oí que lo echaba todo a la basura y tuve ganas de levantarme para salvar a Escarabajo de la oscuridad bajo el fregadero.

El otro amigo de mamá en cambio no sonríe, si lo miro vuelve la cabeza como alguien que se avergüenza, yo nunca he visto a uno grande avergonzado por un niño. Es bastante alto, muy flaco. Yo de grande quiero ser altísimo y musculoso como Escarabajo. Se llama Omar, me dijo mamá, y Omar dijo hola e hizo cara como de asustado.

¿Listo?, dice mamá, y le toca la mano encima de la mesilla. Omar la mira y se ve que se fía de ella. Danilo enciende el portátil, pulsa unas teclas y suena una musiquilla simpática, luego la musiquilla se

interrumpe y él dice hola hermanita. Hola Danilo. En seguida gira la pantalla hacia Omar. Hola, repite mamá, gracias de corazón por ayudarnos. La hermana de Danilo responde y luego mamá dice una frase que no entiendo, y se oye la voz de otra señora, una voz como de dolor de garganta, como de tos y jarabe y pijama sudado, y tampoco a ella se la entiende. Omar dice mamá y se echa a llorar. Baja la cabeza y se frota los ojos y mamá le acaricia el cuello, le dice mira la pantalla, es ella, Omar, la has encontrado, mírala, estaba viva, tenías razón, siempre, dile algo. Omar se seca con el brazo hasta el codo, yo no había visto nunca a uno grande que llora. No sé si Escarabajo llora, pero él es un animal y no cuenta. ¿Cómo estás?, dice Omar, y mamá dice una frase que no entiendo y entonces la señora responde, y ella también se ve que llora.

Mamá habla una lengua que nunca había hablado conmigo, y su voz también me parece distinta, no parece la suya, parece de una desconocida. Me entra como miedo por debajo del ombligo: mamá, la llamo. Amor mío, ¿qué tienes? Me mira y es la misma, con los ojos celestes y la y griega en la frente que me deja tocar cuando estamos en el sofá, paso los dedos por encima y no aguanta las cosquillas, se ríe. Nada, respondo, y ella vuelve a mirar el portátil de Danilo y vuelve a cambiar de voz y se vuelve extranjera, aunque sea mi madre. El helado se ha deshecho un poco, el limón se ha mezclado con el chocolate, con la cucharilla dibujo círculos blancos y marrones, luego siento una mano en el hombro: Todo está bien, dice Danilo, y no me parece una pregunta.

¿Qué hacen?, le pregunto.

Omar no veía a su madre desde hacía muchísimos años.

¿Y por qué?

Por culpa de la guerra.

No entiendo muy bien, pero no quiero que se note, y digo que yo no he visto nunca a mi padre, ¿también es culpa de la guerra?

Danilo me aprieta el hombro. No, dice. Y quita la mano. Se pone en pie. Igual lo he hecho enfadar, no sé. Bueno, sí, dice: sí.

Yo sigo sin entender, pruebo el helado, el sabor no me gusta, mamá tenía razón, la oigo hablar con la voz nueva, que me hace vibrar el ombligo, pero es ella, estoy seguro, dormimos siempre abrazados. Omar dice perdóname, te juro que sentaré la cabeza, mamá habla en la otra lengua, y la señora responde, y puede que a ella también le parezca extraña la voz de su hijo, ahora, porque cuando habla no lo entiende, hasta llora. Yo me pongo la mano en el ombligo, y pienso en Escarabajo, él no sabe nada de la guerra, como yo. Me parece que le voy a dejar el helado, siempre se acaba las cosas cuando no me gustan.

En el ordenador se oyen chasquidos de besos y la señora que habla

y luego más chasquidos, mamá dice hijo mío, no me lo creo que sea yo quien te ha hecho, pero mira a Omar, no a mí. Eres un hombre, dice mamá, y una vez estuviste dentro de mí. Omar solloza, la señora continúa hablando. Mamá dice dónde está tu hermano, y no me mira. La próxima vez, hijo, que venga él también.

Danilo apoya los puños en los costados, respira fuerte con la nariz para arriba, no le sale. Que tienes, dice mamá, y él agita la mano, nada, nada, sigue. Entonces me levanto yo también y voy a abrazarla. Pórtate bien, dice ella, tenemos que ayudar a Omar ahora, ¿no lo ves? Y lo veo, que Omar llora, los hombros le tiemblan más que mi ombligo, llora más que yo aquella vez en que me caí del tobogán y me di en el culo, más que yo cuando se va la luz y mamá no está, más que yo cuando en la escuela me venían aquellas ganas de llorar que no conseguía parar y no sabía qué hacer. Así que me acerco a él, saco la cajita de los quesitos, mi amuleto, la abro y se la enseño. Omar la coge, la sostiene.

Luego se evaporan, le digo.

Por un segundo todos callan, él, mamá, Danilo, que está de pie frente a nosotros, y le cuelgan los brazos a los lados. Igual ha conseguido respirar.

Hola Nino, qué guapo eres.

Mi giro hacia la pantalla, una chica me llama. Es pelirroja y tiene una mecha extraña, gris, en la frente. A su lado hay una señora con muchas arrugas en los lados de la nariz, parecen los bigotes de un gato.

Hola, respondo.

La señora se ha quedado mirándome con la boca abierta, le han caído muchos dientes, como a mí, tengo uno que me baila ahora mismo, basta empujarlo con la lengua. Quién sabe si el ratoncito también va a casa de los grandes a llevarles monedas, quién sabe si también ha ido a la suya. Tiene la cara toda hinchada y mojada, y se lo digo. Adiós, señora, no llore más.

56

Pasean por el parque en silencio, salvo por el niño que hace un montón de preguntas. Su madre las responde todas sin ponerse nerviosa, a menudo inventa, le cuenta trolas, fantasía, la llama. El niño no camina pegado a ella ni le corta el paso, no vive atormentado por su ausencia, ella está ahí, la puede tocar si le apetece, la madre no le dice no te me eches encima, no lo dice nunca.

A Omar le ha bastado una tarde de permiso para entenderlo. A veces Nada se vuelve hacia Danilo, como preguntando ¿sabes la respuesta? El niño recoge piedras, hojas, palitos –casquillos no, porque no hay–, se los mete en los bolsillos, los deja caer, sembrando el sendero, es Pulgarcito, como todos a su edad, pero nadie pretende abandonarlo. Corre hacia él, pero luego no se le acerca del todo, lo examina a algunos metros de distancia, siente curiosidad, quizá cierto temor. Nada le dice que no sude, dice te acabas de comer un helado, estás en mitad de la digestión, y Danilo se ríe, no te imaginaba tan ansiosa. Omar ve que Nino resopla y piensa que, si él no hubiera sido tan débil, aquel habría podido ser su hijo.

Una vez concluida la videollamada siente que no le ha dicho nada. Se le han quedado tantas palabras trabadas en la boca que querría hablarle otra vez a su madre. Antes, Nada le ha traducido la frase de Nino, no llore más, y tras un instante de desconcierto, la madre se ha reído, y se han desatado las cascadas, un diluvio ha inundado la ciudad, refrescándola.

Tan pronto como la ley lo permita, Omar irá a Sarajevo. Quién sabe si Nada querrá acompañarlo, si se llevará también a Nino, si le dejará mantener la promesa que le hizo junto al Miljacka, cuando la luz del alba le humedecía los ojos. Sin ella, cómo hará para volver a abrazar a su madre. El olor a estufa de leña le podría quebrar, necesita su ayuda para resistir, aprendió muy pronto a agarrarse a ella.

Los árboles dan sombra, sopla algo de viento, Nada cruza los brazos en el pecho, luego se acuerda de su hijo, lo alcanza, se arrodilla ante él y le sube la cremallera de la chaqueta.

–Es primavera –protesta Nino, y sale corriendo.

El parque es enorme, el cielo infinito, Omar siente vértigo. El horizonte se empaña, las ramas se emborronan, por un momento tiene

que apoyarse a un tronco, olisquear la corteza, reconocer su miopía, la agorafobia o la alegría. Por un instante el recuerdo de la celda lo tranquiliza. Luego Nino lo llama.

–Mira, Omar, puedo trepar.

Inclinado, con las piernas flexionadas, el niño sube de culo en el tobogán hasta arriba, luego pierde el equilibrio y resbala para abajo, permanece a gatas, un poco decepcionado.

–Yo también sé trepar –dice Omar, y, aferrándose a una rama, acaba sentándose encima con algo de impulso.

Desde el tobogán, Nino lo observa admirado.

–Sube.

Nino busca a Nada.

–¿Puedo?

Ella no responde, mira a Omar, luego al hijo.

–Venga, déjalo –sugiere Danilo.

El niño está frente al árbol, la madre lo coge en brazos, su padre es el hombre que se ha agachado para que se le suba a los hombros, aunque Nino no lo sabe. Danilo lleva el reloj que Omar le ha visto siempre en la muñeca, desde que era un chaval, pero no sabe que pertenecía a su padre, un serbobosnio que defendió Sarajevo, y que le obligó a convertirse en adulto mucho antes de que le tocara. Omar no puede saber que Danilo había pensado regalar el reloj a Nino, luego sin embargo pensó que no quería dejarle aquel lastre como herencia. Tampoco se lo dará a la niña que está a punto de nacer. Elsa estuvo llorando tanto que él temió que se le adelantaran las contracciones, le cuesta perdonarlo por una falta que no cometió contra ella. Jagoda dijo que la recién nacida tendría un hermano, no está mal. Pero todo eso Omar no lo sabe.

–Alarga los brazos, Nino –le dice Nada, y Danilo coge a su hijo y lo levanta como un trofeo. Omar se inclina, aguantándose a la rama con los muslos y lo recoge–. Cuidado –suplica Nada, pero en un tris lo tiene ya sentado junto a él, lo ciñe por la cintura, bien agarrado.

–¡Hala! –exulta Nino.

–¿Te gusta? –Omar sonríe.

–¿No hace demasiado viento allá arriba?

–¿Qué dices?

–Hace frío.

–Para ya, que pareces sor Tormento.

–¿Quién es sor Tormento? –pregunta Nino.

Omar no responde, disfruta del panorama. Las nubes son algodón de azúcar mordisqueado, flotan sobre el lago con las copas de los árboles, junto a las vallas, a las bicicletas rodando. El sol está a punto de desaparecer, no echa de menos a nadie. El cielo resplandece como Nada en la iglesia un domingo de diecinueve años atrás, Nada

ardiendo en todos sus recuerdos, la Nada de los sueños nocturnos: no era miedo, era esperanza; es ella, la esperanza, y ni siquiera lo sabe. Ella que ahora, junto a un árbol, vigila al propio hijo con los ojos en alto. Es él quien lo protege.

En el parque, los niños se balancean en los columpios, salen disparados sobre sus patines, suben al trenecito que lo atraviesa pausadamente, beben Coca-Cola con una pajita, chutan un balón, agitan molinetes mientras las palomas descansan, avanzan como funámbulos en equilibrio sobre los muretes, deforman canciones aprendidas en la escuela, se enzarzan y hacen las paces, demoran al máximo el momento en que tendrán que irse a la cama y no conseguirán dormir por miedo a despertarse solos, las madres desaparecidas, gritan contra esta amenaza persistente, tan fuerte que se confunde con la euforia, lloran por ese desgarro que ya se revela, y cada día se abre más, aunque finjan que es por los arañazos en las rodillas, los niños del parque lo saben todo, y el reloj en la muñeca se para de golpe, por fin las agujas se detienen: Pulgarcito está escondido bajo la mesa, las orejas tapadas; antes o después tendrá que fiarse, tendrá que creer: decídselo, por favor, que nadie lo abandonará.

–¿Estás mejor? –pregunta Nino.

Omar asiente. Saca la cajita vacía del bolsillo de la sudadera, se la devuelve.

–Quédatela –dice el niño–, te la regalo.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada a Adis, Amela, Amer, Mirela y Ognjen.

Quiero dar las gracias a Michele Augurio, Daniele Bombardi, Nicole Corritore, Tommaso Creola, Lorenzo Ferrari, Monica Fogliani, Sabina Gardović, Uzeir Kahvić, Safet Krajević, Vedran Jusufbegović, Sonia Laudati, Gabriella Maruzza, Nicola Milasi, Max Nasi, Dario Novalić, Livia Pomodoro, Jagoda Savić, Tarik Smailbegović, Marina Tralli, Vera Zorić.

NOTA AL TEXTO

La cita de Slavenka Drakulić en el epígrafe proviene del prefacio a *Sarajevo, diario de un éxodo*, de Dževad Karahasan, trad. de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pistelek, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.

Los versos citados en las páginas 87 y 88 provienen de los poemas de Senadin Musabegović, reproducidos a partir de la versión italiaba: «Il respiro della polvere sui guanti chirurgici» y «La patria cresce, en *La polvere sui guanti del chirurgo*», trad. de Danilo Capasso, Infinito edizioni, Módena, 2007.

El cierre de la página 205 incluye un homenaje a Heiner Müller, *Máquina Hamlet*, trad. de Gabriela Massuh y Claudia Baricco, Losada, 2016.

Las páginas 243 y 244 incluyen un homenaje a Ivo Andrić, *Un puente sobre el Drina*, trad. de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek, RBA, Barcelona, 2010, y *Una carta de 1920*, en *Café Titanic (y otras historias)*, trad. de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek, Acantilado, Barcelona, 2008.

Los versos citados en las páginas 251 y 252 son del poema de Izet Sarajlić «Una calle para mi nombre», en *Una calle para mi nombre*, trad. de Juan Vicente Piqueras, Ayuntamiento de Lucena, Lucena, 2003.

El verso citado en la página 344 es del poema de Julio Cortázar «Encargo», en *Poesía y poética. Obras completas IV,* Galaxia GutenbergCírculo de Lectores, Barcelona. 2005.

Título de la edición original:
Mi limitavo ad amare te

Edición en formato digital: enero de 2025

© imagen de cubierta, Duró

© de la traducción, Miquel Izquierdo, 2025

© Rosella Postorino. Publicado por acuerdo con The Agency Srl of Vicki Satlow, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2025
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4619-5

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es